

2012-01-01

A petición del público

Daniel José Centeno

University of Texas at El Paso, dcenteno1@gmail.com

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Latin American Literature Commons](#), and the [Other French and Francophone Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Centeno, Daniel José, "A petición del público" (2012). *Open Access Theses & Dissertations*. 2054.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2054

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

A PETICIÓN DEL PÚBLICO

DANIEL JOSÉ CENTENO MALDONADO

Department of Creative Writing

APPROVED:

Benjamin Alire Sáenz, Ph.D., Chair

Armando Armengol, Ph.D.

Luis Arturo Ramos, Ph.D.

Benjamin C. Flores, Ph.D.
Interim Dean of the Graduate School

Copyright

by

Daniel José Centeno Maldonado

2012

A PETICIÓN DEL PÚBLICO

by

DANIEL JOSÉ CENTENO MALDONADO

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2012

Table of Contents

Table of contents	iv
Apuntes para un antiprefacio	1
Epígrafes	17
Capítulo 1	18
Capítulo 2	28
Capítulo 3	33
Capítulo 4	38
Capítulo 5	48
Capítulo 6	55
Capítulo 7	62
Capítulo 8	68
Capítulo 9	75
Capítulo 10	83
Capítulo 11	90
Capítulo 12	102
Capítulo 13	116
Capítulo 14	127
Capítulo 15	130
Capítulo 16	137
Capítulo 17	143

Capítulo 18	152
Capítulo 19	165
Capítulo 20	173
Capítulo 21	177
Capítulo 22	186
Capítulo 23	192
Capítulo 24	200
Capítulo 25	208
Capítulo 26	222
Capítulo 27	228
Capítulo 28	239
 Curriculum Vita.....	 242

APUNTES PARA UN ANTIPREFACIO

Dudo mucho de que en las presentes páginas brillen los nombres de Mijaíl Bajtín, Víktor Shklovski o de Roland Barthes para explicar el arte de la novela. Me encantaría decir que ésta es una postura contestataria, que poco tiene de artista el narrador que basa sus opiniones en la pura teoría, que explicar los procesos de la creación bajo esta óptica se me hace fingido y acartonado.

Pero no.

Apartando mis propios prejuicios sobre el tema, que son bastantes, todo se debe a una enorme limitación: se me hace imposible ponerme guantes quirúrgicos para desmembrar mis tientos literarios. Sin embargo, lejos de sentir vergüenza por ello, me parece útil ser consciente de la tara.

Quizás mi nula contrición se base en las palabras que he leído de muchos de mis autores predilectos. José Donoso, por ejemplo, lo decía en su libro testimonial *Historia personal del boom*:

“Tengo que repetir que no soy un crítico profesional; ni un estudioso que sabe salpicar su texto con citas en cursiva y con impresionantes asteriscos de llamadas eruditas; ni un teórico, dueño de un sistema monolítico que pretende explicar los fenómenos literarios: todo lo que digo es tentativo, anecdótico, testimonio personal, impresión, aproximación, y por lo tanto rebatible con otros testimonios, otras impresiones y otras anécdotas. Lo que sí soy es un novelista. Y más aún, un lector de novelas. Leer cualquier cosa que no sea novelas o que se refiera o tenga alguna relación con ellas –debo confesar esta curiosa limitación de mi inteligencia– me parece carente de carne, pálido, esquemático, una pérdida de tiempo... cosecho mucho más en el mundo alusivo de la novela que en lo exhaustivo de lo científico o lo informativo ...”¹

¹ DONOSO, José (1999): *Historia personal del «boom»*. Alfaguara. Grupo Santillana de Ediciones, S. A. Madrid. 73

Esto no es nuevo.

Francisco Manuel de Melo fue un escritor portugués del siglo XVIII. Dicen que, cuando le preguntaban de qué trataba alguno de sus libros, él contestaba: “De todo lo que va escrito en él”.

Algo parecido encierra la siguiente anécdota de Miguel Ángel. En una ocasión se le interrogó cómo podía esculpir esos ángeles tan reales a partir de un bloque de mármol de Carrara. El italiano se encogió de hombros y dijo: “Fácil, sólo hay que ir quitando de esta piedra todo lo que no es ángel. La estatua está adentro”.

Esas son algunas de las mejores explicaciones hacia la necesidad.

No los imagino armando un prefacio.

Con la escritura sucede otro tanto.

Hace nada el escritor Umberto Eco publicó uno de sus libros. En éste se recogen algunas conferencias y ensayos sobre la novela. Por eso lo tituló *Confesiones de un joven novelista*.

Aunque el nombre del texto busca la gracia –Eco tiene 80 años de edad y 30 como novelista– sus reflexiones sobre la escritura creativa no dejan de ser válidas. El semiólogo se pregunta por qué Homero es considerado más “creativo” que Platón. Tampoco entiende por qué un mal poeta o cuentista suele ganarse esa etiqueta, mientras que un ensayista científico es incapaz de tenerla por muy bueno que sea.

Al cabo de unas páginas, reconoce que el título no es otorgado por la calidad. Por el contrario, para Eco la respuesta es de otra naturaleza:

“La diferencia reside más bien en las formas opuestas en que los escritores pueden reaccionar a interpretaciones de sus textos. Si yo le digo a un filósofo, a un científico, a un crítico de arte: ‘Has escrito esto y aquello’, el autor siempre puede replicar: ‘No has entendido mi texto. Decía exactamente lo contrario’...”²

Sin embargo, con la escritura creativa pasa otra cosa: sus autores pueden estar descontentos con las explicaciones que reciba su obra, pero no pueden alentar otras interpretaciones (o desafiar a su público) porque en la mayoría de los casos tendrían problemas en refutarlas. Y esto sucede porque “..en general, tienen que respetar a sus lectores, ya que, por decirlo así, han lanzado su texto al mundo como un mensaje en una botella.”³

¿Y por qué sucede eso?, se pregunta Eco.

“...porque en un ensayo teórico, normalmente uno pretende demostrar una tesis determinada o dar una respuesta a un problema concreto, mientras que en un poema o en una novela, lo que uno pretende es representar la vida con todas sus contradicciones. Poner en escena una serie de contradicciones, haciéndolas evidentes y conmovedoras. Los escritores creativos piden a sus lectores que traten de encontrar una solución; no ofrecen una fórmula precisa (excepto en el caso de los escritores cursis y sentimentales, que lo que pretenden ofrecer son consuelos vulgares)...”⁴

² ECO, Umberto (2011): *Confesiones de un joven novelista*. Random House Mondadori, S. A. Colombia. 12

³ Ibidem. 13

⁴ Idem.

Hay novelistas que enarbolan la bandera del deicidio en su obra. Juran que el escritor inventa un mundo en donde funge como amo y señor, coloca a sus personajes en situaciones límite, es capaz de dar y quitar vida y es el único que controla las reglas de ese universo.

Se hacen llamar creadores.

Dicho esto, ¿en dónde cabrían los casos de *Madame Bovary* o de *Rojo y Negro*? Ambas novelas nacieron de la realidad, de los periódicos de la época. Mientras una tenía que ver con el escándalo de la señora Delphine Couturier y también del libro *Las memorias de madame Ludovica* de Louise D'Arcet, a la postre la amante de Flaubert; la otra se basaba en los crímenes pasionales del seminarista Antoine Berthet y del ebanista Lafargue.

Edgar Allan Poe responde. Considera que sí, que estos casos también son obras de deicidas, que la realidad es tan sólo una materia prima para que el escritor pueda jugar a ser Dios.

“...Algunas veces, la historia nos proporciona una tesis; otras veces, el escritor se inspira en un caso contemporáneo o bien, en el mejor de los casos, se las arregla para combinar los hechos sorprendentes que han de tratar simplemente la base de su narración, proponiéndose introducir las descripciones, el diálogo o bien su comentario personal donde quiera que un resquicio en el tejido de la acción brinde la ocasión de hacerlo.”⁵

Esto le pertenece al escritor Federico Vegas:

⁵ POE, Edgar Alan: Método de composición.

“...He llegado a pensar que el cuento tiene que ver con el chiste y la novela con el chisme. Estas conexiones parten de escucharle a Juan Nuño que en el cuento lo importante es la anécdota y en la novela el personaje. Algo similar sucede con los chistes y los chismes. En los primeros sólo nos importa qué sucede, no a quién; hablamos de un cura, un campesino, un marido, y ninguno tienen rostro, ni nombre, ni pasado, ni futuro. En cambio, para un buen chisme es fundamental saber de quién estamos hablando, conocer algo de su vida, de sus triunfos y miserias. Si decimos que hemos visto a Pedro y a María saliendo de un hotel, sólo tendrá interés para quienes sepan que María es la esposa de Ramón, y que Pedro es el socio de Ramón, o su hermano, o su padre. Y mientras más sepamos de estas tres vidas, mayor será nuestro asombro, dolor o sádica complacencia. Estas ávidas incursiones en las vidas ajenas, capaces de ofrecer más y más cabos sueltos que se van hilando, semejan esas novelas que avanzan hasta entretejer un manto que nos atrapa y cobija, y del que luego no queremos salir.”⁶

Borges percibía las historias escritas como unas islas. Imaginarlas era como atisbar cada punta insular. Éstas eran las del principio y el fin del relato. El reto era inventarse lo que sucedía entre ambos extremos.

Baudelaire no pensaba diferente.

“Por hermosa que sea una casa es ante todo —y antes de que su belleza quede demostrada— tantos metros de frente por tantos de fondo. De igual modo la literatura, que es la materia más inapreciable, es ante todo una serie de columnas escritas; y el arquitecto literario, cuyo sólo nombre no es una probabilidad de beneficio, debe vender a cualquier precio.”⁷

⁶ VEGAS, Federico (2008): *La carpa y otros cuentos*. Alfaguara. Grupo Santillana de Ediciones, S. A. Caracas. 9

⁷ BAUDELAIRE, Charles: *Consejos a jóvenes literatos*.

Los materiales con los que se haga la casa y el número de columnas tienen que ser elegidos y pensados con intuición pero también con cálculos de una rara matemática: extensión, tono, estilo, etc.

Augusto Monterroso, amparado en su alter ego, Eduardo Torres, armó un decálogo burlón que encerraba algunas verdades: “Lo que puedas decir con cien palabras dilo con cien palabras; lo que con una, con una.”⁸

Nietzsche también jugó a hacer sus diez mandamientos: “El estilo debe mostrar que uno cree en sus pensamientos, no sólo que los piensa, sino que los siente.”⁹

Para Norman Mailer, en el amor, el equivalente del estilo era la gracia.

En este punto es innecesario decir que las historias llegan de raras maneras.

A los 23 años terminé una novela que por fortuna no di a leer. En ella inventé un país, un sistema político, un idioma, no era lineal, estaba cargada de adjetivos, cambiaba de narradores como de calzoncillos y hasta “copié” estilos de muchos escritores famosos (en un “derroche de inteligencia” que ya quisiera Joyce). Incluso metí una novela dentro de la novela. El engendro, más que espantoso, salió lamentable.

Fue la primera vez que confié en la gaveta, porque allí fue a parar por muchos meses antes de retomarla con otros ojos.

⁸ MONTERROSO, Augusto (1986): *Lo demás es silencio*. Ediciones Cátedra, S. A. Madrid.

⁹ NIETZSCHE, Friedrich: *Diez mandamientos para escribir con estilo*.

Con el fracaso asumido, decidí desechar cualquier intento por hacer ficción. Mi primera tentativa, ya lo dije, fue de un engreimiento difícil de creer. Detrás de tanta parafernalia no había ningún talento (menos aún, estilo).

No entendí por qué tanta gente cercana me alentaba a escribir, si estaba demostrada mi incompetencia en la materia.

En alguna ocasión me cayó en las manos un libro menor y de muy pocas páginas. Su título: *Confesiones de Daniel Santos a Héctor Mujica*.¹⁰ Se trataba de una larga entrevista al bolerista puertorriqueño en sus últimos días. Me gustó el lenguaje, el sabor caribe y la bohemia que desprendían sus páginas. También me atrapó la malicia y picardía del personaje: un tipo de moral más que cuestionable, pero que a su vez caía bien. Lo que comenzó como una lectura ociosa terminó por atraparme. Sentía que era un borrador de algo. Me daba pena que nadie hubiera intentado mejorar ese material.

Al instante reparé en una anécdota de ese libro con la que se podría nutrir un primer capítulo de algo.

Y un día la escribí por pura convicción.

NOTA AL MARGEN: quiero dejar en claro que no creo mucho en el escudo de la intertextualidad. No apruebo a la gente que toma oraciones, párrafos o páginas enteras de la obra de otro

¹⁰ MUJICA, Héctor (1982): *Confesiones de Daniel Santos a Héctor Mujica*. Editorial Cejota. Caracas. 128

sin entrecomillar ni avisarle del truco al autor real ni al lector (y con muy poca aportación de su parte). En mi caso, como en el de Flaubert y Stendhal, mi intención fue inspirarme en una obra o anécdota pero con mi intervención, mi prosa, mis inventos.

Quería que cada error fuera mío.

Poco tiempo después de ese primer capítulo me topé con una historia real. Se trataba de un reportaje sin mayores pretensiones sobre el primer baterista del grupo *Genesis*, Chris Stewart. Había aparecido en la edición española de la *RollingStone*. El único motivo de su publicación parecía estribar en un intento desesperado de la mesa de redacción por llenar algunas páginas de la revista. Y también había otro más: Stewart vivía en la Alpujarra granadina, casi como otro hippie inglés, anónimo, viejo, en una casa rodante dentro de una comuna que sembraba limones. El periodista se sorprendía de cómo el tipo dejó al grupo, después de tocar en un solo disco, para luego asistir tras bambalinas a la gloria de su banda. Aunque la cita era para hablar de un libro escrito por el ex baterista, *Entre limones*, el reportero intentó en muchas ocasiones dar con el tema que calzaba más con la *RollingStone*: sus recuerdos con *Genesis*.

Era una entrevista desabrida, con un personaje que eludía entrar en detalles, que no culpaba a sus padres por haberlo presionado a dejar el grupo y que solía repetir lo bien que estaba con sus limones, su nulo arrepentimiento hacia ese error y su felicidad pese a todo. Pensé que nadie podría soportar el haber perdido un tren de ese tamaño, que cualquiera mataría a sus parientes por obligarlo a tomar tal decisión, que se amargaría, que viviría lleno de reconcomios... Y ese pie de página me siguió días enteros.

Sin saberlo siquiera, ya se estaba gestando el otro personaje que haría posible la novela.

Baudelaire dijo una cosa que no creo que sea exageración:

“Para escribir rápido, hay que haber pensado mucho; haber llevado consigo un tema en el paseo, en el baño, en el restaurante, y casi en casa de la querida...”¹¹

Yo ni siquiera estaba escribiendo rápido, pero sí que me estaba llevando al tema para todos lados. Me sentía como el árabe loco del *necronomicon* de Lovecraft: Abdul Alhazred, el atormentado por un demonio que a su vez le pedía tomar el dictado de unas páginas. El personaje que cedió a la presión en el año 738 d.C. El mismo que escribió los renglones dados por esa voz interior y que, hasta no terminarlos, obtuvo su libertad como amanuense.

Sabía que mientras no me sentara en serio a escribir la novela, aunque me saliera mala, no iba a estar tranquilo y en paz conmigo mismo.

Con el perdón de los teóricos, era algo que me tenía que salir de las tripas.

La gran decisión fue no repetir los errores de mi primera novela. Al tenerlos localizados, quizás contaba con cierta ventaja. Desde el principio busqué ser lo más convencional posible: narración lineal, tercera persona, diálogos de toda la vida y nada de pirotecnia.

Sentía que para destacarme en el cubismo, primero debía demostrarme que podía pintar una pieza figurativa.

Y me di cuenta de lo difícil que era hacer esto último.

¹¹ Idem.

No era fácil ser reaccionario.

El otro reto era probar con el humor.

Éste sería el cubo de pintura para mojar la brocha antes de pasarla por las paredes de la casa.

En una ocasión Mario Levrero afirmó que su obra no era otra cosa que un intento por traducir a Kafka al español.

Nunca aspiré a tanto, pero me gustó la idea para adaptarla a mi proyecto: ¿y si yo me creía la mentira de que estaba intentando pasar a mi idioma alguna obra jocosa e inédita de John Kennedy Toole?

Billy Wilder solía ver una placa de oro en su oficina. La había mandado a hacer para esos momentos de bloqueo. La misma decía: “¿Cómo lo habría hecho Lubitsch?”

Era su manera de tener siempre presente a su maestro en la dirección de cine y creación de guiones.

Por esa razón no faltó el momento en el que yo pensara lo mismo y viera esa placa imaginaria con diferentes nombres.

Podría compartir dos de esas placas que siempre tuve presente. Ambas pertenecen a Julio Ramón Ribeyro:

“Escribir es inventar un autor a la medida de nuestro gusto.”¹²

“Una novela no es como una flor que crece sino como un ciprés que se talla. Ella no debe adquirir su forma a partir de un núcleo, de una semilla, por adición o floración, sino a partir de un volumen herbóreo, por corte y sustracción”.¹³

Siempre supe que la novela iba a ser de mediana extensión. No puedo hacer muchas teorías al respecto. Tampoco voy a decir que fue un reto personal. Lo cierto es que sabía que para llegar al otro extremo de la isla debía caminar unos cuantos kilómetros. Desde el primer capítulo, en la habitación del hotel mexicano, hasta el del incidente en la iglesia, tenía que quemar muchas páginas para estrechar la relación de los dos personajes principales. Desconozco una manera de concentrar muchos de esos episodios narrados en pocas hojas.

La presente versión es lo que quedó, claro, después de una primera tala.

La elección de la tercera persona también fue algo consciente desde el principio.

¹² RIBEYRO, Julio Ramón (2003): *La tentación del fracaso*. Seix Barral. Barcelona.

¹³ Idem.

Otra vez, Nietzsche:

“Antes de tomar la pluma, hay que saber exactamente cómo se expresaría de viva voz lo que se tiene que decir. Escribir debe ser sólo una imitación.”¹⁴

Con el narrador en tercera iba a tener la facilidad de saber lo que estaban pensando mis personajes. Sabía que iba a sacrificar la inmediatez de penetración de la primera. Pero también me ahorré la esclavitud de usar el tono de un solo ser a lo largo de todas las páginas.

¿Y el mundo narrativo?

En este caso, por tratarse de un bolerista como Daniel Santos, quise que el de la ficción también fuera caribeño (era más fácil imaginármelo así). La historia transcurriría en mi país. El viejo sería un venezolano de la costa, y hablaría como tal. Quería atrapar algo de la gracia, de las creencias más arraigadas y de la viveza criolla que noté en muchos orientales que había conocido. El otro personaje sería un tipo criado en la capital, pero de padres con raíces del interior (como muchos caraqueños). Pude haber estado equivocado, pero me pareció que con ese último rasgo su acercamiento al bolerista salvaría cualquier curiosidad, roce o diferencia cultural que hubiese tenido que explicar o trabajar por varias páginas que pudieron distraerme en la construcción de la trama.

Con todo esto bien definido, el estilo salió solo.

La razón no deja dudas:

“...La construcción del mundo narrativo marca el estilo de la novela...”¹⁵

¹⁴ NIETZSCHE, Friedrich: *Op.cit.*

¹⁵ Eco, Umberto: *Op.cit.* 30

Si me preguntaran si mi novela tiene temática urbana es probable que responda que no (por lo menos, no conscientemente). La ciudad es un marco en donde transcurre la acción. Cuando nombro un barrio, una urbanización, un pueblo, una marca comercial o un hotel es para dotar de verosimilitud al relato. También para que el más acucioso lector entienda la distancia que hay de un sitio a otro.

Me parece que fue Raymond Carver quien dijo en una ocasión: “si nombro una silla en alguna página es porque un personaje la va a usar para sentarse”.

En mi caso, más que estética, la finalidad perseguida también fue de índole utilitaria.

Hay personajes que se tienen que trabajar mucho más que otros. Existen los que ni siquiera estaban planteados y también los que nunca se imaginó que terminarían teniendo un papel decisivo en la historia.

“Graham Greene dijo una vez que había ciertos personajes que se cuidaban por sí mismos. Nunca había tenido que preocuparse por ellos en la escritura. Con otros, había tenido que esforzarse mucho. Trabajaba muy duro en ellos. Más tarde, cuando había leído una reseña y el texto mencionaba uno de sus personajes resistentes como «bien trazado», solía pensar: «Bien arrastrado».”¹⁶

El bolerista salió como esos del primer tipo. En muchas ocasiones dijo o hizo cosas que yo nunca imaginé antes de sentarme a escribirlo. Mailer consideraba que era mucho más fácil crear a un personaje

¹⁶ MAILER, Norman (2008): *Un arte espectral*. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires. 105

que desarrollarlo. Aseguraba que cuando cobraban vida podían llevar parte del camino y hasta tomaban decisiones de carrera.

Cuando comencé a escribir siempre me había sorprendido este fenómeno. Pensaba que era una anomalía de mi parte, que un buen escritor tiene claro todo lo que va a suceder en su historia. Pero no: “...saber lo que quieres decir no es la mejor condición para escribir una novela. Las novelas mejoran mucho cuando descubres algo que no sabes que sabías: una comprensión aguda de uno de sus personajes más opacos, una metáfora que te asombra mientras la estás asentando, una verdad –por cierto se siente como una verdad– que solía eludirte.”¹⁷

La música es importante en este libro. No voy a decir que sus páginas desprenden melodías. Pero sí que hay un amor y conocimiento hacia algunas glorias de la canción. Era imposible que un bolero en decadencia no recordara tiempos mejores y que, en este vano ejercicio, no nombrara a decenas de figuras que rozan lo mítico. Ésa fue la manera de ir nutriendo parte de la imagería roquera de la novela.

En el proceso, debo reconocer, que también se confundieron otros planos. A veces, tengo la impresión de no saber muy bien por qué aparecieron algunas cosas, si algún personaje era mala o buena gente, qué quise decir con ciertas acciones.

Esto ya no me preocupa: dijimos que la novela es un chisme y un género dentro de la escritura creativa.

Y en ella pasa de todo.

¹⁷ Ibidem. 94

“...A menudo, los autores dicen cosas de las que no son conscientes; sólo después de recibir las reacciones de sus lectores descubren lo que han dicho.”¹⁸

Antes de finalizar estos apuntes, no voy a decir nada sobre mis inseguridades y temores habidos en la presente novela. Basta con confesar que son suficientes. Reconozco que algunos los he dejado, a veces, de manera consciente, pensando que estos primeros jueces serán capaces de reconocerlos (si es que en verdad son errores y no simples especulaciones de mi parte).

Me gustaría cerrar con un par de anécdotas que vienen al caso. Las elijo porque, además de ser musicales, están muy en consonancia con todas estas digresiones que he ido urdiendo sobre el *backstage* de mi novela. Las leí en un libro escrito por el ingeniero de sonido de los *Beatles*. La primera tiene mucho que ver con los últimos retoques de buena parte del producto final del cuarteto.

“Si alguien cometía un pequeño error o cantaba algo raro en una sesión de los *Beatles*, solía dejarse porque dejaba la sensación de aportar carácter a la grabación. Algunas veces incluso acentuábamos los fallos durante las mezclas, para subrayar el hecho de que la música estaba tocada por seres humanos.”¹⁹

La segunda está más relacionada con el momento actual de este proyecto. Habla de la época de mayor experimentación de los músicos de Liverpool. Después de un pasado en el que despachaban hasta cinco canciones en unas pocas horas de estudio al día, los ingleses decidieron aprovechar su fama para tomarse las cosas con calma en la mesa de grabación. La redondez de sus temas vino sola.

¹⁸ Eco, Umberto: Op.cit. 53-54

¹⁹ EMERICK, Geoff (2011): *El sonido de los Beatles. Memorias de su ingeniero de sonido*. Editorial SL, Barcelona. 389

La cita lo explica muy bien:

“Ahora se convirtió en práctica corriente comenzar un tema y dejarlo inacabado por semanas antes de volver a él. Trabajar así resultó bastante extraño al principio, pero al final me convencí de que era un buen modo de hacer las cosas. Permitir que la canción "reposara" un poco (distanciarse un poco de ella) generaba inevitablemente ideas nuevas y radicales, que se convirtieron en el gran hallazgo del álbum.”²⁰

A veces, suelo pensar que esta novela es un álbum en gestación.

Y que la gaveta es el sitio donde reposan sus canciones antes de volverlas a escuchar.

Qué raras pueden llegar a ser nuestras lecturas para explicar (o justificar) estas cosas.

²⁰ Ibidem. 169

*¿Qué extraño instrumento soy
que Dios toca en mí
sus notas tristes?*

Héctor Iván González

El mundo no es sino música hecha realidad.

Arthur Schopenhauer

Sólo le bastó asomarse por la ventana para saber que lo mejor era no salir. Tragó saliva, respiró hondo y sintió como si la cabeza fuera un plomo de cabellos blancos que alguien había puesto sobre dos hombros de aire.

Sus días no podían ser peores.

En sus tiempos mozos hubiera corrido con mucha mayor presteza, e incluso hasta alguna mano al aire hubiera servido de algo. Ahora, achacoso y transformado en una barriga con piernas de hule, su nivel de resolución de problemas no estaba a la altura de sus pretéritos atributos. Pensó que esta vez sí iba a llorar con sinceridad, que ese cabalgar en el pecho no era otra cosa que un principio de infarto, y que esa habitación de hotel barato, donde se encontraba, no podía tener una peor ubicación en la ciudad. Vencido como cochino en diciembre, se desanudó la pajarita roja, se desabotonó la chaqueta del esmoquin azul y las mangas de su camisa amarilla satinada, tomó un trago de alka-seltzer, se colocó unos enormes lentes de aumento, se sentó y comenzó a escribir sobre un papel:

Yo, Sandalio Segundo Guerrero Guaita, artista de respeto y venezolano unibersal, hijo natural de Teotiste Maturino de la Consepcion Guerrero Izquierdo y de Precentación del Carmen Guaita Hinojosa, nacido en Barcelona en 1933, mejor conocido artísticamente como Dalio Guerra “El Ruiseñor de las Americas”, “El turpial del arroyo” y “La lapa cantarina”, la única y original voz de éxitos intitulados como “Caprichosa”, “Ingrata de Viernes Santos”, “Me desangrare en el bar”, “Eres un amor de rocola”, “Una mujer de genio” y “Rosas, melodías y gardénias”, maestro de la maraca lenta y del requinto enamorado, ganador de premios de la magnitud del “Guamache de oro”, “El microfono del Arauca”, “El casique sentado” y “El cazique parado”, aplaudido a rabiarse en excenários

de Puerto Rico, Cuba, Republica Dominicana, Colombia, Aruba, Panamá, Nicaragua, El Salvador, Péru, Ecuador, Venezuela y otros tantos paises que, por los nervios, no me vienen a la mente, padre de cinco ijos reconocidos y de treinta que me quieren endosar a la fuerza, asedor indiscutible del imno “Banderas y caminos”, que a tantas reboluciones inspiró, amigo personal de la música, hombre de bien, inquieto, catolico, poeta y boemio practicante...

Detuvo la escritura por un momento, soltó un peo en trompetilla y notó una mancha de orina aún fresca por todo el pantalón. Tomó otro trago de alka-seltzer y se pasó el pañuelo blanco por una frente surcada de arrugas y de pequeños riachuelos de sudor antes de continuar en lo que estaba:

...doy fe de que no é echo nada malo, que si me van a matár sera por capricho y que dejaran guérfanos y sin pan a mas de treinta y cinco hijos y cincuenta y siete nietos amables...

Soltó un sollozo y las manos comenzaron a temblarle. No le faltó tiempo para levantarse de su asiento y acercarse al espejo del baño de la habitación. Ahí estaba: viejo, caduco, breve, con un poblado mostacho plateado que sólo era la parodia de aquella línea negra que a tantas mujeres encantó en su día. Sus dientes de indio indómito y altanero también habían desaparecido para darle la triste bienvenida a una plancha que nunca le encajaba bien en sus encías; y su cara, ahora llena de lágrimas y mocos, demostraba los pliegues inclementes del alcohol y de otras tantas basuras a las que se seguía entregando con una religiosidad propia de domingo de ramos. Al mirarse en el espejo sabía que lo único que quedaba de él era el paso de una historia polvorienta y pasada de moda.

Caminó hasta la cama y, así, cuan largo era, se tiró de espaldas en el colchón matrimonial con una actitud de total resignación. Viendo el techo con detenimiento, convino en hacer un repaso detallado de toda la situación. Pensó que si el corazón se le paraba de una vez en su recuento, la cosa le enmendaría el detalle de morir a manos de otros; aunque lo de dejar un cadáver meado de arriba a abajo no iba a solucionarle el problema de imagen que atravesaba desde algunos lustros atrás.

Aquella noche no pudo ser más aciaga. El bar Forty Five del D.F. se había encargado de pagarle el avión en clase turista y el taxi desde el aeropuerto; reservarle por dos noches una habitación con baño en un hotel cercano; y colocar en la puerta del local, con bombillos de colores incansables, su grandioso nombre. Por si esto fuera poco, el Ruiseñor de las Américas compartiría camerino con todas las bailarinas del bar y, entre un inagotable mar de tetas, plumas y pantaletas de lentejuelas, tendría su par de maracas a las que tanta fama debía. Ya en el recinto, con los ojos nublados por la felicidad y el agradecimiento infinito, Sandalio estuvo casi seguro de haber retomado su carrera y de volver a recibir ese trato de estrella que cada vez parecía más esquivo a su leyenda. Cuando estuvo solo en el camerino, se puso a practicar con la mayor lentitud un maraquear acompasado para calentar los brazos, y todo el discurso que tenía que decirle al selecto público mexicano en esta primera visita que en su vida realizaba en suelo azteca. No bien desgranaba algunas muecas frente al espejo, cuando interrumpió su concentración un grupo de invitados que apareció de improviso. Sandalio no llegó a contar la cantidad de hombres que se le plantaron, quizás media docena; aunque sí logró ver que el que encabezaba el tropel era un tipo joven, que cogía a una mujer por el brazo. Éste, ebrio y pastoso en el hablar, le espetó en riguroso mexicano:

- Ruiseñor, aquí traigo a mi mujer, y quiero que la beses. Así que ya sabes, ¡la besas!

Uno de los amigos del extraño invitado tomó por la espalda a Sandalio y, como si fuera un peluche de tamaño natural, lo levantó y arrimó hacia la mujer. El Ruiseñor, que parecía ser el centro de una fiesta de gatos, maracas en mano, intentó acudir a la cordura:

- Tranquilo, muchacho, tranquilo, que la dama se va a enojar con tus chistes, chico -dijo en tono conciliador.

- Oye, Ruiseñor, no te preocupes que ella no se enoja, y ¡te ordeno que le des un beso!

Sandalio no sabía qué hacer. En muchas ocasiones se consideró un lince en eso de negar paternidades e incluso lisuras con menores de edad. Pero esta situación resultaba inédita, aun en una

vida tan transitada como la suya. Ahora era un viejo de mierda rodeado de charros que no pasaban los cuarenta años, y enfrente de una mujer al acecho de su reacción otoñal. Pensó que no había que darle mayor importancia al momento, porque sabía que los mexicanos eran gente rara e infantil en sus conductas, como alguna vez le comentó un colega de la canción que había triunfado por esas tierras. Era posible que estas personas sólo buscaran una deferencia por parte del artista tan admirado y anhelado, y que lo más caballeroso de todo estaba en no hacerlos esperar en su demanda, enérgica pero de indudable cariño mexicano. En esas fracciones de meditaciones sobre un mismo tema, el Ruiseñor se decidió y besó a la dama en una de sus mejillas.

La patada en el pecho no se hizo esperar. Sandalio cayó de culo en el suelo, mucho antes que sus dos maracas, y el grupo de personas se fue por donde había entrado. El Ruiseñor quedó inconsciente por algunos minutos y, quienes momentos antes lo habían visto entretenido en su soliloquio con maracas, pensaron que era otra de sus conocidas borracheras que tantos de sus espectáculos había empañado, esas en las que cambiaba las letras por rimas hacia sus problemas domésticos o de impotencia sexual, y en las que acababa escupiendo y maldiciendo al respetable en cuestión de minutos, no sin antes elevar alguna maraca asesina hacia la concurrencia. Pero esta vez Sandalio no podía estar más sobrio. En años lo habían contratado para algo de mediana importancia, y sabía que lo poco que le quedaba de su carrera dependía de esta actuación.

Cuando abrió los ojos, reconoció al dueño del local que le tomaba el pulso, mientras todas las bailarinas a su alrededor le abanicaban la cara con revistas y platos de cartón. El deshonor no podía ser mayúsculo. El macho venezolano estaba pateado, babeado, despeinado y con su plancha y sus inmortales maracas tiradas al suelo.

- Oiga, maestro, ¿se encuentra bien?, -preguntó el dueño del bar temiendo lo peor-. Ya la orquesta está lista para que cante “Caprichosa” como en los viejos tiempos.

- Sí, mijo, estoy bien. No se preocupe. Sólo me resbalé como un pendejo, pero no pasa nada. Déjeme coger estas maracas, y le prometeré a su local la mejor noche de su historia musical.

Sandalio fue ayudado a reincorporarse por dos bailarinas en tetas y por el dueño del bar. Su cabeza aún daba vueltas y temió que se le mezclaran las letras de las canciones al primer compás. Todavía no se había repuesto del susto mientras pensaba en las extrañas artes de la hospitalidad mexicana. Supuso que el tipo de la patada sólo quiso demostrar quien era el macho de la noche, aunque no entendía por qué tenía que cogerla con un viejo tan consumido como él. Ni en el burdel más levantisco de Barranquilla, ni en la trifulca más indómita de Caracas le habían sonado una patada en el pecho con tan poca justicia. Si no era porque la orquesta afinaba sus instrumentos mientras esperaba su salida a escena, Sandalio hubiera invertido todo el tiempo del mundo en hundirse dentro de un enorme sentimiento de impotencia e indignación. Así que, a la voz de “*¡Y ahora, respetabilísimo público del Forty Five Cabaret, bañemos en aplausos al único, inimitable y eterno novio de nuestra querida “Caprichosa”, el “Rruiseñor de las Américas”, Dalio Guerra y sus maracas maravillosas!*”, Sandalio ahogó un racimo de tos y se dirigió a un escenario mísero en ovaciones. Desde el entarimado, el presentador, micrófono en mano, todavía reflejaba una inquietud que no iba a apaciguarse hasta ver al artista contratado encima de las tablas. El viejo, ahora en el papel del inmortal Dalio Guerra, sacó pecho y blandió las maracas, caminando con el esbozo de su mejor sonrisa hacia el proscenio. Abrazó a su empleador, abrió la boca y, cuando estuvo a punto de soltar la primera línea de “Caprichosa”, oyó una voz que reconoció en el acto:

- ¡Dónde está ese Rruiseñor extranjero? -gritó el tipo de la patada, mientras entraba con su grupo por la puerta del local-. Que salga si es tan macho. De ésta tendrá que irse del país con sus chivas y su pinche “Caprichosa”. Que salga que lo voy a sacar a tiros. A ver si así respeta a las mujeres ajenas.

Con la boca abierta, y sin proferir verso alguno de “Caprichosa”, Sandalio no dudó en dar media vuelta con sus maracas y salir lo más disparado que pudo del escenario. En su desesperada huida hacia el camerino, sólo prestó atención a lo que le gritó una bailarina en estado de histeria:

- ¡Escóndase, que está loco y trae pistola!

Las maracas nunca antes habían sonado con tanta violencia en las manos de “El Ruiseñor de las Américas”. Éste, sin fijarse en el patetismo que representaba la imagen de un viejo rumbero que escapaba de la muerte con dos inseparables sonajas, pudo entrar en un depósito cercano al camerino con el tiempo suficiente para apagar la luz y esconderse detrás de un sofá. Desde allí podía ver por la rendija de la puerta lo que sucedía afuera, con la esperanza de salir de su escondite apenas se sintiera seguro y tuviera la vía libre. Así fue como llegó a contemplar una escena que en el momento le heló la sangre hasta hacérsela cubitos en sus venas: la de su agresor que, con una enorme pistola en mano, entró a la zona con la finalidad de pegarle unos tiros entre los ojos.

- ¡Dónde chingados se encuentra ese pinche viejo encimoso? -le gritó a un conguero que ensayaba a solas.

Como el músico no supo muy bien qué contestarle al instante, el disparo no se hizo esperar. La bala fue a parar al cuero de uno de los tambores, y el hombre, luego de soltar un gritillo, cayó desmayado del susto al lado de su instrumento. El de la patada no pareció importarle nada de lo ocurrido, y comenzó a caminar en círculos mientras revolvía las cosas con la mano que tenía libre. Lo único que se escuchaba dentro de su idiotez etílica era una pregunta que parecía un prendedor en su boca: “¿Dónde anda el Ruiseñor, dónde, dónde andará?”

Así estuvo por un buen rato, hasta que de un rodillazo abrió la puerta del depósito en donde se hallaba escondido Sandalio. El Ruiseñor ya estaba decidido a morir. Ni con la sobredosis de 1948 se sintió tan acelerado en su vida. Su agresor comenzó a desesperarse en su intento por descubrir a su presa entre tanta tiniebla. Lanzó algunas patadas, manotazos e incluso empujó el sofá sin advertir nada

extraño. Su frustración empezó a notarse y, entre la falta de equilibrio que dan los buches consumidos de tequila y el torpe balanceo de su mano armada, gritó a la nada:

- ¡Dónde está la salida, dónde, carajo? ¡En esta chingadera no se ve ni madres!

Sin que el de la patada pudiera reaccionar, Sandalio se armó de valor, se levantó y le dio dos fuertes maracazos en la cabeza. La pistola cayó al suelo, el tipo también y el Ruiseñor voló a un sitio más seguro. Su perseguidor, aturdido por el impacto de las dos maracas en su cráneo, cogió la pistola y salió al escenario en busca de Sandalio. Ya en las tablas, abofeteó a una de las bailarinas que estaba ofreciendo el número tropical de la noche, ante la mirada impávida del director de la orquesta, que, a pesar de haber dado dos pasos decididos hacia el agresor, no tuvo otro remedio que contener su espíritu heroico por encontrarse encañonado entre ceja y ceja por el cazador del Ruiseñor. Gracias a un acto providencial, el dueño del local, ya fuera de sí, subió al escenario, se acercó al belicoso cliente, le arrebató la pistola y se la atizó en la cara.

- ¡Ah, caramba, compadre! ¡Así me paga! ¡Usted me pega después de tanto que lo he ayudado! ¡Sepa que, si yo no fuera diputado, este pinche table no existiría! ¡Mañana se lo cierro, carajo! - gritó el agresor de Dalio.

Gimoteando unos insultos a la concurrencia, el de la patada salió del local con sus compinches, se montó en su carro y se fue.

Sandalio buscó la calma e intentó acordarse del nombre del sitio donde se hospedaba para iniciar su fuga magistral. Cuando se aproximó a la bailarina abofeteada para preguntarle la dirección del hotel, el dueño del cabaret se le acercó aún con la crispación acumulada de todo el espectáculo anterior:

- Oiga, maestro, no sé qué carajos le hizo al diputado, pero me ha empinado el negocio.

- No, mijo, por lo más sagrado que no le hice nada a ese degenerao – respondió Dalio.

- ¡Me vale madres lo que haya pasado!, ya luego lo arreglaremos, pero usted tiene que salir a brindar su show. Acabo de hablar con los músicos y tienen todo preparado. ¡Agarre estas maracas y salga ahora mismo!

El Ruiseñor titubeó, pero sabía que como artista le debía el mejor repertorio al público mexicano que tanto había apostado por él. Convencido, cogió el par de maracas y salió por segunda vez a escena con los primeros compases de la inmortal e interrumpida “Caprichosa”. El público, aún más apático que la primera vez, lo recibió con uno que otro aplauso a cuenta gotas. Sandalio pensó que la gloria era una fortaleza que, después de derrumbada, podía volver a erigirse con materiales más resistentes y duraderos; y, con el ánimo de un constructor de ruinas, dio dos maracazos al aire y abrió la boca para la primera e inolvidable estrofa del tema al que tanta fama debía.

- *Eres una capri...*

Una explosión de carabina le hizo soltar un mayúsculo “¡carajo!”, que no lo dejó terminar la palabra que le daba título a su gloriosa canción. Los músicos tiraron los instrumentos al suelo y, al fragor de otra descarga, ellos y el público corrieron como locos por entre el mobiliario del Forty Five. En cuestión de segundos, Sandalio saltó del escenario con sus inseparables maracas y, entre la batahola de gente, intentó buscar una mesa amiga en donde esconderse. En el camino, el portero del local, un negrote imponente que ahora se había vuelto tan blanco como la paloma de la paz, echó un brinco con el sonido de otra explosión, que hizo retumbar las paredes, y aulló:

- ¡No salgan por esta puerta que el diputado está disparando con una escopeta!

Sandalio se metió en el baño y, como en las películas de acción a las que tanto criticó desde la comodidad de su casa, encontró una ventana por donde salir. Primero tiró las maracas afuera y, con el cuarto disparo de carabina, cayó él de quijada al suelo. En el descampado donde se encontraba, cogió sus maracas otra vez y empalmó en exteriores la ridícula imagen del viejo rumbero que huye con sus sonajas a cuestas. Otros estallidos hicieron juego con lo que le quedaba de adrenalina.

Por primera vez pensó que la vida era una estafa. Corrió más que en cualquier otro pasaje de su historia, más que cuando fue descubierto en la cama con la mujer del trombonista de Siboney al que le había bautizado sus hijos, y aún más que el día en el que la mafia de Managua le quiso hacer pagar una deuda de juego que nunca llegó a liquidar. En medio de tantos recuerdos funestos, vio un taxi en la distancia y, con una frenética mano enmaracada, hizo que se detuviera en seco.

- ¿A dónde? -preguntó el conductor.

- Al lugar más seguro que he encontrado en todas partes, al hotel. Ahora mismo le doy la dirección, compadre...

El frío de la orina en su pantalón lo sacó del repaso incidental. Cambió su posición hasta quedar sentado a un lado de la cama y, no sin antes secarse la cara con su pañuelo, se aproximó hacia la mesa. Allí se detuvo, en medio de un tonto ensimismamiento, ante la carta que aún quedaba por terminar. Como muchos condenados a muerte, la idea de su fin ya se le había enquistado como cualquier otra materia rutinaria. El corazón seguía latiéndole con fuerzas y pensó que su biografía podría resultar, cuando menos, interesante con la diagonal que representaba su vida y fin: Barcelona-Ciudad de México.

- Señor Guerrero, como me lo pidió, ya me aseguré bien y le tengo un carro directo al aeropuerto

-murmuró un hombre desde el otro lado de la puerta.

Entre tantas bambalinas de imágenes y reconstrucciones, a Sandalio se le había olvidado el trato que había hecho con el tipo que cuidaba la puerta del hotel. En su estampida hacia su habitación pudo llamar al desprevenido hombre y, entre frases entrecortadas y el sonido de las semillas de sus maracas, pedirle el favor de facilitarle una salida segura en algún carro particular. La recompensa iba a cristalizarse en casi todos los pesos que cargaba encima, y en la invalorable hazaña de salvarle la vida al mejor y más simpático bolerista que había parido la tierra.

Sabía que su intempestiva partida de México, como la de Managua, iba a ser definitiva. Los aztecas, por mucho cariño que les tuviera desde los tiempos en los que se colaba para ver sus películas

en blanco y negro, ya se habían convertido en otra puerta más que se cerraba. No quería saber más de la existencia del Forty Five, ni del hotelucho, ni de los gastos de transportes desembolsados por su promotor mexicano, ni de los bombillos de colores incansables que deletreaban su nombre, ni de la segunda presentación que quedaba debiendo, ni de nada de nada. México había terminado para Sandalio como el gusanito que se engulle tras el primer trago de mezcal.

- Ya voy saliendo, compadre -le respondió Sandalio al tipo que lo esperaba tras la puerta.

Cogió su carta-epitafio y la partió en pedacitos. Tomó otro trozo de papel y escribió:

“Los mejicanos no tubieron la culpa. Siempre an sido considerádos y amables comigo. Les júsgo mis amigos aunque uno de sus paisanos halla cometido semejantes atosidades asía un umirde y pasífico servidor.

Con cariño

Dalio Guerra. El Ruiseñor de las Américas”

En su escape no estaba contemplado el traslado de sus inútiles maletas, pero igual las tomó y cerró sin darle tiempo de revisar lo que había dejado afuera. Se anudó la pajarita, metió sus maracas en una bolsa de supermercado, tomó algunos jabones y toallas que también fueron a parar al mismo sitio y cogió su nueva carta antes de salir.

- Tome, amigo, después me la lleva al periódico más importante de este bello país -le dijo al taxista, mientras le entregaba la nota ya dentro del carro-. Un artista siempre tiene que darle explicaciones a su querido público, y éste es un asunto de máxima importancia pa mi carrera y pal mundo de la canción romántica, ¿oyó?

- Órale, maestro -dijo el otro, distraído, mientras echaba el trozo de papel en un cenicero en el que reposaba un cigarrillo encendido-.

Como ya era habitual, la ristra de ronquidos no lo dejó dormir. Al igual que todas las noches, su duermevela se tenía que repartir entre aguantar el insistente ruido y hacer los más imposibles actos de equilibrio en la mísera porción de la cama que siempre le quedaba libre. Tan sólo con ver esa cara mofletuda, llena de verrugas, amargura y años, que yacía a su lado, le bastaba para comprobar que su vida no había cogido el rumbo que siempre había tratado de reservarse.

Poli Figueroa se levantó sin hacer mucho ruido y, con la impetuosa erección que le brindaba la alborada, se dirigió al baño para orinar. No bien había abierto la puerta, el chirrido de unas bisagras mal engrasadas le hizo presagiar alguna escena desafortunada y grotesca. Por suerte, el ambiente permaneció imperturbable, y Poli, luego de retirarse algunas legañas con el dedo, pasó al baño.

- Policarpo, le das a la llave luego de hacer tus cosas... y no seas tan cochino -le dijo, entre gruñidos, la mujer gorda y despeinada que estaba en su cama-.

- ¡Duérmete y déjame tranquilo!

- Tranquilo nada, que debería darte vergüenza cómo tienes esa cosa tan tiesa... Y se la recuestas a tu pobre madre mientras intenta dormir en este infierno que le ha tocado vivir. ¡Dios, cómo he podido rodearme de tanto degenerado! ¡Qué hice para merecerlo!

- ¡Mamá, por favor, deja de joder!

Sin lugar a dudas, sus mañanas tenían que ser teñidas por algún incidente parecido. Poli aún no podía creer el flaco favor que le había hecho su padre. Después de treinta y dos años de sagrado matrimonio, el viejo Honorio se dio cuenta de que Micaela, además de una sexagenaria horrible, era un ser de espantosa convivencia. Así que un buen día decidió separarse de ella, y pedirle prestada la habitación a su único hijo. Poli no pudo negarse en el momento, y lo que pensó que iba a ser una rabieta

más, se transformó en dos años de paria dentro de su misma casa. En el fondo, no tenía estómago para reclamarle su cuarto de regreso al viejo, el típico desempleado que sólo se mantenía con una mísera pensión. Esa y no otra fue la razón primordial por la que Poli tuvo que cortarse el pelo y vender la batería de Cosmos, el grupo de rock que había parido con sus manos y deseos más hondos. No muy lejos quedaron los días en los que el viejo Honorio le repetía con insufrible constancia que ya no había con qué comer, y que su jubilación no alcanzaba para llegar a fin de mes, que se dejara de pendejadas (su palabra favorita) y que se deshiciera de todos esos amigos bulleros y drogadictos, que estaban mancillando el honor de una familia tan humilde como honrada. A fuerza de llantos, regaños, malas caras y pocos contratos en fiestas del barrio, Poli C dejó su nombre artístico aparcado en la parada del éxito, remató sus baquetas, se despidió de sus amigos, se despojó de su maquillaje y, luego de una borrachera bíblica, les dejó prestadas el puñado de canciones que compuso en su truncado periplo musical.

Ahora, como mesonero raso de un restaurante del aeropuerto de Maiquetía, Poli tenía que aguantar el dolor que le daba escuchar los últimos éxitos de su antigua banda por el hilo musical del local, observar cuantas portadas de los periódicos de sus clientes seguía acaparando Cosmos en su carrera internacional y personificar al gran hazmerreír del barrio por tan fallida decisión de vida. La ecuación no dejaba de ser injusta: mientras unos gozaban de la fama con sus canciones nunca registradas, Poli seguía compartiendo por tiempo indefinido la cama con su insoportable madre y luchando por reunir algunas propinas para el tambor de batería que había visto en aquella tienda del centro de Caracas. Era obvio que en los jamás de los jamases debía hacerles caso a esos padres, ahora enemistados, y que cada vez consideraba más repelentes como personas.

- Ahí tienes café recién hecho... Oye, mijo, ¿viste lo último? El grupo ese en el que estabas va a tocar en Nueva York y ya le dieron otro disco de esos, de platino, pues. Y yo que pensé que era una pendejada seguir con esos greñudos... Quién lo iba a decir, je.

- Sí, papá, quién lo iba a decir -dijo Poli con un asomo de ironía-.

- ¿Y esos tipos no tendrían que darte una platica pa ver si salimos de abajo? ¿Ah, Policarpo?

Poli se tomó el café de un trago, lanzó una mirada de funcionario público hacia su padre y partió a su trabajo.

- Adiós, viejo. Me tengo que ir.

Camino a la parada del autobús, Poli no entendía cómo había podido aguantarles tanta mierda a sus padres. Su vida era una vergüenza y su nombre daba más asco que la traición. De todos los que había para escoger, sus viejos no tuvieron mejor idea que bautizarlo con el más horroroso del santoral. Para colmo, nunca le habían puesto un segundo nombre, para, por lo menos, tener la posibilidad de hacerse llamar por el de emergencia, que de seguro iba a ser menos penoso que el primero. Por eso se hacía llamar con insistencia como Poli, y Poli C con fines artísticos y persuasivos para abordar, siempre sin mucho éxito, al mal llamado sexo débil. La importancia que siempre le daba a esa etiqueta personal ya había nacido con su repelencia a su nombre verdadero: Policarpo, y Policarpio para quienes eran aún más ignorantes o hijos de puta con él. De allí que su banda fuera bautizada como Cosmos, una palabra universal y entendible por todos, un ticket al éxito internacional y la carta de presentación para entrar por la puerta grande de la música. Sin embargo, seguía siendo Policarpo para unos padres, que él sospechaba que lo habían tenido tan sólo para ser el sujeto depositario de todas sus frustraciones, maldades y estupideces innatas. Poli C, con esa primera letra de Cosmos, el más importante de los cinco integrantes del grupo, el cerebro del engendro, dejó de ser exitoso incluso antes de que esa palabra se cristalizara en su vida. A un mes de irse del grupo, el contrato cayó del cielo y sus compañeros hicieron maletas, sin el hombre que tan sólo pudo contentarse con verlos partir y regresar, muy de vez en cuando, por la puerta de llegada de pasajeros, que daba al frente de La múcura de Maiquetía, el restaurante en donde se conformaba con escuchar las canciones compuestas por su puño y letra.

Sin lugar a dudas, para Poli su vida también era digna de un mártir.

Muchas veces, cuando iba a su trabajo agarrado del pescante del autobús, Poli pensaba en lo que podía tener de parecido con el dichoso santo. El nombre, ya lo había investigado en su vergonzoso pasado de monaguillo, significaba “el que produce muchos frutos de buenas obras”. Buenas obras, buenas, lo que se dice buenas, sí había hecho en su vida. Más allá de la cesión de la habitación a su padre, y de aguantar como un campeón todo lo que salía de los orificios de su vieja, Poli escribió unas canciones que medio mundo ya tarareaba con una entrega que iba más allá de la inconsciencia. Para muestra ahí estaban “Karakas”, “Plum” y “Divisadero”, entre muchas otras. Ahora bien, los muchos frutos producidos, pensaba Poli, hasta ahora no le habían caído a él, sino a unos indeseables que, en alguna ocasión, trató como a los hermanos que nunca tuvo. En fin, proseguía el mesonero asido al pescante, el santo, obispo ocioso como todos al fin, lo único que hizo fue intentar unificar la fecha para una fiesta de Pascua, que nada tenía que ver con el Poli urbano. Al tipo lo iban a matar por cristiano, y el hombre se escondió, eso sí. Sus seguidores, “si es que en verdad existen”, pensaba Poli, salvaban el acto de cobardía del carismático aduciendo una avanzada ancianidad y consiguiente falta de fuerzas. Tanto así que, en el momento en el que los soldados lo fueron a buscar, por medio de una denuncia, el santo sólo dijo: “Hágase la santa voluntad de Dios”. Por si quedaban dudas de su naturaleza, el hombre les ofreció una copiosa cena a sus captores, mientras pidió permiso para rezar un rato. Eso sí lo admiraba Poli, y se entretenía en este punto porque se trataba del acto de negociación y persuasión más perfecto del que se haya enterado en la historia santa. Ahora bien, al decidir la quema del obispo como acto público, todo el populacho buscó la mayor cantidad de leña de sus hornos y talleres, y las apiló para encender la hoguera más voraz que vería por última vez el venerable iluminado. De alguna forma, la relación con la quema, el oprobio continuo y el leñero figurado que tenía que soportar todos los días en su barrio, no le envidiaba nada a lo que pasó el santo en su historia. Éste último, según la leyenda recogida por unos devotos de esos pueblos del carajo, encima del maderamen y a punto de ser encadenado a un palo, les dijo a sus verdugos: “Por favor, déjenme así, que el Señor me concederá valor

para soportar este tormento sin tratar de alejarme de Él”. Ahí estaba otra clave que llevaba el sambenito de su nombre: el antiguo Poli C, el mismo del figurado y constante leñero, también tenía esa capacidad (valor, si se quiere) para soportar el peso de tantas injusticias vertidas sobre él. Día tras día, ver a su madre dormir a su lado, escuchar sus continuas recriminaciones, lidiar con un infortunado padre, aguantar a los peores clientes del planeta y notar las constantes caras y comentarios jocosos de sus vecinos no era de las cosas que más le emocionaban de la vida. Policarpo, el santo, murió quemado en la hoguera y, ¡gran mentira!, le salió una paloma blanca del pecho y todo se inundó de un olor a incienso; Poli, el otro santo, qué duda cabe, no fue quemado de una vez y de dentro de sus costillas lo que más se podía esperar era mierda acumulada. Al obispo lo veneran como a una estrella de rock; al mesonero le pedían que cambie las copas y le pasara una esponja a la mesa. El día del martirio del mito cristiano fue el 23 de febrero; el del gran olvidado de la música coincidía porque se trataba del mismo día de su nacimiento.

En esas estaba cuando tuvo que pagar su pasaje y bajarse del autobús. Reconoció, por enésima vez, que su rutina no era propia de una estrella de rock. Sabía que, apenas entrara por el aeropuerto internacional Simón Bolívar de Maiquetía, el jefe lo saludaría sin muchas ganas y le pediría que se colocara su uniforme de trabajo, un asqueroso pantalón negro de rayón, una camisa blanca tan demodé como el resto de su indumentaria y un lacito negro que despedía un rancio olor de alcanfor con fritanga. Toda la revolución estética en el vestir que pensó realizar con Cosmos se había ido al garete, y la ironía de la vida se empeñaba en restregárselo a la cara con su típico uniforme de mesonero de fuente de soda. Él, que era a quien debían hacerle todas las fotos, ahora personificaba al diligente trabajador de aeropuerto que tenía que tomarles fotos con cámara ajena a los turistas y futuros exiliados del panorama.

Sólo necesitaba una última oportunidad en la música para demostrar que, con o sin grupo, iba a llegar más lejos que cualquiera en la industria.

Con una ocasión le bastaba y estaba seguro de ello.

Sandalio no pudo creer que en el vuelo de vuelta no estaba permitido tomar nada alcohólico sin antes pagar los precios abusivos fijados por la línea aérea. La indignación le calentaba el rostro, y más cuando después de dirigirle algún piropo a la aeromoza de su zona, ésta lo vio con una cara de asco rayana en la grosería. Unos años atrás la carajita no se le hubiera resistido, pensó. Dalio Guerra, el Ruiseñor de las Américas, además de ser más que conocido en todo el continente, tenía el suficiente dinero para viajar en primera y pagar todas sus consumiciones y las de las mujeres más guapas del vuelo a Caracas. Si no hubiera sido por su última esposa ahora las cosas no estarían tan apretadas. Ella, después de que una comadre ociosa le lavara el cerebro y la metiera a evangélica pentecostal, cogió lo que quedaba por los derechos de “Caprichosa”, lo único que le habían dejado los matrimonios anteriores del bolerista, y se los donó al recto pastor del templo que, sin pensarlo demasiado, se instaló en algún lugar de Miami y no regresó jamás.

- Señor, por favor, ¿puede abrocharse el cinturón? -le dijo la aeromoza de muy mala gana- ¿No ve que la señal está encendida?

- Sí, perdona, corazón.

Desde la primera vez nunca respetó las normas que exigían en los vuelos. El cinturón de seguridad lo hacía sentirse como un animal amarrado para el astazo, y ahora el volumen de su barriga era menos transigente con el dichoso ingenio. Otra cosa en la que siempre incurría era en desatender todas las medidas de seguridad, que advertían sobre alguna eventual situación de emergencia, antes del inicio de cada despegue. Cuando era joven sus continuas juergas y resacas no le permitían enfocar la atención en esa voz casi siempre bilingüe, que advertía sobre lo que se debía hacer en la cabina en caso de emergencia. En esa época ya le daba igual dormir una noche con una mulata resultona en Santo

Domingo o con una andina turgente en Popayán, tomar pizco un día en Piura y el otro anís en Guayaquil, meterse una raya de coca en La Paz o compartir algunos pitos de marihuana en Rosario. Además, desde su pasado más exitoso, utilizaba sus pocos momentos de claridad para adivinar el tamaño y la firmeza de las tetas de las aeromozas que hacían la demostración inicial. Se sentía orgulloso de su ojo clínico, ya que sus suposiciones casi siempre resultaban ser infalibles al momento de la verdad. Si las fuerzas le llegaban, horas después del aterrizaje, se entretenía vaciando botellas enteras de champaña en nalgas que imaginó tan firmes como dos guantes de boxeo, y en ombligos perfectos y dignos de los mejores desfiles de reinas de belleza. Ahora las reglas del juego habían cambiado. De muy poco le servía barruntar la perfección de alguna curva, porque sus años y atractivo venían muy cogidos de la mano en la montaña rusa descendente de su vida, a la que no le quedaba más remedio que acostumbrarse.

El latigazo de una turbulencia lo alejó de sus pensamientos otoñales. Miró a su alrededor y pudo encontrar las infaltables “caras de culo-cagaos” que siempre viajan en los aviones, rostros de personajes tensos, que no dejan de transpirar, temblar, apretar la boca y, a veces, mover los labios en torpes oraciones y promesas de ser mejores personas para la próxima. A Sandalio este tipo de gente le provocaba un profundo desprecio mezclado con la más penosa lástima. A él sólo le bastaba ver por la ventana para saber si las turbulencias merecían tanto despliegue de pánico o no. Si notaba que sobrevolaba algún océano, entonces, no había motivo para el miedo. En caso de estrellarse, la máquina iba a caer en agua muy blanda y no en la dureza de la tierra. Sólo era necesario saber nadar un poco y el problema y la vida estaban solucionados para esa ocasión.

Peligro de muerte, peligro de muerte de verdad verdad, estaba en los dominios del escenario. Una botella tirada con puntería por una puta, un navajazo de un músico traicionado por su mujer o algún desliz de un borracho belicoso bastaban para cavar unos metros bajo tierra y depositar el cuerpo del desafortunado más gallardo. Y si creían que eran exageraciones, su experiencia más reciente lo

confirmaba. Con pasar por el Forty Five, y preguntar por lo sucedido la noche anterior, se tenía una panorámica de la gran tragedia evitada. Eso sí era peligro, y no el que un avión fuera batido por una ráfaga de aire.

Además, pensaba, el riesgo siempre estuvo presente en su vida. Su primera mujer la conoció de la manera más alocada posible. El dictador de un país bananero se la había presentado como su tesoro máspreciado. Sandalio, en su papel del apuesto Dalio Guerra, la saludó con la mayor cortesía y siguió hablando con el militar, que lo agasajaba en su morada como a todo un invitado de postín. Sin embargo, unas ganas de apretujar sus labios con los de aquella mujer lo quemaba por dentro con rencorosa inclemencia mientras intentaba seguir la conversación. El dictador, feliz por la presencia del famoso bolerista, le pidió que cantara “Caprichosa” ante un público constituido por él y tres de sus fornidos guardaespaldas. El gran Ruiseñor tomó un último sorbo que sabía al mejor roble, alzó la copa y entonó los primeros versos de su tema de moda. No bien había llegado a la segunda estrofa, la hermosa mujer entró, distraída, y provocó la estampida de un inmenso ejército de gallos desde lo más cavernoso de la garganta del gran romántico. Como pudo, Dalio intentó volver a la compostura en medio de su espantosa a capella, pero las letras se le mezclaron en la cabeza y donde venía la palabra “caprichosa” puso “buenamoza”, en “lindura” se equivocó por “lisura” y así sucesivamente... El militar rió con ganas y le dio una palmada en la espalda. El Ruiseñor vio cómo salía por donde había entrado aquella beldad y, cuando calmó su vergüenza, pidió permiso para dirigirse al baño. Se sentía torpe y con la imagen de un bufón de corte de segunda. En todo el camino no dejó de maldecir su suerte y el papel que representó en el momento. Nunca, desde que se había hecho ídolo de masas, quedó tan en ridículo delante de una hermosa mujer. Pensó que meterse el poco de coca que cargaba encima podía darle otra visión del asunto. Cuando giró la puerta del baño, se encontró con la hembra del mandatario en bolas y con risitas de pícara quinceañera. Ella, Griselda se llamaba la moza, se le acercó y dio comienzo a la locura más

extraordinaria de la vida de Sandalio. Con una mano diligente lo sentó en la poceta y, cuando lo consiguió, se apresuró a llevar la inconciencia a su cenit. El Ruiseñor dejó caer la coca y...

Una turbulencia aún más fuerte, contra el avión, hizo que el ocupante del asiento contiguo le preguntara con arrebato:

- Señor, ¿cree que nos salvemos de esta?

- ¿Ah?

- El avión... tiembla mucho.

- Bueno, mijo, asómese a la ventana y dígame que ve.

- Nubes...

- ¿Y pabajo?

- Hay un mar.

- ¿Muy azul?

- Sí.

- Tonces, no se preocupe, mijo. Eso es que ta hondo. ¿Sabe nadá?

- Sí, pero... ¿para qué? Eso no sirve de nada...

- ¡Cómo no va a servir, caracho! -exclamó con una risilla de suficiencia- Óyeme, pues, si esta vaina se cae y abajo hay agua, no nos quemaremos ni na. Nos hundiremos y saldremos nadando hasta llegar a un palo o a una playita.

- ¡Pero, señor, cómo va a decir eso! Estamos a miles de metros de altura. A esa distancia, pegarnos contra el agua es casi igual que darnos contra la tierra. Y si ahora se partiera el avión en dos, por la velocidad de caída y todas esas vainas sólo llegaríamos en pedazos. ¡Nos moriríamos en la caída!

- ...

- ¡Nos moriríamos, coño!

- No... Mijo querío, eso no es así, ¿veldá?

Su vecino no le contestó y con la sacudida del momento empezó a silabear con los ojos cerrados. Sandalio no tenía alas como el ruiseñor de su alias para salvarse de ésta. Miró a su alrededor y vio que las aeromozas también estaban amarradas con sus cinturones y con los rostros arrugados. La voz del capitán de vuelo llamaba a la calma, y Sandalio maldijo nunca haber prestado atención a las advertencias de siempre. El miedo se apoderó de él, y pensó que lo del Forty-Five no era comparable a lo que sentía en el momento. En ese instante, la tez del cacique antillano que tantos galardones había acaparado, también se había transformado en un “culo-cagao”. Otra fuerte sacudida lo hizo mearse encima, jurar no volver a meterse en un avión, querer a su hijo de una buena vez por todas y enumerar una sarta de promesas tan gloriosas como absurdas. Cerró los ojos y se entregó al rito de intentar ver pasar en un instante toda su vida, pero le fue imposible. Sólo logró dar con imágenes de botellas, trompadas a mujeres y una que otra teta pendulante. A cada pensamiento de estos, Sandalio intentó conciliar alguno en el que apareciera su idea de Dios pero, apenas imaginaba a un recto señor de barbas blancas, al Ruiseñor lo atacaban recuerdos de sus peores juergas y pecados. Con una tremenda estremecida que le hizo rebotar sobre su butaca, Sandalio, sudado de arriba abajo, sintiendo la calidez de la orina fresca, no aguantó más y gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Coño, no me lleves toavía, papaíto quería!

Todo pasó tan rápido, que la otrora voz inmortal de las Américas había dejado de entonar un arrullador bolero para dar paso a un aullido con muy pocas glorias. Alguien de abordó rió en medio de la crisis, pero Sandalio ya no tenía tiempo ni condiciones para escucharlo. Su cuerpo yacía, breve, lastimoso y desvanecido sobre su asiento.

En medio del desmayo, un hilillo de saliva le llegó a mojar el hombro de su camisa amarillo satén.

A Atanasio no le gustaba esperar, pero parecía haber sido concebido sólo para eso. Si se tenía que hacer una larga cola con cualquier fin, a él era a quien despachaban como a un buen muchacho de los mandados. Si alguien tenía que ir para el médico de seguro social, él era quien debía madrugar para coger el turno. Si había que montarle guardia a un pícaro promotor, el trabajo tenía que llevarlo a cabo también. Ahora en el aeropuerto se sentía de la misma manera.

La llamada que había recibido, como ya era costumbre, sólo le decía el día de llegada, pero no la hora ni ningún otro dato específico. Parecía que todo estaba pensado para exasperarlo, y a sus cuarenta y dos años de edad viviendo del cuento ya no le hacía gracia su misión. Apenas tuviera una oportunidad, iba a hacerse escuchar y le traía sin cuidado si su reacción no gustaba. Eso fue lo que pensó, decidido, apenas se tomó lo que quedaba del café y vio cómo el mesonero se esfumaba detrás de una puerta que daba a la cocina. Sin pensarlo dos veces, Atanasio movió su enorme barriga lo más rápido que pudo, aunque el estrépito, que hizo al tirar la taza de porcelana al suelo, frustró su huida. No le quedó más que correr en estampida, bajo la mirada atónita de los comensales, no sin antes llevarse por el medio a una docena de maletas y a un perro pequinés que estaba tomando agua al lado de su dueña.

En la primera etapa de su escape a Atanasio no se le ocurrió ver para atrás. Corrió como un degenerado y su corazón parecía salirse del pecho. La escena, de un patetismo rayano en lo absurdo, hizo que saliera al estacionamiento del aeropuerto dando brinquitos y luego volteando a los lados, mientras tiraba manotazos al aire por si acaso se le interponía algún captor. Eso lo había visto hacer en las mejores escenas de las películas de acción de los domingos, y siempre le daba resultado al ágil protagonista. Por eso no titubeó al momento de esconderse debajo de una camioneta que alguien había

estacionado al amparo de una mata de mango casi seca, otro truco que había salvado de las más terribles balaceras al yanqui que luchaba por vengar la muerte de algún compatriota.

Atanasio estuvo así por tiempo indefinido. La corredera le bajó la tensión y le hizo desmayarse en su escondite. Cuando despertó, el sol había bajado por las montañas y el carro ya no estaba encima de él. Aturdido, Atanasio se pasó las manos por la camisa para quitarse el polvo, con la sorpresa de verse colmado de mierda de palomas hasta en la cara. Miró al copo de la mata y vio cómo el culo de una de las aves aligeraba parte de su carga desde la rama más inaccesible. El pájaro no pudo tener mejor puntería, y bañó a Atanasio en toda la frente. Éste, de forma mecánica, cogió unas piedras y las elevó hacia las horquetas sin mucha puntería. Las palomas alzaron vuelo y Atanasio se retiró lanzando amenazas.

Ya, en medio del estacionamiento, recordó el motivo por el que estaba en el aeropuerto y apresuró el paso lo más que pudo. Su figura no podía ser más nauseabunda y digna de lástima. Los taxistas de las puertas del terminal internacional lo miraron de cuerpo entero y alguno hasta buscó a un compañero para compartir comentarios de mal gusto. Atanasio hizo la vista gorda y, ante las caras arrugadas de los niños, siguió caminando hacia su destino. Entró al baño y, cuando abrió los grifos, confirmó lo peor: no salía ni una gota de agua en ninguno de ellos. Las pocetas estaban asquerosas y ni siquiera había papel higiénico. Aunque para cualquier alma sensible el hecho hubiera sido de agonía total; el nivel de desesperación de Atanasio había remitido mucho antes de entrar al baño, porque sabía que ese tipo de situaciones eran muy frecuentes en el servicio público nacional.

Salió del baño, tan inmundo como estaba al principio, y caminó con la resignación habitual, de la que hacía gala cuando sus planes siempre naufragaban en los océanos de la desdicha. Así estuvo hasta que se topó de frente con la cara de amargura del Ruseñor.

- ¡Dónde carajos te habías metío, degenerao!

- Apá, usted no me habla así.

- ¡Y cómo coño tengo que hablarle a un manganzón de más cuarenta años que viene a buscame todo lleno de cagadas de pájaros! Llevo más de dos horas esperándote y no tengo ni medio encima...
¿Trajiste el carro?

- ¿No te acuerdas que lo vendiste una semana antes del viaje a México, apá?

- ¿Y tú no podías pedí prestao uno pa buscá un artista de mi talla?

- ¿Y a quién se lo iba a pedir?

- Muchacho del carajo... ¡Toma!

- ¿Qué hay en esa bolsa de plástico, apá?

- Unos champuses, paños y jabones que traje pa los dos... Ese es tu regalo, así que no pidas más.

- ¿Y esas maracas?

- Ya te cuento... Acompáñame a reclamá el equipaje, que parece que no ha llegao nada. ¡No te digo yo!

La aeromoza de la taquilla, al verlos acercarse, mudó su cara a la amargura más absoluta y casi metió la cabeza dentro de la pantalla de la computadora.

- Oye, corazón, te voy a pedí un favor -dijo Sandalio con la voz melosa-.

- Diga, señor -respondió la aeromoza, indiferente, sin levantar la vista del ordenador-.

- Es que llevo dos horas de habé llegao del vuelo ese de México, y todavía nadie me da razón de mis maletas.

- ¿Cómo son?

- Una es de plástico verde, chiquita, y tiene un dibujo de Pedro Infante que dice ¡Viva México!; y la otra es negra, un poquito más grande, y dice Nuevo Circo de Caracas en letras como de escalcha.

- Apá, ¿te compraste una maleta de Pedro Infante? -preguntó Atanasio-.

- ¡Cállate la boca, muchacho! ¿No ves que distraes a la señorita?

- Señor, esas maletas no aparecen consignadas.

- ¡Pero cómo...! Mira, corazón, yo las pasé como equipaje y el muchacho de la aduana me dijo que no me preocupara.

- Apá, ¿y esa mancha en el pantalón?

- ¡¿Te puedes callar?!... No, no es con usted, señorita, disculpe.

- Déjeme ver si con esta tecla... Hmmm, no, esas maletas no han llegado a Maiquetía.

- ¿Y entonces cómo quedo yo, mijita?

- Apá, ¿te measte otra vez?

- ¡Cállate, desgraciao! ¡Vete de aquí, coño! ¡Me va a da una vaina! –con la voz ahogada por la cólera-... Perdone, es que este muchacho me saca de quicio... Cómo decirle, señorita, ya se habrá dao cuenta de que, por la ropa que cargo puesta, soy un artista de importancia. ¿Conoce el famoso bolero Caprichosa?

- No.

- Eso es muy raro. Si hace memoria, ya verá que sí... Bueno, yo tengo un compromiso impoltantísimo por toa esta semana, y no podré recogé las maletas que tienen todos mis enseres artísticos. Tonces, me gustaría saber qué puedo hacer.

- Señor, tendríamos que contactar a México y ver si sus maletas de Pedro Infante están allá...

- No, una es de Pedro Infante y la otra del Nuevo Circo con letras de escalcha...

- ...Y en unos días ya sabremos todo para que venga a recogerlas.

Un largo brazo se interpuso entre Sandalio y la aeromoza de taquilla para tocarle el hombro a un Atanasio que estaba distraído. Éste último, por puro acto reflejo, elevó un manotón que le dio de lleno en la cara del dueño de la extremidad y cogió parcialmente la boca de Sandalio. La cosa fue tan rápida que sólo sonó el golpe seco, el grito de la aeromoza y el cuerpo y la plancha del Ruiseñor al caer al suelo.

- ¡Pesho anomal, qué me haz hesho! ¡Déjamez que me pare y verásh!

- No, señor, déjeme a mí darle lo suyo a este gordo hijo de puta -intervino un mesonero que se palpaba la quijada-.

- ¡No te me acerques! -gritó Atanasio moviendo las manos como un aficionado al boxeo-.

- Señores, o se calman o llamo a la policía -advirtió la aeromoza de taquilla-.

- ¡Vente, pues, gordo coñemadre, vamos afuera!

- ¡Epa, epa! Calma... A ver, mijo, ¿qué te hizo este degenerado? -intervino Sandalio, ahora menos mareado, llevándose lejos de la aeromoza a Atanasio y con la plancha bien encajada-.

- Mire, señor, este gordo de mier...

- ¡Güevón! -gritó Atanasio-.

- ¡¿Qué?! ¡¿Quieres coñazo?!

- Tranquilo, tranquilo, mijo, no le haga caso a los necios -apaciguó Sandalio-.

- Bueno, este tipo no pagó un café, nos reventó una taza y casi mata al perro de un cliente.

- ¡Tenías que ser tú! -regañó Sandalio a Atanasio, antes de volver con el mesonero: Déjeme presentarme, mijo. Usted me debe conocer, claro.

- No, señor.

- Bueno, joven, usted está ante Dalio Guerra “El Ruiseñor de las Américas”, para servirle.

- Yo soy Poli.

- Bueno, Hipólito, lo que quiero decite es que...

- Poli, señor.

- ¿Sí? ¿Poli de qué?

- Poli nada más.

- ¿Poli de Policarpio? -preguntó Atanasio en son de hacer las paces-.

- ¡Poli de que eres un güevón, gordo de mierda!

- Bueno, pues, tampoco es pa calentase tanto, muchacho. ¿No ve que Atanasio ya se calmó? -dijo

Sandalio-. ¿Cuánto costó el guayoyo?

- Dos mil bolívaes, señor.

- Bueno, Atanasio, págale esa vaina y pídele peldón al joven.

- Es que no tengo más plata, apá. Lo que puedo hacer es pedirle perdón al muchacho.

- Muchacho de mielda -murmuró Sandalio con una mirada venenosa, antes de volver a Poli:

¿Mira y no puedes dejá esa vaina en mil?

- No, señor, cómo voy a...

- Perdón, Poli -se disculpó Atanasio-.

- ...dejarle eso en mil. ¿No ve los destrozos que hizo este tipo?

- Es que ahora no tengo mucha liquidez encima, porque los artistas no cargamos la plata pa'riba y pa'bajo. Somos, cómo decirle... como los presidentes o los reyes de Europa.

- Lo que usted quiera, señor, pero yo tengo que reponer ese café, y no pienso poner de mi bolsillo. Además, el gordo rompió la taza.

- Bueno, mijo, ya llegaremos a un arreglo. La lavativa es que me agarras en mal momento, porque tengo un problema con las maletas que no han llegado de mi último recital a casa llena en el teatro Bellas Artes del D.F. en México. ¿Nunca has ido allá?

- No, señor.

- Bueno, deberías. Es un país que considero como mi segunda patria. Tengo a mucha gente que te recibirá bien. Si puedes diles que vienes de mi palte a esta gente... Anótate el bar Forty-Five y el nombre de este diputado, cómo es que se llama el tipo...

- ¿Conociste a un diputado, apá?

- Señor, ¿y cómo quedamos con el guayoyo?

- Veldad, mijo, tienes razón -campechano-. Lo que son las cosas. Yo hablándote de mi gira y de mis triunfos en México, y no te doy razón de tu café... Mira, eso lo arreglamos ahorita mismo. Vuelve a tu puesto, que tu jefe se va a calentá, porque no quiero darte problemas, faltaría más, joven... Yo me paso ahora con el muchacho y la tarjeta de crédito para solucionar lo del guayoyo. Es que primero debo arreglá esto de la maleta... Por cierto, ¿tú no conocerás a esa aeromoza?

- ¿A Rosita?

- Mira qué bonito se llama la moza... ¿No podrías, ya sabes, agilizar un poco esta lavativa?

- Señor, quédese acá y déjeme ver qué puedo hacer...

Poli caminó donde Rosita con la certeza de que el par de tipos eran personajes de la peor calaña. Sabía que se estaban aprovechando de él, pero también tenía la seguridad de que, con las maletas en su poder, algo podía sacar en garantía. Al final, dos mil bolívaes tampoco era una suma digna para sacrificar un equipaje entero.

Rosita siempre había tenido el complejo de ser la aeromoza menos agraciada de Aeropostal, y, de seguro, de toda Maiquetía. Su nariz de ogro y un cuerpo contrahecho sólo evidenciaban dos cosas: o estaba allí por un sueldo mísero o conocía a alguien influyente en la empresa. El enigma estaba echado, pero muchos apostaban por lo primero. Venezuela había dejado de ser un país de gente influyente. Las pocas personas que quedaban sólo se veían partir de Maiquetía con una frecuencia de concurso internacional.

Era posible que esta triste realidad amargara aún más el carácter de Rosita. La moza estaba consciente de sus pocos atributos físicos y eso la hacía llevar muy mal su realidad. Nunca estaba para ayudar a ningún cliente, y era frecuente que se tardara más de la cuenta sólo por el gusto de impedir que muchos pasajeros de última hora pudieran montarse en el avión. Su gozo interno era colosal cuando un padrino ocupadísimo no podía llegar a la boda de su mejor amigo, o cuando le destrozaba un día de navidad a una madre soltera que le había prometido el acto de presencia a su único hijo. Sin embargo, su

actitud con Poli distaba de ser acre y despiadada. Con él era la melaza pura. Lo veía y mostraba todos sus dientes como si fueran informes teclas de un piano estrellado contra el suelo. No dejaba de verlo a los ojos, y de quitarle el uniforme de mesonero con la mirada, incluso cuando le pedía la hora o la cuenta por algún almuerzo servido en La múcura de Maiquetía... Y de todo esto se daba cuenta Poli. Rosita, sin duda alguna, era otro de los tantos motivos de burla que lo acechaban: el ex gran baterista y cerebro del grupo de rock exitoso sólo llegaba a seducir a la aeromoza más fea del aeropuerto, por mucho que siempre hubiera pensado en una vida llena de ninfas y bellezas entregadas a la sensualidad de su negada fama.

- Rosita, ¿me haces un favor?

- Claro, querido.

- Ese señor que está allá...

- ¿Qué te dijo ese viejo? ¿Sabes que montó una película en el vuelo de regreso? -en plan confidencial: Se puso a gritar como un loco, se meó encima y se desmayó. Hasta pensaron que se había muerto, porque lo sacaron inconsciente del avión. Con lo difícil que es quitar ese olor a meado de viejo de las butacas, chico, porque si fuera un bebé por lo menos...

- Bueno, te cuento que el tipo tiene una cuenta pendiente y me dice que ustedes tienen sus maletas.

- Eso es verdad.

- Entonces, quiero que me las des cuando aparezcan, que de eso yo me encargo.

- Por mí no hay problemas. Ni siquiera creo que tenga nada de valor en esas maletas de Pedro Infante, pero necesito que el viejo me dé la autorización para evitarme problemas.

- Espérate un momentico, Rosita. ¡Señor Dalio, hágame el favor y venga para acá!

- ¿Sí, mijo?

- Mire, que Rosita necesita una autorización de su parte para que yo pueda recoger las maletas.

- ¿Recogerlas? Pero si yo las quiero ya.
- Sí, pero eso no va a ser posible. Tienen que llamar a México.
- ¿Eso es veldá, hija?
- Sí, señor.
- Usted no se preocupe, que yo me haré cargo de las maletas -dijo Poli-.
- ¿Y luego me las mandará a la casa, joven?
- Sí, luego se las mandaré a la casa. Sólo necesito que eche una firma a esa autorización que le

está pasando Rosita.

Sandalio cogió el bolígrafo de plástico que le habían alcanzado y firmó con una letra propia del nivel escolar primario. En ellas puso un teléfono como único contacto y remató con el inefable título: “Dalio Guerra, artista unibersal”.

- Peldonen que no haya puesto una dirección exacta. Es que desconozco el hotel en el que me alojaré...

- Pero, viejo, si vives en el barrio El Manguito de Antímano...

- El muchacho no sabe muy bien lo que dice -dijo con una sonrisa que parecía diabólica-. De todas formas, en ese número alguien sabrá darles razones de mí... Lástima que no tenga alguna tarjeta de presentación a mano... Por cierto, ¿esta línea no me puede proveer de algún cheque para resarcirme de este molesto incidente? Hoy tengo unas reuniones altísticas de extrema importancia, y necesito cambiame de traje.

- Perdone, señor, pero su pasaje era de descuento y nosotros no garantizamos este tipo de servicios en esos tickets -respondió Rosita-.

- ¡No me jo!... Bueno, algo tendrán que hacer. En esa maleta estaba mi billetera y no tengo ni para alquilar la limonsina hasta el hotel...

La aeromoza se hizo la desentendida, y el silencio reinó por un breve, aunque eterno, espacio de tiempo.

- Oye, mijo, ¿tú no tendrás argo pa pagale el traslado a un artista de mi magnitud? -le preguntó Sandalio a Poli-.

- Señor, ¿y usted no iba a pagarme la cuenta del gordo con su tarjeta de crédito?

- Sí, ¿pero no escuchastes que dejé la billetera en la maleta?

- ¿En cuál, papá, en la de Pedro Infante?

- ¡Cállate, carajo!

- Mire, si quiere, sólo le puedo facilitar la plata para el pasaje de autobús hasta Caracas -le dijo Poli en un ataque de bondad-.

- Bueno, pué, déme eso que yo me las arreglo. Así conozco palte de la ciudad y me inspiro pa creá nuevos temas. Ya sabe, el artista nunca deja de trabajá... Eso sí, espero que no me reconozcan. Tú no sabes cómo son los fans -dijo Sandalio con el puñado de monedas en la mano-.

- ¿Papá, y yo cómo me devuelvo?

- ¡Gracias, mijo! -le dijo Sandalio a Poli en medio de un fuerte abrazo que olía a orina. Luego, más confidente, le comentó al oído: Y tú no te preocupes por el goldo, ya él sabrá cómo irse. No le hagas caso que yo casi ni lo conozco.

Al otro día, como ya era habitual, el racimo de ronquidos de Micaela no dejó dormir a Poli. Éste se levantó de la cama y, en medio de uno de sus intentos por no hacer ruido, su madre volvió a gruñir con saña renovada. Poli prefirió cerrar la puerta tras de sí y pasar directo a la cocina. En ella, como siempre, se encontró con su padre, bolígrafo en mano y en plena lectura de la Gaceta Hípica.

- Ahí tienes tu café, muchacho -dijo el viejo-.

Poli se sentó en la silla, cogió la taza y, sin ver al padre, preguntó envuelto en una total ausencia:

- Viejo, ¿por qué tú no hiciste como el tío Bartolo?

Honorio siguió inmerso en sus tachaduras de caballos como posibles ganadores de la carrera del próximo domingo, y Poli pensó en su remoto familiar. Bartolo, ni más ni menos, fue un tío de su padre que tuvo la desdicha de casarse con la mujer más desagradable de todo Caripe del Guácharo, y que a su vez parió a los hijos más desagradables de todo Caripe del Guácharo, un pueblo sumergido en matas de naranja, gallos capones y mermeladas de rosas. Cuenta la historia que Bartolo, en principio, había sido famoso por su participación en alguna guerra de montoneros y luego por el continuo calvario familiar en el que tenía que vivir: por un lado, su mujer no dejaba de reñirlo en público y, por el otro, de sus nueve hijos nunca se conoció una conducta comprensiva hacia su progenitor. Sin embargo, Bartolo, un tipo de personalidad pusilánime, seguía yendo día tras día a su casa, llevando las guamas, los huevos de guácharo y los cortes de carne que su puesto en el mercado le iba proporcionando, mientras sus hijos crecían y Auristela, su mujer, le demostraba que, por mucho que lo dijeran las canciones de la pulpería, la vida no era tan bella como parecía. Luego de veintiocho años y cinco meses de infeliz vida familiar, a Bartolo le dio por repetir entre dientes, y con voz queda, la típica frase: “Algún día de estos me voy a cogé un camino extraviado”. Uno de sus hijos, que lo ayudaba en el mercado a descargar naranjas del

camión, se burlaba del único consuelo de su viejo, y, de cuando en cuando, se ponía de acuerdo con sus compañeros del mercado para jalarle la lengua al mártir. Y, Bartolo, siempre fiel a su letanía, repetía sin cesar: “Algún día de estos me voy a ir pal carajo”. Ya viejo, inmerso en el infierno de una Auristela renuente a las enfermedades y con una ristra de nietos infinitos, un buen día fue Bartolo con dos de sus hijos a cerrar su puesto de frutas en el mercado. Ausente y perdido en algún pensamiento, el tío de Honorio se tomó un café en la pulpería en la que solía descargarse de tantas penas, entre tragos de ron blanco y juegos de dados y batea, cuando uno de sus hijos le lanzó alguna moneda para que le buscara algo de tabaco en el mercado. El viejo Bartolo dejó la taza sin terminar sobre la rocola que daba a la calle, y con su paso recortado se alejó poco a poco en el horizonte hasta hacerse un diminuto punto, que se borró en lontananza y del que más nunca nadie en el pueblo supo. Con el tabaco desapareció Bartolo, y una promesa que tuvo atragantada durante cuarenta y seis años de infernal vida familiar. De nada sirvió buscarlo. El hombre se transformó en una leyenda que, incluso, dio materia prima para muchos chistes y refranes en ese pueblo sumergido en matas de naranja, gallos capones y mermeladas de rosas.

- ¿Qué dijiste, muchacho? - preguntó Honorio con una tardanza justificada en sus ecuaciones hípicas -.

- Nada, viejo.

- Ah, sí, lo del tío Bartolo. Qué más quisiera yo, Policarpo - dijo Honorio, antes de volver a clavar su ojos en su Gaceta Hípica -.

Poli volvió a sentir un ardor en el rostro como consecuencia de haber vuelto a escuchar su propio y miserable nombre. El viejo se frotó las manos y se dirigió a una hornilla de la cocina de gas para coger la borra del café que tenía que tirar a la basura. En mitad de su acción Honorio preguntó:

- Oye, mijo, ¿y esas maletas de Pedro Infante?

- Son de un tipo que... -dijo Poli al principio sin darle importancia, hasta que un fogonazo le hizo preguntar: Viejo, ¿no te suena el nombre de Sandalio Guerrero?

- Sandalio Guerrero, Sandalio Guerrero... Coño, no.

Como se lo esperaba Poli, el tipo era un completo farsante que tuvo la desfachatez de dejarle al obeso, crecidito y pedigüeño de su hijo en el aeropuerto. El balance no era nada bueno: una taza rota, un café sin pagar, un puñetazo en la jeta y, finalmente, el dinero para que se fueran en autobús tanto el viejo como su hijo. De todo eso sólo quedaron esas maletas que le entregó Rosita el mismo día. Con el cansancio del trabajo Poli no tuvo ni la más mínima curiosidad por registrar el contenido. Pensó en abrir las maletas de ese fantoche, que firmaba bajo el nombre de Dalio Guerra. De pronto reaccionó y le preguntó a su padre:

- ¿Y Dalio Guerra no te suena?

- ¡Coño, cómo no me va a sonar, mijo! ¡El Ruiseñor de las Américas! -estalló Honorio-. Con ese tipo yo sí bailé, olvidé lo que había que olvidar y cogí mil borracheras, muchacho... Por ahí, cerca del picó, tienes unos discos que compré cuando todavía era un chamo feliz como tú.

Poli se levantó de golpe y, en vez de revisar las maletas, corrió en dirección al salón donde estaba el equipo de sonido. Allí se detuvo y, entre una sucesión de viejos acetatos de Lucho Gatica, Bienvenido Granda, Bobby Capó, Tito Rodríguez, Toña la Negra y Daniel Santos, dio con la primera portada de un disco de Dalio Guerra. En éste salían unas palmeras delante de una playa límpida, y en el medio estaba el viejo del aeropuerto con treinta kilos menos, mirada seductora, bigote engominado y un par de maracas en la mano, bajo un título en letras amarillas: “El Ruiseñor le trina al amor”. Al lado, otro disco lo mostraba vestido con una guayabera y abrazado a un requinto, mientras se arrodillaba ante los pies de una bella mulata. Arriba, se leía sin dificultad: “El Ruiseñor enamora a la Caprichosa”.

Poli desempolvó las carátulas de todas esas antigüedades y comenzó a estudiar cada detalle en ellas. Notó que el bolerista era un intérprete, pues nunca había escrito un tema en ninguno de los discos que tenía entre sus manos. Honorio se sentó a su vera y, mientras su hijo revisaba el material con interés de arqueólogo, le comentaba las canciones que más le gustaban de Dalio Guerra, la repercusión que tuvo

en su día y lo sabrosas que resultaban las trifulcas de bares bajo las melodías de “Caprichosa” o “Ingrata de viernes santo”. Cada pieza le traía un recuerdo nuevo, y Micaela cuando salió del cuarto tarareó los primeros acordes de “Ánima en pena”, otro gran éxito, con una voz que invitaba más al suicidio que a la alegría.

Pero, a pesar de todo, Poli se mantenía como absorto de todo lo que le rodeaba. Pensó que el hombre podría ayudarlo con sus contactos, y luego se sintió algo tonto por la esperanza depositada en él. Era verdad que conoció al bolerista de vuelta de un viaje al extranjero, pero su estampa y sus maneras estaban más asentadas en la más obvia decadencia. Quizás el viejo ya no era la sombra de lo que fue, y en esa posición iba a ser imposible que tuviera algún contacto dentro de la industria.

Honorio, superado el acceso de amargura que le daba ver a Micaela recién levantada, siguió con su cháchara sobre el Ruseñor. Le dijo a Poli que el tipo era un mujeriego y que parecía tener la filosofía de un boxeador. En cuestión de meses había escuchado que se había gastado todo su dinero en drogas, divorcios, bebida, juicios por abusos a menores y juegos. Alguien una vez le dijo, creía recordar, que Dalio, a veces, se ganaba la vida cantando en una pollera de la avenida Baralt. Mientras los taxistas, policías y malandros convivían en una tensa tregua, sazónada de muslos asados y hallaquitas de maíz, el Ruseñor ayudaba a la producción avícola con su corral de gallos que salían de su garganta. Si tenía suerte, y el portugués del local El multisápido le pagaba lo acordado, siempre se le veía comer algún pollo frío en compañía de un gordo cuarentón en una mesa erupcionada de latas de cerveza Polar.

Aunque todo parecía estar ya dicho, a Poli le había dado tiempo para acariciar un plan tan desquiciado como original. Así que pasó al cuarto, sin hacer caso a las recriminaciones de su madre por las maletas atravesadas, cogió una tarjeta telefónica, el papelito del Ruseñor y salió en dirección al único teléfono público que aún servía en el barrio. En todo el camino hizo caso omiso de los saludos que se esmeraban tanto en recalcar su nombre completo. Porque había que admitirlo: Poli estaba ensimismado, llevaba una idea calvada y era usual que en esas ocasiones no parara hasta lograr su

cometido. Pensaba, casi en un trance parecido al del tío Bartolo, que ya había llegado su momento para demostrarles a los mal nacidos de Cosmos hasta donde era capaz de llegar y triunfar sin ayuda de nadie, aunque para hacerlo tuviera que pasar una temporada en el infierno.

Tuvo que esperar por más de veinte minutos los consejos que le daba el viejo Celeuco, el del quiosco de lotería, al hijo que tenía otro puesto en Macuto. Cuando terminó, Poli pudo coger el auricular, aún caliente y hediondo a saliva. Estiró el papelito con el número de contacto, y tuvo el cuidado de hundir lo más que pudo con la llave de la casa la tecla 9, que desde hacía meses estaba casi inservible. El teléfono repicó en unas seis ocasiones y, cuando Poli pensó que sus esperanzas otra vez se habían ido al garete le atendió una voz arañada por los años.

- ¿Sí?

Poli colgó el teléfono antes de decir algo. Cayó en cuenta y pensó que estaba en un apuro de formas. ¿Por quién iba a preguntar? ¿Por Sandalio? ¿Por el Ruiseñor? No, por supuesto que no. Iba a ser una total estupidez llamar a una casa y pedir al otro lado que le comunicaran con un pájaro. “Por favor, ¿está el Ruiseñor?” Así se dirigía directo a la ruina total. Podía jugársela y quedar como el eterno desubicado que no respeta la vida privada del artista. Sandalio, por otro lado, tampoco era una manera muy acertada de pedir a alguien que se obstinó en responder siempre bajo otro nombre. Mientras seguía pensando, unos niños huelepegas no dejaban de darle tirones a sus bermudas en procura de algún billete regalado al descuido. Poli los apartaba con sus manos, y luego se decidió a marcar con ánimos renovados.

El tono, como era habitual, se repitió en seis ocasiones exactas, y la misma voz volvió a interrogar:

- ¿Sí?

- Buenos días, por favor, ¿me podría comunicar con el Maestro?

- ¿Cuál maestro?

- Perdone... con el señor Dalio Guerra.

- ¿Y ese es un maestro pa ti?

- Bueno, es que yo...

- Mira, aquí ya dejen de joder que no es una central telefónica. No sé si fuistes tú el que llamó antes, pero cada vez que tocan el teléfono tengo que irme de la bodega, y dejar a alguien cuidándola mientras entro al rancho a atender.

- Perdone, señor, no quise...

- ¡Qué perdón ni que ocho cuartos! Si quieres ver a ese pícaro, llégate a la casa que está al lado del bloque cinco del Manguito. Es fácil llegar y, si no, pregunta. Si ves a Sandalio, le dices que le pague al señor Arturo, de la bodega El ánima de Taguapire, los treinta mil bolos que me dejó en la cuenta, que sepa que somos gente pobre pero honrada y no recepcionistas.

- Bueno, yo quiero decirle, señor, que...

- Sí, ya estoy pa' escucharte. ¡No te digo yo!

Poli sintió la rabia con la que el viejo Arturo colgó el teléfono y se quedó en medio de los huelepegas como un total idiota. Ultrajado, Poli pensó que igual sus sueños volvían a ser depositados en el cubo de basura que llevaba en el pecho.

De vuelta a casa, el plan inicial, más allá de abandonarlo, seguía cogiendo forma. Quizás las esperanzas no estaban perdidas, después de todo, pensó Poli. Sólo había que darle vuelta a las cosas, y éstas terminarían por hacerlo célebre. Cuando abrió la puerta de la casa, y siguió hacia el cuarto, se encontró a Micaela en plena sarta de recriminaciones a un Honorio que, en la salita y con cara de hartazgo, mantenía las manos en la infantil tarea de tapar sus oídos. Poli pasó de largo y, como siempre, no tomó partido de la primera discusión de la mañana. Del cuarto que compartía con su madre salió vestido con ropa de diario, y entre el fuego cruzado de sermones de Micaela, sorteó algunos tiros dirigidos a él y cogió las dos maletas. La vieja no dejó pasar la oportunidad para desviar el tema y pedir

razones de los bártulos. Poli se desentendió de todo y, cuando estaba a punto de salir, Honorio le preguntó:

- Oye, mijo, ¿y hoy no tienes trabajo en Maiquetía?
- No, viejo, tengo el día libre.

- Mira, muchacho degenerao, aquí no hay ni ron, ni leche, ni un carajo -dijo Sandalio-.

- Apá, lo que quedaba de ron se lo tomó usted todito ayer - le respondió Atanasio desde el sofá en el que se encontraba tirado -.

- Si lo que quedaba era un pendejá, na más pa mojame los labios... En mis buenos tiempos qué voy a decir ron, ¡puro güisqui de veinticinco años parriba era lo que había! Agua de esa mineral francesa que vale más que un camión de cochinos lleno, mangos que parecían cabezas de ganao, esas huevas de lisa carísimas que son de Rusia... Bueno, todo eso, pendejo. No ese ron peleón de borrachito de mercao que hay en casa, porque un artista como yo puede joderse la voz de por vida por ingerir bebida en mal estado. ¿No te conté lo que le pasó a Bienvenido Granda cuando le dieron un palo adulterao?

La puerta emitió tres golpes secos pero muy medidos, e interrumpió la enésima anécdota de Sandalio.

- Mira, muchacho, anda a ve quién es. Si es el viejo Arturo dile que no toy, que ando cumpliendo compromisos en Perú, o, mejor toavía, en Puerto Rico, en Ponce, sí, en Ponce. Si es algún promotol de arcurnia me lanzas la clave pa vestime con la clase necesaria -le dijo Sandalio mientras se escondía en su cuarto-.

Atanasio, en interiores, descalzo y sin camisa, se levantó del sofá con muy pocas ganas. Pasó por el lado de la botella de ron y se aproximó a la puerta. Cuando la entreabrió el sol le pegó en la cara, lo aturdió y le hizo achinar los ojos. Sin distinguir, siquiera, a la persona de afuera, preguntó:

- ¿Sí?

El aliento a boca sucia ofendió las narices de Poli. Como se lo imaginaba, la decadencia era total. La casa del Ruisenior no conocía una mano de pintura, por lo menos, en quince años. Si no fuera por el

gordo que le entreabría la puerta, hubiera pensado que estaba deshabitada. Alguien que fue a la prisión de El Dorado una vez le describió, palmo a palmo, la estructura: un bloque cuadrado, con grietas, pinturas deslavadas por el tiempo y la inclemencia del tiempo como sello distintivo. Aunque nunca comprobó cuanta verdad había en las palabras del conocido, Poli ya se había encontrado en la vida real a la imagen que se había creado. De verdad, si él se quejaba de la miseria en la que se hallaba, qué quedaba entonces para el Ruiseñor, un tipo que, según le pareció entender, llegó a tocar el cielo con la yema de los dedos.

- ¿Qué quieres? - volvió a preguntar Atanasio -.

- Oye, Atanasio, traigo las maletas.

- Mira, ahora no tengo el pasaje del autobús. Si quieres, pásate más tarde, que yo... ¡Ah!, perdón, las maletas. Déjalas ahí que yo las recojo. No te preocupes.

Atanasio realizó todo el proceso de cerrar la puerta, cuando Poli la trancó con el pie y le preguntó:

- ¿Está tu viejo?

- No... Los compromisos en Perú lo tienen sin tiempo pa nada. Se fue hoy mismo.

- Qué bueno. ¿Dónde va a actuar esta noche?

- En Ponce.

- En Ponce, ta bien... Mira, si no me llamas a tu viejo, me llevo las maletas. ¡Ponce no queda en Perú, sino en Puerto Rico, gordo bruto! Dile que quiero hablar con él de algo que le interesará. ¡Y lávate esa trompa!

Lo último lo gritó, mientras Atanasio le daba la espalda y se metía por las ruinas de la casa. Poli volvió a pensar en lo loco de su plan. Todavía estaba a tiempo de abortarlo y salir de allí, con o sin las maletas. Sin embargo, era verdad que, de lograr todo lo planificado, su alma iba a sorber a grandes tragos el elixir de la gloria infinita. La empresa, aunque arriesgada y desquiciada, también tenía su parte

de emprendedora y romántica. El riesgo, incluso para lo malo, había sido una constante en su vida. Cosmos se acabó para él, en el fondo, por el fantasma del riesgo pero a la inversa. Si llegaba a feliz término todo lo que pensaba, él mismo se iba a demostrar su valor. Y con eso le bastaba para reconciliarse con tantos años de reconcomio acumulado.

Una voz, desgana, se oyó desde el fondo:

- Que entres con las maletas, dice acá.

Poli entró. El aroma a encierro desafiaba a lo más rancio que había oído en su vida. Con esa bienvenida, casi estuvo a punto de dejar las maletas adentro y salir. Todo estaba oscuro, sucio, grasoso. Sentarse en el sofá era una misión sólo para atrevidos. El relleno se salía de los huecos hechos por algún cigarrillo al descuido y los lamparones del espaldar demostraban la cantidad de comida que se ingirió allí sin cuidado y las borracheras sudadas sin tregua. La única mesita que coronaba el diminuto espacio estaba llena de servilletas aceitosas, latas de Polar, vasos a medio tomar, bolsas vacías de chucherías, huesos de pollo en platos de cartón, colillas, filtros desmenuzados y muchísimo polvo con mota. El piso, pegajoso, no dejaba ver su color o estampado original. Una gruesa película de cerveza seca, orín y más colillas dificultaba cualquier intento para aventurar lo que se escondía debajo. Sólo, en las tristes paredes, como rayadas por creyones escolares, había uno que otro recorte o carátula opaca con la cara del Ruiseñor en su mejor época. Lo demás: dos sillitas de plástico, un viejo televisor y un cable con un bombillo guindado como única lámpara de la sala. Cómo, se preguntó Poli, un tipo que había tenido tanto había llegado a tan poco.

- Bueno, joven, aquí me tiene. ¿Qué es lo importante que vino a hablar conmigo?

La actitud del Ruiseñor distaba a la del aeropuerto. Ya no era el viejo fantoche, dicharachero, elogioso. Parecía que no buscaba guardar las formas, y que sólo quería salir del paso.

- Mijo, lo que menos tengo es tiempo. Suelta por ese buche.

- Señor Guerra, vengo a proponerle un negocio.

- Mira, si vienes con esas cosas de las pirámides o de dame datos de caballo, te has equivocado.

Mientras pronunciaba estas palabras, Poli volvía a repasar el escenario. Un viejo con cara de resaca, despeinado, a medio vestir con la misma ropa con la que lo conoció en el aeropuerto, con unas alpargatas de suela de totuma y con una guardacamisa sucia que acentuaba el relieve de su barriga. Al lado de él estaba el gordo en interiores, rascándose la cabeza, y con la panza bañada en sudor.

- No. No vengo a eso; vengo a algo mucho más importante.

- ¿Ajá?

- Vengo a proponerle que me deje impulsarle su carrera como es debido.

- Esto era lo que me faltaba, Atanasio. No te digo yo... ¿Quién te ha dicho a ti que mi carrera no navega por los mares del éxito? Mira, mijo, mejor te vas. ¡Ahora sí la botamos, Atanasio! Un mesonero del aeropuerto me va a enseñar el camino a la gloria. Si no lo conoceré yo...

Atanasio se rió como un idiota, mientras se quitaba algunas legañas de los ojos y con la otra mano se rascaba la entrepierna por dentro del interior.

- Hazme el favor, muchacho, y me dejas las maletas ahí mismo -dijo el Ruiseñor cuando se incorporaba del sofá como señal de haber acabado-.

- Ruiseñor, usted tiene una de las voces más inmortales del mundo de la canción. No puede dejarnos sin transformarse en una leyenda o, mejor aún, en un mito con todas las de la ley - dijo Poli mientras sacaba de una bolsa que traía consigo los discos del Ruiseñor que había encontrado en su casa - . Aunque no lo crea, usted y yo nos parecemos más de lo que se imagina. Yo también soy un músico incomprendido, pero que sé que puedo volver a salir del hoyo. Deme un minuto y le contaré...

Era cierto que la resaca lo estaba matando, pero Sandalio tampoco perdía nada en escuchar al mesonerito. Como todos en el barrio, ya había soportado cosas peores, como las visitas dominicales de los Testigos de Jehová. Los que siempre llegaban en medio de sus peores borracheras o cuando estaba por finiquitar algún revolcón con la hembra de turno, y todo para vender sus revistas y para desplegar

aquel discurso inmune a cualquier portazo en la cara. Eso sí, esperaba que Poli no hablara del Señor, ni del monte Sinaí y ni de los mandamientos, porque ahí sí que no iba a aceptar más palabras que el adiós.

Sin embargo, Poli empezó a comentar la historia sobre su abortado intento a la fama. Fue muy cuidadoso en la elección de las palabras, e intentó contar su episodio de la forma como lo hubiera hecho el Ruiseñor en su lugar. Donde tenía que ir una grosería la metía, donde mejor brillaba una palabra rebuscada pero con otro sentido diferente al necesario se esmeraba en colocarla y, cuando había que exclamar por alguna traición, Poli intentaba hacerlo con la grandeza de un bolerista ante un desamor. Pero si fue cuidadoso con las formas, lo fue más aún con el tiempo para hilar su cuento personal. Sabía que a los desgraciados que tenía por público poco o nada le importaba su infortunio. Si le daban ese espacio era sólo con el fin de escuchar lo que a ellos le convenía: el éxito, el dinero, el plan de sacarlos de abajo sin mucho esfuerzo.

Y el plan vino al minuto fijado. Poli les recordó su pasado de compositor, la montaña de éxitos que cosechó para los ingratos de su grupo y su talante de trabajador continuo del verso. Reconoció que nunca antes había escrito un bolero, pero que su experiencia en materia de sinsabores lo acercaba al espíritu trágico y arrebatado del género. Que estaba preparado para una escucha atenta de cada uno de los temas, y de un estudio pormenorizado de los grandes compositores del bolero.

- ¿Y cómo se te da la vaina con las mujeres, mijo? -preguntó Sandalio-. A ellas, más que a nadie, debes conocerlas desde lo más profundo de sus tripas. Sin las mujeres, el bolero no existiría, y no sé si tú sepas mucho sobre ellas.

Poli fue agarrado en curva. En minutos pensó en todos sus fracasos con el género femenino, la mayoría, incluso, estrepitosos antes de concretarse. Con sus vivencias no había material ni para una estrofa de un bolero; sí, en cambio, para algún tema jocoso y bailable de esos que suelen poner en la radio del autobús que lo llevaba al trabajo. Sin embargo, antes de amedrentarse, improvisó su respuesta y le aseguró a Sandalio que con lo que había vivido, y con lo que le quedaba por vivir, más de un

despechado universal tomaría sus versos en la voz del Ruiseñor como un elixir para llenar otro trago con lágrimas y alcohol en idénticas proporciones.

El Ruiseñor eructó, y Poli no sabía si estaba interesado o se moría del aburrimiento ante tanta labia. Así que se calló, casi en el acto, para dar por concluida su resuelta alocución orientada a encantar serpientes y boleristas sin tablas de salvación.

- Bueno, mijo, toesto es muy bonito. No te lo voy a negá... Pero yo soy un viejo, y sé de esto - dijo Sandalio con solemnidad -. La vida es como el montuno de una guaracha: pura improvisación sobre la marcha antes de que telmine la orquesta, men. ¿Vite que sé? También sé que se me ha tratao injustamente en el universo de la canción, casi como un fascineroso del ritmo en este pugilato que es la vida. Pero algo me dice que mi gloria no se va a extinguí, carajo, tengo un párpito, he soñao con eso y pocas veces me equivoco...

- Apá, la semana pasada soñaste con el 45 pa ganar la lotería, pedimos los reales prestados pa jugar y no pegamos nada -intervino Atanasio-.

- ¡Puedes callate, degenerao! - gritó el viejo mientras le daba un manotón al gordo, que a su vez se huía de la escena-. Este muchacho es mi peldición. ¡Pol qué, Diosito, pol qué! ¡Quítate de mi vista! ¡Sal de aquí, que tamos hablando gente grande! ¿Dónde carajos quedé, mijo?

- Me contó algo sobre que no se iba a extinguir su gloria, que había soñado con eso...

- Ah, veldá que sí... Bueno, ayer mismo tuve un sueño premonitor, como dicen, pué. Primero soñé que estaba montao en una mata y que, desde arriba, le daba machetazos a un tigre arrechísimo que terminé quemando. Esa vaina deben ser mis enemigos, ¿ah?...

- Pues...

- Luego me acuerdo que estaba en una universidad de esas finas, y que asistía a la graduación de Atanasio. El tipo era aplaudío y cogía un diploma del tamaño de una sábana matrimonial. Bueno, a ese sueño no le encuentro explicación por ningún sitio, si te soy sincero... Pero el que sí me dejó asombrado

era uno en el que despedía a un músico de toda la vida, Barbarito Hernández se llamaba, y metía a un muchacho greñúo que hacía que todo sonara mejor. Igual ese eres tú, mijo.

- ¿Entonces, en qué quedamos, Maestro? ¿Nos asociamos?

- Güeno, qué más... Claro que sí. ¡Vamo a echale pichón, pué!

El viejo se sintió como el día en el que grabó su primer elepé. Aquella tarde en la que, dos meses después de haber sido descubierto en un concurso de radio, le hicieron inmortalizar diez canciones populares en una sola sesión, la justa cantidad de temas que lo sacaron del barrio y lo propulsaron a una vida de pura dulzura y deleite. Quizás el destino, después de todo, volvía a acordarse de él, y le ponía en frente a un joven ambicioso, con piel de mesonero y alma de artista. Las maletas sólo fueron una excusa para que dos almas sensibles se encontraran frente a frente para revivir el despecho de todos los mortales. En fin, el gran Dalio Guerra abrazó a Poli y le estrechó las manos con todas las fuerzas posibles. Un gallo cantó desde el patio. El mesonero, acorralado por un vaho de alcohol y boca seca, desenvainó su mejor mueca ante la posible insensatez a la que se lanzaba sin paracaídas, y el Ruiseñor en medio de la efusión le disparó:

- ¡Esto merece un brindis, mijo! Vaya adonde el viejo Arturo y cómpreme un caltón de leche y unas Polarcitas, mientras le doy de comé al gallo. Nos arreglamos cuando el proyecto empiece a da plata... Ah, y si pregunta por mí, dígame que hoy canto en Ponce.

Mientras desplegaba algunos manteles sobre la mesa número cuatro de La mícura de Maiquetía, Poli comenzó a repasar su plan. Debía llegar a una decisión entre seguir trabajando en ese sitio o concentrarse por entero en el Ruiseñor. El asunto lo tenía que resolver sin dilación, y representaba, quitando su fallida resolución con Cosmos, la gran encrucijada de su vida. Pero quién iba a aguantar a Micaela cuando su hijo regresara sin el pan debajo del brazo, pensaba Poli. Porque, aunque el trabajo del restaurante no daba para mucho, sí le deparaba algún tomate, un trozo de pescado o un mendrugo de pan que llevar a casa. Pero también era verdad que desde la barra de un comedor tampoco iba a ser capaz de manejar los pasos de un bolerista mancillado por la destrucción y el olvido. Lo mejor, decidió, era darse un poco de tiempo y comenzar a trazarse estrategias. La labor, lo sabía él mejor que nadie, era de hormigas.

Lo primero que tenía que hacer era solucionar el tema de las mujeres. Pensó que ir a una discoteca era la mejor manera de hacerlo. Sin embargo, su caso era muy difícil. Poli se veía al espejo y no le parecía ser un hombre tan poco agraciado, pero la dura realidad contradecía cualquier consideración estética que tuviera sobre sí mismo. Si había algo que le molestaba en su vida era ver el éxito que tenían los demás con las mujeres. Muchos más feos que él, y con igual o menos medios, siempre conseguían una buena chica, o una mala también, para combatir los ratos de soledad y desamor. Su primo Chato, el del retraso mental, por ejemplo, no salía de una para entrar en otra. Aunque tampoco eran grandes beldades, el muchacho se entretenía como un gran casanova en medio de sus mocos y muecas.

No era raro para Poli sentir un escozor en todo el cuerpo cuando le tomaba la orden a una pareja amorosa. Para esos casos su resentimiento había trazado una estrategia tan infantil como eficaz: siempre

esperaba el momento del café, el mismo en el que el caballero se disculpaba para ir al baño, y casi sin quererlo, y sin que nadie se diera cuenta, dejaba caer al descuido algunas gotas de la bebida sobre la silla del varón. El plan resultaba las delicias del mesonero cada vez que el hombre llevaba calzado algún pantalón de vestir blanco, crema o de cualquier otro color claro. Sabía que la mancha no iba a salir fácilmente, y que el tipo estaría el resto de la cita con el culo marrón.

Pero esa era una pequeña venganza hacia su triste realidad. Poli no podía hacer nada más con las parejas que veía en la calle, porque él era de ese tipo de gente que sufre al ver la felicidad sentimental de los otros. Una mano tomada por una chica a su amante resultaba más hiriente que todas las bofetadas juntas que le dio Micaela en su vida. Los besos en la boca que se daban algunos desvergonzados en la parada del autobús hacían que Poli maldijera a todos los mortales juntos.

No sabía por qué tenía esa incapacidad congénita de nunca consolidar una relación seria con una mujer. Cuando joven notaba una y otra vez cómo sus amigos perdían la virginidad, mientras él construía alguna mentira para no ser el objeto de burla de la pandilla. En todo el bachillerato no dejaba de presenciar la cantidad de veces que el Junior, el galán de la clase, se hacía con una y luego con otra, con la misma facilidad que tenía Poli para reprobar materias. En Cosmos él era el único que no tenía una novia que le aguantara sus frustraciones y excesos de aspirante a estrella de rock, y quizás, viéndolo bien, fue por esa razón por la que ninguna letra de Poli le cantaba al amor de una mujer. Todas y cada una, con un ritmo contagioso que les hizo escalar los puestos de honor de las carteleras de todo el mundo, hablaban de cosas cotidianas y sólo se referían a las mujeres como lo haría un teólogo hacia una mesa.

Hay teorías musicales y psicológicas que relacionan al intérprete con el instrumento que toca. De ser cierta la cantidad de tonterías que se han escrito sobre esto, entonces, no hay duda de que Poli concuerda con tales estudios. La batería en rock, entre otras cosas, es rabia, fuerza y una vía para drenar tensiones; el sexo también lo puede ser. Sin embargo, sin pareja y sin sexo, los cueros de los tambores,

la percusión y la síncopa en los tablazos, muy bien pueden paliar tanta tensión y odio hacia el mundo. Poli, sumado a Honorio y a Micaela, y sin olvidar su total ausencia de chica a quien recurrir para sus alegrías y desengaños, bien podía ser un sujeto de estudio para comprobar o no la verdad detrás de tanta teoría suelta.

La idea más delirante que le cruzó una vez por la cabeza fue la de meterse a cura. Su experiencia como monaguillo podía ser una acreditación más que conveniente para entrar en el seno del Señor. Nadie podía hablar de una supuesta homosexualidad y en cualquier parroquia estaría más que cómodo y mantenido de por vida, con tan sólo drenar sus resentimientos y frustraciones hacia un rebaño de fieles que sólo sabían escuchar y temer algún castigo divino. Sin embargo, esa faceta bien podía chocar de lleno con sus aspiraciones musicales. Un grupo de rock, Cosmos en este caso, poco éxito podía cosechar con un cura como baterista, blasfemando en el escenario y escribiendo letras misóginas. Así que tan pronto acarició la idea de ser un mantenido religioso; dejó la vocación en un punto muerto.

Quedaba volver al meollo del asunto: al odio que sentía por quienes siempre tenían éxito con las mujeres, éxito comprendido como el de una persona que tuviera una novia estable. Relacionarse con una mujer le costaba horrores. En un paseo de cuatro veredas nunca atinaba a decir algo provechoso, y a lo sumo siempre terminaba dando el aspecto de ser una persona odiosa, amargada y hasta repelente. Bastara con que una chica le hablara de algún tema de moda, para que en su actitud rockera Poli despotricara contra sus gustos, y le comentara lo provechoso que era el irrespeto a las reglas, a la religión y a la política. Fue así como, por mucho que lo intentaron, todas las novias o amigas de los demás integrantes de Cosmos fracasaron en sus acciones para enlazar al solitario baterista con algunas de sus conocidas más fáciles.

Su primera experiencia sexual también fue más que penosa. Desesperado por la cantidad de fanfarronerías de los conocidos del barrio, Poli robó un dinero que guardaba Micaela con mucho celo dentro de un paquete de harina PAN, y se dirigió a uno de los burdeles más despiadados del barrio. Su

entrada distó de ser triunfal. En la puerta tuvo que darle más de cinco mil bolívares al negro que cuidaba sólo con la finalidad de que se hiciera la vista gorda, en un sitio que era famoso por su ceguera en cuanto a edades. Adentro, sin tener mayor experiencia con las mujeres malas, Poli tuvo que brindar todas las copas más caras a las siempre demandadas Ilussion, Éxtasis y Nefertitis. Ninguna fue capaz de darle ni un beso en la mejilla y, más que como a un cliente, lo trataron como al niño de los mandados en un día realmente flojo. Fue así cómo menguó casi todo el dinero sustraído a su madre en copas de ron, vino espumante y anís de contrabando.

Cuando Poli, ahogado por la falta de dinero y por la costosa botellita de aguakina que se dignó a venderle el barman, pensó que la noche no podía dar para más; hizo su entrada La Tongo. La Tongo era la trabajadora más veterana del lugar. Los que la conocían decían que era toda un alma mater para las demás putas del bar Dust in the wind de La Dolorita. Nadie como ella sabía darle mejor uso a sus labios, a la planta de sus pies y a las yemas de sus dedos. Sin embargo, sus años de gloria comenzaron a marchitarse conforme su enorme barriga estriada luchaba por edificar pequeñas lomas en sus ajustados trajes de lycra. Los dientes también comenzaron a caérsele poco a poco, y los que le quedaban sentían los estragos de una rebelión de caries mal curadas; y aún así todo eso podía soportarse, a no ser por la enorme cicatriz que le cruzaba el pómulo izquierdo hasta chocar con un ojo que, después del nunca aclarado incidente barriobajero, no pudo ser de otro material que de vidrio. Quienes estuvieron a un palmo de su cara, decían que ver ese ojo inmóvil y de un gris niebla, coronando el monumento a la desgracia, podía quitar los efectos de cualquier borrachera.

Pero Poli no era el alcohólico más infame del barrio. Sin mayores posibilidades de llevar la noche a un feliz término, se armó de valor cuando La Tongo le espetó con mercenaria voz:

- Mira, pajilandio, ¿quieres un echar un polvo barato y sin necesidad de que me brindes ron?

No había articulado ninguna respuesta, cuando la enorme humanidad de la puta lo agarró por el cuello, con el gancho que le había enseñado aquel cliente de lucha libre, y lo subió a un cuartucho en

donde ni las ratas hubieran dormido sin asco. La Tongo en un movimiento de manos, que más parecía de mago que de meretriz, despojó a Poli de toda su ropa y, mientras el futuro mesonero se sonrojaba y no dejaba de temblar como un conejo recién nacido, ella hizo otro tanto no sin antes abrir bien las piernas encima de la única cama que adornaba la pocilga. Ante unas fauces barbadas y poco amigables, Poli notó cómo el aguakina trepaba por su esófago como un mono aullador de los manglares. Al momento de sentir las burbujas subiendo por sus conductos nasales, la luz de todo el burdel se fue en uno de los habituales apagones de La Dolorita. En penumbras, y lleno de babas, Poli sintió cómo una masa carnosa y llena de pelos lo aprisionaba con encono y pugnaba por meterle su lengua resbalosa por unos labios que él buscaba sellar así fuese con los dientes. El forcejeo, que parecía eterno, hacía que Poli sucumbiera al dolor que le provocaba los cañones de las piernas de La Tongo y las pellizcadas de pezones que ésta se empeñaba en brindarle con una insistencia de verdugo de la inquisición. Ya, cuando pensó que iba a ser el triste sujeto de una violación pagada, la luz regresó con debilidad y vio cómo La Tongo sudaba por un esfuerzo que no dio resultado.

- Pero, muchacho, si eso está más muerto que Simón Bolívar en el Panteón Nacional.

Poli se incorporó como pudo, mientras sentía la sábana pegada a su espalda, y no tuvo nada que refutarle a La Tongo. La veterana intentó coger al breve difunto con sus manos, y hasta cierta disposición oral mostró, pero Poli prefirió realizar un rápido movimiento que lo sacó de la cama rumbo a calzarse sus interiores.

- Mira, mijo, ¿antes de venir para acá no metiste tus bolas en una ponchera con agua fría? - preguntó La Tongo con la misma actitud didáctica de una maestra de escuela-.

- No.

- Bueno, eso fue lo que te pasó... Vístete y déjame los reales en la mesita de noche. Pa la próxima vente preparao, pajilandio.

Pasaron los días, las semanas, los años, y Poli nunca supo para qué servía ese procedimiento. Como en esa época todavía era sugestionable como un bebé, el muchacho remojó sus partes íntimas en agua con hielos hasta que se cansó de tanto escalofrío. Fue la única cosa a la que le hizo caso a La Tongo. Lo de la futura visita, estuvo descartado desde que dio un pie fuera del burdel y empezó a planear una historia demás de convincente para Micaela. Quizás lo mejor iba a ser echarle la culpa del robo a la pasión por los juegos de caballos de Honorio, y así solucionaba las cosas de mejor manera. En ese entonces, nunca se le ocurrió que esa, precisamente, iba a ser la causa del cambio de habitaciones en su casa y del compartir la cama con su madre por tiempo indefinido.

Ahora, ante la última mesa del restaurante que le faltaba por adecentar, Poli reconoció que el problema de todo el repaso estaba en él, y que debía solucionarlo por el bien de sus aspiraciones. Lo de seguir en el trabajo lo meditaría mejor, pero era urgente lo de conocer a las mujeres para inspirarse. Pensaba en eso con intensidad hasta que una doña lo llamó para que le acercara la carta.

- Soy Poli. Me gusta la música rock... pero también puedo escuchar otras... Toco batería. Ahora tengo el pelo más corto, pero quiero volverlo a tener largo. A ver, qué otra cosa, es negro mi pelo... Bueno, no sé, mi número es el que dije al principio... Soy Poli, pues... Adiós.

Colgó el teléfono público y caminó hacia la mesa con el periódico estrujado. Antes de sentarse lo volvió a extender en la página de los clasificados. Ahí estaba el anuncio, pequeño, cuadrado e incitando a la llamada que Poli acababa de hacer. Si la cosa se daba como quería, entonces, ya no había nada más que temer: la carrera hacia la fama y las mejores letras del bolero estaba más que cantada.

Dirigirse hacia la mesa no fue una tarea ni fácil, ni placentera. Poli tuvo que sortear algunos borrachos, tener cuidado con lo que pisaba y confiar en su sentido de orientación dentro de un local en el que la luz era más bien un artículo de lujo. Cuando logró sentarse aún no terminaba el Ruiseñor de rematar su canción. Desde donde estaba Poli podía decirse que el sitio era de privilegio. Tenía a Dalio casi de frente y al mismo tiempo él podía estar de incógnito. Sin embargo, en El multisápido daba igual quien estuviera cantando en esa mini tarima improvisada. La mayoría de la gente sólo estaba pendiente de revisar sus cuadros de caballos, tomarse los tragos ordenados y comerse el pollo a la brasa, la especialidad del sitio.

Dalio sólo había quedado para eso: para trinarle a borrachos, perros y a comensales de El multisápido. Poli no dejó de sentir algo de lástima por la escena. La otrora gloria de la canción ahora se encontraba enfrente de tipos que chupaban con avidez los huesos de las alitas de pollo, a veces, sin importar si eran de segunda mano. Pensó que si lo sacaba de ese lugar y lo colocaba en grandes y respetados escenarios, entonces, superaría la prueba personal que se había impuesto. Sabía que no iba a ser fácil porque el Ruiseñor apenas silbaba. Su voz estaba arañada por los años, oxidada, sin brillo ni

atractivo. Cualquiera hubiera desechado, después de esa triste actuación con un casete instrumental, algún intento de potenciar una carrera perdida en las nubes del olvido. Sin embargo, Poli no dejó de recordar lo que siempre decía Honorio sobre Ismael Miranda, Maelo. En la época en la que funcionaba el Volkswagen gris, siempre tenía que escuchar todas las canciones que le ponía su padre al tiempo que desgranaba sus anécdotas. Cuando llegaba a los dos últimos discos de Maelo, “De todas maneras rosas” y “Esto sí es lo mío”, Honorio repetía la proeza del sonero: después de atravesar las fisuras de una vida huracanada, de drogas, pescozones, amanecidas y alcohol, el cantante puertorriqueño intentó regresar del infierno sin hematomas. Creyó haberlo logrado hasta que se le ocurrió abrir la boca para entonar alguna estrofa. En ese momento Maelo se dio cuenta de un par de verdades: de que nada es para siempre y de que hasta a los leones les llega la hora del susurro. La inmortal voz de “El nazareno”, “Las tumbas” y “El incomprendido” se estaba apagando. Quizás le dolió caer en cuenta de esta tragedia, Honorio no estuvo allí para saberlo, pero lo cierto fue que el cantante no se amedrentó ante la adversidad. Maelo entró al estudio y grabó un nuevo elepé para su feligresía. Invocó al hambre, y de sus vísceras algo salió. El sonero estaba allí, en cada surco, riéndose de sus detractores. No le tuvo miedo al quinto ni a la aguja del tocadiscos ni a Dios ni al diablo. Como un zorro se ayudó de todo y optó por el bolero, la bomba y un catálogo sin mácula. Nadie notó la anormalidad por una simple razón: porque mientras el corazón le echó sangre, la veteranía del intérprete supo cómo darle vuelta a su mar de leva. Cualquier otro tipo de explicación, sobraba.

Esos eran los milagros de la música que tanto atraían a Poli. En Dalio, pensaba, también había que reconocer las limitaciones para superarlas. Una buena dieta, algún que otro cuidado y admitir que ya no se tenía la voz de hacía treinta años bastaban para replantearle la carrera a la ruina que venía a su encuentro.

- ¿Tonces, chico, te gustó la lavativa? –preguntó el Ruiseñor antes de pegarle la boca al pico de la botella de Polarcita que traía en su mano-.

- Sí, Dalio, habrá que arreglar algunas cositas.

- ¿Y ya tienes algunas cancioncitas hechas pa mí?

- Ya se las daré, no se preocupe...

- Mira, es que ya quiero salir de acá, chico. Éste no es mi público, porque no saben reconocer mi arte, no es como la gente de antes que me tenía en un pedestal, muchacho, si te contara, mijo... Pero yo sé que vamos a salir de este bache, ¿veldá?

- Claro, Dalio, eso es lo que vamos a hacer.

- ¡Güeno, vamos a brindá entonces, pué! Es que, no sé pol qué, pero algo me hace que confíe en ti, mijo... ¿Pa cuándo me tendrás algunas cancioncitas de esas de mujeres pérfidas y gonorreas?

Poli ya no encontraba cómo eludir la pregunta de siempre. O Dalio era un desesperado o él no iba a la velocidad en la que se acostumbra tener alguna canción. Lo cierto era que, en las semanas en las que compaginaba su trabajo de mesonero con la carrera del Ruiseñor, le había dado tiempo para pensar muchas cosas pero no para escribir la primera canción sobre las mujeres malas. La razón no dejaba de estar en su terrible incompetencia y nulo éxito con el sexo débil. En todo ese tiempo Poli no se acercó a ninguna mujer, las telenovelas tampoco lo ayudaban y las pocas letras que le salían seguían siendo para un grupo como Cosmos, y no para un hombre como Dalio. Cuando se desesperaba con esa asignatura mil veces reprobada siempre recurría a la Biblia para calmarse. El padre Rigoberto se la había regalado desde sus tiempos de monaguillo, y nunca dejó de recomendársela como la mejor lectura para los momentos más duros. Quizás por eso estaba tan ajada y maltrecha, además de ser el único libro que aún seguía dentro de la casa de La Dolorita.

- Bueno, todavía no tengo una canción completa de esas que dice, Dalio, pero he estado leyendo la Biblia y tengo una cosa para usted.

- ¡Coño, ahora no me salgas con que eres evangélico, mijo!

- No, maestro, es una cosa que estoy pensando muy seria. Podemos darle la vuelta al bolero y cantarle a otras cosas. ¿Usted no ha visto Jesucristo Superstar?

- ¿Jesucristos estar? No.

- Bueno, fue un musical muy famoso que puso a sus protagonistas y cantantes en la gloria.

- Ajá, ¿y entonces?

- Bueno, que tengo un plan que nos puede poner en donde hay plata.

- Desembucha, pué, que pa la gloria también quiero i yo.

Poli tragó saliva, cogió bastante aire y, como pudo, se hizo paso entre el fragor del ambiente para exponer su idea. La cosa era arriesgada, lo sabía, y mucho más si se la vendía al Ruiseñor. Como pudo, y en el plan más didáctico, empezó por contarle todo lo que sabía del santo sudario. Le dijo que existía una tela que le habían puesto a Cristo en los momentos de mayor sufrimiento y que la cara se había dibujado con la sangre que bañaba su faz. La idea de Poli, precisamente, partía de ese punto. Todos los adelantos tecnológicos y de clonación eran noticia frecuente en las páginas de los periódicos de todo el mundo. Le decía a Dalio que incluso una lapa podía duplicarse en un laboratorio a partir de uno de sus dientes o del pelo de una pata. Aunque el Ruiseñor poco le creía, decidió escuchar el salto que iba a dar el muchacho hasta caer en Jesucristo. Poli no tardó mucho y lo hizo como lo tenía previsto: para él cabía la posibilidad de clonar a Cristo a partir del santo sudario. Y, exactamente, en ese punto empezaría una ópera-bolero que Poli tenía en mente.

Su narración venía en forma de manantial. El otrora compositor de Cosmos sintió una corriente eléctrica y comenzó a hablar sin parar acerca de ese proyecto mientras se le ocurrían las mil y una marcianadas. Si Jesús fuera clonado mucho provecho se hubiera podido sacar de él, comentaba Poli. El hombre trabajaría en ONGS de todo el globo terráqueo, multiplicaría la comida para el Tercer Mundo, trabajaría en un hospital y sanaría todas las enfermedades incurables, caminaría por encima de las aguas para salvar ahogados y resucitaría a los personajes más valiosos que había dado la humanidad. Todo eso

lo tenía escenificado en su mente Poli con lujo de detalles. Con las enseñanzas del Salvador no iba a haber problema. El ex monaguillo se había leído algunos pasajes de la Biblia subrayados por el padre Rigoberto, y en las canciones que tenía planeadas iban a verse en verso todos y cada uno de los pensamientos del hijo de Dios.

Aunque no llevaba muy bien la cronología de los hechos ni de sus recuerdos, Poli le habló de Nabucodonosor, del Hijo Pródigo, de Lázaro, de Pilatos, de los fariseos, del Monte de los Olivos, de Herodes, de Canaán y de otros tantos datos sagrados que amalgamó en una masa que debía deglutir Dalio. Poli tenía todo en la cabeza desde la persecución dentro del Vaticano con el pedazo de tela, el escape al laboratorio de clonación y la posterior aparición de un Cristo piadoso y cantarín. El éxito, le comentaba a Dalio, podía estar asegurado por dos vías. Primero cimentaría la polémica que tan buenos resultados le ha dado al mundo del espectáculo y por otro tendría a fervorosos creyentes en las colas de los recitales. Pero si con todo eso se aseguraba la mayor de las alegrías, también era cierto que para nadie era una pésima idea reaparecer en escena, después de muchísimos años, como el hijo de Dios. Las ovaciones y la gloria, según Poli, estaban por demás aseguradas para un artista relamido en el olvido de las masas.

- ¿Pero, mijo, y Jesucristo no era un carajo como de tu edad? –preguntó Dalio, Polarcita en mano-. Yo ya estoy muy mayor pa las vainas.

- Sí, pero podemos recurrir al maquillaje para rejuvenecerlo, maestro. Además, estoy seguro de que si me hace una dieta y se me cuida un poco más, se quitará muchísimos años de encima y yo seré el viejo a su lado...

- Mira, ta muy bonito lo que dices, no lo voy a negá, pero Cristo se murió de treinta y tres años, compay. Yo tengo más de setenta. Ni a coñazos me van a quitá la mitad de la edad, bordón. Además, el bolero, que yo sepa, le canta a las mujeres malas y a más na.

- Sí, en eso tiene razón, Dalio, pero lo que le estoy proponiendo es darle una vuelta a lo que ya se conoce, que usted sea un pionero.

- ¿Un pionero? Refréscame la memoria que esa palabra que tanto he usao se me ha olvidao.

- Dalio, usted le tomará la delantera a los envidiosos... Usted con toda su fama no puede permitirse regresar como cualquier otro bolerista del montón. Yo puedo conseguirle mil soluciones a lo que le digo que tengo en la cabeza.

Poli le aseguró que su ópera-bolero sólo necesitaba de unos pocos retoques. De repente, podían decir que el Cristo a imagen y semejanza de Sandalio Guerrero había salido así por lo viejo del Santo Sudario o por un extraño error en el proceso de clonación genética. Eso, para Poli, se lo tragaba hasta el científico más diligente. Además, lo que esperaba la gente era escuchar letras nunca antes oídas en el género y por la voz que tantas páginas escribió en la historia del despecho y del llanto fácil.

- No sé, muchacho, es que no me cuadra todo lo que me dices... Por lo que cuentas se necesita a un gentío encima del escenario, y yo soy el importante...

Poli volvió en su empeño de seducirlo con la idea. Le dijo que lo que importaba era ver al gran Ruiseñor cantando todo lo que pudiera salir de la boca del personaje más universal que había dado la historia, que el Cristo que tenía pensado lo iba a abarcar todo en la obra, que sólo era necesario a Dalio con su túnica, su barba postiza, sus maracas y, a veces, el requinto en la mano para que entonara hasta en guaracha el Sermón de la Montaña.

- Ya se lo digo, Dalio: el éxito estará aseguradísimo. Su nombre volverá a brillar en la constelación de estrellas que la historia de la canción romántica le tiene reservada.

- Bueno, mijo, se nota que a ti nadie te quita una idea de la cabeza. Vamo a hacé un trato y tamos a mano, ¿sí?: tú me empiezas a escribí canciones de bolero, como las de siempre, y yo me preparo pa lo de tu idea de Cristo, porque hasta que yo no vea la primera canción tuya sobre las mujeres malas no me pongo la batola, muchacho.

- ¡Trato hecho, maestro! –dijo Poli mientras le estrechaba la mano.

Dalio esbozó y terminó por dibujar una enorme sonrisa en la que relucían todos sus dientes falsos. Le guiñó un ojo a Poli, pero luego dirigió su mirada hacia otro blanco que no era la cara de su joven compañero artístico. Con su habitual indiscreción, no se aguantó y preguntó señalando al objeto que Poli tenía en su mano:

- ¿Y ese celular, mijo?

- Ah, lo acabo de comprar... ¿Sabe? Es para hacer los contactos y todo eso.

- Verdad que sí, mijo, como los manayels esos que siempre están pegados a un teléfono por el bien de su artista representao, en este caso, ahora en mi persona...

- Eso mismo, maestro. Quizás hasta este celular nos ayude para escribir nuevos boleros en su carrera.

La voz era tierna y con un toque seductor.

- ¿Aló? ¿Hablo con Poli?

- Sí, ¿quién es?

- Ah, bueno, soy Vicky.

- ¿Sí?

- La del anuncio de buscar parejas.

- ¡Ah, perdona!, ¡no cuelgues! - Poli se puso el celular en el pecho, antes de retomar la conversación: ¿Y te llegó mi mensaje? – preguntó casi al instante de sentirse como un imbécil por lo que acababa de decir-.

- ¡Claro! A mí también me gusta el rock. Bueno, me gusta todo tipo de música. Y... ¿Sabes? – preguntó antes de rematar con voz algo pícaro: También me gustan los hombres con el pelo negro...

- ¿Y cómo eres tú?, digo, físicamente...

- Yo soy catira, creo que soy alta para ser mujer, flaca, ojos claros... No sé qué más decirte.

- Oye, Vicky –pensó en un breve lapso de tiempo que pareció eterno: ¿cuándo podemos quedar para conocernos?

- No sé, ¿este fin de semana?

- Bueno... me parece bien.

- ¿Y tienes carro?

La pregunta lo desarmó casi al instante, pero una agilidad mental nunca antes vista para con el género femenino lo pudo sacar del bache:

- Sí, claro... Tengo un escarabajo del 67, gris... Me gusta coleccionar carros antiguos y todo eso...

- Bien, toma nota...

Poli escribió como pudo encima de una Gaceta Hípica de Honorio. Al colgar el celular no creía que ya tenía cita y que ésta lo iba a llevar de la mano por los gloriosos meandros del bolero.

- ¡Oye, viejo, te rayé una Gaceta Hípica! ¡No la botes que voy a pasar en limpio lo que le escribí!
- le gritó a Honorio desde la salita -.

Cuando se enfilaba para su cuarto, Poli recordó el pedazo de la conversación que debía hacer realidad.

- Viejo, ¿qué es lo que tiene malo ese carro?

- No hombre, muchacho, pregunta qué es lo que tiene bueno... Primero los cauchos están lisos, la bujía está vencida, los frenos largos y no prende porque hay una cosa rara que tiene el motor. Yo te pedí el favor de que me lo revisaras hace más de cinco años y me diste una mala contesta que no se me ha olvidado. Me dijiste, porque lo tengo anotado: “mire, papá...”

- Sí, yo me acuerdo de esa contesta. ¡Hubiera sido conmigo y te daba un pescozón, muchacho! – gritó Micaela desde el cuarto compartido en el que aún dormitaba en la cama-.

- Bueno, eso lo dejamos pa después, viejo. Si tienes alguna platica ahorrada me la pasas para arreglarte las tres cosas malas que debe tener ese escarabajo. Ahora me fijo bien y te digo.

- Pero Policarpo, si tú sabes que vivo al día, con lo líquido. El único que gana plata acá eres tú.

- ¡Coño, papá, no me digas que no tienes ni para que te arregle el carro! Imagínate lo que te vas a ahorrar en autobús.

- Pa lo que yo salgo, muchacho... Además, por mi edad pago menos.

- De verdad que con usted es imposible congraciarse.

- ¡Tú eres con el que nadie en esta casa puede tener la menor esperanza de nada! –volvió a gritar Micaela-.

Poli dejó a Honorio en la mesa, y no perdió tiempo en responderle a su madre. Sabía que el carro le iba a pedir mucho más de lo que podía meterle en dinero, y era necesario dejar algo de fondos para su cita con Vicky. Repuestos nuevos iban a ser imposibles para sus ahorros y sólo le quedaban dos cosas: o ir a la chivera que conocía o pedirle a algunos mecánicos del barrio que le robaran a los clientes las piezas que necesitaba su carro. Ninguna de las dos opciones era imposible de cumplir, así que lo único en lo que debía centrarse era en revisar el escarabajo y en tratar de tenerlo listo para la fecha del encuentro.

El Volkswagen estaba mucho más sucio y abandonado de lo que se imaginó. Cinco años parado enfrente de la puerta de su casa no fue para nada beneficioso. Los cauchos habían cogido mala forma, la pintura se había picado, un foco fue robado por algún malandro, al igual que la insignia de la marca, y todavía faltaba abrir la maleta para ver el estado del motor. Los conocimientos de mecánica que tenía Poli eran más que respetables. Su segunda facultad, después de la musical, se entiende, era su facilidad para entender las mecánicas de los aparatos. Nunca recibió alguna clase de ello o esperó a que alguien le explicara, sino que nació con esa disposición como sucede con quienes vienen al mundo con buen olfato para los negocios o con oído musical. Desde que dejó Cosmos, Honorio y Micaela no dejaban de empujarlo a coger un puesto en el taller mecánico del barrio, pero Poli siempre se negó. Él iba a trabajar en lo que le saliera del fondo de su alma, y nunca iba a entregar sus eximios conocimientos mecánicos para engordar la fortuna del italiano dueño del taller La bujía feliz. Prefería ser un mesonero anodino que un reparador de carros sublime. Por lo menos, la ganancia casi iba a ser la misma y así no malgastaba todo su arte en la buena fama de un comercio que no le iba a reconocer sus méritos. Ya había tenido suficiente con su amarga experiencia musical. Si una mitad de sus facultades ya había sido entregada de mala manera; entonces, no había razón para hacer lo mismo con la otra.

Pensaba todo esto mientras veía el Volkswagen al que tenía que hacer andar para la gran cita. Sabía que no iba a ser mayor trabajo, pero sí entendía que tampoco era un santo milagroso para combatir la mala stampa del carro. Y, lo que era aún mucho más difícil de conseguir: el dinero que debía invertirle iba a ser considerable para un asalariado de los de su tipo. Ya con la compra del celular usado había desnivelado gran parte de su presupuesto, y sumar ese gasto junto con el de los repuestos mecánicos iba a disparar la resta de sus ahorros casi al cero. Poli vio las piezas que podía comprar en la chivera, pero también sacó de su lista las que no podía permitirse. Entonces, volvió su mirada y pasos al teléfono público

- ¿Sí?

- ¿Hablo con el señor Arturo?

- Sí, ¿quién es?

- Le habla el agente Florentino López, sabemos que usted puede contactarnos con el señor Dalio Guerra.

- ¿Con ese sinvergüenza?

- Necesitamos hablar con él. Es un asunto muy importante, y perdone las molestias.

- Bueno, ya se lo busco, pero no quiero problemas en mi bodega, ni en mi casa...

- No se preocupe, señor Arturo, nuestra conversación será privada y ya cuidaré de que usted siempre esté seguro en El ánima de Taguapire.

Poli jugó con las llaves oxidadas del escarabajo. No sabía hasta qué punto el bodeguero pudo creerle su mentira, pero ésta había sido una recomendación del Ruiseñor. El miedo que le tenía Arturo a los policías era proverbial. En muchas ocasiones fue objeto de extorsión y debió pagar caro el silencio de muchos agentes corruptos. Ellos, previo desembolso, estaban en disposición de hacerse la vista gorda con cuanto material de contrabando y bebidas adulteradas podía vender en su bodega, de la misma manera que hacían con todos sus permisos vencidos. Sólo de eso. Los robos violentos y grescas

callejeras enfrente del negocio eran otra cosa. Ya era un problema único y exclusivo del comerciante y de los rufianes vándalos.

- ¿Sí? –preguntó Dalio -.

- ¿Se fue el viejo Arturo?

- Oiga, Arturo, ¿puede haceme el favor de cerrá la puerta? Gracias... Ahora sí se fue, mijo.

- ¿Y se comió la coba?

- Claro que se la comió. Si ese viejo se caga en los pantalones cuando lo llama un policía que no conoce.

- Así será...

- Bueno, ¿pa qué me llamas?, ¿me tienes un buen contrato?, ¿cuándo canto en el Teresa Carreño?

- No, es que estaba pensando...

- Mijo, ¿cuándo vas a terminá de pensá de una vez? Yo necesito un empujón a mi carrera desde ayer.

- Sí, pero lo llamo por eso. Usted sabe que hay que mover toda una maquinaria, invertir en todas las piezas, pensar los movimientos, rechazar la improvisación, estar atento al mínimo...

- Ta bien, ¿qué carajos quieres?

- Bueno, que como usted vendió su carro y necesitaremos un medio de transporte...

- ¿Ajá?

- ...Yo pensé que si arreglamos unas cositas de un escarabajo que tengo por acá.

- Mira, mijo, yo no tengo ni pa mecánicos, ni na.

- Bueno, pero déjeme terminar, maestro... Lo bueno de la historia es que yo soy un buen mecánico y puedo arreglar el carro gratis. El problema es que necesito unas cositas, ya sabe, unos repuestos... Y también necesito que me ayude.

- Mire, muchacho, usted me cae bien, pero yo no tengo plata...

- Bueno, no es mucho lo que le pido. Sólo necesito una insignia del Volkswagen, un foco delantero y los cuatro cauchos. No, mejor tres cauchos. Es que todavía tenemos el de repuesto por ahí.

- ¡¿Qué?!

- Oiga, que no le pido que las compre ni nada.

- ¿Y entonces?

- Pensé que Atanasio nos podía dar una mano. Usted sabe, maestro, que si ve un carro mal parado... Bueno, que no lo dude mucho, pues.

- ¡Pero qué me tas pidiendo, mijo!

- Maestro, no se me exalte, sepa que algún sacrificio habrá que hacer para que el Ruiseñor vuelva a volar muy alto. ¿Qué tanto daño puede hacer una insignia o un foco o tres cauchos prestados para alegrar la vida del despechado universal con una gloria como usted?

- Bueno, en eso tienes razón. Un foco no es nada en comparación con mi arte...

- Es que eso no se puede discutir, maestro.

- Bueno, ¿y de cuánto hablamos?

- ¿Cómo?

- De cuánta plata. Mi hijo no se va a arriesgá sin que se le pague nada.

- Es que yo no tengo plata. Decía si Atanasio hacía la cosa de forma desinteresada, usted sabe, por el bien de su padre...

- Mire, muchacho, ese degenerao no hace na sin que uno le dé sus realitos...

- Yo no tengo nada, maestro. Se lo juro. Estoy invirtiendo mucho en su carrera, ya vio el celular que compré y no sabe lo que le he metido a ese carro... Pensé que Atanasio...

- Ajá. ¿Y si me meten preso al muchacho? ¿Quién va a respondé por él?

- No creo que lo metan preso...

- ¿Pero y si me lo meten preso?

En ese momento Poli tuvo la certeza de estar delante de un nuevo fracaso. No había por qué seguir, hasta allí los había llevado el río como sociedad. Entonces, abrumado por la verdad que le daba de lleno en la cara como un sol de bahía, Poli zanjó el tema como sólo debía hacerse a ese punto de la conversación:

- Déjelo así, maestro. Y perdone las molestias.

- ¿De qué hablas, muchacho? No entiendo na.

- Que yo lo estoy molestando, lo he sacado de su casa y estamos abusando más de la cuenta con el teléfono del señor Arturo... Quédese tranquilo, que lo mejor será dejar todo hasta acá.

- Pero...

- Perdone, Dalio, y perdóneme haberle sugerido la insensatez de ponerle a su hijo en peligro. Le deseo toda la suerte del mundo.

- ¡Pero, muchacho, no cuelgues! ¡Qué insensatez y que ocho cuartos! Atanasio mañana mismo está buscando esas piezas, no se me achicopale, compay. ¿Qué puede pasar si meten preso al muchacho? ¿librame de esa carga? Eso hasta sería un favor, mijo.

- Pero, usted dijo hace un rato...

- No le pares, mijo. Era pa ve si te sacaba argo... Mejor dicho: era pa ve si sabías negociar. Ya sabes mi manayel tiene que sabé defendese en este mundo tan competitivo.

- Es que...

- No, no te preocupes, que ese gordo vago va a buscá esas piezas como yo me llamo Sandalio Guerrero. Todo sea por reactivá el despecho en los corazones nobles y dolientes de América. Ahora mismo te voy a dejá, mijo, que el viejo Arturo se me puede calentá más de la cuenta. Tampoco hay que abusá. Adiós.

Dalio colgó sin esperar a que Poli se despidiera por el otro lado de la línea, se mesó el cabello con la manía que había cogido desde sus tiempos de galán y salió por la puerta que conectaba con la

bodega. Arturo lo vio e hizo un mohín ante la presencia de quien antes llenara salas inmortales. Mientras el bodeguero se escarbaba los dientes con el palillo que tenía en la boca, el Ruiseñor carraspeó y con voz engolada dijo enfrente a toda la malandrería circundante:

- Arturo, le manda a decí el agente López que me facilite una botella de anís El mono, un caltón de güevos, medio kilo de jamón, una bolsa de harina PAN y un pote e leche.

- ¡¿Qué?!

- Eso que escuchó. Así que hágame el favol.

- Apá, ¿te pegaste el kino? ¿Y toda esa comida de dónde la has sacado? -le preguntó Atanasio al Ruiseñor mientras se le acercaba con cara de ave de rapiña-.

- Mira, muchacho, de aquí tú no me tocas na... Si no me haces un favorcito, claro.

- Pero tengo hambre, apá.

- ¡Ni hambre, ni na! Me tienes que hacé lo que te diga y te doy comía, que ya toy harto de que no quieras serví pa na.

- Bueno, dime qué quieres, apá.

- Mira, degenerao, necesito que me busques un Volkswagen escarabajo de esos y que le quites la insignia, un foco y las ruedas.

- ¿Pero y qué va a hacé usted con eso?

- Tú te callas y me haces eso, sino quieres que te corra ahora mismo de la casa. ¡Quiero eso no pa hoy sino pa ayer!

- Bueno, pero tampoco es tan fácil viejo, además, ¿dónde voy a meter esos cuatro cauchos?

- ¡Bueno, ta bien, flojo, tres ruedas na más, pué! Y ese es tu problema, a ver si solucionas tus cosas de una vez como un hombre grande con responsabilidad... ¿Sabes quién tendrá un carro de esos pol barrio?

- Que yo sepa el señor Quesada.

- ¿Quién es ese?

- El que vive en la calle 15. El jubilado del seguro social, ese que se la pasa hablándote de tus conciertos y de tus discos, de cuando era joven y esas cosas.

- Sí, muchacho, el tipo es un seguidor fiel. Eso no hay que negalo.

- Bueno, ese señor es el que tiene un escarabajo blanco, que lo cuida como si fuera su hijo. No sé cómo los malandros se lo respetan. Será que les da cosa con el pobre viejo...

- ¿Y no hay otro escarabajo que no sea el de ese pobre señó, mijo? Me da vaina embromalo.

- No, apá.

- Es que sí que me da cosa la lavativa, que al final ese señor que respeta tanto mi condición de artista... Bueno, nada, al final ese robo será un favol pa él. Vorveré a los escenarios, a grabá y así al tipo se le quitará todo ese dolor momentáneo por un simple foco y unas insignias.

- Y las ruedas, aá.

- Bueno, eso también.

Cada tramo de la conversación de esa mañana lo recordaba Atanasio con una fidelidad de apuntador de telenovelas, y sólo era interrumpido de vez en cuando por el crujido de sus tripas. La recompensa esperaba, aunque el día no se prestaba para realizar el trabajo sin complicaciones. El viejo Quesada se mantenía en el porche de su casa, tirado en la mecedora de mimbre y en una de esas extrañas ensoñaciones que no dejan de poner en actitud de alerta a la persona. Atanasio sabía que la segunda causa de desvelo del jubilado estaba en el perro callejero que él juraba que respondía a la raza pequinesa. En sus múltiples y desquiciados planes pensaba que si le tiraba una piedra en la cabeza la desgracia pararía al señor Quesada de su silla, y él podría hacerse con las piezas del carro. El problema es que para ello tenía que pasarse para la casa del vecino con una logística digna de liberadores de rehenes. Lanzarle al animal una lonja de jamón con veneno o laxante también podía dar buenos resultados, pero en su billetera no había ni para comprar un caja de fósforos. La mejor jugada estaba en ingeniárselas para hacer que el perro saliera de esa casa, echar el grito de alarma y esperar a que el viejo fuera en su búsqueda. Si la cosa se daba bien, sólo disponía de unos minutos para sustraer las piezas del escarabajo que, según su padre, debía correr a entregárselas a Poli ese mismo día. Tanta urgencia

mezclada con complicaciones ya lo había echado para atrás en la empresa, pero Dalio lo amenazó no sólo con negarle la comida que había traído.

Atanasio sabía que debía apostar todo por el pequinés que, a todas éstas, se llamaba Piñerúa en honor a un político olvidado. Tirarle una cuerda al perro era impensable. Hacerle señas de lejos menos aún, cuando de todos era sabido el odio que le profesaba el animal a Atanasio. ¿Y si le lanzaba una piedra? No, iba a ser peor. Cuerda, señas, piedra... No había mucho más que hacer. Piñerúa se la ponía difícil y el viejo Quesada parecía un maniquí casi de carne y hueso en su mecedora de mimbre.

Un niño huelepega, como muchos de los que había en Los Manguitos, tropezó con Atanasio y siguió su camino sin disculparse. El gordo le tiró un coscorrón que pasó rozando por su cabeza. Atanasio quiso gritarle alguna grosería pero prefirió callar para no alborotar la casa del viejo Quesada. Sin embargo, notó que el chico se dirigía directo al portón lateral del hogar, que daba con la zona en la que también dormitaba el perro. El niño se agachó cuando pasó por el frente del dueño del animal y después metió la mano por una de las rejas del portón. Piñerúa lo vio y movió la cola. Con paso juguetón se acercaba a la mano del huelepega, que no hacía otra cosa que pasársela por la cabeza de la bestia. El perro se tiró panza arriba y el muchacho le hizo mil cariños. Así estuvieron un rato hasta que el chico se incorporó y dobló por la vereda. Piñerúa no aguantó nada y dio un pequeño salto por entre los barrotes para jugar con su amigo. Atanasio, atónito por su suerte, se asomó por la vereda y vio cómo el chicuelo y el perro saltaban, se tiraban en la tierra y se perseguían el uno al otro entre gritos y ladridos de júbilo. Cuando la fortuna aún le había sonreído más a Atanasio, fue al momento de ver con sus propios ojos cómo el niño cogía el perro y lo cargaba debajo de la axila para luego perderse por una escalera descendente que comunicaba al barrio con una autopista.

El próximo paso estaba en alertar al viejo Quesada del dramático hurto de Piñerúa. Había que buscar las palabras exactas y esperar a que el viejo corriera despavorido en pos de su captor. El resto serían puras manualidades con el escarabajo.

- ¡Señor Quesada! –gritó Atanasio con paso apresurado y cara de emergencia-.

El viejo se incorporó de la mecedora de mimbre como si fuera expulsado por un resorte. En bermudas, medias, pantuflas y con una franelilla blanca el septuagenario, sorprendido, le preguntó a Atanasio con voz pastosa:

- ¿Qué pasó, muchacho?

- ¡Que le han robao a Piñerúa, señor!

- ¡Qué!

- Un huelepega de esos del barrio. Se lo acaba de llevar. Ahorita mismo acaba de bajar por la vereda. Yo lo vi.

- ¡No me digas eso, hijo querido! – exclamó, desgarrado, el viejo Quesada mientras se ponía los lentes de aumento y cogía un palo -.

- Sí, señor, si se apura lo alcanza.

Walter Quesada no dijo más. Apartó, como ensimismado, a Atanasio y dobló por la vereda. Atanasio se asomó y, cuando se aseguró de que el desgraciado corría escaleras abajo, se dirigió al carro. Lo primero que hizo fue notar que el sol ya se estaba escondiendo en el fin de la tarde. Sacó del bolsillo trasero de su pantalón un cuchillo de cocina y se encargó de lleno en quitar la insignia. Más que por los nervios, por su torpeza innata, Atanasio no atinó al primer intento y le hizo un rayón al capó del carro. La insignia era un círculo que estaba muy bien pegado a la carrocería, y la mejor manera para despegarla estaba en meter la punta del cuchillo por la hendidura que se creaba entre el carro y el adorno. Cuando por fin Atanasio pudo encajarla, mientras le daba la espalda al carro para disimular el hurto, su esfuerzo fue tan desproporcionado que sólo atinó a escuchar el típico chasquido metálico que antecede a una pieza malograda. Atanasio giró la cabeza y vio que, en efecto, la insignia se dividió en dos pedazos difíciles de disimular. Entre dientes pronunció una sentida mentada de madre, se secó el sudor de su frente y se metió los trozos en el bolsillo. Después aprovechó para introducir cuatro piedritas en los

gusanillos de los cauchos, y, con el sonido de la fuga de aire, fue directo al foco. Con la noche encima de su cabeza el trabajo de incógnito se facilitaba mucho más de lo normal. Atanasio pudo afanarse como pudo en el foco, y en un tiempo más que aceptable logró sustraerlo sin mayores daños. Con los cauchos la cosa fue más complicada, pero aún así logró sacar uno.

Ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en la operación, hasta que escuchó unos gritos a lo lejos. Cuando sintió el rumor de la gente aproximándose, Atanasio volvió a poner el caucho sin atornillar en el escarabajo y afinó el oído.

Una señora dio la voz de alarma:

-¡Han atropellado al señor Quesada!

Las luces de una casa vecina se encendieron y de ella salió un hombre con una pistola calzada en el pantalón. La mujer le contaba que el viejo Quesada había bajado y, haciendo caso omiso al peligro que tenía delante, cruzó la autopista que conectaba con la escalera. Los carros, proseguía la mujer entre gritos histéricos, iban como balas y un antiguo Malibú, que taxebaba de forma ilegal, terminó por embestir al anciano antes de darse a la fuga.

Atanasio vio cómo el hombre de la pistola, sin dejar de asentir, cogía un juego de llaves y bajaba con la mujer al lugar de los acontecimientos. A lo lejos vio al tipo sacando un carro, el suyo quizás, de un garaje cercano y a un grupo de gente, más abajo, que rodeaba al viejo Walter. Afinó un poco más la vista y notó la pequeña figura de Piñerúa pasándole la lengua a la cara del malogrado anciano que yacía con su palo. Del huelepega sí que no había rastros por toda la zona.

Se secó el sudor de la frente y volvió al escarabajo. Con la lección aprendida minutos antes, ya no tenía problemas para sacar otro caucho sin mayores complicaciones. Todo el extraño botín lo metió en una carretilla de supermercado, que había aparcado muy cerca, le echó un mantel encima y se fue con ella para su casa. Cuando se topaba con alguien en su camino le contaba, con cara de dolor, la reciente tragedia del viejo Quesada y después proseguía su andar. Saboreaba para sus adentros cada loncha de

jamón, los vasos de leche y las arepas que su padre le iba a dar apenas entrara en su casa como parte del trato. Cuando traspuso la puerta con su carretilla a cuestas no se aguantó y gritó:

- ¡Apá, ya llegué! ¿Dónde están mis arepas?

Dalio salió en bermudas y guardacamisa. Se aproximó hacia Atanasio y le preguntó con gravedad de borracho:

- ¿Dónde están las vainas que te pedí?

- Aquí, papá, en la carretilla, debajo de la sábana.

- ¡Levanta esa vaina!

Atanasio lo hizo y el Ruiseñor vio todas las piezas sin inmutarse.

- ¿Dónde está el otro caucho?

- Ahí tienes el foco, los cauchos...

- ¿Dónde está el otro caucho, degenerao?

- Papá, no cabía otro caucho en la carretilla. La gente se iba a dar cuenta...

- ¡Eso a mí no me impolta! ¡Es que no sirves ni pa sacale tres cauchos a un carro, coño! ¿Dónde está la insignia, degenerao?

Atanasio metió la mano en el bolsillo de su camisa, sacó lo que quedaba de la insignia y se la puso en la mano al Ruiseñor.

- ¡Pero, anormal, rompiste toda la insignia! ¡Esto no sirve!

- Bueno, papá, si se le echa un poquito de soldimix y se le dan unos martillazos...

- No quiero ni ver el foco... Espérate ahí, muchacho. Déjame vestime y vamos aonde el Poli...

- ¿Y mis arepas con jamón?

- ¡Ni arepas ni na! No mereces que te dé ni esto – dijo el Ruiseñor haciendo una obscenidad con el dedo -. Mira y busca qué quedó en la nevera.

Cuando Atanasio abrió la puerta de la vieja nevera, notó que de la leche no quedaba ni para un vaso y que el jamón había desaparecido. Defraudado y con una calentera que le subía por el rostro, Atanasio supuso que su padre se había atragantado casi todo el botín. No era extraño que lo hiciera, que se engullera todo a espaldas de su hijo y que tuviera la costumbre de dejar los platos usados con restos de comida que siempre escondía y que nunca compartía con él. Atanasio otra vez había sido utilizado y, para colmo, en esta ocasión hasta pudo haber ido preso en la encomienda. El gordo le pegó un portazo a la nevera y gritó con toda la indignación:

- ¡Coño, gracias, apá! ¿Dónde carajos está la comida?

Sandalio no contestó. Seguía vistiéndose con mucho afán. Atanasio contraatacó:

- ¡Me muero del hambre, coño! ¿Dónde está el jamón?

El Ruiseñor salió con cara de informalidad, y le dijo a su hijo:

- Deja de llorá, muchacho. Vente acompañame con las cosas pa lleváselas al Poli.

- ¡Tengo hambre!

- Mira, mijo, deja de jodé. Cuando regresemos te haces unas arepitas dulces y te las comes con huevo.

El día no había tratado muy bien a Poli. Los clientes de La múcura de Maiquetía parecían haberse puesto de acuerdo con su jefe para amargarlo. En toda la tarde de jornada el mesonero ya había perdido la cuenta de las veces que mandó a calentar un plato, que buscó una bolsita adicional de azúcar para el café, que le metió cubitos de hielo a un vaso de agua cien veces devuelto, que debió callar ante las continuas insolencias de su empleador. Quizás ese día pensó más que nunca en renunciar al trabajo y en concentrarse de lleno en la carrera del Ruiseñor. Era imposible encontrar la inspiración bajo un ambiente opresivo y que estaba tan en contra de cualquier proceso artístico. Poli se estaba cansando. El brote de las venas que recorrían su sien era palmario. Sólo debía reflexionar las ventajas y maldades que podía encerrar el hecho de colgar para siempre el uniforme de mesonero y jugarse el todo por el todo con su proyecto. Lo que menos le importaba eran las recriminaciones de sus padres. Bastante había fracasado por ellos y no pretendía volverlo a hacer una vez más; y menos aún cuando se trataba, quizás, de la última oportunidad a ganador que le ofrecía la vida.

Ya estaba harto del ensayo de persona en el que se había convertido. Con el viaje en autobús no necesitaba otro recordatorio. Aún vestido con el pantalón negro de su uniforme de tercera y con todo el sudor de una jornada atroz, Poli tuvo como guinda elegir a El ponderoso, un armatoste que recorría la ruta que terminaba en su barrio amenizado con el casete de los éxitos de Cosmos. Aguantar todas las colas caraqueñas, que iban desde La Guaira hasta las inmediaciones de La Dolorita, ya era una cuestión de sufridores urbanos. Pero hacer el mismo trayecto bajo los mil veces escuchados acordes de “Karakas” y “Divisadero” podía considerarse uno de los más inhumanos castigos para Poli. El antiguo fundador del grupo volvió a pensar con encono en aquellas personas a las que les dejó más de treinta canciones escritas; y que, después de llegar a la gloria y de borrar su crédito de autor en cada una de ellas, nunca

más se acordaron de él. Pero eso era lo menos importante, se repetía sin cesar: ya iban a verlo en su regreso y también iban a notar la gran pérdida que tuvieron. Sí, lo notarían todos esos ingratos cuando comprobaran con sus propios ojos cómo el antiguo Poli C ahora tenía el talento suficiente para endiosar con todos los honores a un bolerista decadente.

Y ese era otro problema que debía resolver. Desde que se había embarcado en el proyecto de Sandalio sus gastos se habían acrecentado una barbaridad, porque, si bien ya tenía bastante con Honorio y Micaela, ahora debía sumar el dinero que se le estaba yendo en su apoderado y en su crecido hijo. Sólo con los brindis, pasajes de autobús y préstamos fugaces ya tenía para rato. Sin embargo, a eso debía agregarle el precio del celular, alguna ropa en condiciones que estaba pendiente de comprar, los gastos de gestión de miles de cosas que tenía en mente y el escarabajo que ya arreglaría ese mismo día.

El Volkswagen era otro punto que le había amargado la vida. En medio de la cola que resistió dentro de “La ponderosa”, el Ruiseñor lo llamó como tres veces para preguntarle bien la dirección de su casa. Sacando cálculos, Poli se dio cuenta de que la tarjeta telefónica que le había facilitado para comunicarse en casos de urgencias, ya debía estar sin saldo cuando no en vías de.

Pero eso era lo de menos. Tanto el padre como el hijo lo esperaron en la última parada del autobús, con un taxi que Poli les debía pagar y con una carretilla a la que le sobresalía un foco, un emblema roto y sólo dos cauchos de los tres que había pedido. Lo poco que había sacado con las propinas de La múcura de Maiquetía, y el billete que siempre cargaba en casos de emergencia, se le fueron al pagar la carrera de Sandalio. Por vez primera quiso estrangularlo de todo corazón pero, en vez de eso, prefirió decirle con educación que se abstuviera de ese tipo de viajes cuando él aún no estaba preparado para recibirlo. Como repuesta sólo consiguió una palmada del Ruiseñor, mientras decía con una sonrisa:

– Bueno, miijo, no se me ponga agarrado ahora. Meta todo eso en mi cuenta, que cuando me impulse la carrera como debe se, entonces, yo le pagaré cada centavo con intereses... ¡Y que nadie diga que el gran Dalio de las Américas le ha quedado debiendo a alguien que estima!

– ¿Oiga, maestro, y el otro caucho? –preguntó Poli.

– No le pares a esa insignificancia, Dios proveerá, muchacho. Ahora lo que debemos hacer es llevá todo esto hasta tu casa, y así de paso nos presentas a tu gente. ¿Veldá, Atanasio? Y nos perdonas si ya se está haciendo la hora de la cena. Tú no te preocupes, que con un pan con mantequilla que le des al muchacho y a mí ya nos resolvemos...

En el camino Poli tuvo que tomar las riendas de la carretilla, que había dejado Atanasio con premeditación. Encorvado, y haciendo milagros para sortear unos baches de un camino de tierra que daban a unas filosas escaleras, el mesonero transpiró a chorros y tuvo que escuchar como premio las mil y una batallas que el viejo bolerista declamaba con la misma insistencia de un recuerdo de un veterano de guerra. Cenas musicales con Leo Marini, dúos improbables con Carlos Gardel, reconciliaciones con un Cherry Navarro antes de su muerte y apariciones parlanchinas con Nino Bravo sólo fueron unas de sus tantas historias.

– Y, sí, chico, “Noelia” fue un tema que canté yo y que me arrebató Nino en una apuesta de borracho que le cumplí como todo un caballero. Algún día, cuando encuentre a alguien pa contale estos tesoros de mi vida, de veldá, que me voy a poné a reviví mis memorias como tiene que se. Se van a sabé tantas cosas, muchacho... Incluso voy a esclarecer mucho sobre lo que realmente sucedió con Felipe.

– ¿Qué Felipe, Apá?

– Coño, Pirelita, mi helmanazo que tanto extraño a diario. Ese hombre estaba destinado a la gloria, al igual que pasa conmigo. Yo que te lo digo -y se puso a cantar: “Sombras nada más, atravesando mi vida, sombras nada más...”

Poli frenó la carretilla, y se detuvo un momento mientras se secaba la cara con la manga izquierda de su camisa de trabajo. Dalio también se paró y vio delante de sí una modesta casa amarilla con rejas desvencijadas. De la puerta que daba adentro salió un señor casi de su misma edad, en bermudas de cuadritos, con una camisa manga corta desabotonada y una Gaceta Hípica enrollada en una de sus manos. Su cara no traslucía nada en especial. Quizás con una mirada más acuciosa podía notarse algo de hastío y monotonía en su rostro, pero en general parecía la faz de una persona gris y conformista.

– Qué más, viejo -dijo Poli -. Éste es Dalio Guerra y su hijo.

– Sí, señor, permítame presentame. Es una pena que no tenga una tarjeta con letras de oro, que sólo doy a los pocos favorecidos que...

– ¿Usted es el Ruisenor?

– El mismo que viste y calza; o que pía y enamora, pa se más poetas con la ocasión.

– Coño, ¿y no tendrá algún dato pa la sexta válida?

– Cuánto me temo que en eso no lo puedo ayudá, mi estimao. Mi mundo, como ya sabe, es el de la canción romántica.

– Bueno, viejo, el señor Dalio nos va a acompañar un rato mientras yo voy a ponerle...

– ¿Y esa carretilla, muchacho? ¿Qué traes ahí?

– Eso era lo que te iba a decir, viejo: tengo unas cosas pa arreglar el escarabajo. Usted converse con Dalio y su hijo.

– No, mijo, esto será una agradable plática entre hombres transitados por la vida, ¿verdad, Honorio? -apresuró Dalio-. Quédate con Atanasio, que él te ayuda.

– Pero si yo quiero quedarme con ustedes.

– ¡Usté se calla y deja solo a los mayores!

Atanasio no ocultó su descontento pero recibió la orden. Sabía que si hacía explotar a Dalio, éste iba a ser capaz hasta de pedir que no le dieran comida a su propio hijo. Ese tipo de castigos eran usuales, y en ese momento mandaba el hambre. Así que prefirió seguir a Poli hasta el escarabajo. Era obvio que el otrora miembro de Cosmos no se sentía nada halagado por la compañía que le habían impuesto, pero el día ya le había enseñado a soportar el aguacero de desdichas con suficiente temple. Explotar no servía de nada, no era el mejor momento para una catarsis, y lo que consideró más aconsejable era trabajar como un autómata en la reparación del carro. En fin, ya tenía las piezas y el resultado final podía servirle para empezar a vivir una vida amorosa, a la que se había negado con rencor desde que tenía conciencia.

El Ruiseñor vio cómo se perdían los dos y siguió a Honorio por la misma puerta por donde había entrado. La casa por dentro mantenía la humildad exterior, pero al lado de su rancho centelleaba con el relumbrón de todo un palacete. Vio adornos ordinarios, porcelanas toscas y una litografía de perros jugando billar. La decoración dejaba mucho que desear, aunque para Sandalio todo relucía como los chorros del oro.

– ¡Caramba, Honorio, ésta es toda una mansión!

El viejo Honorio caminó hasta una silla sin hacer el más mínimo acuse de recibo del comentario. Se sentó, sacó su bolígrafo Kilométrico de tinta azul, abrió la Gaceta Hípica, inclinó la cabeza y le subió el volumen a un radiecito de pilas que estaba encima de la mesa central.

– ¡Qué mansión va a ser esta pocilga! ¡A esto no se le hace un cariño en siglos! -gritó Micaela desde el fondo de la casa.

Dalio quedó inmóvil y vio a Honorio en busca de alguna explicación. Éste, con su hastío habitual, se mantuvo indiferente.

– Las mujeres, chico... Tanto que las queremos, son nuestra dicha y alegría que hasta le perdonamos todo con amor, ¿veldá? -soltó el Ruiseñor para romper el hielo.

– Por mí, que a la de acá la mate un carro, -comentó Honorio mientras seguía en el estudio de las carreras-.

Dalio sonrió y se sentó en una butaca que tenía al lado. Carraspeó para aclarar la voz e intentar una manera de iniciar una conversación fluida, cuando el rumor de unos pasos enchancletados lo sorprendieron. Al voltear se encontró con una doña, embutida en una bata moteada por la grasa, de cara aceitosa, panza prominente y greñas marrones como de pelo púbico. La mujer aún tenía los ojos cerrados y, mientras blandía una cuchara de madera, gritó con una voz entre chillona y griposa:

– ¡Mire, viejo sinvergüenza, a ver si me hace caso y me ayuda a espantar a ese ser que ya me tiene harta!

Dalio volvió a incorporarse y se preparó para hacer una de sus típicas venias de caballero otoñal, pero Micaela al verlo prosiguió con su escándalo ante la indiferencia de Honorio.

– ¡Y usted quién es! ¿También es uno de los borrachitos amigos de este degenerado? -preguntó, mientras señalaba con la cuchara caldosa a Honorio.

– No, madmuasel, no. Déjeme presentame... Bueno, si usted es un alma romántica, de seguro, habrá escuchado el nombre de Dalio Guerra, el Ruisenor de las Américas, hacedor de éxitos intitulados como “Caprichosa”...

– Claro que lo conozco, ¿ese hombre no se murió ya o era que estaba metido en cosas drogas?

– Bueno, eso ha sido un infundio y una infamia en contra de este humilde servidol. Le aseguro y garantizo que nunca en mi vida he estado cerca de sustancias malignas, ni volveré a estar, porque sé que como ídolo de multitudes puedo mancillá la vida de la nutrida juventud que me ha tomao como un digno ejemplo a seguir...

– Ahora sí que nos arreglamos, pues. ¿No pudiste traer a borrachitos que digan menos pendejadas, Honorio? Que yo sepa el alcohol no hace que la gente diga embustes, chico.

– No, mujer, el hombre te dice la verdad: el tipo es Dalio Guerra -dijo Honorio aún metido en su Gaceta Hípica.

Micaela le dio un repaso sin demostrar mucha convicción. Con la mano en la barbilla se le acercó y dio una vuelta de inspección en torno a la humanidad de Sandalio. Después se apoyó en una pared, y a una distancia prudencial dijo:

– Perdone usted, señor, es que Dalio era muy bello y usted... Bueno, perdone, por la equivocación. Sólo quiero que me diga en dónde y en qué año nació.

– ¡Faltaría más, respetable dama! Este humilde servidol es hijo natural de Teotiste Maturino de la Concepción Guerrero Izquierdo y de Presentación del Carmen Guaita Hinojosa, y vio la luz por primera vez en la antañona Barcelona del 33. ¿Cómo le quedó el ojo?

– Eso es verdad, sí señor. ¿Y me podría dar un autógrafo?

– Cómo no, distinguida dama. Es una lástima que no haya traído mi pluma con punta de diamante egipcio, que me regaló mi general Torrijos.

Micaela le arrebató el bolígrafo de plástico a Honorio, y le acercó al Ruiseñor un disco que estaba al lado de un antiguo picó. Sandalio al tenerlo entre sus manos entró en un profundo maremoto de recuerdos relacionados. El álbum no era otro que “El Ruiseñor enamora a la Caprichosa”. Recordaba que esa guayabera se la fabricó el mejor sastre de Cartagena de Indias, con telas europeas y bordado en hilo de oro como digno reclamo para presentarse en su ciudad. El requinto había sido un regalo de Chucho Navarro, quien en una gira con el trío Los Panchos le había dicho a Dalio que si una de sus canciones podía enamorar tanto como las de ellos, entonces, el instrumento más adorado por su compañero Alfredo Gil iba a ser entregado en las manos del Ruiseñor. “Caprichosa” había roto todos los pronósticos y Navarro tuvo que hacer valer su palabra. Dalio, por su parte, y para dejar constancia de quién había ganado la partida decidió fotografiarse en la portada de su próximo disco con el famoso requinto y con una mulata, a la que la noche anterior le había pagado sus servicios de prostituta

profesional con dos boleros amelcochados que le susurró en la pata del oído. La ironía de macho de barrio estaba echada en el montaje final: por un lado un invaluable y mítico instrumento; y por el otro la sonrisa condescendiente de La Caridá o María la Mulata, la más cualificada experta sexual de toda Cartagena.

– ¿Y esa negra es la famosa Caprichosa? -preguntó Micaela.

– Nooooooooooooo, señora, esa es una de las tantas Caprichosas. No podría cantá sólo pensando en una mujé. Pa mí, ellas son todo un mundo, una humanidad. Aunque la de este disco puede resumí el sentimiento de lo que pienso sobre ese tema tan debatido por mis biógrafos...

– ¿Y qué es lo que me puso ahí encima de su foto?

– “Para Mikaela, nombre del trópico y de ninfas de corazón embelezado, resiba esta humirde firma de un bolerista que desde ahora le debe una tonada. Con cariño, Dalio Guerra, el único e indiscutible Ruisenor de las Américas”.

– ¡Ay, qué bonito!... ¡A ver si tú aprendes a ser todo un caballero como el señor, viejo vago! -le gritó Micaela a Honorio.

– Bueno, señora, no se me ponga así. Estoy seguro de que Honorio es todo un hombre de ley...

– Mire, ¿y usted también cantó “Virgen de medianoche”?

– Claro, entre otros éxitos intitutados.

– Es que quiero que me ayude con algo que ni mi hijo, ni este viejo han querido hacer.

– A ve.

– Cómo le digo pa que me crea... Prométame que se lo va a tomar en serio.

– ¡Señora, la duda ofende!

– Está bien, yo quisiera ver si me ayuda cantando esa canción mientras le muestro la casa.

Intenté que el cura de la parroquia viniera con la Biblia pero es de esos gallegos que responden mal y son todo secos.

– ¿Pero en qué puedo ayudala?

– Ella dice que se le aparece la Virgen del Valle, -intervino, indiferente, Honorio-.

– ¡Ah, caramba! ¿Y eso no es bueno, pué?

– Mire, al principio, claro que la cosa es buena. Que la virgencita se haya echado un viaje tan largo desde El Valle del Espíritu Santo de Margarita hasta este rancho de La Dolorita es algo grande, -dijo Micaela-.

– ¡Ah, pué, y entonces!

– ¡Bueno, que esto es una aparecedera todo el día, señor! En la cocina, en el porche, en el patio... En todos lados se me aparece la virgen pa decirme cosas. La otra vez estaba cortando unos ají dulces en la cocina pa echárselos a un guiso de mollejas, y viene ella y se me sienta. ¡Coño, una también trabaja!

– ¿Cómo es la vaina?

– Además a ella le gusta que una la escuche, y yo tengo oficios, ¿oyó? Yo no soy como ese viejo vago que se la pasa jugando caballos y numeritos... Pero ya no sé cómo decirle a la virgencita que se busque a otra persona a quien aparecérselo, o que vaya a ocuparse de San José o del divino niño.

– ¿Pero qué le dice la Virgen del Valle?

– ¡Yo qué sé! Cosas como enredadas. Yo le digo: “mire, virgencita, todavía me falta lavar el baño y ver si los mangos de la mata del patio están maduros, antes de que se me encaramen los güelepegas. ¿No quiere que le ponga la televisión un ratico y ya vuelvo?”

– ¿Y ella?

– Nada, se pone a verme con esos ojos y esa sonrisa como de ida que tienen las estampitas y las imágenes de la iglesia. Yo no sé, y que Dios me perdone, pero a veces me da la impresión de que debe estar en drogas o tener un problema mental...

– ¿La virgencita?

– Sí, porque una persona normal no puede estar con esa mirada y esa sonrisa todo el rato. A veces aparece con la batola que ella usa, así como con los brazos abiertos, y no dice ni ñe -dijo Micaela mientras imitaba la pose-. Mire, yo no sé qué hacer pa que entienda. Además, ahora le dio por aparecerse en la madrugada cuando entro al baño a hacer mis necesidades, y usted no se imagina el alumbrón que trae esa mujer consigo pa todos lados. Parece un bombillo. Eso no es de gente normal, ¿verdad?

– ¿Pero qué le dice la virgencita? -volvió a preguntar Dalio mientras se persignaba.

– Cosas raras, que si un tigre quemado debajo de una mata con siete o catorce enormes rayas... Después me pide que le rece unos rosarios. Y, mire, o limpio el baño de la casa o me siento a rezar rosarios todo el día...

Micaela siguió hablando y Dalio se santiguó cuando escuchó lo del tigre. Si algo tenía el hombre era su alto nivel de credulidad y superstición. En Barcelona había crecido escuchando los innumerables cuentos de aparecidos y de gente a la que los muertos les pedían misas y rosarios para alcanzar un tranquilo descanso. En la época de Independencia la zona resistió feroces ataques entre los bandos Realistas y Patriotas. Cada vez que se avecinaba un estado de sitio, el grupo que antes mandaba recolectaba todas las riquezas de la ciudad y las enterraba en distintos sitios, para evitar un feroz saqueo por parte de los vencedores antes de la ejecución de cada rehén. Durante décadas, espantos de ese turbulento pasado transitaban la zona, se metían en las casas, hacían extraños ruidos, cambiaban de sitio las cosas y aparecían en los sueños de sus habitantes exigiéndoles novenarios a cambio de sus tesoros enterrados. Quienes cumplían con el pacto habían salido de la pobreza casi al instante; quienes abrían la boca o intentaban engañar al espíritu perecían por extrañas causas o se desquiciaban sin remedio. Presenta, la madre de Sandalio, decía reconocer cada aparecido que pasaba por las calles arrastrando sus penas. Además de comadrona, en sus ratos libres leía las cartas, el tabaco, los caracoles, la orina y la borra del café. Quienes la conocieron y requirieron de sus servicios decían que era buena, que era, en el

argot de los brujos, “materia”, un ser dotado con cualidades especiales para percibir lo imperceptible. Ella también decía lo mismo de su hijo, pero le aconsejó un futuro en la música que proporcionaba un tormento menor que el de la brujería.

Dalio había vivido sus años con ese pesado grillo a cuestas. Todas las veces que se había entregado al alcohol y a los demás vicios lo hizo para disipar sus dudas. Cada alucinación se las achacaba a cuanta porquería se metía en el cuerpo. Sin embargo, su vida estaba llena de coincidencias. Llevaba unos días asentando sus borracheras con el sueño del tigre que lo perseguía, hasta que el bolerista se montaba en una mata, desde donde macheteaba al fiero felino y luego prendía con unos fósforos que sacaba de algún recoveco onírico. Se lo había contado a Poli en su momento, y ahora Micaela le hacía una vaga alusión a un pasaje privado.

– ...y, bueno, algún rosario le he hecho pa complacerla, pero no puedo estar en ese plan –seguía Micaela-. Por eso le pido que le dedique esa canción a la virgencita por toda la casa. Capaz y con eso se desaparece, ¿ah?

A escasos metros Poli había terminado de ajustar las piezas que le había recolectado Atanasio. Le parecía increíble que en esas dos horas de trabajo el hijo del bolerista no hubiera movido un dedo, menos aún cuando le pedía alguna de las innumerables ayudas que éste fingía no escuchar. Su función era de convidado de piedra sentado sobre un bloque de construcción que estaba debajo de un apamate. Desde allí, muy de vez en cuando, le preguntaba al mesonero de Maiquetía si su madre tenía buena sazón y si su comida sabía mejor en el almuerzo o en la cena. Poli mantenía su voto de silencio. Su concentración estaba dedicada al escarabajo que intentaba adecentar. Era obvio que con los materiales había arreglado parte del armatoste. Sin embargo, el carro necesitaba más de un cariñito. Así como estaba, iba a ser difícil meter a una joven doncella en su sano juicio. Los tres cauchos no estaban en las

mejores condiciones y aún faltaba otro más. A la insignia aún no le encontraba un buen arreglo, y qué decir de la pintura.

No quiso seguir enumerando todo lo que necesitaba el escarabajo, porque las tripas se le estaba rebelando y porque en la mitad de su lista mental se había dado cuenta de que había llegado a su hogar. Le extrañó, eso sí, que todo estuviera apagado y que lo que parecían unos quedos berridos salieran de las ventanas como gotas de un líquido espeso. Cuando abrió la puerta, con un Atanasio que prefirió mantenerse unos cuantos pasos más atrás, notó que los ruidos aumentaban y que una tenue iridiscencia se aproximaba. Poli cruzó la sala con cuidado rumbo a la cocina y al voltear se encontró con la terrorífica cara de Sandalio y, más atrás la de Micaela, quienes transportaban dos enormes velones, al son de la canción “Virgen de medianoche”, que el Ruiseñor se estaba encargando de reanudar en ese preciso momento a grito pelado. El muchacho reaccionó con un alarido, un manotón que le pegó al velón del artista y un salto. Todo sincronizado.

Un buen rato después Poli abría los ojos asqueado de un olor muy penetrante.

– ¡Se nos despertó el muchacho! -exclamó Dalio entre carcajadas-. Yo dije que si le dejábamos ese puñito de amoníaco al lado se nos iba a despertar rapidito.

– ¡Mira, Policarpo, qué susto nos diste con esos gritos, chico! -dijo Micaela-. No ves que tuvimos que apagar la luz y cantarle a la virgencita pa ver si se va. El señor Dalio es “materia” y dijo que eso quizás servía... Por cierto, ya todos comimos y el platico que te había guardado se lo di al gordito. Me dijo que tú habías pellizcado algo en el camino.

– Policarpo, antes de que se me olvide, cuando estabas desmayado te llamó una tal Vicky -dijo Honorio-. Que después hablan pa mover lo de la salida que tú sabes. Yo le dije que no la podías atender porque estabas desmayado en ese momento, pero que te lo avisaba cuando te despertaras.

El día del milagro Honorio se despertó con la trifulca de una pelea de perros. Murmuró alguna maldición hacia las bestias y pasó, silencioso, al único baño que podía usar en su propia casa. Allí cogió un peine y, luego de ducharse con jabón azul y abundante agua fría, notó que le quedaban unas pocas gotas del Tricófero de Barry, con el que solía tratar a esa escasa cabellera que distribuía estratégicamente para disimular su calvicie. Fue en ese momento cuando profirió su segunda maldición de la mañana. Ya conocía las mañas de Micaela para quitarle parte de sus productos de tuallet, con el fin de castigar alguna mata de lechoza o de orquídea que no estuviera produciendo. Para ella cualquier árbol o matorral, que bajo sus cuidados se negara a florecer, merecía ser reprendido con alguna acción rápida, dura y efectiva. Creía que, al igual que sucedía con los hombres, en su jardín o en lo que quedara de él sus inquilinos estaban obligados a rendir sus frutos por las buenas. Si el caso no se daba de esta manera, entonces, el correctivo, que podía ir desde un bloque de cemento pegado al tallo hasta unos chorros de enjuague bucal muy de vez en cuando, enjuiciaría al arbusto y lo haría cumplir con la función para la que Dios lo había traído al mundo.

Sin embargo, Honorio también salía perdiendo con estos escarmientos vegetales. El dinero si acaso le alcanzaba para comprar su Gaceta Hípica con religiosidad y para pagarse un café de vez en cuando, como que para colmo de males ese error de su vida que vivía bajo el mismo techo le arrebatase su Tricófero de Barry para joder a unos hierbajos.

Sin embargo, ese día el hombre no quiso descomponerse más de la cuenta. Con su talante sereno y reprimido, prefirió repasar aquella lunática conversación que la noche anterior había tenido Micaela con Dalio. Todo el cuento del tigre y esos números no dejaron de darle vueltas en la cabeza, por lo que al salir del baño fue en la búsqueda de un librito ajado y con algunas páginas sueltas que podía aclararle

cualquier duda: “San Cono de la lotería, la suerte en los sueños”. Cuando lo ubicó al lado de una pila de viejos números de la Gaceta Hípica, que reposaban en su cuarto, lo tomó, con el ejemplar de su revista preferida y salió a la calle a ver si ese día podía cobrar su pensión de vejez.

En el bolsillo, si acaso, tenía lo justo para el pasaje de autobús y unos veinte mil bolívares que se habían escapado de la requisa diaria a la que Micaela, con su legendaria maña de sabueso policial, sometía el cuarto en su ausencia. No le importó sacrificar el escaso dinero que cargaba y se detuvo en el primer kiosquito de terminales que se le atravesó en el camino.

– Buenos días, amigo. ¿Por casualidad aquí venden animalitos? –le preguntó Honorio al dependiente del negocio, un hombre como de su edad y con cara de tipo resabiado.

– Claro, compañero. Tenemos pal sorteo de las diez y de las doce de la mañana. Dicen que hoy revienta el mono o el burro, y le aconsejo que compre el segundo si usted soñó con el presidente.

– Bueno, véndame dos mil quinientos de tigre pa los dos sorteos.

– ¿Tigre? Ese animal ta durísimo, compañero. Además, da mala suerte soñar con él...

– Mire, amigo Celeuco, usted sabe que yo le apuesto casi siempre y quiero que me aclare una cosa.

– Dígame.

– Quiero también comprarle unos numeritos pa todas las loterías: pa Caracas, Táchira y Zulia. Tengo metido en la cabeza el 7 y el 14. ¿Cómo hacemos?

– Bueno, yo le puedo distribuir esos quince mil bolos en un triple de Caracas con sus combinaciones. Ya sabe: 714, 417, 741 y así... Si la pega, entonces, se pone los pantalones.

– Ta bien, confío en su criterio. Usted es el profesional acá y el sabio de la partida. Cóbrese estos reales y ponga manos a la obra, pues.

Después de despedirse de Celeuco, Honorio tomó el autobús que lo dejaba cerca del banco en donde cobraba su pensión. Ya en el sitio el paisaje no era apto ni para turistas de aventura: un ejército de

viejos plañideros hacían una larga cola bajo un sol que quemaba de sólo verlo. Algunos arrastraban enfermedades impronunciables y otros, completamente tirados al abandono, despedían un tufillo a alcohol. Honorio saludó a los saludables mientras se sumergía en la lectura de “San Cono de la lotería, la suerte en los sueños”. Fue directo a la letra T, buscó la palabra “tigre” y leyó:

”Soñar con un tigre es sinónimo de vigor, balentía y buena suerte en los negocios. Sinboliza la brabura, la ferosidad y la habilidad guerrera. Refleja los aspectos agresivos y dominadores. Siempre ataca a traición. Si Ud. fue el del sueño juegue el 48. Si Ud. se enteró por el sueño de otro apueste al 47, aunque también el 65 tiene chance. Aga lo que haga va a ganar. Con San Cono nunca pierde”.

Cuando Honorio terminó de leer escupió a un lado y murmuró:

– ¡Coño, yo sabía que era el 47! ¡Y vine a comprarle el 14 a Celeuco!

Al voltear se asombró de encontrarse con el rostro sonriente de un viejo negro, calvo, con unos enormes lentes de carey y vestido en rigurosa guayabera blanca, pantalón de rayón y sandalias.

– ¡Epa, Honorio, dichoso los ojos, compadre!

– ¡Caracha, Pelo Lindo, dónde te habías metido? En la cola pasada le estuve preguntando a los muchachos y nadie sabía de ti.

– Coño, compadre, ya lo veo armado con esa Gaceta terciá. Yo también traje la mía y creo que la voy a usar dentro de un ratico.

– ¿Qué pasó?

– ¡Que los cheques llegaron con el retroactivo de esos tres meses que nos debían! Coño, compadre, con los datos que tengo acá de un preparador de caballos de La Rinconada nos vamos a forrá. Entre rápido a ese banco que la cola ta avanzando, que de aquí nos vamos directo pa los caballos a invertí estos realitos.

En la caja Honorio se dio cuenta de que Pelo Lindo había tenido razón. Los billetes de esos meses habían sido despachados uno encima del otro, y quizás en el hipódromo La Rinconada podía

desquitarse de la mala suerte que había tenido con los terminales. Llevaba tres noches seguidas estudiando las carreras, y tenía la impresión de que en la primera válida de ese sábado algo podía suceder.

– Carajo, Pelo Lindo, hoy es nuestro día. Con tus datos trasnochados y lo que estudié de esta Gaceta podemos meternos una buena plata.

– Claro, ilustre, y con esos reales hasta nos podemos tomar unos güisquisitos y todo.

En el trayecto en autobús hasta La Rinconada los dos ancianos se empalagaron de posibles apuestas. Pelo Lindo le confió a Honorio que su salud había sufrido una recaída y que con lo que había retirado en el banco, si acaso, le alcanzaba para pagar unos exámenes que le había recomendado el médico hacía unos meses.

– Cuando salgamos de ese hipódromo e invierta bien estos reales me pagaré un viaje pa los Estados Unidos, me cojo a unas gringas, me forro la cabeza de pelo catire y con el resto me mando a echar rayos láser y a que me inyecten viagra pa toda la vida, compadre -decía el negro entre risas.

– ¡Tú sí tienes vainas, Pelo Lindo!

– ¿Y usted, compadre, qué va hacer con ese poco e morocotas que se va meté dentro de un rato?

– Coño, será comprarme un pasaje pa algún lado donde no me busquen y no regresar ni de vaina.

– ¿Tan mal ta la cosa, compadre? ¿Micaela sigue jodiendo?

– ¿Y cuándo ha estado buena la cosa, Pelo Lindo? Si fuera por mí, agarro a esa diablo por el cuello y...

– Ya va, compadre, perdone que lo interrumpa, pero es que ya estamos llegando a la parada del hipódromo.

Los viejos salieron de un salto por la puerta del autobús. Pelo Lindo había perdido el equilibrio y, bajando las escalerillas, resbaló de tal manera que, ya en el suelo, parecía tener las rodillas encajadas en

la espalda de Honorio. Éste último sintió cómo si dos palos sin punta se le hubiesen enquistado en algún hueso de difícil pronunciación. Dos lagrimones le cruzaron el rostro y, sacando fuerzas de donde no tenía, le dijo al negro con voz desgarrada:

– Coño, me va a matar, compañero. Como que se lo voy a mandar una temporadita a Micaela pa que le haga esos cariñitos tan buenos... En vez de ayudarme a levantarme, mejor mire si por ahí no se me fue una tripa por la boca.

El negro se rió a más no poder.

– Agárrese bien compadre, que se me pone más blando que un majarete – dijo Pelo Lindo-. Mire que si seguimos en este plan van a correr todos los caballos antes de que entremos al hipódromo.

Dentro del recinto, los dos viejos, bajo una exacta coreografía de ludópatas, alargaron la mano a sus fondillos, hurgaron en el bolsillo trasero derecho de sus pantalones, tantearon dos bultos parecidos a dos fajos de papeles en cilindros, los agarraron con fuerza, desempolvieron y desenrollaron enfrente. Se trataba de dos ejemplares manoseados de la Gaceta Hípica.

– Compay, ¿qué opina usted de esta carrera que viene? A mí me gusta Rompepiedras y Proud Baby –preguntó el negro con cara de circunstancia.

– Caracha, Pelo Lindo, la cosa ta difícil. Esos caballos no son ningunos burros, pero el preparador es Kike Centeno y esos jinetes no me convencen –respondió Honorio con la misma guisa de seriedad: En cambio, Indudable lo ta montando ese carajito que es un fenómeno, Wilmer Carrizo.

– ¿Entonces le damos duro a Indudable?

– ¿Y todavía lo vas a preguntar, negro?

Cada uno había apostado casi una cuarta parte de lo que habían cobrado en el banco, y ninguno de los dos sentía el mínimo remordimiento. Para Honorio, incluso, era mejor pensar que a esos billetes nunca les iba a poner la mano Micaela.

– Mejor que los agarre el cajero que esa caraja –murmuró–.

– ¿Qué dice, compa?

La pregunta quedó cortada en seco. La trompeta de partida había terminado su tonada y todos los caballos salieron como flechas a la pista. Desde la baranda que los separaba de la pista, Honorio no quitó ojo al número ocho, el mismo que llevaba Indudable en uno de sus costados. Pelo Lindo inclinó su cuerpo en el sentido en el que corrían las bestias, agarraba con fuerza el metal y con los dedos libres hacía un ruido constante como de castañuelas. Mientras galopaban a gran velocidad, Honorio casi pensó que se le iba a salir el corazón por la boca. Indudable pasó con facilidad a Rompepiedras, sin antes dejar muy atrás a Proud Baby y a My Own Bussiness. En la curva final logró sacarle tres cuerpos de ventaja al caballo que iba en segundo lugar, y el grito de los dos jubilados estalló en una sinfonía de gallos.

– ¡Coño, compadre, vamos a buscá esos reales y dos güisquis pa celebrá! – chilló Pelo Lindo.

Antes de ir por el trago, los hombres cobraron y apostaron todo el dinero ganado en otra recomendación de Honorio, Catire Bello en la segunda válida.

- Créame, negro, hoy me pica la mano izquierda y cuando eso pasa es porque viene un chorro e plata.

Catire Bello también salió con bríos, pero Silver Lake tampoco le estaba poniendo la carrera en bandeja de plata. Entre fuetadas los caballos iban cabeza con cabeza, mientras los gritos de los jinetes se imponían por encima del sonido de los cascos. En la curva, que fue tan milagrosa para Indudable en la vuelta anterior, tres bestias tropezaron entre ellas, lo que provocó una polvareda acompañada de un estrépito como de huesos rotos. Para Honorio el duelo entre su caballo y su competidor podía terminar, si no con su vida en el acto, por lo menos, con todo lo que había ganado momentos antes. Su boca se arrugó, y las manos se aferraron al tubo de la baranda con una fuerza de superhéroes. Pelo Lindo siguió con el sonido de sus dedos hasta el paroxismo. Los caballos que encabezaban el tropel mantuvieron el

mismo ritmo del principio y traspasaron la meta, uno tan cerca del otro como si de dos siameses se tratara.

– ¡Perdimos los reales, compadre! ¡Quién me mandó a no meterle a Silver Lake!

Honorio no respondió. Aún no salía de la impresión. La carrera anterior lo había sumergido en un limbo en donde todo transcurría con quince minutos de retraso. Sentía la boca pastosa y el típico dolor que deja una tensura de las bravas. La suma perdida, lo que había dejado de su jubilación en la taquilla, ya nada importaba. Un estremecimiento lo sacó del estado acuático en el que se hallaba.

– ¡Compadre, escuche lo que dicen esas cornetas! ¡Esto es música! –le gritó el negro que no dejaba de abrazarlo.

Honorio afinó el oído y centró toda su atención, ojos incluidos, en un gran altavoz que no cesó de repetir con engolada voz:

– Por decisión de los jueces de La Rinconada, el ganador de la segunda válida fue Catire Bello, en segundo lugar Silver Lake...

Aunque Honorio apostó otra vez con fuerza para la próxima carrera, sí tuvo la decencia de dejar para sí algo de lo que había ganado, con lo que el bolsillo derecho de su pantalón parecía a punto de reventar. Pelo Lindo se le acercó con dos tragos en la mano y una expresión de borrachera vespertina.

– Otro más pa celebrá sus datos. Le cuento que de esta carrera me iré con una carretilla llena de plata. Aposté casi todo lo que tenía a Falcon Crest.

– Bueno, Pelo Lindo, tampoco se me vuelva loco.

– No, señor, mientras a usted le pique esa mano izquierda tenemos la cosa resuelta.

Falcon Crest venía de ganar sus últimas tres carreras en diferentes pistas. Era el gran favorito por lo que el dinero que pagaba a ganador tampoco era para hacer negocios. De triunfar, no iba a ser el gran batacazo o dato trasnochado como se denominaban esos casos en la jerga hípica. El resto de los caballos sólo iban a ser una comparsa, y quizás ayudarían a moldear un mito que estaba por nacer. Los amantes

de las carreras gustaban de esas gestas en el hipódromo y solían reconocer a algunas bestias como héroes.

Cuando el de la trompeta reanudó su función, el encargado de abrir y cerrar las escotillas que dejaban libre a los caballos se distrajo. Falcon Crest, quizás reo de su instinto, salió para ganar antes de que el jinete cogiera bien la riendas. El resultado fue cómico y atroz en partes iguales: el caballo corrió, rabioso, en línea recta ante los ojos de los espectadores, quienes veían atónitos cómo el otrora triunfador quedaba descalificado y cómo su montador barría el suelo con un pie enganchado en un estribo. Así estuvo el desgraciado ser antes de soltarse del todo, inconsciente y magullado, mientras Falcon Crest de un salto cogió para el monte con toda una corte de cuidadores atrás.

– ¡Coño, compadre, ahí se me fueron todos los reales con ese caballo hijoeputa! ¡Qué va a pasar con mi familia, con mis negritos! ¡Cómo voy a pagá los exámenes del médico! ¡Qué le pasó a su mano izquierda! –gritaba Pelo Lindo–.

A Honorio también le había sabido mal la carrera. Como es normal en muchos apostadores, la conciencia le remordió el haber dejado ese dinero en la taquilla, sin pensar en dejarse una reserva. Pelo Lindo le preguntó si aún le quedaban “fuerzas” para apostar.

– Bueno, negro, no sé tú pero yo tengo que desquitarme. Estos reales de la jubilación me van a traer suerte, y más si los invierto en Da Vinci.

– Pero usted, compay, ¿está seguro de que ese caballo no es un burro? Por ahí el señor de la guayabera rosada estaba comentándole a otro que el animal venía de curarse de una fractura en una pata. Lo digo porque yo me acerqué pa escuchar la vaina echo el pendejo.

Honorio se hizo el desentendido y fue directo a la taquilla. Con lo que le metió a Da Vinci a ganador le quedaba menos de la mitad del dinero que tenía cuando iba arrasando en las apuestas. Pelo Lindo también siguió el ejemplo con ética kamikaze.

Ya en esa carrera no hubo ningún güisqui que comprar.

Los caballos salieron al galope. Polvo, cascos pegando contra el suelo, figuras impetuosas, crines salvajes, fragor lejano. Más atrás, aparte de todos, solitario en su soledad, Da Vinci yacía en el suelo con dificultades para reincorporarse. El jinete, los brazos en jarra, perdió de vista a los demás competidores y, detrás del antifaz del animal, observó el sufrimiento en los ojos de una bestia con la pata quebrada.

Al otro lado de la acción, el acto representado era más desgarrador. A Pelo Lindo se le doblaron las rodillas y con los brazos casi muertos envolvió la baranda. Honorio, haciendo grandes esfuerzos, intentaba ponerlo derecho sin poder frenar las palabras que Pelo Lindo repetía sin cesar: “mis realitos, mi realitos...” Sentó a su compañero y aún le quedaba la sensación del desquite en la próxima carrera. Sabía que no podía equivocarse, la mano izquierda nunca fallaba cuando le picaba y todavía la sensación de escozor permanecía intacta. En la taquilla agarró lo que le quedaba, pero no sin antes tener la prevención de no tocar la suma exacta que había cobrado por su jubilación. La yegua de la quinta válida era Impetuosa. Honorio llevaba casi una semana estudiando las estadísticas de la Gaceta Hípica en su hamaca, y sólo si My Fair Lady estaba en celo podía perder su elegida. Todo eso se lo iba diciendo a un Pelo Lindo, que de camino a la taquilla había dejado de creer en sus juicios.

La carrera no era apta para cardíacos. Como en la primera válida, las yeguas estaban casi pegadas la una de la otra. Aunque el resto de los competidores no eran rivales para esos cohetes, la guerra que se libraba entre esos dos ejemplares valía por el resto de los concursantes. Pelo Lindo gritaba y seguía con el traqueteo de sus dedos; Honorio sintió el endurecimiento de cada uno de los músculos de su espalda. Las bestias cogieron la curva sin ceder terreno. Un sólo error podía dejar al marido de Micaela tal como salió del banco o, en cambio, casi como un jeque de Dubai. Quiso que el azar decidiera el desenlace y cerró los ojos con fuerza. Lo que se oyó fue un clamor:

– ¡El coño e la madre! ¡Ahora sí quedé pa pedir limosnas! –brotó de las entrañas de Pelo Lindo.

Honorio apretó las manos y se mordió el labio inferior antes de preguntarle a su compañero:

– ¿Qué pasó, negro? ¿Perdimos los reales?

– ¡No joda! ¡Qué va estar perdiendo usted, compay! ¡Usted se forró! –gimió Pelo Lindo-. ¡El único que perdió hasta el apellido fue este güevón que prefirió apostarle a My Fair Lady! ¡Yegua hijeputa!

A Honorio la alegría le volvió al cuerpo como de un relampagazo. Ya no sentía ninguna contractura muscular y casi llegó a la taquilla de un salto. Lo que pagó Impetuosa le quintuplicó lo que cargaba encima, y ya no tenía adonde meter tanto billete. Con eso, pensó, podía irse por una buena temporada para una casita de playa en una aldea de pescadores. Adiós a Micaela y vida resuelta.

– ¡Mire, mi negro, le voy a brindar un güisqui pero de cien años si hay! – le gritó a Pelo Lindo -. Es más, tome estos reales pa que no me pida limosna – le soltó no sin antes ponerle en la mano a su amigo el equivalente a mes y medio de jubilación.

Cuando volteó, todo sonrisas, para seguir al bar, Pelo Lindo lo agarró por el brazo.

– ¡Usted está loco, compadre!

– ¿Cómo?

– ¿Se va a ir con toda esa paca de billetes a comprar dos güisquis? Usted no sabe que aquí los malandros no le quitan el ojo al que gana. Mire, déme, la mitad de lo que carga pa que esté más aliviáito. Yo me quedo aquí, cerca del policía que esta comiendo pistachos, pa que no le pase nada a estos realitos.

– Coño, negro, tienes razón. Tome, aguánteme ahí este poco de plata, que yo compro los güisquis y nos vamos juntos en un taxi de esos de lujo.

Honorio se fue al bar para calmar su sed de ganador. Pidió dos tragos del mejor licor que tenían, y regresó contento con los dos vasos en la mano. No podía dejar de maravillarse por su suerte, y todo se lo debía al insistente picor de su mano izquierda. Ciertamente, cuando pensó que todo estaba perdido, primero se consiguió con los tres meses de jubilación y, por si había alguna duda de su buena estrella, con esa carrera impredecible de Impetuosa el círculo se cerraba a la perfección.

Honorio miró el cielo despejado, y su emoción era tal que hasta se veía tomando al hermoso sol con las manos para darle un mordisco de felicidad. Se rió con ganas de su ocurrencia e intentó sorber su trago. Cuando casi tocó el borde del vaso con sus labios, Honorio prefirió dedicar toda su acción en honor a Pelo Lindo, el gran testigo de su gesta y ganador de un merecido brindis. Con esa idea caminó hacia la zona del policía de los pistachos.

Su sorpresa fue mayúscula. El gendarme seguía allí escarbando su bolsita de semillas, pero el negro ya no estaba en el sitio. Honorio pensó que, con la cistitis que tenía desde hacía tiempo, Pelo Lindo había buscado un breve asilo en el baño. “Ya se desahogará el negro”, se dijo para sus adentros y, decidido, tomó un sorbo de escocés. Los minutos transcurrieron como una advertencia repetida. A Honorio le quedaba menos de un cuarto de su güisqui en el vaso. Al ver cómo el hielo se desgastaba, disminuía y clareaba cada vez más el trago de Pelo Lindo; también su frente se arrugaba y los ojos le picaron tanto como sus manos. La indignación era insoportable y le taladraba la conciencia con saña. El negro lo había robado; eso era un hecho. Todo había sido una película bien montada: los llantos por sus pérdidas de ludópata, los desgarrados golpes de pecho por la misma razón y todos sus posteriores esfuerzos para salvaguardarle el patrimonio. Honorio se tomó todo el trago de Pelo Lindo de un golpe y, con ánimo de despechado, caminó a la salida de La Rinconada con un bulto de dinero, que parecía recordarle a grito pelado cada uno de los billetes faltantes.

– *Amigos hípicas, en la sexta y última válida Sandokán entra en sustitución de First Class...* – emanó de un altavoz-.

Honorio quedó petrificado para luego correr a la taquilla y apostar todo el dinero que cargaba en el caballo suplente, todo menos la suma del pasaje de regreso a su casa. Sólo él sabía el por qué de esta súbita locura: hacía muchos años, cuando Poli era casi un niño, las tardes televisivas se engalanaban con una vieja serie de aventuras. Ésta no era otra que “Sandokán, el tigre de la Malasia”. Como en una ancestral imagen de betamax rebobinada una y otra vez, Honorio visualizó la presentación de cada uno

de los capítulos. Aquél actor, barbudo y con cara del turco que le había fiado los muebles de la sala, saltaba en el aire y se batía con un inmenso felino rayado. En esa única imagen se escondía la razón de su día: el picor de su mano izquierda, el dinero de la jubilación, las carreras ganadas que le habían multiplicado el capital y, lo más importante de todo, la conversación de la virgen y el tigre que Micaela había tenido con Dalio. A este animal, si no podía sacárselo de la cabeza en todo el día; por lo menos, se lo sacaba a la taquilla.

Honorio, eufórico, buscó su hueco en la baranda y tiró su Gaceta Hípica en un cesto de basura. Desoyó cualquier atisbo de razón en su mente. Sandokán había salido de la nada, debutante, no tenía mayores posibilidades y era casi un chiste para Blue Note, un percherón nacido de American Idol y de Canela, leyendas árabes de múltiples triunfos en el Derby de Kentucky. Cualquier veterano de las gradas de La Rinconada sabía que la tarde la cerraba otra repetida corona para Blue Note. El mismo hipódromo lo dejaba muy en claro con los pocos beneficios que daba por apuesta. Incluso daba la impresión de que el mismo caballo se sentía y reconocía como campeón sin más: su paso era altanero, distante y de una arrogancia que hería con sólo mirarlo.

El principio de la carrera ya estaba escrito. Apenas se abrieron las compuertas la bestia salió como un relámpago. No tuvo ningún problema en sacarle dos cuerpos a su rival más cercano, y el resto de los jinetes parecían ir a un trote casi apacible para cuidar a sus animales. Honorio volvió a apretar el tubo, pero la mano izquierda quintuplicó su escozor al punto de que tuvo que llevársela a la boca para enterrarle los dientes. Nintendo González, el jinete casi exclusivo de Blue Note, experto como ninguno en la montura de bellos ejemplares y pícaro de profesión con la fusta de la vida y el oficio; sintió cómo la bebida de una noche loca y algún plato en pésimas condiciones se le sublevaron en su interior y provocaron un cóctel efervescente en su estómago, que vomitó encima del caballo antes de perder la consciencia.

Eso fue el acabose. Blue Note corcoveó, se paró en dos patas como el potro de Diego de la Vega cuando se enmascara y luchó por quitarse a ese peso muerto de encima. Al otro lado de la baranda Honorio dejaba de morderse la mano izquierda con el espectáculo que se le presentaba: el debutante, el del nombre del turco que peleaba con el tigre, pasó sin contratiempos al lado de su congénere vomitado y sin guía. Corrió enloquecido hacia la meta como si en ella lo esperasen las mismas puertas del cielo; y volteó la suerte de la carrera y la de Honorio, quien quizás podía contarse como el único desquiciado capaz de hacer multiplicar su dinero por centenas casi incontables. Las rodillas se le doblaron como a Pelo Lindo y, antes de caer al suelo, sintió una mano que lo agarraba con fuerzas de un brazo.

– ¿Qué pasó, compay! ¿Salimos del barrio!

Esto lo dijo Pelo Lindo, lo ayudaba a estar en pie.

– Sandokán pagó un realero, compay. Me alegro mucho por nosotros. ¡Coño, le dije que este día iba a ser tremendo! Así que me tiene que librar con algo por mis servicios de buen amigo y guardián de su platica.

El padre de Poli tuvo mezclada la alegría del triunfo, la rabia que daba la mentira y, nuevamente, la enorme dicha de ver a Pelo Lindo, a quien le dijo, apenas se hubo reincorporado:

– Sí, negrito, hoy tengo más plata que un compra burros. Ahora mismo voy a cobrar esos billetes... Por cierto, ¿me podrías pasar eso que te di y también lo que me estabas guardando pa cambiarlo mejor en dinero de alta denominación? Así no tendremos que ir con todo ese papelerito encima.

– Claro, compay, aquí tiene todo – dijo Pelo Lindo, casi con lágrimas en los ojos, mientras sacaba de su entrepierna un fajo de billetes arrugados y sudados.

A simple vista era fácil notar que faltaba una cuarta parte del monto, y el negro se lo aclaró:

– Ta casi todo lo que me dio, hasta mi pasaje de regreso. Sólo que, por prevenir cualquier vaina, aposté lo que ahora falta a Blue Note. Yo sé que no pagaba mucho, pero así nos ayudábamos entre los

dos... Claro, tampoco vaya a creer otra cosa... Yo siempre confié en su criterio hasta cuando lo vi metiéndole esos reales a Sandokán.

Honorio mostró la mejor de sus sonrisas, le agradeció la franqueza y su calidad humana; y se fue directo a la taquilla. Allí el cajero, sorprendido, le pidió que acompañara al encargado de seguridad a una puerta que parecía conducir a la gloria. Honorio le hizo una seña despreocupada a Pelo Lindo para que esperara su salida en el mismo lugar. El negro, obsequioso, frenó sus pasos y luego movió su cabeza afirmativamente.

Hasta ese momento de su vida el marido de Micaela supo de Pelo Lindo.

Ya en el taxi de lujo de salida de La Rinconada, el viejo Honorio supo lo que era vivir bien. Pidió que le dieran un adelanto en efectivo para regalarse algunos lujos nocturnos, y el resto reposaba en un cheque cargado de suficientes ceros como para salir de La Dolorita hasta que lo llamara Papá Dios. El chofer prendió la radio en la emisora solicitada, y lo que salió fue solfa para los oídos del agraciado ludópata:

– *...su radio amiga les ofrece los resultados de la lotería. Triple Caracas 147...*

Honorio no creyó lo que había oído. Metió la mano en el bolsillo de su camisa y vio la combinación de triples con los números 7 y 14 que le había hecho Celeuco en la mañana. Sintiéndose casi ganador por partida triple, le dijo al conductor:

– Amigo, ¿sabrá qué salió hoy en los animalitos?

– Señor, sólo sé que salió el tigre en el sorteo que me interesaba. Yo había apostado al burro...

Desde el asiento trasero, Honorio se carcajeó y le pasó un trago de güisqui de veinticinco años al agradecido conductor, antes de hacerle la pregunta que tenía atragantada desde hacía más de seis décadas:

– Mire, compañero, ¿cuál es el hotel más caro de Caracas?

En el otro extremo de la ciudad, ese mismo día y dentro del escarabajo, Poli había tomado la decisión de renunciar a La mística de Maiquetía. Le importaba un rábano la reacción del portugués, su posible sermón o su total displicencia ante el hecho que planeaba consumir. En el fondo, y esto no era ningún secreto, odiaba a cada uno de los comensales que debía atender casi todos los días, el infierno que era el camino de La Dolorita hasta el aeropuerto en el transporte público, Rosita y sus eternas sonrisas, los ingratos tipos de Cosmos a quienes vio entrar y salir de la terminal internacional como héroes y otros tantos incidentes que hacían de su vida el más completo epítome de la miseria humana.

En su espera bajó la mirada hacia el cuaderno Alpes que cargaba en su regazo. La llevó adonde le cayera mejor la luz de un poste, y se detuvo un rato en unos versos que había escrito:

“Mujer letal e imperecedera
 No me pises la manguera,
 La manguera que bombea sangre a mi corazón
 Una vida pasajera
 De bares, puñales y sofases
 Con tus besos
 Fue lo que me quedó”

Quizás “letal” estaba bien, pensó, pero no “imperecedera”. De todas maneras, sonaba bien. También supuso que la metáfora de la manguera no iba por mal camino. De repente, si en la próxima estrofa hacía una analogía con un “dálmeta” o un “bombero”, que apagara un “fuego” de la “pasión” o el

“deseo”, la idea quedaba redonda. Sólo tenía que saber si “sofases” era una buena palabra. Desde luego, no había pensado en otra mejor. Un sofá era un mueble que para Poli incitaba a la pasión. Era el preferido de las femme fatales en las películas esas de crímenes pasionales y el puñal el arma para consumir el delito, que también cuadraba con la sangre que pasaba por la manguera.

Se bajó del carro para constatar si el caucho que logró remendar podía aguantar un par de horas más sin desinflarse. Le dio un par de patadas comprobatorias para saberlo. Parecía que no le iba a dar problemas. Con el codo de la camisa se apresuró a borrar una mancha de polvo del escarabajo, que poco resaltaba en toda la colección de magulladuras, golpes y destrozos que lo adornaban. A lo lejos vio a una atractiva rubia que salía de un edificio. Se recreó en sus curvas e, incluso desde esa distancia, se adivinaba un rostro resultón. Pensó en la dicha que habría en tener a una compañera así, en dejar de lado su virginidad con semejante ser. Imaginó todas las mañanas del mundo al lado de una beldad de así, sentir sus caricias, planificar la vida con alguien tan apetecible.

La alarma del celular lo sacó de la ensoñación:

- *Mira, mijo.*

- *¿Señor Dalio, otra vez? Pensé que después de la tercera llamada de hoy...*

- *Sí, es que vi que me quedaba un repele de la tarjetica de llamada que me diste y quería preguntarte si por allá taba lloviendo. Es que aquí hace un tiempo bien maluquito...*

- *Maestro, aquí no está lloviendo y tampoco estoy en la casa.*

- *¿Y si llamo ahorita pa tu casa y le pregunto a Honorio?*

- *Mire, yo creo que lo que tenemos que hacer es recortarnos. No gastar en llamadas ni nada de eso todavía...*

- *Chico, no te amargues y métemelo en la cuenta. Es que a mi edad y con este portento de voz no puedo dame el lujo de estarme mojando, buscando una gripe como un bolsa.*

- *Sí, lo comprendo, señor Dalio pero hay que saber administrar el dinero.*

- *Mira, mijito, si vamo a está con esa pichirré me lo dices. Cuando tenía el mismo manayel de Cherry Navarro nunca había que escatimá ni un cobre, porque creía en mi inmensurable talento que tú has visto que brota como un chorro de petróleo... Pero si vamo a está en este plan de “no me llames”, “cuidao que me gastas un bolíva y tal y cual”, entonces, vamo a empezá mal, mijo. Mi trato siempre es preferente, ¿oyó?*

En medio de la perorata, Poli quería mandarlo al quinto infierno e intentó articular una respuesta diplomática para cuando se callara el carcamal. Aún con el auricular en la oreja, dio una vuelta sobre sus talones y se topó con la cara de la rubia a menos de un palmo:

- ¿Por casualidad, tú no serás Poli? – le preguntó la chica.

La sangre le subió a la cabeza como si fuera un termómetro puesto en una hornilla encendida. Por el otro lado, el Ruiseñor no paraba de hablar. Poli sintió un sacudón y, antes de decir cualquier cosa, la rubia le recordó:

- Tranquilo, termina de hablar con calma.

- *¡Y qué te tengo que decí del trato que recibí cuando Oscar D’León aún era taxista y ni pensaba en ser sonero! Así que yo no quiero que me estén diciendo qué hacé con mi tarjetica de teléfono porque...*

Poli colgó e interrumpió la llamada y le extendió la mano a:

- Vicky, me llamo Vicky Virginia.

Vicky era una mujer que en el centro de la ciudad sería capaz de parar el tráfico, provocar algún choque y ser la pista de aterrizaje de cuanto piropo ocurrente o soez le fuera dedicado. Blanca, de finas facciones, altura media y cuerpo delgado, pero no exento de apetecibles turgencias, en ella se encarnaba el ideal de mujer no sólo para Poli sino para una buena legión de machos.

- ¿Ese es tu carro?

- Sí, bueno, es una antigüedad que adquiriré anteayer... Pretendo invertir mucho en ella para remodelarla.

- No, si me gusta. Visto así hasta parece sacado de un basurero. Pero si lo vas a remodelar está bien.

Antes de lavar la afrenta, volvió a sonar el celular. Poli lo atendió de forma mecánica:

- *¡Mira, mijo, a mí tú no me vas a trancá el teléfono! ¡Qué te has creío! ¡Respetá que pa degenerao ya tengo a Atanasio! ¡Ahora sí que nos arreglamos, pué!*

- Ahora no puedo; después hablamos.

- *...porque a mí con pichirré...*

- Oye, no era necesario que trancaras el teléfono, de verdad. Por mí no hay problema si tienes que solucionar algo – dijo Vicky.

- No, no era nada importante. Alguien que se equivocó.

- Pero tú le dijiste a esa persona que ahora no podías hablar, ¿no?

- Está bien, me agarraste. Era mi abuelito que siempre me llama en momentos inoportunos...

Bueno, no sé, si quieres arrancamos, ¿no?

- Dale.

Poli se comportó como todo un caballero. Le abrió la puerta a Vicky y luego se metió en el lado del piloto. Cuando iba a pasar la llave volvió a sonar el celular, y tomó la llamada esperando lo peor:

- Mire, Dalio, déme un momento y lo llamo...

- *¡Qué Dalio, mijo! ¡Soy Honorio! Cuando puedas te acercas a la suite presidencial del Tamanaco... ¡Ah!, y me traes una arepa de dominó y una reina pepiá de El Ciempiés.*

- ¡Qué! Ahora no tengo tiempo.

- *¡Vente que luego te voy a contar cómo tu viejo se hizo con más plata que un compra burro! ¡Hay que darle gracias a La Rinconada!* – gritó su padre antes de colgar.

- Se escuchaba muy emocionado tu abuelo – comentó Vicky -.

- No, no era mi abuelo...

El teléfono volvió a repicar y aún no había prendido el carro. La voz de Dalio sonó como en el foso de un auditorio dentro del escarabajo.

- *¿Qué fue, campeón! Ya entendí. ¿Vas a tirá?*

- P-p-perdone, lo llamo después.

- *¿Está buena, mijo? ¡Échale un porvo por el Ruiseñor, carajo!*

- Muy gráfico tu abuelito, ¿no?

- ¿Escuchaste algo?

- Bueno, con ese vozarrón es un poco difícil no escucharlo. ¿No será cantante de ópera el hombre?

- Sí, este, claro, cantó algo cuando era joven... De verdad, perdóname este mal trago...

- No sé qué esperas de esta salida. ¿Tú le andas diciendo a la gente lo que haces en tus citas? ¿No crees que ya estás bien grandecito para eso? Porque, francamente, Poli...

- No. Esto es un malentendido, créeme... ¿Vamos para el sitio que te comenté?

- Sí, vamos.

El mundo se le venía encima en todo el camino. El escarabajo estaba pasando aceite, y pensó que la estela de humo que dejaba a su paso podía notarse incluso con fotos satelitales. Para colmo de males, hasta ese momento, no se había dado cuenta del ruido infernal que hacía el motor del carro. Luego de unos intentos para entablar conversación, casi a grito pelado, Vicky decidió callarse de una buena vez y observar el paisaje. Por su parte, Poli había maquinado esa salida con mucha antelación. Sabía que no disponía de suficientes fondos para tirar la casa por la ventana. Sin embargo, tampoco quería completar la figura de arrastrado, que estaba ofreciendo. Pensó en llevarla a comer a un sitio que, aunque estuviera en buena zona, la cuenta no se tradujera en un asalto a mano armada, nada de comida japonesa o

francesa que no podía costear un mesonerito. También había planificado un divertimento no exento de originalidad: una visita a un teatro o a un acto cultural, mejor aún si el sitio también demostraba unos precios solidarios y le diera ese toque inusual a la cita.

- ¿Quieres comer?

- No, ahora no. Acabo de pellizcar algo en casa.

Poli sintió un gran alivio porque supuso que Vicky era del tipo de mujer que cuidaba su figura y que también le gustaba guardar las apariencias. También sospechó, de repente, que la chica prefería primero estar muerta que demostrar a la primera salida un apetito de cavernícola.

- ¿Y no quisieras ver la obra de teatro que están pasando por la sala Rajatabla?

- Prefiero la del Ateneo. Esa que dicen que es muy famosa.

En efecto, era muy famosa. La obra estaba protagonizada por uno de los galanes de telenovelas más cotizados de la parrilla televisiva, y con la participación de tres de las actrices en boga del país. La historia en sí rozaba el feminismo más letal. Trataba de un apuesto personaje que, por cuestiones del destino, sale con vida de un terrible accidente de tráfico y del golpe pierde la conexión cerebral que lo hacía comprender las cosas de forma simple, básica y sin fondo. Luego de este evento, que lo aleja del tiránico pensamiento masculino, el hombre conecta con todas las mujeres al descubrir un mundo lleno de colores y matices nunca antes advertidos por un macho vernáculo. Al final terminaba el galán con una hermosa canción sobre la comprensión entre los sexos, que era la preferida de todos los programas, cuyo público meta oscilaba entre las amas de casa de distinta ralea social y las chicas masca chicles.

- Es seguro que no haya entradas. Tendremos que esperar en la puerta para ver si tenemos suerte
-comentó Poli -.

- Yo no tengo problemas en hacerlo.

Como lo supuso, la boletería estaba agotada. Y la gente que llegaba sin reservación prefería irse antes de albergar cualquier esperanza de asientos. Vicky no demostraba el más mínimo tipo de

desconcierto o claudicación. Simplemente, le dijo a Poli que iba a caminar por unos puestos de artesanía que estaban a la vuelta, mientras él se ocupaba del resto. La misión, dadas las condiciones, era desalentadora desde cualquier punto de vista. Por suerte, la vida nunca deja de estar cargada de eventos inexplicables que algunos no dudan en señalar como milagrosos.

Un distinguido caballero, de porte ejecutivo, había llegado minutos después que Poli en actitud de espera. De una mirada supo que el susodicho no era de los que disponían de un escarabajo para pasear a su doncella. Su aura denotaba el pedigrí de joven triunfador en casi todos los ámbitos, de esos a quienes las mujeres se disputan como trofeos para la posteridad y a quienes nunca maltratarían con acciones hormonales. No militaba en el nutrido grupo de nazarenos con la cruz a cuestas que tanto identificaba a Poli. El éxito lo tenía marcado en la frente con tinta indeleble.

Pero el milagro sí se materializó en los ojos de Poli en la figura de una turgente mujer que se acercaba a paso veloz hacia el ejecutivo. Cuando el triunfador esbozó una sonrisa de seguridad en sí mismo, la beldad le lanzó a la cara un teléfono celular que luego estalló en pedazos en el suelo. El hombre, mareado y aún desconcertado por el impacto, quiso saber la razón del espectáculo. La mujer se derramó en insultos, le espetó estar al tanto de sus continuas infidelidades y le aseguró no importarle el público presente. Después lo jaló de la corbata y, casi como a una mansa mascota, se lo llevó bien lejos.

Poli notó cómo se enfilaba la pareja por el horizonte, y al afinar su vista reconoció dos papeletas en el lugar del crimen. La gente no reparó en ello. Al contrario, prefirieron congregarse en ameno chismorreo mientras señalaban, a veces sin ningún recato, a los dos individuos que habían escenificado un acto de mejor calidad que el que estaba por comenzar sobre las tablas del teatro. Solo, muy lejos de la marea social, Poli tomó los trozos de papel y caminó con toda la naturalidad del caso hacia otra dirección. Su mente se llenó de posibles pero mantuvo los nervios congelados para no llevarse una desilusión. Abrió el puño casi en cámara lenta, apenas se hubo detenido debajo de un árbol, y reconoció la punta de lo que parecía ser un ticket. El corazón a punto estuvo de salirse por la boca. Volvió a

cerrar su mano con fuerza, respiró hondo y con violencia estiró sus dedos. Allí estaban, un poco ajados por el trajín y el sudor, pero allí estaban dos flamantes boletos para la obra de moda. Si no se equivocaba, incluso, los asientos eran de lujo.

- ¿Qué escondes?

La voz de Vicky lo sacó de su estado de hipnosis.

- Te he visto en una actitud bien rara, y ahora debajo de esta mata abriendo y cerrando la mano.

¿Qué te pasa?

- ¿A mí? Nada... Quería darte esta sorpresa. – dijo mostrándole el par de tickets -.

- ¡Qué bueno! ¡Viste que no era imposible ir hoy a esa obra! ¡Yo sabía que íbamos a tener suerte!

- Bueno, Vicky, hice lo que pude, moví unos contactos que tenía llamé a unos conocidos que...

- ¡Vente! Luego me cuentas todo, pero ahora no me quiero perder ni un minuto de esa obra.

Horas después Poli no dejó de pensar sobre la redondez de su salida con Vicky. La obra de teatro fue una porquería feminista, tal como supuso, pero había recobrado todos sus puntos sin el mayor esfuerzo: consiguió los boletos de forma providencial, no pagó por ellos, los asientos eran de primera, no hubo cena que financiar y desde entonces no había estropeado ningún tramo de la conversación con su cita. Era evidente que la actitud de la joven había cambiado hacia él y ni siquiera daba muestras de quererse bajar del escarabajo, cuando muchas horas después bebían del pico de una botella de vino comprada en el camino.

- ...Créelo o no, pero ese fue mi trágico cuento con Cosmos.

- Vaya, de verdad que es como para no reponerse.

- Bueno, ya ha pasado mucho tiempo de eso. Ahora estoy en un proyecto bien ambicioso.

Se hizo un breve silencio, hasta que Vicky lo quebró con un comentario:

- A mí una vez me cayó un árbol...

- ¿Perdón?

- Un árbol... y eso me pone muy triste.

Poli la miró a la cara buscando un chiste cómplice. Pero no lo encontró. En cambio, Vicky presentaba unos ojos vidriosos, casi idos, que combinaban con una cara larga y de boca a medio abrir. La joven se mantuvo en ese perfil congelado, sin siquiera voltear la cara en dirección a su acompañante, con la vista perdida en un confuso firmamento.

- Yo estaba niña cuando me cayó el árbol. Fue hace mucho tiempo.

- ...

- Eso me pone muy triste y me dan ganas de llorar.

Poli, intentó salir de la incomodidad en la que se hallaba inmerso, carraspeó y dijo:

- Oye, Vicky, ¿no crees que se te está haciendo un poco tarde?

- ¿Ah? Sí, es verdad, perdona – respondió al secarse las lágrimas y salir del trance con un sonrisa luminosa -. ¿Vamos a volver a vernos?

- ¡Claro! Si quieres, salimos en estos días.

Vicky lo agarró por el codo y lo trajo hacia su boca, tapó la botella de vino y le dio un intenso y prolongado beso húmedo. Poli sentía palpitaciones en cientos de sitios nobles e innobles de su cuerpo. Si le caía un árbol en ese momento no le hubiera importado tanto como a su cita. Desconcertado, y con un ventrículo trepando por su garganta, sintió el fin del contacto y otra de las frases sorpresas de la chica.

- Prométeme que no me vas a dejar sola.

- No, yo...

- No me rompas el corazón, no me hieras como tantos perros que salen conmigo y luego no me llaman más.

- Te lo juro.

- Eso me pone muy triste.

- No te preocupes.

- Me dan ganas de llorar cuando me dejan sola. ¿Tú no eres como los demás?
- Claro que no...
- Dime que nos vamos a ver, júramelo.
- Te lo juro, de verdad.
- Te lo digo en serio. No es juego. Es bueno para la terapia.
- No, de verdad.
- Está bien, espero tu llamada.

Vicky se bajó del escarabajo, tan seria como se había puesto después del beso, y se dispuso a cruzar la calle hasta su casa. Los pensamientos asaltaron a Poli por todos los flancos. Era un hecho que algo raro había pasado. No todas las mujeres entraban en estado catatónico y soltaban un disparate de tal calado, menos aún las que estaban como Vicky: rubias, curvilíneas, deseadas, perfectas. Tampoco le pareció parte del rito el tremendo beso que recibió y que terminó por explorar lo más profundo de su garganta. Sin embargo, no podía perder la enorme oportunidad que se le presentaba: salir con una joven con porte de modelo y empezar a nutrir las letras de sus canciones con vivencias arrebatadas de un erotismo feroz. Ella misma se lo había pedido, y en su caballerosidad y urgencia residía la enorme necesidad de una nueva cita para coronar su sueño. Sólo le faltaba un sitio propicio para consumar el acto exploratorio que, con suerte, terminaría en amatorio. Antes de encender el celular, y atender la primera llamada, desmadejaba los inexistentes posibles a mano.

- ¿Aló?
- *¿Ya estás en El ciempiés con mi reina pepiá, mijo?* – interrogó la voz de Honorio.
- ¿Qué?
- *Nada, pa que te acuerdes de la malta. Yo aquí te pago.*
- ¿En dónde?

- ¡Ah, pues! ¡En el Tamanaco, muchacho! Anótate ahí la habitación pa echate el cuento cuando vengas.

El hombre no combinaba para nada con el escenario. Jarras chinas con flores de suaves colores y aromas delicadas, sábanas satinadas, muebles de caoba, alfombras persas, cortinas de lino y terciopelo; eran fundidas por la estampa de Honorio descalzo, con los pantalones arremangados, sin camisa y con trozos de la arepa que le caían por entre los pelos del pecho. El viejo era la variable perturbadora de lo que alguna vez fue un exquisito equilibrio en la enorme suite. Era casi el equivalente a poner unas petunias de plástico dentro de un búcaro original de la dinastía Ming.

- Bueno, Policarpo, ¿entonces me vas a hacer el favor?

- Pero, viejo, ¿cómo usted pretende que yo me meta en la casa, recoja todas sus cosas y se las traiga acá sin que mamá se dé cuenta? Yo creo que usted debería hablar con ella.

- ¡Estás loco, mijo! ¡Primera vez en mi vida que recibo una señal de verdad pa dejar a esa bruja y no la voy a desaprovechar! Mira, chico, con los reales que tengo te puedo decir que puedo vivir sin problemas hasta que venga la pelona a recogerme.

- ¿Y va a vivir toda la vida en este hotel?

- No, ni que estuviera endrogado. Fundo esos reales en un santiamén... Ahora mismo conseguí un aviso de un apartotel en donde podría regatear un precio por una temporada, antes de buscarme una casa propia. Si quieres puedes ir preguntando en la inmobiliaria y te encargas de meterle unos muebles. Mientras más rápido hagas eso, yo me voy del hotel.

- Pero, viejo, yo no sé si sea buena idea eso de irse de La Dolorita así, sin decir nada, sin despedirse de los amigos...

- Bueno, ¿me vas a ayudar con la vaina o no?

Poli quiso quitarse otro enojoso trabajo de encima. Pero, en fracciones de segundos, su mente se puso a trabajar. Hacía tan sólo unos minutos se había despedido de Vicky. La muchacha no es que le pareciera normal del todo, pero encarnaba la vía más expedita para inaugurar su nueva condición de desflorado y tipo curtido para el bolero. Sin embargo, Poli estaba claro de que no gozaba de la mínima infraestructura para romper el celofán de su virilidad en estas sociedades modernas, a saber: techo y dinero, con los cuales edificar un ambiente propicio para una intimidad en donde no entrara Micaela ni por asomo. Quizás la idea de buscar un apartamento no estaba del todo mal. Mientras Honorio seguía enumerando sus mil y una razones por las que tenía que liberarse del horrendo monstruo de su casa, y de la nueva etapa que se le presentaba como una señal divina proveniente de La Rinconada; su hijo se daba cuenta de que lo que se le estaba planteando era su entrada al éxito. El viejo ya no estaba para esos trámites, así que él podía muy bien encargarse de todo el tema del apartamento, sus muebles, papeles que firmar, ubicación y habitabilidad cuando así lo considerara conveniente. Sin abusar mucho del tiempo, Poli vio que el nuevo hogar podía servirle también de estudio, de sitio propicio para componer y cuartel general para su proyecto musical. Hasta podía renunciar a su trabajo, y hacer ese sueño realidad. La cosa era sencilla: su viejo tenía que esperar hasta que él le dijera que todo estaba en orden. Mientras tanto, y desde su apartotel, podía ir financiando el relanzamiento de Dalio y su versión de la pasión de Cristo con el dinero suministrado por Honorio que, sin llegar a robárselo, también iba a dosificar en el acondicionamiento de la nueva morada. En fin, pensaba, el éxito estaba asegurado y le sería retribuido con creces a su incauto mecenas.

- ¿Entonces?

- Bueno, viejo, no te voy a negar que tu plan tiene su fundamento y todo.

- ¿Y cuál es el problema, pues?

- Es que lo que me pides toma mucho tiempo. Tú sabes que tengo el trabajito en Maiquetía, y no puedo dejar lo único que tengo por...

- Mira, mijo, deja esa vaina de trabajo. Si quieres, yo te pago el mes... Mira, con los reales que me metí puedo darme el lujo de decirte que cortes con ese portugués. Tú sólo dedícate a las diligencias del apartamento, Poli. Después veremos qué hacemos. Montamos un remate, una agencia de lotería, una de esas salas llenas de computadoras que alquilan por hora... Negocio es lo que abunda y aquí hay real.

- ¿Tú crees?

- Claro, muchacho, ese Pelo Lindo hasta me trajo suerte... Una cosa sí te voy a pedir: no te me vuelvas loco. Búscate algo como si todavía estuviéramos limpios y queremos mejorar un poquito más que antes. Hay que dosificar la plata, mijo. Ya sabes, los muebles, el abogado, todo eso tienes que buscarlo a buen precio. Nada de lujos.

- Sí, viejo, ya entendí.

- Y otra cosa más importante, mijo.

- ¿Qué?

- Prométeme bajo esta cruz que nunca le vas a decir a Micaela pa dónde es que me fui. Eso tiene que ser nuestro secreto, Policarpo.

- ¿Entonces, maestro? ¿Qué opina de esa estrofa que le compuse?

- No sé, muchacho. No me cierra. No le encuentro nervio –dijo Dalio antes de rematar: ¿Tas seguro que sabes de mujeres porque, a veces, hasta pareciera que ni te has hecho una paja?

- ¿Qué?

- Todos mis compositores han tenido cinco, diez, quince mujeres regadas por ahí, además de sus dos novias oficiales, claro, porque ésas sí que merecen respeto, la veldá sea dicha... La cosa es que hay que metese en el coco de ellas, hacé una exploración seria, pué. Tú sabes cómo es la vaina.

- Bueno, maestro, después le doy más letras para que vea las buenas que me he guardado y que todavía no le he mostrado.

- Sí, ta bien, mijo... Mira, por cierto, ¿Tas seguro que aquí es la cosa?

Poli abrió su cuaderno Alpes, y primero se encontró con otros versos furtivos:

“No me dejes morir

No me dejes menguar

Como al caballo de Julián

Alazán, zan, zan, zan”

(posible guaracha)

Una página más adelante aparecía una dirección clara. Poli sacó los ojos de la libreta, y dio una mirada comprobatoria al sitio en donde estaba parado con Dalio. En efecto, estaba en el lugar exacto, un edificio que reflejaba cierta comodidad. No era de los del tipo lujoso y dignos de magnates sauditas o

del narcotráfico. Anclado en una urbanización de cierto nivel, el hijo de Micaela pensó que si llegaba a un buen acuerdo con la inmobiliaria, el apartamento no sólo podría cuadrar con los planes de su papá sino con los de él. Poco a poco, también se iría despegando de su madre y desde ese segundo hogar podría citar clientes, trazar estrategias de lanzamiento y verse con la misma Vicky antes de que fuera demasiado tarde.

- Sí, aquí es.

-...Tú no sabes lo que es lujo, mijito –siguió Dalio-. Yo tenía, ¡qué decir mansiones!, castillos y palacios en todos los pueblitos. Había uno que tenía una escalera de oro blanco con incrustaciones de rubises, delicadeces y piedrería, el suelo era como del mercurio de los telmómetros, plateaíto. ¡Una maravilla! Me acuerdo en una ocasión que entré con cinco mulatas y las coñas se reflejaban en el piso y todo...

Cuando se estaba metiendo en las profundidades del cuento, Poli notó que las fotos del apartamento no estaban nada mal, según pudo ver en el anuncio que también guardaba en el cuaderno. Aunque no muy grande, todo parecía quedar bien distribuido: cocina, baño, cuarto, estudio y un salón acogedor en donde poner un televisor, una mesa de comedor y algún otro accesorio que suelen adornar estas estancias. Si lograba cuadrar sus cosas, Poli pensó que incluso podría encarnar el papel del soltero joven y acomodado sin muchas preocupaciones a la vista. Una gran fachada, sin duda. Además, si sus cálculos no estaban mal, con el dinero de Honorio, el viejo tenía asegurada su vivienda por lo que le pudiera quedar de vida y, aún así, sobraban unos cuantos billetes para gozar de las rentas.

- Mira, pol cierto, ¿cuándo traigo mi maleta del Nuevo Circo pa mudame?

- ¿Perdón?

- Eso sí, te pido encarecidamente que hagamos esto con mucha discreción. Así nos quitamos a Atanasio de encima. No sé, le decimos que me morí de una enfeñmedá rara, de una piedra de calcio en el cojón izquierdo, algo así, natural. Ese muchacho se come esa mentira sin problema, vas a ve...

- No, don Dalio, no malinterprete, pero esto no es para usted... por ahora, claro. Le aseguro que apenas arranquemos...

- ¡Cómo va a sé! ¿Y pa qué me trajistes, pué?

- ¡Pero si fue usted quien me dijo que me quería acompañar!, que no tenía completo para el almuerzo y que hasta se conformaba con una arepa con mantequilla...

- ¡Qué tristeza, chico! Yo que pensaba que era una sorpresa que me ibas a da, como tu segundo padre que soy. ¡Toy bien defraudao, déjame decite!

- No, no es eso, maestro, la cosa es...

- Disculpe que lo interrumpa – dijo un hombre maduro que se les había aproximado, maletín en mano, cuando las explicaciones iban a comenzar.

- ¿Sí? – preguntó Poli -.

- Perdone, Hermágoras Ponce, Inmobiliaria Buen Hogar, a sus servicios – dijo extendiendo su otra mano a los dos. ¿Usted es el señor que llamó para ver el apartamento?

- Sí, él es mi mánayel: Policarpo.

- ¡Caramba! No sabía que estaba entre gente importante –dijo el hombre, zalamero-. ¿A qué se dedica, señor?

- ¿Yo? Parece mentira que no se dé cuenta, caballero. Mi trabajo es alisar los corazones con entregas de amor y pasión a raudales.

- Okey...

- Señor Hermágoras, yo fui quien lo llamó para ver el apartamento. El caballero que está conmigo es don Dalio Guerra.

- ¡No puede ser! ¿Usted es el Ruisenor de las Américas?

- Sí, el de éxitos intitolados como “Ingrata de viernes santos” y “Caprichosa”, por nombrá los más laureaos y aplaudíos a rabiá.

- ¡Caramba! En mi familia pasábamos las fiestas escuchando sus discos.

- No es pa menos, amigo. Mi música es contagiosa y patrimonio cultural de la humanidad según la unicés.

- ¡Ah, caramba, entonces con mayor gusto les enseñaré el apartamento!

En el aposento el hombre de Buen Hogar desplegó sus trucos. Si algo no le gustaba a Poli de Hermágoras era el diente de oro que enseñaba cada vez que sonreía para mostrar la ganga que quería vender. Algún loco prejuicio lo ponía alerta ante ese apaño dental. Desde pequeño lo relacionó con una característica propia de maleantes, tahúres y pícaros de la más baja estafa. El de Hermágoras era uno de los incisivos superiores que quedan en el medio. Para colmo, tenía una boca amplia y con un juego de dientes que se disponían de una forma tan desordenada como unas piedras de dominó recién revueltas. Era imposible no notar el brillo que despedía cuando sus labios se arqueaban por cualquier motivo. El resto de la estampa tampoco era muy alentador. La ropa del señor Ponce no había pasado con éxito la prueba del tiempo: vestía un traje ocre de corte anticuado, con enormes solapas, bolsillos por todas partes y una obstinación de pegarse al cuerpo como si hubiera sido pintado encima. Esto último sobresaltaba aún más su conato de joroba. El cuerpo de Hermágoras era de caricatura: flaco con panza, un tanto alto y de brazos y piernas rígidas.

- Como ven, el apartamento es una demostración del ahorro y administración del espacio – comentó Hermágoras-. Creo que una persona o una pareja podrían vivir perfectamente. Además, está en un cuarto piso que tampoco supone mayor cansancio en caso de subirlos a pie por un apagón o falla en los ascensores.

- Sí, todo está bien distribuido – dijo Poli.

- ¿Usted que opina, señor Dalio?

- A mí lo que me gusta es esta ventana, aunque no tenga reja –gritó el Ruiseñor desde el otro lado de la vivienda-. Pega mucho fresco y no da pa la calle.

Hermágoras y Poli se acercaron. La ventana era amplia. Unas viejas cortinas chocaban como palmas aplaudiendo. El Ruiseñor tomaba bocanadas de aire e inflaba su pecho como si estuviera en medio de una bahía y no en el este de la ciudad de Caracas. Por alguna razón, la ventana le gustó a Poli sin saber lo que ésta más adelante le depararía.

- Chico, aquí hasta lo que provoca es cantá. Les voy a obsequiá el milagro de mi voz, pa que vean que yo no me la ando por la vida con mezquindades y sin compartí –soltó Dalio-. Van a sé los afoltunaos de presenciá un momento inmortal en sus humirdes existencias.

Y el momento inmortal llegó: el Ruiseñor de las Américas movió el bigote, se aclaró la garganta con estruendo y abrió la boca. Es difícil describir lo que pasó a continuación. Los chillidos salieron en tropel en todas direcciones. Dalio cantaba y parecía llorar a gritos. Nunca antes esa letra fue tan masacrada, el despecho tan apaleado y la inspiración de botiquines tan menoscabada. Pese a todo, el famoso intérprete se ponía la mano en el pecho, hacía muecas de macho dejado por la amada, y se enjugaba las perlititas que le salían de los ojos con mezquindad para redondear su número. Visto así, todo se parecía más a un acto cultural de un ancianato de mala muerte que a un recital improvisado de una vieja gloria. Poli se asustó con su proyecto, vio para todos lados y se topó con la otra porción improvisada del público: Hermágoras sonría con todos los dientes apretados, de manera muy artificial. En cuanto vio en su diente de oro, apresadas, su propia imagen y la del viejo con voz de guacamaya, cerró los párpados con fuerza y en ese momento vino el redoble en la sinfonía: voces de diferentes colores y colores atravesaron como lanzas el ventanal para mandar a callar al ídolo caído. Insultos, groserías y maldiciones arreciaron en el ambiente. Hermágoras mantenía su sonrisa, aunque en sus ojos parecían leerse pasajes de incomodidad. Dalio, digno pero viendo para todos lados, intentó rematar a toda velocidad lo que le restaba de la historia de un desangrado corazón por una mujer casquivana. En ese punto, las cosas se pusieron peor. Un terrón de tierra, que por milímetros no dio en la oreja derecha de Sandalio, entró al salón con tal violencia que su fractura en la pared lo dividió en pedacitos.

Hermágoras y Dalio dieron un salto de terror; y éste último se apresuró a frenar el recital con la cortesía inmobiliaria que podría resguardar la integridad de su apartamento.

- Venga para acá, don Dalio. Usted sí que sabe lo que es cantar. Tengo la piel de gallina, no siga que me va a dar algo. Mire cómo tiemblo – dijo el vendedor, mientras lo cogía por el brazo.

- Ya yo supe por su elegante indumentaria de que usted es un hombre de buen gusto, un yentlemen, pué –dijo el Ruiseñor antes de gritar por la ventana: ¡Claro, siempre hay unos coñemadres que llevan la sensibilidad en las nargas!

Dicha la sutileza, Sandalio se dirigió al baño del apartamento, tembloroso, a escupir su vértigo. El vendedor no perdió tiempo e intentó disipar cualquier desconfianza en su cliente.

- De veras, no entiendo esto que acaba de suceder. Le puedo asegurar que esta es una zona bastante sana. Con decirle que la gente se mata por vivir en este edificio, se sienten seguros, resguardados, pero ya sabe cómo está la ciudad...

- No se preocupe, señor Hermágoras. A mí el apartamento me interesa.

- ¡Pa mí también ta bueno, muchacho! – gritó Dalio mientras se enjuagaba la boca en el lavamanos.

- Bueno, señor Hermágoras, lo cierto es que no nos ha dado tiempo de discutir las condiciones para el inmueble.

- Usted no se preocupe, que aquí tengo todo lo que necesita saber – dijo el vendedor, mientras sacaba de su maletín unos catálogos y papeles membreteados con el logo de la inmobiliaria Buen Hogar: Creo que este sitio va bien para una persona o una joven pareja. Dispone de cincuenta y cinco metros cuadrados, y le puedo asegurar que amueblar esto no le será muy complicado. Incluso, si así lo desea, por una pequeña comisión yo podría ubicarle algunas cosas básicas en buen estado, como la cama, la mesa del comedor, un sofá...

- Sí, dígame dónde hay que firmar y luego conversamos el resto – dijo Poli, mientras Sandalio salía del baño con la cara mojada y esquivando el ventanal.

Cuando Poli volvía a La Dolorita no podía espantar la imagen del pequeño recital de Dalio. Hasta qué punto lo que estaba haciendo no era una locura que lo iba a enviar directo a los mil carajos. El Ruiseñor no llegaba ni a zamuro. Esa voz no podía mejorarse. ¿Y si no tenía caso seguir? ¿Si montaba el negocio que le pedía Honorio y se olvidaba de todo lo demás? ¡Cuántas dudas y arrepentimientos lo asaltaban!

No había salido de sus pensamientos, cuando creyó ver una extraña imagen: en fracciones de segundos una figura femenina, descalza y ataviada con capas de tela azul y blanco cruzó por un pasillo de su casa. Poli se dirigió al lugar donde se había metido, pero ya no estaba. Cuando se dio la vuelta se topó con el rostro de Micaela. Un sobresalto lo sacudió y su madre habló sin siquiera dejarle coger aire:

- ¿Viste que es verdad?

- ¿Qué?

- Lo de la virgen. ¿Viste que no toy loca como ustedes creen? Ahora mismo le tuve que hablar fuerte pa que me dejara hacer mis cosas. Después vi que cogió por acá y, en cuanto sentí que entraste, me acerqué. Sí, sí, si quieres quédate con esa cara de bobo, no me hagas caso, pero ya sabes cómo es todo. Micaela es la loca, la idiota, la energúmena... Por cierto, ¿dónde diablos está el inútil de Honorio? Lleva más de una semana sin dormir acá.

- Ni idea, mamá.

- Así que tú también te la das de pícaro y sinvergüenza, ¿no? Tú sabes. ¡Yo sé que sabes! Ya vi que estás durmiendo en tu antiguo cuarto. Eso no es casualidad. Pero ya veo que aprendiste las mañas de ese viejo. No pierdes tiempo pa lo malo. Ojalá tuvieras esa inteligencia pa otra cosa más productiva.

- No, de verdad que no sé nada.

- Bueno, da igual. Si ves a ese ser, dile que la ley me ampara, que esto es abandono del hogar, que me voy a conseguir a un abogado. Además, yo todavía estoy joven para rehacer mi vida. Él se lo pierde ...

La última oración ya se escuchó en la lejanía. Micaela regresó a la cocina, con su perorata, y Poli se dirigió al cuarto a poner sus cosas en claro: El apartamento de Hermágoras ya estaba casi habitable. En tiempo récord había logrado contratar los servicios básicos, arreglar algunos detalles y armar los muebles que pudo conseguir. En un país como el suyo esto era un suceso que rebasaba la admiración, casi un fenómeno paranormal digno de un programa de televisión por cable sobre lo curioso e increíble. Aún le costaba creer que también le diera tiempo de conseguir el apartahotel barato para Honorio, pagar el mes por adelantado y hacerle las compras necesarias a su viejo. Es cierto que ni la cuarta parte de sus acciones las pudo haber completado cumpliendo con un trabajo normal, con sus horarios y obligaciones. Por eso el haber renunciado a La Múcura de Maiquetía fue como un bálsamo desde cualquier punto de vista. Eso sí, todavía le retumbaba en la cabeza la imagen de su partida de la fuente de soda: el portugués con su mirada calcinante, la alzada de voz y las groserías que le dirigió delante de un comensal que mordisqueaba un cachito de jamón a precio de uranio. Aún se le paraban los pelos de sólo pensar en lo que hubiera pasado de no haber esquivado aquella botella de Pepsi que le lanzó a la cara y que casi le pega a Rosita.

- Ese güevón me tiró los billetes al piso, -murmuró Poli con resabios del mal día-.

El por qué no le había regresado la agresión era un completo enigma que ni siquiera él pudo responderse. En sus días de rockero habría aprovechado para armar la trifulca, y en esta era de estrategia del bolero un suceso de trompadas y prisión tenía la suficiente fuerza para endurecer sus vivencias de compositor como ese Agustín Lara que siempre le nombraba Dalio...

Y ahí estaba otra vez, pensando en su proyecto, en lo que hace instantes le parecía un delirio. El volver una y otra vez al plan quizás era la clave para no desistir y seguir creyendo en la factibilidad de la

gloria. Su destino estaba agarrado de la mano del arte, de la música, nunca de un remate de caballos. Eso estaba claro.

Se sentó y volvió a sacar su cuaderno Alpes:

“Si me muero no me llores

No me beses

No me quieras

Mujer vil y traicionera

Ni siquiera, ni siquiera

Volverías a mi vera”

Esos versos no le parecían tan malos. De hecho, pensaba que estaba mejorando en su nuevo oficio. Otra vez volvía el tema de la pérfida mujer, y ya sentía la orquesta desgranando todos los compases dignos de guayabos en cadena. Sin embargo, había algo que no le cuadraba. Si el personaje de la canción estaba muerto, entonces, ¿por qué al final decía eso de volver a su lado? Poli se rascó la cabeza. Era evidente que la idea era un disparate. Había dos cosas de las cuales quería huir y no sabía si lo estaba logrando: la de ser cursi y la de componer por el simple hecho de juntar palabras en la melodía, sin decir nada, sin siquiera contar un amago de historia. Así que lo pensó mejor. Con el bolígrafo borró el “volverías” y colocó “volarías”. De repente, el cambio le daba un giro hasta metafísico al bolero, porque si algo estaba seguro era de que la letra olía a bolero. Le puso un asterisco al final de la última palabra, que era su manera de colocar “en revisión”, y agarró la Biblia que descansaba en la mesa de noche. Allí sí que estaba su álbum conceptual, su Dark side of the moon del mundo del requinto.

Abrió el tomo en cualquier sitio en busca de inspiración, y se dispuso a leer el cuarto libro del Pentateuco: Números. No entendió nada. Era una sucesión de leyes absurdas, nombres de jefes de la

tribu, cantidad de cabezas de ganado y dimensiones de los territorios. ¿Cómo hacer una canción en bolero que diera cuenta de eso? Era imposible. Ni siquiera constituía un reto. Simplemente, todo rayaba en el absurdo. ¿Podría con el desafío? ¡Sí!, pensó de repente. Un momento de iluminación surcó su alma, para no decir que fue un instante de esos en lo que la gente cae en cuenta de lo idiota que puede llegar a ser: si la historia iba a versar sobre Jesús, entonces, ¿qué hacía leyendo el Pentateuco? Había que saltar todo ese libro para llegar a las partes claves del Nuevo Testamento: los evangelios. Allí descansaba el guión de su ópera-bolero. El Dark side of the moon seguía a salvo.

El celular repicó cuando su aliento había vuelto a su ser. Ya le extrañaba tanta calma en el aparato. Podía decirse que había sido ensamblado en Corea pensando en Dalio, Honorio y Atanasio, sus tres jinetes del apocalipsis. Después del quinto timbrazo lo atendió, malhumorado:

- ¡Sí!

Un silencio del otro lado no presagiaba nada bueno.

- ¡Aló? ¿Qué quieres?

Una voz inesperada musitó casi pidiendo disculpas:

- *Oye, Poli, si quieres, te llamo más tarde. Creo que te he agarrado en mal momento...*

Poli la captó en el acto. La incomodidad arremetió.

- Perdona, Vicky, no era contigo. Es que estaban llamando unos muchachos sin oficio...

- *Ah, yo pensé que te molestaba...*

- Te juro que no tiene que ver contigo, Vicky. ¿Cómo estás?

- *Bien, ¿y tú? ¿Estás bien? ¿De verdad que no estoy llamando en mal momento?*

- No, claro que no, cariño – esa última palabra le dio asco apenas la pronunció.

- *Sólo quería saludarte y, nada, decirte que sí, que mañana sábado sí puedo salir adonde quieras. Quería responderte tu mensaje antes de que fuera demasiado tarde para ti.*

- Qué bueno, Vicky.

- *¿Cuéntame qué has hecho?*

- *¿Perdón?*

- *Eso. Que qué has hecho.*

- *¿Hoy?*

- *Sí, en estos días.*

Es innecesario decir que Poli no sabía cómo comportarse en esas situaciones. “¿Qué digo?”, pensó, “así hablan los novios o qué?”

- Eh, bueno, estaba escribiendo.

- *¿Qué estabas escribiendo?*

- Poesía.

- *¿Eres poeta?*

Ya la preguntadera lo estaba molestando como una mosca que vuela cerca del oído.

- Mmm, algo así. ¿Te acuerdas que te dije que era compositor y te conté lo de Cosmos?

- *¡Ah, cierto! ¿Y vas a volver a la música? ¿Y qué va a pasar con el restaurante?*

- A ver, hoy hablé con mi socio y le pedí mi parte.

- *¡No lo puedo creer! ¿Y cómo lo tomó?*

- Bien, me alentó. Hasta abrimos una botella para celebrar...

- *¡Uy, qué emoción! ¿Y ya llevas canciones? Dime de qué tratan.*

- Oye, ¿por qué mejor no hacemos algo? Mañana cuando te busque te las muestro. Es una promesa.

- *¿En serio?*

- Sí, te lo juro.

- *¿Y qué más?*

- *¿De qué?*

- *No sé, es que eso me emociona. ¿Quieres que te cuente qué he hecho yo?*

Poli temió lo peor. Se vio como el único público de un monólogo eterno de intrascendencias. Y cuando estuvo a punto de responderle con una cortesía, fue la misma Vicky la que tomó la palabra:

- *Te lo dejo para mañana. No creas que vas a ser el único misterioso aquí, Poli. Bueno, te dejo, que estoy en el trabajo. Un beso –y colgó–.*

Poli se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y dijo con las manos al aire:

- ¡Gracias, virgencita de El Valle!

Cuando apenas había terminado la frase, volvió a ver pasar por la puerta entreabierta la silueta de las tónicas y se asustó. Después cogió el pomo y salió del cuarto para comprobar si lo que había visto era real. Sus pasos no eran muy decididos. Con mil palpitaciones se adentró en el pasillo y al final no vio nada. Un largo suspiro lo alivió. El teléfono volvió a repicar:

- *Mijo, soy el Ruiseñor, acuérdate de pasá temprano por la casa para prepararnos. ¡Hoy nos cubriremos de gloria, ilustre! ¡Te dejo porque estoy volando alto!*

Poli se metió el celular otra vez en el bolsillo de su pantalón, y dio media vuelta. El susto regresó intacto al percibir una presencia en la oscuridad. Poli sintió desvanecerse. Intentó asir cualquier cosa en el aire mientras se tambaleaba para atrás. Encendió la luz del pasillo y vio el rostro casi simiesco de Micaela, mientras se oyó en estéreo el estrépito del alud de cosas que fueron a dar al piso.

- ¿Todavía sigues sin creerme lo de la virgencita, mongolo?

El suelo estaba regado de trozos de porcelana barata.

Ese sueño no le gustaba nada a Dalio, y solía repetirse con la puntualidad de un mal presagio. Eso lo sabía muy bien. En el año 65 en Manizales lo tuvo antes de que le consiguieran cincuenta gramos de cocaína en la lámpara de la habitación de hotel donde se estuvo quedando. En el 69 recordó haberse levantado, con el sobresalto que le dio la loca fantasía, delante de unos gendarmes que lo buscaron por presunto abuso sexual a una menor de Cabañas. La gracia le costó cinco años en cana, huelga decir. En el 75 casi se le salió el corazón, apenas abrió los ojos en una playa de Holguín, y decidió quedarse en su cama esperando lo peor. Y lo peor llegó con la noticia de la muerte de la esposa que tenía en Higüey. Pese a la cara de tragedia que ensayó, la emoción lo embargó por el mal cálculo de la fatalidad: esa mujer le estaba poniendo los cuernos con medio pueblo y a punto estuvo de quitarle buena parte de su dinero con un negro contrabandista. Pero el pulso del sueño volvió a su curso, cuando en el 84 lo roncó a pierna suelta en Caracas minutos antes de que una demanda por el plagio de una guaracha boliviana lo dejara en la calle.

¿Entonces por qué ahora si ya no tenía nada que perder?

Maldito sueño. Sueño maldito. Él creía en esas cosas. Su madre le había dicho que tenía dotes de curioso. “Eres materia, mijito”, fueron sus últimas palabras antes de morir en un Oriente arrasado por el sol. Y Dalio se las creyó a pie juntillas. Pero él no era un brujo. Su poder, de alguna forma, estaba en los sueños. En ellos pasaba algo raro, malo, con consecuencias imprevisibles. Nunca le sirvieron para ganarse la lotería, componer un éxito, lograr algo en su beneficio. Parecían una broma cruel de alguna instancia superior, una especie de cámara indiscreta divina.

Dalio pensó que si hubiera soñado con eso el día anterior todo hubiera tenido mayor sentido. El presagio se hubiera cumplido y ya no habría con qué romperse la cabeza. Esa noche en El multisápido

pasó de todo. Era la segunda vez que cantaba su repertorio con dos composiciones de Poli, y el regusto a mierda de gato no se le iba de la boca. Es cierto que el muchacho se portó diligencioso, hizo parte de su tarea y hasta consiguió un cedé con una pista instrumental de teclado barato. En el metro y autobús también practicó con él la melodía sin mucho convencimiento, porque esas canciones estaban más desabridas que un sancocho de pescado de río sin sal. Había algo que no cuadraba. No había mística en esas letras y a leguas se notaba que quien tocaba el instrumento parecía salido de una iglesia. Era tan palpario todo eso que hasta los borrachos de la pollera, hombres sin ningún conocimiento en estética, se dieron cuenta del desaguisado bolerístico. Ellos, de costumbre tipos ensimismados en sus apuestas y presas, hicieron silencio cuando El Ruiseñor de las Américas entonó la primera canción que presentó como una “primicia internacional de alto calibre”, sin siquiera creérselo. Después de un minuto de versos la avalancha de risas y chistes cundieron por doquiera. Algunos hasta se persignaron con una lata de cerveza, antes de lanzarle un eructo en lugar de un amén. Los únicos aplausos sinceros fueron de Poli y Atanasio, porque los otros que se escucharon fueron de una pequeña parte del público que confundió el acto musical con uno humorístico. Con la segunda canción le fue peor. Dalio, conocedor de la aritmética del mundo del espectáculo, metió un popurrí de cinco éxitos antes de sorprender al auditorio con otro estreno del reino del romance musical. Pero el sorprendido fue él. El público, que ni caso le hizo a su mezcla de piezas inmortales, volvió a voltear cuando sonó ese órgano de iglesia por los altavoces. Uno de los presentes, que ya estaba harto del sonido, lanzó un muslo de pollo a medio comer en dirección del Ruiseñor que de milagro le entró en la boca. La impresión lo hizo escupir la plancha que llegó a parar encima de una ensalada de aguacate y palmito de la mesa más cercana. Y los insultos y las risas se mantuvieron. Indignado y ultrajado en eso que llaman dignidad y nadie sabe qué es, Dalio se despidió con alguna grosería cristalina y se fue a su mesa. Cuando estuvo por manifestarle su descontento al compositor, el dueño de la pollera lo amenazó con despedirlo si no volvía a su improvisada tarima a pedir perdón.

Si hubiera soñado la mañana del caos en la pollera todo hubiera tenido sentido, volvió a pensar. Se habría dado cuenta de que el poder devastador del mismo estaba en consonancia con el desarrollo de sus erecciones, es decir, cada vez menos firmes y puntuales en el mundo real. Aún lo tenía todo claro, como si hubiera pasado en verdad: allí estaban con él Raúl Naranjo “El pirata de la canción”, Alfredo Sadel, El Trío Venezuela, Estelita Del Llano, Miguelito Itriago, Felipe Pirela, Mirla Castellanos, Héctor Cabrera, Lila Morillo, Néstor Zavarce y Víctor Saume. Discutían acaloradamente dentro del hotel Humboldt de Caracas. Estaban en una mesa redonda, llena de comida podrida, y todos insultaban a Pirela, a Sadel y a Dalio por haberse olvidado del resto de los compañeros que no tenían ni la mitad de la fama internacional de ellos tres. Saume sudaba a chorros y era el mediador. Cabrera y Naranjo gritaban que no tenía sentido haber fundado el Sindicato “Cooperativa del Bolero Responsable” si nadie se ayudaba, Itriago decía que se iba a administrar unas bombas de gasolina en La Guaira porque la ola de artistas extranjeros estaban acabando con la canción romántica y Zavarce le agarraba una teta a Lila Morillo. Cosas raras de los sueños, pero éste apenas comenzaba: cuando el asunto se ponía angustiante, alguien llamaba “marico” a Pirela y éste sacaba del paltó un pistolón. Y allí sí que se armaba la pesadilla. Un disparo fulminaba en seco a Gilberto Jiménez del Trío Venezuela. Uno de sus compañeros le pegaba un requintazo a Sadel y empezaba una pelea que iba llenando el cuarto de tripas, mierda y sangre. Todo era muy confuso. Las ropas de la comparsa estaban hecha jirones, Mirla Castellanos no paraba de gritar con el maquillaje corrido por la cara. Estelita le pegaba un cachetón que le hacía volar los dientes y Zavarce le agarraba una teta a Lila Morillo. A Saume le gritaban traidor mientras éste comía un plato de carne podrida. Las lámparas del techo bailaban como las de las películas de vaqueros y una, al desprenderse, mataba a Saume en el acto. De su boca salían pepitas de oro y torontos. La pelea seguía en el plató del Show de las Doce al lado del féretro de Saume. Todos se tiraban mojones entre ellos. Aparecía de la nada un caballito de juguete, de esos que terminan con un palo de escoba y Dalio se lo reventaba en la cabeza a Raúl Naranjo, éste perdía el único ojo bueno y Zavarce le agarraba una teta a

Lila Morillo. Itriago intentaba escapar por una puerta y se moría de repente en la próxima escena. ¿Y la próxima escena?: en la tarima del Coney Island de Altamira la trifulca seguía intacta pero con los borrones propios del sueño profundo. El Ruiseñor se defendía con partes del cuerpo de Pirela, que yacía descuartizado a su lado con las sobras de Sadel y de algunas guitarras destrozadas. Los que quedaban vivos estaban desnudos y caminaban hacia él con colmillos de vampiros. El público del Coney Island pedía sangre y Zavarce le agarraba una teta a Lila Morillo. Dalio resoplaba del susto, se volteaba y le gritaba a Zavarce: “¡Ayúdame, mano! ¿Por qué no haces nada?” Y Zavarce, sentado, de punta en blanco y aún con la mano en la teta de Lila Morillo, se levantaba y le decía: “porque en estos peos es mejor agarrar tetas que coñazos, poeta”. Y después de esto, Dalio se despertaba, sudado, y con el miedo de lo que le podía pasar en la vida real.

Así mismo se sentía en cuanto salió de la cama. Antes no había reparado en eso, pero notó que en el sueño él siempre tenía la edad actual y el resto de los actores la de la época gloriosa. Por eso cada vez mantenía la idea de que la pesadilla estaba en blanco y negro y que la impresión que se llevaba con ella era peor. A nadie le gusta ver a un viejo achacoso en un momento tan lamentable. Y, menos aún, a quien se sueña.

Con el escalofrío hasta en los huesos Dalio hizo recuento de sus bienes más preciados y, de repente, se le encogió el corazón. Sin siquiera calzarse las sandalias de plástico, cogió el vaso de agua en donde metía su plancha y salió con rapidez hacia la sala. Allí vio a su hijo dormir y un soplo de aire infló sus pulmones, lo suficiente para gritarle en medio de su angustia:

- ¡Mira, degenerao, levántate!

- ¿Qué, apá? Déjame dormir. Toy cansado.

- ¡Nada de dormí, muchacho e mielda! ¿Dónde está la llave de la puerta del patio? – preguntó calzándose la plancha en la boca mientras vaciaba el vaso de agua en la cara de Atanasio.

- ¡Coño! ¡Apá! ¡Muchas gracias!

- Toy hablando en serio, mojón –dijo mientras cogía el palo de escoba, amenazante: ¡Dónde están las llaves de afuera!

- ¡Apá, si tú siempre te la amarras a la cintura cuando te vas a dormir!

Sandalio no había reparado en eso. Era su manera de asegurar la casa. Atanasio ya había cometido muchas imprudencias en varios pasados de terribles recuerdos, por lo que tuvo que optar por esa prevención. Se palpó la cintura y allí estaba, amarrada con un pedacito de hilo pabilo. Sin embargo, la desesperación no se iba. Dalio cogió la llave, y entre los temblores que invadían sus manos, logró abrir la reja y correr al patio.

El Ruiseñor se acercó a una caja de cartón, se persignó y volvió a coger aire. La caja estaba intacta. Pero el sueño, ya se dijo, tenía propiedades cataclísmicas. En cuanto Dalio la levantó por una esquina salió un gallo en actitud altanera. Se cuadró como si fuera un gladiador y, cuando se percató del respeto de su liberador, caminó por el piso de tierra con el pecho inflado. El bolerista sonrió y a punto estuvo de llorar, de no ser por la voz bobalicona de Atanasio.

- Apá, no entiendo por qué no nos comemos ese gallo – le dijo el hijo con los dedos ocupados en sus legañas, asomado en la puerta y envuelto en la sábana llena de manchas como un pretor romano.

- ¡No ves que éste es mi bien más preciao, chico!

- Apá, pero ese gallo no deja dormir a nadie. Ta todo el día haciendo bulla en esa caja.

- Degenerao, ya te dije que está entrenando.

- No puede estar entrenando, apá, esas son locuras de Norberto. Ese gallo es un pataruco de aquí a Pequín.

Dalio le lanzó una piedra a Atanasio y éste se metió otra vez en la casa. Después buscó una silla, se puso a admirar al ave antes de acordarse de Norberto: cuando la fama le sonreía al Ruiseñor de las Américas, Norberto era el hombre de los recados en su casa de Tucupita. Una noche en la gallera más importante del pueblo Dalio vio cómo Norberto apareció de la nada con un gallo flaco, horrendo y de

dudosa raza como sustituto de uno de los contendientes del gran desafío del día. Era más que obvio quién iba a ganar la pelea. El gallináceo de la familia Bucarito era un ejemplar que daba respeto de sólo mirarlo: un marañón en forma, como una escultura vaciada en un molde perfecto, pintado de rojo sangre y oro, con las plumas podadas como por un japonés experto en bonsáis, con unas espuelas de carey capaces de cortar un pelo en dos, unos ojos de los que parecían salir relámpagos y una piel que palpitaba como por descargas de una central nuclear. Cuando estuvieron a punto de meterlos en la jaula de pelea, el gallo de los Bucarito cacaraqueó tan alto que Dalio primero comprobó si se había movido una viga de la estructura del recinto y luego pensó que la potencia del canto había desnudado a toda la gallera, mínimo, de la cintura para arriba. “Ese gallo no tiene pierde, compa”- le dijo un mirón. “Es cruce de español, con chino y cubano. Puros peleadores. Namás ha comió pura bola cubana. Véale esas patas”. El Ruiseñor hizo caso y pensó que darle un mordisco a semejantes muslos era igual de devastador que caerse de boca en el filo de una calzada, después de un choque con una moto sin frenos a más de cien kilómetros por hora. De sólo figurarse la imagen sintió grima, tanto como la que estaba sintiendo por el futuro del gallo de Norberto, que parecía no estar al corriente de lo que le esperaba en ese coliseo de Tucupita.

El fragor de las apuestas ya era insoportable. Los gallos fueron introducidos en la jaula doble de pelea. El juez gritó y después hizo la seña. La cuerda subió la jaula. Ambos gallos quedaron de espaldas el uno del otro. Y la gente no paró de chillar. Cuando las aves se vieron a la cara, como ya ha pasado millones de veces en este absurdo mundo, el tiempo se detuvo en una eternidad contenida en unas pocas milésimas de segundos. El pataruco de Norberto esquivó un hachazo y después dio un salto como de arte marcial, de ninja renegado, que sonó como un pequeño puñetazo de boxeo (sí, de esos que son como duros y acolchados al mismo tiempo). El marañón emitió un lamento en donde cupieron todas las muertes de la historia de la humanidad, y cayó como si estuviera empollando. Un espuelazo morcillero le empezó a llenar el pescuezo de sangre como si fuera una bombita de carnaval. Los muslos de acero

comenzaron a moverse como si les hubiera acercado un cable pelado de alta tensión al anca de un sapo muerto. A todas estas el ejemplar de Norberto comenzó a escarbar y a picotear la tierra como si estuviera feliz en un patio lleno de maíz. Toda la gallera calló como si fuera una iglesia en plena homilía. El patriarca de los Bucarito no quiso ni tocar a su gallo agonizante. Se fue indignado, pagándole a todo el mundo y con los ojos recubiertos de pequeños océanos de agua. Antes de irse le gritó a un vagabundo de nombre Bartolo que metía al marañón ya desnucado en un saco: “¡bote esa mierda que ni sirve pa sancocho!”.

De Norberto no quedaba ni el rastro. Así que Dalio decidió esperar a que un día pasara por su casa. Lo hizo una mañana, con la voz aguardentosa y la estampa de haberse bebido varias noches en una copa de boca ancha. El Ruiseñor no se aguantó, pidió que entrara a la sala, sirvió ron para los dos y le preguntó lo que llevaba atascado desde hacía días:

- Mira, loco, ¿de dónde sacaste a ese pataruco tan güeno?

- Ah, ese es un cuento largo, maestro. Con ese gallito ganamos en la gallera de la Caraqueña, después lo llevamos pa la de la Ponderosa, que era donde estaba usted, y después salimos disparaos pa la gallera de Miguelito Chópote. En todas ganó de un espuelazo el condeao. Ahí ta en la casa, fresquito, y con sus dos ojitos bien poníos.

- ¡Coño, Norberto, no seas metiroso, chico! ¡Si inventas vainas!

- Ah, pué, señó, se lo juro por mi mae. Toitico lo que le toy contando es verdaíta. Pregunte por ahi, pué.

- Cuenta bien de dónde salió ese pataruco, chico.

- De cualquier lao. Mire, ese gallo se lo dio la Carmencita a mi mujé pa un sancocho. Pero yo le vi una vaina a ese pataruco, y le dije a mi señora: “Amparo, no vayas a matá a ese gallo que nos vamos a meté en un problema yo y tú”. Usted sabe cómo son las mujeres... Y pensé en entrenalo. Pero usted, que es versao en el mundo, sabe que entrená a un gallo es carísimo.

- Claro, Norberto. El Bucarito botó sus güenos cobres con el marañón.

- Pué na. Yo me dije: “¿y pa qué voy a gastá un realero si entrená un gallo es facilito, bordón?”

- Facilito no es, Norberto.

- Por lo más sagrao que sí. Ya le cuento por qué.

- Ajá.

- Mire, maestro, yo lo que hice fue ime pa la bodega de Papancho y buscá una güena caja.

- ¿Y entonces?

- Y entonces agarré unos espejos, cola y pegué esa vaina pol dentro en cada lao. Le hice unos güecos a la caja pa que entrara sol y encerré a ese pataruco en esa vaina un coñazo e días. Imagínese esa vaina: ese gallo dando espuelazo día y noche en esa caja. Le salía un gallo por un lado, otro por el otro costado, uno por arriba...

- ¡No joda, Norberto, tú sí dices pendejás, chico!

- Pendejás no, maestro. Use el sentido común pa que vea que la vaina tiene su razón: ese pataruco estaba dándole coñazos todos los días, y sin pará, a cuatro gallos diferentes. No joda, pol muy arrecho que sea el marañón de Bucarito no era rival, maestro, no era rival. Piense como mi pataruco y vea. Cuando levantaron esa jaula el pataruco dijo: “¡no joda, qué papaya, un sólo gallo namás!” ¿Por qué cree que vorvió mielta a tol mundo ese día?

Dalio celebró la ocurrencia de Norberto como un chiste. A veces, solía referirla en sus presentaciones más cabareteras antes de entonar clásicos como “Hoy platiqué con mi gallo”, “El gallo, la gallina y el caballo”, “Dice mi gallo” o “El gallo pinto”. La anécdota sabía que era capaz de levantar al público más apagado. Por años le pareció un disparate que despertaba simpatías, y así lo usó. Sin embargo, los tiempos presentes distaban de ser relajados. La desesperación era la que estaba mandando desde hacía unos buenos años en su vida. Por eso Dalio y el gallo. Cuando se lo regalaron pollito, después de una presentación en una arepera de Píritu, el Ruiseñor agradeció el gesto de una vieja

campesina con la que se había acostado la noche anterior en su pensión y cargó con el animal hasta su casa de Caracas. Lo alimentó con plátano verde y, después de sus ocho meses de cuidado, buscó la caja, los espejos y armó el ingenio de Norberto. La consigna para estar bien consigo mismo tenía cierta mística: cuando ya se ha perdido todo, no hay nada más que perder.

Ahora lo veía caminar con majestad, sin dejar de picotear la tierra. Dalio estaba seguro de que ese pataruco era su bien máspreciado, quizás lo que más quería en la vida. Y volvió a pensar en ese sueño de Nostradamus. Pero el gallo estaba allí, sano, vigoroso.

La luz del sol comenzó a llegar a la caja boca arriba y el reflejo de los espejos le dio de lleno en la cara.

Algo casi mineral seguía inquietándole hasta calar sus huesos.

Esa noche Poli sabía que debía debutar a como diera lugar. Desde la mañana se había esmerado en transformar la casa en un nido de amor: velas por doquiera que se mirara, palitos de incienso, cortinas a medio abrir, un álbum de música suave en el equipo de sonido, un juego de dos copas, su correspondiente botella de vino y luces tenues. Todo muy feng shui. Pero también, porque el hombre carne es, el campo de batalla estaba habitado por una legión de condones dispuestos en lugares dignos de un estratega que no quería errar el tiro: en la gaveta de la mesa de noche del único cuarto, en la de los cubiertos de la cocina, debajo de la cama, entre los cojines del sofá, dentro de un catálogo que estaba en el revistero, en el vaso de baño para lavarse la boca, metido en un libro que descansaba en el estudio, en la puerta de la nevera e, incluso, dentro de uno de los viejos discos de acetato que mudó de la casa de La Dolorita a petición de Honorio.

Vicky no podía ser una mujer sin experiencia. Poli sabía que él aprendería mucho más que ella, por lo que intentó no dejar que los nervios lo cercaran. Nada podía salir mal. El escarabajo había sido arreglado en un taller mecánico del barrio, gracias a una vieja amistad y a un estímulo extra de esos que proporciona el dinero. El carro ya no pasaba aceite, estrenaba ruedas, papel ahumado para burlar al pillaje citadino y, aunque quedaban detalles por terminar, su aspecto había mejorado para bien. Ese simple hecho mantenía coherencia con la mentira que le había elaborado a Vicky como coleccionista de carros. Su ropa tampoco podía dejarlo mal parado. Con el dinero que le estaba pasando Honorio pudo aprovechar para comprarse la muda de marca que cargaba puesta. Todo olía a nuevo, y si fuese posible oler la inocencia de los sexos el de Poli hubiese olido a juguete sin estrenar, en su caja forrada de plástico al vacío y papel de regalo.

Llegó a la casa de Vicky, tocó el intercomunicador del edificio y volvió a entrar al carro. Los nervios brotaron otra vez. En este caso no fue tanto por su probable desvirgamiento, sino por lo que había pasado la noche anterior en la pollera. Lo de Dalio dio vergüenza ajena. La gente se burló en su cara y, de ser un tipo a quien nadie tomaba en cuenta en el local, sus nuevas canciones lo volvieron el centro de todos los dardos posibles. ¿Sería su voz? ¿O el organista de la iglesia del padre Rigoberto? ¿O sería él? ¿Era posible que sus composiciones fueran tan malas como para envalentonar a un corro de borrachos? Al parecer sí. No cabía duda de que en estos temas estrenados no se sentía el conocimiento del alma femenina ni del dolor por un despecho. Sandalio se lo recordó por todo el camino de vuelta. Nunca lo había visto tan fuera de sí. A punto estuvo de tratarlo como a Atanasio. De hecho, por vez primera notó que a su hijo no le endosó culpa alguna. Y luego pasó lo de la mañana: la llamada desesperada de Dalio contándole un sueño raro y hablando de mil oscuros presagios. De un tirón gastó toda su tarjeta telefónica bajo un discurso que lo alejaba del mundo de los cuerdos. A Poli le recorrió un escalofrío desde la punta de la espina dorsal, que lo hizo pensar nuevamente sobre la mala salud de su proyecto. Quizás lo que estaba a punto de consumir con Vicky enmendaría la situación, metería en sus cabales al Ruiseñor, demostraría su poder de composición y cerraría ese círculo que cada vez aumentaba en diámetro. ¿Por qué tenía que recurrir a justificaciones absurdas ante lo que a toda vista era un disparate?

Pensar en estas cosas solía desanimarlo, quitarle las energías. Y así comenzó a sentirse: apagado y sin ganas. ¿Sería posible no cumplir esa noche como el hombre que era? No lo sabía, pero ya no había marcha atrás: Vicky estaba saliendo por la puerta principal de su edificio. Poli encendió el carro y se acercó. Conforme se aproximaba a su doncella vio que ésta cargaba en su mano algo bastante reconocible: una réplica de la botella de vino de la otra vez, mismo tipo, marca, etiqueta, tamaño.

Apenas entró al escarabajo le dio un beso húmedo y caliente como si fuera un río en medio de un incendio forestal.

- Quiero que todo sea como en nuestra primera cita –dijo señalándole la botella a Poli-. En la terapia me recomendaron que no repitiera cosas, pero lo de la otra vez me gustó.

- Ah, mira, yo había comprado otra botella que dejé...

- ¡Beberemos de ésta!

Poli calló ante la orden. ¿Qué le pasaba a esa mujer? De repente en un momento le parecía muy normal y al instante cambiaba. Había leído algo sobre la ciclotimia y los ciclos menstruales, y esto lo llevó a empezar a temer lo peor. No quería estrenarse en un charco de sangre, cualquier cosa roja le causaban impresiones que llegaron a terminar en desmayos. Eso lo mantuvo en un largo silencio hasta que la misma Vicky volvió a sonreír antes de entablar la conversación.

- Oye, te está quedando bien bonito el escarabajo, Poli.

- Le estoy haciendo unos cariñitos...

- Sí, ya no es la chatarra de la vez pasada.

- ¿Puedo preguntarte algo?

- Sí, dime, cariño.

- ¿Cómo es eso de la terapia?

- Es un cuento largo que no sé cómo arrancar...

Y lo arrancó sin muchos aspavientos: Vicky se había graduado en educación preescolar con las mejores calificaciones, y poco le costó ser contratada por un colegio de la alta sociedad caraqueña. Al tiempo de comenzar demostró ser la maestra más diligente, entregada y cariñosa del plantel. Pero en cuestión de semanas las cosas comenzaron a andar mal. La señorita Vicky se puso irascible, mandona, imprevisible con los niños. A veces, se ponía a llorar en los recesos. Para muchos de sus alumnos era un desafío mostrar sus trabajos en plastilina y témpera ante semejante juez. Lo hacían con rodeos y temblores. Y esto logró que algunos infantes comenzaran a orinarse en sus camitas, otros le rogaran a sus padres un día más de casa y había los que inventaban malestares. Una niña fue el detonante de la

desgracia de Vicky, cuando le confió a su mamá todos sus miedos sobre la maestra mala. La queja llegó lejos por la influencia de los padres de la alumna, y Vicky fue amonestada con un memorando que en ese colegio equivalía a la misma deshonra de un mariachi sin el resto de su orquesta. En adelante se sintió bajo observación continua. No podía creer que una niña fuera capaz de hundirla después de todo lo que ella hizo por ella. Noche tras noche rumiaba maldiciones hacia ella.

Y vino el día D.

El día D: como sucede con estos cuentos llenos de destrucción nunca se sabrá la versión real de lo que pasó. Unos niños dicen que su compañerita fue guiada al baño por la maestra para que hiciera sus necesidades, y que allí le dio cincuenta y ocho nalgadas antes de amenazarla con el coco. Otros comentaron lo malvada que fue la señorita Vicky en obligarle a beber un jugo de cucarachas. Algunos hablaron de una bolsa grande en donde la docente había metido a la niña para llevársela a una bruja.

- Lo cierto fue que no le hice nada a esa coñito de madre -dijo Vicky-. La regañé porque había derramado un vaso de jugo en la mesa, y eso me costó la expulsión. Y, bueno, luego vinieron las terapias, mis tratamientos médicos y lo de no saber hasta cuándo estoy suspendida para dar clases. Claro, como esa carajita es la nieta de la dueña del colegio... Pero ya verá lo que le va a pasar cuando me la encuentre en la calle. No me importa que ahora tenga seis años.

- ¿Te sientes bien? Si quieres te llevo a tu casa.

- Estoy fenomenal -respondió Vicky con una sonrisa forzada. Ya te dije que quiero que ésta sea una noche especial.

La llegada a la casa pasó sin mayores contratiempos. Todo se había enderezado como por intermedio de un santo. Había un no sé qué de perfección de esos que mejoran ánimos aunque sean de condenados a muerte. En cuanto entraron al apartamento, Vicky alabó el gusto de su dueño y ayudó a Poli a encender velas e inciensos. Brindaron con música suave mientras él le enseñaba cada rincón del

apuesto. Después se asomaron por el amplio ventanal sin rejas del cuarto piso como si fueran de esas parejas de telenovelas que miran las luces de la ciudad de Caracas antes de consumir su acto de amor.

- Me siento especial cuando estoy contigo, Poli.

Poli abrió la boca para responderle y, de repente, Vicky se le vino encima sin dejarlo articular palabra. Lo apretó con fuerza hacia ella mientras le metía su lengua en la boca. Pero el tema no quedó allí nada más. Podría decirse que la mujer comenzó a fornicar de pie y vestida. La dama alternaba sus manos en las nalgas del galán y con un movimiento de prestidigitador las metió en sus calzoncillos en una búsqueda manifiesta del sexo de su pretendiente. Poli se retorció entre la pena, las cosquillas y otras sensaciones que aún no conocía tan bien de primera o segunda mano en este caso. Cuando Vicky se despegó de su presa dijo una frase que sólo podía significar una cosa.

- ¡Vamos a tu cuarto ya!

Fue ella quien lo agarró de la mano y guió hasta la habitación como si la casa no le perteneciera a su dueño. Con movimientos gatunos se lanzó al colchón y, después de dar una media vuelta en cuatro patas, le señaló con su dedo índice que se aproximara. Poli no podía aguantar más con esa cara de picardía de la rubia. Tampoco sabía cómo hacer sus preliminares amorosos sin que se le notara el abultamiento de su entrepierna. Sentía que iba a descoser las costuras de esa zona del pantalón. Pensaba que lo que tenía allí era una especie de taladro, de palo ancestral, de bicho raro vivo, de...

- ¡Vente, pues! – gritó Vicky con la dosis justa de impaciencia como para sacarlo de su enumeración.

Poli se aproximó a la cama con los temblores de un cachorro apaleado. Practicó algunas caras de los actores de esas pornos que ponían en la casa del guitarrista de Cosmos. En esos instantes intentó ensayar todos los lugares comunes, con la mano reptando hacia la mesa de noche en busca de condones, y de nada le servía. Quien llevaba la iniciativa de lo que estaba sucediendo era la maestra de preescolar. Ella fue quien lo jaló por la camisa hasta acercarlo a su cara, fue quien le despegó sus botones para

dejarlo a pecho descubierto y fue quien ya se había quitado su blusa hasta quedar en un translúcido sostén, como los de esos catálogos de Micaela que le alegraron tantos momentos de soledad adolescente en el baño de la casa de La Dolorita.

Ya sabía que faltaba muy poco para hacerse hombre. Las manos de Vicky se multiplicaron por mil y los besos de la doncella mandaban centellazos a la bestia que palpitaba entre sus piernas. Entre tantos calambrazos, pequeñas muertes y escalofríos Poli se acordó de una buena receta para no terminar con prisa lo que tanto le había costado conseguir en su vida. Así que comenzó una cuenta regresiva desde cien, aderezada con las caras de los jugadores de toda la selección de fútbol camerunés, para mantener la mente ocupada en cuestiones menos lúbricas. ¡A quién le iba a importar que esa mujer estuviera medio loca, si sabía hacer tan bien su trabajo!

El último pensamiento fue mal agorero. De repente, el volcán dejó de estar en erupción. Las llamas parecieron apagarse, cuando las embestidas de la lengua de Vicky se tornaron en aguas calmas debajo de las cenizas. Poli creyó que el tiempo del universo se había detenido por algún control remoto extraño que lo eximía de la parálisis total. Cuando ya iba por la banca de Camerún, apartó sus pensamientos y abrió sus párpados para comprobar que todo estaba bien. Lo que vio no lo tranquilizó: Vicky tenía cara como de abducida por los extraterrestres; es decir, no pestañeaba, la mirada fija al techo, con una respiración queda y los ojos a punto de derramar lágrimas. Era lo menos erótico que podía caber en la escena que había arrancado con tan buen pie. Quizás eso no fue suficiente para el famoso palo ancestral porque, apenas su dueño vio una areola asomar por el sostén de la rubia, de nada sirvió el conteo regresivo. Una descarga de satisfacción empapó sus calzoncillos que aún enjaulaban a la bestia en un encierro de cien por ciento algodón. Y con esto vinieron dos cosas: una ligera tristeza seminal de función terminada, mezclada con otra moral al no haber llegado a nada, y la preocupación de no saber qué hacer con una demente en su cama y un condón sin abrir en su mano.

- Vicky, ¿estás bien?

- Sí, sigue –dijo con voz casi audible y la mirada de ataque catatónico.

Algo era cierto en todo esto: el deseo había volado a otro lugar bien lejano. Poli, por lo menos, de eso no tenía la menor duda. Una tibia viscosidad podía sentirse traspasar las telas a la vez que el monstruo se iba encogiéndose como el cuello de una tortuga de las Galápagos. Con disimulo tiró el condón por debajo de la cama y, aunque sabía que la batalla se había perdido antes del desembarco, hurgó en su interior hasta encontrar la mejor voz de santo varón.

- Vicky, vamos a dejar esto así –dijo mientras se recogía la camisa-. ¿Quieres que te haga un tilo en la cocina?

- No, quiero seguir – respondió, inerte, con dos lagrimones bajándole por las mejillas.

- Cariño, me preocupas – dijo, meliflúo, con el asco que le dio usar la palabra cariño.

- ¿No te gusto?

- Claro, eres una mujer hermosa.

- ¿Y por qué no sigues?

- No hablemos más de esto, ¿sí? – dijo con una sonrisa comprensiva del tipo buen-hombre-en-un-mundo-despiadado.

- ¡Dime por qué no sigues, hijo de puta!

- ¿Perdón? – preguntó ya sin la sonrisa comprensiva del tipo buen-hombre-en-un-mundo-despiadado.

- ¡Dime, marico, por qué no sigues! ¡Maldito!

Dicho esto Vicky se le abalanzó con pasión renovada, pero ahora no con la de la del apareamiento sino con la destructiva. La rubia descargó un arsenal de arañazos, jalones de pelo, golpes y bofetadas que no siempre pudieron ser bloqueados con éxito. Poli no salía del estupor. Otra primera vez frustrada, tirada a la poceta con quien sabe qué cochinadas. ¿Qué tenía el mundo en su contra? ¿Por qué se ensañaba así con él en estos asuntos? Obstinado, y sin saber qué hacer con la fiera, Poli pudo salir del

cuarto. Se metió en el estudio a pensar en algún plan aún con el pantalón húmedo en la entrepierna. La última imagen que pudo presenciar fue la de Vicky, histérica, boca abajo y ahogando sus gritos en las almohadas. Sus palabras conforme se retiraba fueron:

- ¡Maldito, eres como el resto. Mentiroso. Me prometiste que nunca me ibas a dejar sola, hijo de puta!

“Loca de mierda”, pensó con el ardor de la carne viva que le dejó un arañazo en el cuello. Tomó aire, intentó recobrar la calma. De repente, el bombillo de las ideas se le prendió. Poli buscó su cuaderno Alpes, y comenzó a pensar en una letra. Supuso que teniendo todo tan vivo alguna buena composición para Dalio aparecería. Esto, además, le daría tiempo para que la rubia se calmara.

“Bella fea; bella fea
Me dan miedo tus correas
No entiendo tus ideas
Menos si me pegas, gonorrea
Rubia, latina, bicha fiera
No busco heridas ni pelea
Quiéreme, sos mi mayor presea”
(danzón)

A Poli le pareció que no estaba mal, que este tema después de algunas revisiones sería un batacazo en Colombia. En La Dolorita vivían unos vecinos de Medellín que hablaban de esa forma. Es cierto que el final sonaba apresurado. Más adelante buscaría algo mejor que “presea”, pero la cosa ya estaba cogiendo forma. Por otra parte, le contentaba sentirse cada vez más experto en lo de componer para Dalio. Es cierto que hubo algunos traspies en el arduo camino de encaramar palabras pero su sexto

sentido le estaba diciendo algo. Unos versos como estos, que antes podía quitarle una hora de concentración, estaban saliendo en casi media. ¿Sería que el tema Vicky lo estaba adentrando al complejo mundo femenino sin importar que aún mantuviera su virginidad?

Pensar en esto último lo sacó de su concentración. Se dio cuenta de que no sabía nada de la rubia desde hacía algún tiempo. Era posible que ya estuviera calmada. Poli guardó su cuaderno Alpes y se dirigió al cuarto para pactar una salida civilizada. Sin embargo, lo que halló fue la cama, ajada y sin doncella alguna. Volvieron los presentimientos, pero ahora los malos. Poli intentó mantener la compostura, volteó y vio en el pasillo algo que le dio tanto terror como escuchar un concierto privado de las siete trompetas del Apocalipsis: el ambiente a media luz de la sala, que en un momento pudo haber sido romántico, pero que en los actuales más bien era pavoroso por estar coronado por un ventanal abierto y sin rejas. Como el día en el que se lo mostró Hermágoras las cortinas blandían, pero ahora lo hacían con la música de Kenny G saliendo de los altavoces. Se ahogó con su propia saliva y caminó hacia el ventanal alisándose el pelo de manera frenética. El mundo podía estar acabándose en ese preciso instante, una guerra en Medio Oriente podía lanzar misiles a su residencia en ese momento, una nueva enfermedad de laboratorio estaría causando la gran pandemia de la historia de la humanidad ahora mismo, pero para Poli no existía nada más que él, la ventana y los pasos que lo apartaban de ésta. El resto del mobiliario, del mundo, del universo, del bolero, de las mitocondrias, de todo, no formaba parte de su realidad. No, no en esa caminata que pareció durar lo mismo que la de Neil Armstrong cuando saltó por los cráteres lunares en 1969. Había algo de película de Polanski con Hitchcock, de un suspenso que de tan malo ya daba miedo. Al llegar a su objetivo no se asomó de golpe, qué va, Poli lo hizo con parsimonia, con el corazón que imaginaba a punto de explotar como un pez globo. Bajó la cabeza y abrió los ojos: nada, no había nada en ese piso de estacionamiento, ni gota de sangre, ni forenses, ni lugares comunes. Miró a los dos extremos, incluso arriba y ni rastros de Vicky. ¿Dónde estaba?

La respuesta se materializó en un combo sensorial. De repente, cuando apenas sacaba la cabeza de la ventana, a Poli se le confundieron los reflejos con los sentidos. Una presencia le hizo echarse más atrás y casi al mismo tiempo un zumbido, mezcla de moscardón con frisbee, surcó el espacio hasta casi darle de lleno en la oreja. Su movimiento involuntario le permitió ver cómo el objeto chocaba en la pared hasta producir un sonido de plástico roto. Cuando volteó al otro lado reparó en Vicky, quien intentaba sacar un nuevo disco de vinilo de la colección de Honorio para repetir.

Poli le gritó:

- Chica, ¿éstas loca!

Vicky se incorporó y se lo quedó mirando con rabia. En una mano cargaba la botella de vino a medio acabar, la famosa réplica de la de la cita especial, y se echó un trago de pico antes de decir:

- Dame tu celular. Necesito llamar para irme. No estoy loca.

Poli se lo entregó con un temor mal disimulado. Vicky marcó y comenzó a hablar. La expectación de Poli se tornó en algo feo cuando la rubia dijo estas palabras:

- Mi amor, estoy aquí con un hijo de puta. Copia este número. Desde que vine me ha tratado mal... Sí, eso pasó, sí... ¿Cómo lo sabes? Vente y enséñale a ser hombre, anda. Ya te doy la dirección... Okey, ya, dame un segundo.

Vicky vio a Poli con la misma rabia de antes. Le acercó el teléfono y le dijo con una sonrisa digna de la mayor malvada de la época dorada del cine mexicano:

- Toma, quiere hablar contigo.

Esa frase fue suficiente para que Poli sintiera un síncope. ¿Y ahora qué? ¿Para dónde se podía huir en una situación como esta? ¿Qué se dice cuando pasa algo así? No había manual alguno. ¿Por qué nadie había sacado uno para sobrevivir a estos pie de páginas de la vida?, pensó. Pero ya no había caso para seguir en estas disquisiciones. Poli tenía el teléfono en la mano, y algo le decía que no iba a salir vivo de esta aventura.

- ¿Aló? – preguntó poniendo la voz más calmada que guardaba en su catálogo.

- *Flaco, te habla el esposo de Vicky* –comentó el otro como con tedio y con un discurso que parecía recitado de memoria: *No le pares bolas. Ella no está bien. No es la primera vez que pasa esto. Me da mucha pena contigo, ¿pero podrías dejarla en la casa? Yo me encargo del resto de vainas.*

- Claro, no hay problema.

- *Gracias, flaco.*

El hombre colgó y Poli no entendía qué divinidad había obrado en su favor. Le había pasado ese tipo de cosas que nadie le iba a creer aunque jurara frente a una cruz. Pero ya de qué importaba. Lo primordial era que se había librado de una muerte segura. Al meter el celular en el bolsillo del pantalón, notó que Vicky permanecía sentada, con mala cara y los brazos cruzados. Poli recuperó el aliento. Volvió a encarnar el papel de tipo seguro de sí mismo, y le dijo a Vicky:

- Mira, recoge tus cosas. Te llevo a casa.

Vicky soltó un “idiota” dirigido a él, se terminó lo que quedaba de vino en la botella, reviró sus ojos con rabia, cogió su cartera y se incorporó. Poli ignoró tanto odio. Después de lo que había sucedido lo más prudente era no caer en provocaciones, adoptar la postura de quien no se daba cuenta de nada. Vicky lo notó y, quizás como venganza, escupió el sofá de tela clara antes de salir. Poli vio la saliva llena de vino tinto en su mueble, pidió serenidad para su alma y la guió hasta el ascensor. Allí no hubo plática. De vez en cuando Vicky volvía a decir la palabra “idiota” con suficiente claridad. Para Poli los minutos eran eternos, pero la calma era lo que diferenciaba a los grandes hombres de la humanidad del resto de los mortales. Pensó en el Jesús de su ópera-bolero, y sabía que no estaba equivocado. Sin embargo, la artillería pesada se mantuvo intacta.

Cuando Poli abrió la puerta del carro lo hizo con un desespero que intentó disimular. Por eso el olvido de no apagar la alarma antes, por eso el estruendo, por eso le costó tanto desactivar la sirena. Vicky no se lo perdonó, soltó algún “estúpido” y, adentro del escarabajo, le dijo:

- Eres un pobre huevón. Con ese pantalón todo manchado...

Poli encendió la radio y sonó música de una estación conocida.

- ¿Quieres que la deje acá? La otra vez me dijiste que te gustaba esa emisora.

Vicky no respondió. Giró su cara hacia el vidrio de su puerta y así se quedó. Poli quiso escurrir el tiempo en la cola capitalina que hacía de la ciudad un enorme estacionamiento. Por eso se puso a imaginar escenas dentro del inmenso silencio que parecía tragárselos. Sólo volvía al mundo real cuando se le acercaba un motorizado de mal aspecto o algún vendedor de chucherías rozaba el escarabajo. Le causó hasta ternura fantasear con una foto en blanco y negro que alguna vez vio de Catherine Deneuve en donde se reflejaba su rostro pegado a una ventana untada de lluvia. ¡Si tan sólo fuera esa Deneuve la que estuviese a su lado y no la demente de preescolar!

En cuanto llegó a la casa de Vicky ésta salió del volkswagen sin despedirse y sin darle tiempo de abrirle la puerta. A Poli le dio igual, y más después de todo lo que había sucedido en las últimas horas. La vio alejarse sin siquiera mirar para atrás. Él quizás no formaría parte de sus recuerdos. En la mente de la rubia estaría condenado al olvido, o, por lo menos, así se lo quería hacer creer. Igual, ya no le importó lo que pensara o dejara de pensar la loca. Se sabía afortunado de haber terminado la noche con vida, pese a todo el fracaso sexual que había planificado con logística de vencedor. Estaba atravesando uno de esos momentos en los que no cabía la fuerza para entristecerse ni mucho menos para alegrarse. Y así se mantuvo en todo el camino a su residencia: con actitud de burócrata emocional.

De la radio salieron algunas notas de una canción de Cosmos.

Al cerrar la puerta de su casa dedicó su tiempo a recoger todos los accesorios que le dieron toque de harem al recinto. También hizo lo propio con los condones y con algunos destrozados que estaban regados por todos sitios. En su faena parecía un experto en desactivación de minas antipersonales, aunque la guerra que se había librado en el terreno nunca engrosaría alguna efeméride de importancia.

Cuando recogió los trozos del disco estrellado contra la pared notó que ése era, precisamente, el que escondía uno de los tantos condones. Poli tomó en su mano el envoltorio sellado al vacío y lo dejó sobre el sofá escupido, antes de meter los fragmentos de vinilo en una bolsa de plástico. El destino quiso que revisara la carátula. Lo hizo de manera automática, buscando algo de mediana importancia en ella, con la prevención de no tirar a la basura un material valioso, que pudiera reutilizarse aunque fuera como adorno. Era un viejo álbum de Agustín Lara. Se acordó de que ése era el hombre que tanto nombraba Dalio.

¿Sería una señal?

Poli vio la estampa en esmoquin del llamado Flaco de Oro recostado en un piano. De tan delgado parecía estar de perfil. Miraba al infinito, con un cigarrillo humeante en la mano, retiro en medio del cráneo y cara de tísico con muchos cojones. La cicatriz que le surcaba el pómulos le daba cierto aire de gallardía a ese hombrín que posaba al lado de un pequeño farol y unas palmeras de plástico. Había cierto aire de cabaret, de indio refinado, de alcoholes, vapores, trompadas. En fin, de puta vida.

En la contratapa del disco se podía leer el nombre de las canciones y una cita entrecomillada del mismo Lara:

“Soy ridículamente cursi y me encanta serlo, porque la mía es una sinceridad que otros rehúyen ridículamente. Cualquiera que es romántico tiene un fino sentido de lo cursi y no desecharlo es una posición de inteligencia”.

Desde luego, era una señal.

- Qué va, mijito. Esto no lo canto yo ni a palos –dijo el Ruiseñor después de sorber su Polarcita-.

- Dalio, vea, esto puede ser todo un tubazo –contestó Poli con el cuaderno Alpes abierto de par en par.

- ¡Tubazo mis nargas, chico! Esto no se entiende un coño, que si Monte Sinaí, fariseos, Herodes, Lázaro y Barrabá. Esta vaina yede a Semana Santa. Suena como cuando Ricaldo Ray se metió a evangélico.

- No es eso. Créame que volverá a tocar las estrellas. Será la resurrección del género. Será...

- Mira – interrumpió Dalio -, yo pa lo que menos estoy es pa resurrecciones y güevonadas. A ver si te queda clarito: yo-no-canto-esa-mierda.

- Pero...

- ¡Pero nada, chico! Dame otras letras, de pérfidas y amores de la calle, del pugilato de la vida. Eso fue lo que te pedí. Y me pusite como un marisco a cantarle a un alazán y a no sé qué verga más. ¿Entodavía no te acuerdas de lo de la pollera? Salí vivo de verga... Por cierto, ya llevamos tiempo en esta güevoná, ¿tienes fechas pa arrobá a las féminas con mi salpicadura sentimental?

Poli había borrado por completo de su memoria que ese tipo de gestiones, las más importantes de todas, también corrían a su cargo y que poco había hecho. En todo el tiempo estuvo lidiando con Micaela, con las tareas impuestas por su padre, con el escarabajo, con las composiciones y con perder una virginidad que ya era más que absurda.

- Tenemos una presentación en Oriente –improvisó.

- ¿Aónde?

- En un sitio que ya verá cómo lo quiere...

- Coño, chico, ahí sí me distes. Oriente aún me recuelda, me respeta, me ama como la mosca a la mielta. Reencontrame con mis orígenes será todo un espectáculo como pa se atrapao por er celuloide. ¿Te dije que allí me regalaron mi gallito? Ese coñemadre es como Manoepiedra Durán en sus tiempos. Me va hacé ganame un platal. Deberías investigame si hay gallera por ahí.

- Claro, maestro... El tema es que tenemos el pacto.

- ¿Cuál pacto?

- El que le dije. El de cantar boleros y luego hacer la superproducción esa que le dije.

- Paso y gano, bordón. Yo no voy a hacé esa vaina –respondió después de disparar un eructo-.

- ¿Ni siquiera si le hago conquistar Oriente?

- Eso lo veremos, muchacho.

El “eso lo veremos, muchacho” se le incrustó a Poli como un cálculo en el riñón. Por eso se puso en marcha con el tema oriental. Si mal no estaba Micaela tenía un primo en Carúpano que llevaba rato con un local rockolero. Su madre no paraba de contar lo mucho que se estimaban y lo bien que le iba con su negocio. Muchas veces ese fue el tema de conversación en la casa de La Dolorita entre ella y Honorio. Vitico, el famoso primo, era el ejemplo del tesón, del trabajo y de las miras altas. Su bar-discoteque La Morocota fungía como carta de presentación y piquiña en las partes nobles de Honorio con cada mención que se le hacía. Por como lo pintaba Micaela era el lugar que dignificaba a Carúpano, Cumaná y a todo el estado Sucre, un sitio de alcurnia anclado en un paraíso más que idílico.

Poli estuvo seguro que para ir sólo se tenía que hablar con el primo Vitico. La rutina iba a ser la de siempre, la de dos familiares que casi no se conocen que un buen día deciden conversar por teléfono. Y en donde el de la iniciativa, aprovechando el factor sorpresa, luego haría la propuesta que justificaba ese contacto consanguíneo. Sólo había un contratiempo en todo el plan, y era el de conseguir el número telefónico, una combinación que sólo podía estar en manos de la persona a la que menos se le quería participar la visita.

- No, muchacho, yo no suelto ese número así como así. Vitico es muy reservado con sus cosas – dijo Micaela mientras destripaba un pollo en la cocina-. Además, ¿pa qué lo quieres?

- Mamá, eso no te lo puedo decir.

- Entonces, menos que menos. Dios te libre que luego me metas en un peo por drogas y cosas así.

No, no, no, qué va... y menos que metas a Vitico.

- No es nada de drogas, mamá.

- ¿Entonces qué es?

- Es algo que prefiero que sea una sorpresa.

- ¡Como la que me dio el perro que es tu padre, que aún no porta por acá!, ¡qué va! Segurito que algo tiene que ver ese viejo. Tú también eres medio zorro, muchacho. Se te ve en los ojos.

- No tiene que ver el viejo. Te lo juro.

- ¿Y entonces cuál es el drama pa que no digas nada?

- No hay drama. Es que no quiero...

- ¿Ajá?

- Bueno, nada, quiero llevar al Ruiseñor a cantar en el local.

A Micaela se le aguaron los ojos con la confesión.

- Mijo, ¿por qué no me dijiste antes que la cosa iba a ser tan noble? Esto es algo grande –dijo tomándole la cara con sus manos llenas de babas de pollo-. A Vitico le va a encantar. Ahorita, cuando termine de limpiar estas presas, lo llamo y le cuento. Vas a ver qué rico va a quedar este guiso con la alegría que me acabas de dar.

- Gracias, mamá.

- Le va a dar una alegría cuando sepa que, de paso, lo voy a visitar.

Poli mantuvo la sonrisa petrificada y se encaminó a su cuarto. Ahora la cosa se complicaba: Dalio, Micaela y él. ¿De dónde iba a sacar tanto dinero para pasajes y alojamiento? No iba a ser de

Honorio. La fortuna de Honorio se tenía que administrar sin relajo, con cierto recato y sentido común. Pero no tardó mucho en conseguir la clave para este contratiempo: Rosita. Ella siempre se le ofreció para cualquier favor con la línea aérea para la que trabajaba. Poli nunca le pidió un favor, salvo el del episodio con Dalio y Atanasio, y esa determinación lo hacía por pura elegancia y porque, también era cierto, lo ponía muy nervioso las maneras de comportarse con él. Rosita le guiñaba los ojos, se refería a él bajo los mote de “corazón”, “cariño” y “cielo”; y siempre tenía una sonrisa solícita. En sus conversaciones no cesaba de decir lo sola que se sentía, le preguntaba si tenía algún plan para la tarde o le subrayaba la posibilidad de su soledad de cada fin de semana. Y siempre comentaba estos temas con un mohín que volvía más lamentable la escena. Poli nunca la vio como una posibilidad de algo, ni siquiera acarició la idea de utilizarla vilmente. Pero las cosas estaban pidiendo soluciones drásticas.

- Me ha contentado mucho esta visita tuya, corazón –dijo Rosita-. Yo pensaba que nunca más te ibas a acordar de mí.

- Siempre me acuerdo de ti. Siempre fuiste muy buena conmigo.

- Sí, aquí la gente es muy necia. Todavía me acuerdo de la botella que te lanzó el portugués de la fuente de soda. ¿Por eso es que no entraste hoy al aeropuerto?

- Por eso y por otras cosas... Pero prefiero hablar contigo de otro asunto. Uno en donde me vas a ayudar más que nunca.

- Claro, corazón, dime en qué puedo ayudarte.

- Bueno, me da un poco de pena, ¿será posible conseguir unos pasajes baratos de avión para Cumaná? – cuando dijo “baratos” sabía que estaba diciendo “gratis”.

- ¿De cuántos estamos hablando, cielo?

- Bueno, serían dos para dos personas de la tercera edad y uno para mí.

- Voy a ser sincera contigo, Poli – sabía que cuando una conversación arranca con esa línea lo que viene no es del todo deseable.

- ¿Sí?

- Aeropostal está atravesando por algunos problemas. Trabajadores ladrones, permisos negados, aviones dañados, el gobierno metido en todo y huecos administrativos. Lo de siempre, pues... Lo que te quiero decir, amor, es que las cuentas no están dando y están apretando las tuercas. Así que el tema avión está bastante complicado. No sé si me entiendes.

- Sí, perdona, te entiendo. Perdona que te haya pedido eso, Rosita. Me siento muy mal, olvida que te lo dije, es que...

- No, pero espérate. Para todo hay solución, cari.

- Dime.

- Nada, que uno de los socios también tiene una línea bastante modesta de autobuses y ahí sí que puedo conseguir pasajes, amor. Todos los que quieras.

- Bueno, eso cambia un poco los planes...

- ¿Entonces, no te interesan?

- No, claro que sí. Pero quizás ya no sean para Cumaná.

- ¿Entonces?

- ¿Esos autobuses no seguirán de largo hasta Carúpano?

- Puedo preguntar, cielo. ¿Para cuándo necesitas la respuesta?

- Bueno, yo creo que esto no debería pasar de un par de semanas?

- ¿Un par de semanas?

- Sí.

- A mí me viene cheverísimo. Así voy pidiendo las vacaciones y también me voy hasta Carúpano. Dicen que por allá hay unas playas buenísimas. ¿Qué te parece?

Ahora el viaje iba por cuatro asientos. Poli nunca se imaginó que el plan iba a tener tantos dolientes. Menos aún que su mentira iba a coger tantos tentáculos. De haber dicho Oriente la cosa

terminó en Carúpano, la pareja original de viajeros se multiplicó por dos y el avión se convirtió en un autobús vulgar y silvestre. Iba a ser difícil domar a esos caracteres. Lo que tenía que hacer era planear algo que no estropear a los mayores pero que tampoco durara más de un par de días. Un fin de semana sería lo justo. Cosa de llegar un viernes y partir el domingo. Lo único que tenía que cuidar era de que no se le metiera un nuevo compañero de viaje.

- Bueno, viejo, ya le eché el cuento. Así que espero que tampoco le dé por meterse en el autobús que irá a Carúpano.

- Estaré loco pa hacer semejante pendejada, muchacho –respondió Honorio mientras colocaba su Gaceta Hípica encima de la mesa-. Dime tú: viajar con Micaela después de mi independencia.

- Eso mismo pensé yo. Además, así tiene chance para ir a La Dolorita a buscar las últimas cosas que dejó en el rancho sin que mamá lo regañe.

- ¿Y cómo te dio esa vaina del bar de Vitico, mijo? Yo que tú no empатуco más la cosa. No sé qué quieres hacer con ese Dalio, pero mejor montamos el remate de caballos y nos dejamos de güevonadas.

- Bueno, viejo, es una cosa que me quiero demostrar.

- Ta bien, sacaste los pasajes, el bar de Vitico y quién sabe si su casa. ¿Pero y la plata pal resto de vainas, muchacho?

- De eso le quería hablar, viejo. ¿Será que me puede dar un adelanto para lo que se presente en ese viaje? Prometo traer dinero de vuelta y pagarle esa plata.

No fue difícil conseguir la ayuda de Honorio. Sin embargo, algo dentro de Poli lo hacía sentirse muy mal con su padre. Aunque no era el caso, le parecía que estaba tomando ventaja sobre alguien que confiaba en él. Pensaba que el dicho de robarle una torta a un niño venía como un guante. ¿Y si eso también era trasladable a su trato con Dalio?, se preguntó. ¿Si el mal no es algo que nace solo? ¿Si la maldad suele ser una acción regular que va tornando de mano en mano hasta corromperse? Con

frecuencia el comportamiento del bolerista no sabía de decoro ni caballerosidad. Participarle el cambio del autobús por el avión fue un momento frustrante. También hablarle de las otras modificaciones. El Ruiseñor volvió a enumerar sus momentos dorados y todos los mimos que debía recibir un artista de su estatura. Poli aguantó con estoicismo, pero no dudó en colocarse una fecha límite con la sociedad. No podía jugar más con el dinero ajeno. La liquidación de mesonero había acabado con la velocidad de un aletazo de colibrí.

Para ahuyentar tantas dudas en inseguridades Poli optó por volver a casa y refugiarse en el cuaderno Alpes. Una vez le oyó decir a alguien que la creación aparecía en esos momentos de cuestionamientos sobre la condición humana. Si la cosa era verdad, las obras que estaba a punto de salir de su fibra sensible iban a pasar con sobresaliente todos los controles artísticos. Su alma estaba llena de titubeos e inseguridades.

Y con esos titubeos e inseguridades Poli sacó la llave para abrir la puerta del apartamento con sorpresa incluida: la de conseguirla entornada y sin cilindro en la cerradura. Antes de que se le bajara la tensión, Poli se encomendó a todas las ánimas y pateó la puerta. No había nadie adentro, como tampoco había nada adentro. El sitio había sido desvalijado. No estaba ni el equipo de sonido ni el sofá ni la cama ni la nevera ni la lavadora ni... Una profunda tristeza se batió a muerte con la depresión que ganaba terreno. Volvió a pensar en los bastardos de Cosmos. Ellos sí que nunca iban a pasar por este tipo de situaciones del caraqueño común; ellos ya estaban más allá con sus canciones y palacios. En cambio, el hogar de Poli ya podía formar parte de las estadísticas. Como buen habitante de su ciudad sintió alivio de no haber estado al momento del robo. De repente, no se hubiera contado entre los vivos para recordarlo. Se sentó en una esquina con lágrimas en los ojos, pensando en lo que tendría que decirle a Honorio, y vio que al lado de la ventana había un montoncito de mierda humana. Esto le revolvió el estómago.

Pero también vino en su socorro la cita sobre la creación, la condición humana y otras demoliciones. Poli fue al estudio. Cogió el cuaderno Alpes. Y se puso a escribir encima de la mesita de noche que no se habían llevado.

Fue la primera vez en su vida que se sintió un verdadero artista.

¿Cuánto hacía que llevaba en esto? Poli buscó un viejo almanaque y comenzó a sacar las cuentas de sus actividades. Desde el arribo de Dalio a Maiquetía y su encuentro con Atanasio podían contarse 79 días exactos. Y eso sin meter la semana que había pasado del robo. ¿Qué había logrado para entonces? Las dos preguntas juntas podían ser ponzoñosas. Apenas compuso unos nueve boleros, de los cuales tres podía considerar aceptables. De presentaciones en locales muy poco se había adelantado. El Ruisenior seguía con sus recitales en El multisápido sin mayores cambios. Poli sabía que Dalio ya estaba empezando a desconfiar de sus gestiones como si fuera una doña católica ante un testigo de Jehová de mañana de domingo. Pero el viejo tampoco era idiota. En el muchacho se encontraba su único público posible, cuando no esperanza. Tan sólo para guardar las apariencias, entre ellos existía el acuerdo tácito de invocar la profesionalidad en unos tratos y conversaciones en donde se respiraba el aire de la falta de experiencia, seriedad o como se le quiera llamar. De alguna forma, cuando no hay mucho más que esperar de la vida, la única solución está en dejar fluir los códigos sociales.

Sin embargo, Poli estaba seguro de que el robo lo había fortalecido. No podía establecer en cuál nivel de su alma. Pero sentía que las composiciones estaban saliendo redondas. El día del hurto experimentó un fervor creativo. Pasó horas sentado en la mesa de noche y escribiendo con el cuaderno Alpes apoyado en sus rodillas. La frustración, el miedo y el dolor se le pasaron en esa efervescencia. Por momentos, cogió la Biblia, una de las pocas cosas que no se llevaron del hurto, y tomó con calma varias notas de algunos de sus pasajes. Cuando amaneció ya tenía una canción acabada, de aire jocoso. El título no podía ser más pertinente: “Me robaron mis peroles”. Y también tenía bosquejada un buen trozo de su ópera. En cuanto salió el sol buscó a un cerrajero, y en lo que le duró el arreglo se asomaron vecinos, conserjes y más mirones. El comentario fue el usual en estos casos de la Venezuela contemporánea:

nadie vio nada pero todo el mundo escuchó algo en la noche. Después vinieron las teorías conspirativas: cuidado con el hijo del viejo del 5B, el último vigilante estuvo complicado con una banda de rateros, el tipo del kiosco solía datear al malandraje o el hombre del diente de oro de la inmobiliaria siempre fue sospechoso.

A Poli le daba igual cualquier presunción. Lo que le había pasado en el apartamento era moneda corriente en la ciudad en la que le tocó vivir. Ir a la comisaría no arreglaría nada. Era lo mismo que perder su tiempo y quién sabe si aportaba un granito de arena para cuando volviera a acondicionar el sitio. La policía nunca fue una institución de confianza. Se contentó con no haber encontrado a ningún ladrón en el momento del robo. “Por lo menos tenemos salud”, dijo Honorio cuando fue informado del acontecimiento. Bajo estos comportamientos se maneja el venezolano: ante la fatalidad, fiesta; ante la desgracia; conformismo. La calidad de vida se había podrido tanto en la ciudad que cualquier cosa positiva, por pequeña que fuera, era motivo de alivio, celebración o alegría.

La alegría de Poli estaba más allá de la salud. La suya tenía que ver con el arte y la creación. Después de mucho rumiarlo, Dalio cantó en la pollera una primera versión de “Me robaron mis peroles” y un grupo de jóvenes mujeres se paró a bailarla. Las chicas lo abrazaron, se tomaron fotos con él y se presentaron como periodistas del diario que estaba a dos calles. Una de las más hippies le pidió sus datos y habló de un futuro trabajo para las páginas de espectáculos o el suplemento dominical. Poli fungió como representante. Intentó ser lo más profesional. Le dio su número de celular y le comentó los muchos proyectos que se estaban cocinando para relanzar al único Ruiseñor de las Américas. La periodista, coqueta, dijo que se memorizaría la manera de contactarlos y apuró un tercio de cerveza antes de partir con sus amigas. Atanasio aprovechó el momento para coger las monedas que habían dejado de propina. Dalio se le acercó, le dio a Poli una palmada en el hombro y le dijo con su mejor sonrisa:

- Va a sé veldá eso de que estás mejorando con las canciones, chamo. Pásame algunas de las de dolor y corazón.

En esas era en las que llevaba trabajando desde el episodio de Vicky. O, mejor dicho, desde el episodio del disco de Agustín Lara. La cursilería era necesaria. Esto no era Cosmos. El bolero reclamaba otras cuotas. Poli las estaba tanteando y no se sentía muy lejos de tocarlas de la manera correcta. Preguntó por poetas cursis y le mezclaron a Benedetti con Manuel Alejandro y Juan Gabriel. Estudiar los versos y las ocurrencias de este trío fue providencial. Sin saber mucho de literatura pasó del asco y la pena ajena a la diversión. El resto fue hacer con ellos un engendro. Coger imágenes de unos, palabras de otros, metáforas de todos y verter el preparado en letra y solfeo. Otras canciones le demostraron que no había porqué decir que todo estaba en calma cuando era posible usar la expresión “silencio de ermita”. Había una poética que tan inocente como honrada que le estaba comenzando a gustar. Por eso en los 79 días exactos, sin meter la semana del robo, sentía que se estaba adelantando en el proyecto.

Los días fueron agotadores, de nuevas compras de muebles, de negociaciones con Micaela para que frenara a Vitico, de conversaciones con Rosita para que aguantara los pasajes. Pero también fueron noches de recogimiento, de inspiración, de ideas más claras. Pensó que si seguía a ese ritmo iba a tener repertorio nuevo para un disco, y canciones para una versión de prueba de la ópera-bolero. Por eso con el dinero de Honorio reacondicionó el apartamento, pero también le pagó al organista de la iglesia para que transformara sus tarareos en pistas salidas de un teclado más versátil, con efectos de tambores, dulzainas y lo que fuera necesario. Y aprovechó lo sobrante para mandarle a hacer a Dalio con la costurera de la cuadra una bata ancha y mesiánica de permalina, de agenciarse una peluca larga y castaña para el personaje, de buscarse una barba postiza con la misma intención y de hacer que el Ruiseñor creyera en el proyecto.

Retrasar el viaje distaba de amargarlo. Honorio nunca se quejó de la posibilidad de pagar un mes adicional en su arriendo del apartotel. Poli sabía que aguantar la ida a Carúpano por dos semanas le daría tiempo de poner a prueba en la pollera otros boleros y de terminar su primera versión de “Jesusito”, el nombre provisional del proyecto. Además, el Ruiseñor tampoco estaba poniendo muchos reclamos. En

un momento de felicidad ética le había confiado las jornadas de entrenamiento de Mano de Piedra, el pataruco de la caja del patio. Decía que desde ya podían proclamarlo como el campeón de todos los pesos de las galleras de Carúpano.

Las cosas no podían ir mejor.

Poli atravesaba esos momentos en los que se intuye la buena ventura, los planes enderezados, los cielos despejados. Había un grado de euforia que lo llenaba por completo como si fuera un loco risueño al que la mierda le huele a nardos. Nada podía salir mal. Si lo apuraban, en esos podía abrazar cualquier precepto new age como suyo.

Nunca una desgracia había abierto tantas puertas.

No era del todo cierto el tema de la línea de autobús del jefe de Rosita, y eso fue fácil comprobarlo: no salía de ningún terminal, no había taquilla ni boleto alguno, no existía más que una unidad, “La muerte del Santanero”. Por lo menos, eso era lo que se leía en la enorme calcomanía que adornaba el vidrio trasero de aquel armatoste. Pero las letras en cursivas de “La muerte del Santanero” no venían solas. Estaban acompañadas por una comparsa de dibujos que parecían relatar una historia que sólo conocería quien encargó la obra: un tipo con lentes oscuro, ropa de chulo, bigote de malo, cigarrillo en la boca y una pistola humeante; a los lados un corro de mujeres en bikini; carros, helicópteros y explosiones en una esquina; y en la otra la cara de una especie de narco más malo que el hambre. Más acción, imposible.

Pero acción, acción de la que se dice buena, era la que aguardaba en “La muerte del Santanero”. Dalio refunfuñó un poco en cuanto vio la estampa del autobús que salía de una calle cercana al Nuevo Circo de Caracas. Sin embargo, prefirió callarse cuando comprobó que no le habían puesto problemas en cuanto entró con Mano de Piedra.

- Mira, mijo, no sé si arrechame contigo con esta vaina.

- ¿Cuál vaina, maestro?

- Coño, ésta: el autobús. ¿Tas seguro de que es seguro? Yo creo que esta vaina no la prendían desde la época en la que tenía pegada a “La Caprichosa” a lo largo y ancho del orbe. Esto de viajá con guacales llenos de aguacates y topocho yo lo dejé bien atrás cuando salí de Aragua de Barcelona, mijo.

- Bueno, Dalio, es un pequeño sacrificio que debemos hacer por ahora.

- ¿Por ahora? Nojó, chico, me tienes sacrificao desde que te conocí. ¡Más que Jesucristo! Mira que me he aguantao mucho, porque un artista de mi estatura no ta pa estas vainas.

- Ya todo mejorará, maestro. Además, tampoco estamos tan mal.

- Cuidao y le pasa argo a mi gallo.

Dicho esto los dos personajes presenciaron un espectáculo digno de fantasía. Un viejo ciego se acercó a “La muerte del Santanero”. Al parecer, era conocido por todos los de la cuadra cercana al Nuevo Circo. Muchos lo saludaron y el hombre bromeó con cada uno por su nombre. Luego pidió que lo ayudaran a subir. Era un anciano flaco, quizás del tipo borrachín dicharachero, que llamaban Chapita. Caminaba con un palo y temblaba con la elegancia que da el aguardiente de a centavo. Cuando lo sentaron, Chapita se quedó quieto con la barbilla apoyada en su bastón. Así estuvo por veinte minutos quizás, esperando a que se llenara la unidad, hasta que le preguntó a uno de los muchachos que lo había ayudado a subir:

- Mira, socio, ¿quién va a manejar esta vaina?

- El Chente.

Chapita se puso pálido. Dejó de lado su placidez, y dio la impresión de que se venía abajo con la noticia. Como pudo, se incorporó y a voz pelada dijo.

- ¡Cómo es la vaina! ¡Nojó, chico! ¡Bájame de esta mierda ya! ¡Si es el Chente nos matamos todos!

Dalio volteó adonde Poli, tomó su gallo y le dijo:

- Ah, no, mijito, yo también me bajo. Si el ciego se va, yo también me voy. ¡Déjame salí, coño!.

Poli se las ingenió para dificultarle la salida al Ruiseñor desde su asiento que daba al pasillo. El otro, a su lado y atorado en su puesto de la ventana, comenzó a moverse como una sardina para frustrar los intentos de bloqueo de su representante. Los “¡déjame, caracho!” de Dalio se confundieron con el alboroto de la calle, los cacareos enfurecidos de Mano de Piedra y los “todo va a salir bien, maestro” de su joven acompañante. Todo parecía una rutina cómica de una pareja que había ensayado el acto con esmero. Pero no era así. Poli sabía que su actitud no podría durar mucho más. El cantante era capaz de

estallar con él de la misma forma que lo hacía con Atanasio. No podía ganar más tiempo y, si lo de Carúpano no se daba, habría que ir pensando en el ofrecimiento de Honorio.

Un codazo de Dalio en la boca del estómago fue suficiente para hacerse a un lado.

- ¡Mijo, no ves que el maestro quiere ir pal baño! –le espetó alguien después de darle un manotazo en la cabeza-.

Poli volteó por instinto, ahora con dos dolores bien localizados, y vio lo que le faltaba por ver: a Micaela, de pie, a su lado, con ese pantalón de lycra roja que sólo usaba en sus escasos viajes, el koala en la cintura y la franela ajustada que la estampaban las palabras “Recuerdo de la isla de Margarita”. “Lo que faltaba”, pensó.

Sin embargo, la presencia, más que terrible, se tornó en salvadora: Dalio sonrió como todo un galán.

- No, querida, sólo tuvimos una pequeña deferencia.

Micaela giró su cabeza como si no hubiera oído. Vio al resto de pasaje y proyectó su voz como una actriz de teatro de una cooperativa barrial.

- Señoras y señores, tengo el gusto, qué digo gusto, la dicha y el honor de viajar con una de las glorias más grandes que ha dado este país: Dalio Guerra, el Ruiseñor de las Américas, nuestro Simón Bolívar del canto. ¡Démosle un gran aplauso!

La ovación fue escasa. Uno que otro pasajero que frisaba o pasaba los 60 años aplaudió. El resto de los presentes se comportó con manifiesta apatía: un joven con unos audífonos en sus oídos ni se movió, otra chica no interrumpió su limadura de uñas, una dormía con la cabeza apoyada al vidrio de La muerte del Santanero. Pero a Dalio le bastó con su fanaticada de jubilados. Tal como si estuviera en el Carnegie Hall, se levantó de su asiento y pasó al lado de Poli sin problemas. Con su mejor sonrisa, sacó pecho y el resto era digno de su persona.

- ¡Caracho, qué difícil es viajar de incógnito en estos tiempos modernos, chico! Pué sí, estimado público, quise hacer este viaje porque el cuerpo me lo pedía y pa no olvidarme de mis orígenes: yo soy er pueblo y me le debo ar pueblo. Quiero sentir lo que siente esta clase tan pujante, trabajadora, llena de pundonor, coraje y dignidad. Perdónenme el atrevimiento, pero es mi manera de ser artista; no conozco otra: sufriendo y alegrándome con mis congéneres de sangre, porque este pueblo lleva mi sangre y yo la del pueblo, pué. Y por eso mismo quiero darles la primicia de esta pequeña gira que toy haciendo, una gira que pa mí es más importante que la de las grandes ciudades... Ya no me importa Nui York ni Estados Unidos. Esta gira, esta pequeña pero gran gira, es por lugares llenos de dignidad pero no siempre tomados en cuenta por los artistas. Y yo, Dalio Guerra, el Ruiseñor de las Américas, la voz de éxitos intitulados como “Caprichosa”, asumí el riesgo y el compromiso de adentrarme a mi propia geografía pa alegrar los oídos y latidos de los románticos de mi querido país. Románticos que sé que están sentados en esta unidad de transporte con tan bello nombre. Románticos que desde ya sabrán que Dalio, el hombre del pueblo, les ofrecerá una hermosa velada la noche de este fin de semana en el distinguido cabaré La Morocota de Carúpano. Y otra sorpresa, pueblo amigo: permítanme decirles que yo sólo soy un humilde servidor. El verdadero triunfador de esta travesía que se nos plantea es este valiente amigo mío. Éste compañero que les hará ganar un plato en la gallera que tenga a bien recibirlos. ¡Éste es el verdadero protagonista del viaje, cará!

Dicho esto, Dalio subió el gallo sobre su cabeza, como si fuera un micro campeón de boxeo lleno de plumas. Mano de Piedra sacó pecho y con actitud adusta cacareó a todo lo que daba.

- No lo puedo creer –se escuchó en la voz de la cuarta pasajera.

Poli giró hacia atrás y comprobó que sí, que sí era la cuarta pasajera quien había dicho el “no lo puedo creer”. Rosita estaba casi con la boca abierta a solo un peldaño de “La muerte del Santanero”. Veía a Dalio con sorpresa o, peor aún, con la misma actitud de quien mira a la maestra que le hinchó las manos a reglazos en primaria. Poli se acercó a ayudar a la recién llegada y vio lo que temía: una inmensa

maleta, de esas de nylon y sin ruedas, que parecía estar llena de las piedras del muro de Berlín. El hijo de Micaela la tomó y sintió un conato de hernia en alguna parte recóndita del cuerpo. Le dio un beso en la mejilla a Rosita, y ésta sólo atinó a decirle:

- Por favor, dime que no vamos a viajar con él, que es pura casualidad.

Poli mantuvo una sonrisa forzada ante el trabajo pesado que estaba realizando, en aras de la caballerosidad, y giró para ver dónde colocaba esas toneladas de peso.

- ¿Por qué tiene un gallo en la mano? – preguntó Rosita.

Estas últimas palabras lo hicieron dirigir su mirada hacia Dalio para comprobar si de veras la situación era rara para un recién llegada. Y sí. El Ruiseñor al lado de una vieja con lycras y koala, que era su madre, sobando un gallo, firmando autógrafos a jubilados y tomándose fotos con señores desdentados no era, precisamente, una postal turística.

- Prometo explicarte todo esto en el camino – respondió Poli con una cara más propia de un mártir.

- Eso quisiera, cielo.

“Otra vez el puto cielo”, pensó Poli con rencor.

En eso entró un negrote imponente. Su mirada era la de alguien que se acababa de quemar el cielo de la boca con una cucharada de sopa hirviente. Sus ojos echaban esa candela de quien busca culpables de su vida desde su más remota infancia. Sudado, con una ajustada camisa florida, arremangada, llena de manchas y a medio abotonar, con pelos que salían de la barriga y de ese pecho adornado con un medallón dorado, estaba ese calvo con pelos ensortijados en la nuca y las patillas: esa podía ser una somera descripción del personaje. Otra más completa apuntaría a esa corpulencia que compite con la gordura, una textura física que con tanta alevosía muestran los luchadores mexicanos.

El hombre abrió la boca después de contar los asientos ocupados de La muerte del Santanero y habló con voz golpeada:

- Güenas taldes. Me presento: soy el operadol de la unidá. Primero que na: a mí no me gusta la charla. Peldonen mi manera de hablá, pero yo hablo raspao. Así me enseñó mi amá, pué. Cuentas claras, conselvan amistades. ¿Ta bien? Bueno, ya vamo a arrancá pa Oriente. Les palticipo que yo no me paro en toas paltés. Sólo haremos las parás en los destinos requeríos por la concurrencia, que son los siguientes: Balcelona, Puelto La Cruz, Cumaná y Carúpano. Y otros dos a mitá e camino. El que tenga urgencia de baño o de comía, pol favol, bájase ahora mismo y compre argo en la arepera del musiú que está enfrente. En cinco minutos nos vamos y ya llevo cuatro. Me telmino de tomá una chicha afuera y arrancamos, haiga gente o no haiga gente en la unidá. Fin de la charla. Muchas gracias.

Chente bajó las escaleras, con la misma rabia con la que las había subido.

- ¡Ay, qué mala pata ese señor, mijo! – le dijo Micaela a Poli, mientras le metió la mirada a Rosita.

- Mamá, ésta es mi amiga Rosita. Ella fue la que nos consiguió los pasajes.

- Mija, te estoy muy agradecida. A esta mujer no la sacaban de viaje desde que se inventó la religión cristiana. Siéntate con Poli para que me lo aconsejes, mijita, que ahora yo voy para la arepera aprovechando que el maestro sigue con su público. ¿Quieren algo?

- No, gracias, señora.

“Lo que faltaba, ahora establecen alianzas”, se dijo Poli.

- Ajá, ¿me vas a explicar por qué el viejo loco del vuelo de México está con nosotros?

- El cuento es largo. Digamos que forma parte de un proyecto.

- No entiendo nada. ¿Cuál proyecto?

- Le quiero rescatar su carrera y de paso probrarme algo.

- ¿Cuál carrera? ¿La de gallero?

- No, Rosita, ahí donde lo ves ese hombre fue muy famoso. Es decir, todo lo que te dijo la vez del aeropuerto es verdad.

- Pues, parece un borrachito de plaza, amor.

No fue fácil echarle el cuento. Poli le habló del concierto en La Morocota, del tío Vitico, de alguna composición que le estuvo puliendo a Dalio. Pero también fue muy cauto con buena parte de la complejidad de su misión. Por ejemplo, el tema de su resentimiento con Cosmos prefirió editarlo como pudo. Igual cosa sucedió con su ópera-bolero y los incidentes de El multisápido. Mientras se censuraba a sí mismo pensó que eso formaba parte de un síntoma. Quizás del síntoma de estar embarcado en una locura sin pies ni cabeza.

Y esa sensación no le gustó mucho.

Tan poco como la travesía que estaba padeciendo. El camino fue el esperado: lleno de baches, trochas, carros en sentido contrario, maromas suicidas de Chente, esperas en puentes habilitados por un solo canal y caravanas eternas detrás de un camión de carga. Todo esto aderezado con los chillidos de Mano de piedra, los ronquidos de Rosita y con la música interrumpida por las interferencias propias de una estación de amplitud modulada sin mucha señal. En sus tiempos con Cosmos Poli solía santificar con una botella en su mano sobre casos dignos de un borracho en estado de gracia. Decía que el sentido expiatorio del venezolano no descansaba en el tema político o económico, sino en el de las carreteras. La génesis de muchas de éstas estuvo en la mano de obra de presos, explicaba, que con picos y palas armaron algunos de los caminos más emblemáticos y centenarios del país. Ese sufrimiento con el tiempo pasaría al usuario, porque en ellos anidaba el aguante, sin importar si se trataba de un pasajero o conductor. Un pueblo petrolero capaz de asumir en paz el estado de sus carreteras, por malas que estas fueran, más que noble, era un pueblo pendejo.

En este viaje no fue muy difícil saber que estaba en lo correcto. Un frenazo de La muerte del Santanero asustó a casi todos los pasajeros a la altura de El Guapo. Mano de Piedra cacareó en una especie de reclamo animal hacia Chente. Y éste arrimó su autobús hacia un rinconcito de tierra que estaba a un lado de la vía. Con la gente aún perpleja por la maniobra, el conductor salió, veloz, de La

muerte del Santanero hasta perderse en un monte. Los “¿qué habrá pasado?” y “quizás tiene algún cólico” se confundieron entre el desconcierto de los presentes. A los diez minutos la intriga elaboraba peores escenarios, a los quince un grupo de pasajeros salió a estirar los pies sin dejar de otear al monte.

Un acordeón enfurecido de una canción vallenata no paró de sonar en las cornetas de La muerte del Santanero.

- ¿No estará endrogándose ese malandro? – le preguntó Dalio a Micaela.

- Ay, señor Dalio, ¿quién sabe? Ese tipo era muy raro...

- Esto no me gusta naitica – dijo, refunfuñón, mientras le pasaba la mano al gallo.

Del lado de Poli las cosas tampoco variaban mucho. Rosita decía sentirse dentro de un “vaporón”, y no dejó de abanicarse con la mano mientras echaba aire por su boca haciendo vibrar los labios como si fuera una trompetilla.

- Ay, cielo, esta zona es peligrosísima. Aquí matan, violan y asaltan. Lo leí en el periódico. Además, no quiera Dios que nos agarre la noche.

Pero los peores augurios de Rosita se disiparon al minuto de haber dicho esta oración. Chente salió del monte, con cara de trueno, tan así que, al verlo los que habían salido a estirar los pies, entraron a La muerte del Santanero en lo que dura un suspiro. Sudado y sucio, Chente volvió a buscar el centro del pasillo para hacer otra de sus intervenciones:

- Ya saben que a mí no me gusta mucho la charla. La unidá fue detenía por espacio de un cualto de hora pa podé buscá esto – dijo mostrando un folio como de examen de bachillerato escrito a mano-. Aquí ven la lista de los pasajeros que van pa Balcelona, Puelto La Cruz, Cumaná y Carúpano. Dicha lista se introdujo por una ventana y el viento la expulsó pafuera. Sin la lista yo no cobro ni como. Peldonen la franqueza pero mi apá me enseñó a decí la veldá. Así soy yo, cuentas claras conselvan amistades, ¿no? Esperamos que no haiga más inconvenientes.

Poli suspiró y se dijo para sí mismo: “carretera y expiación”. Pensó en su país y colocó a Chente como presidente. Le divirtió creer que todo encajaba. Cerró los ojos e intentó dormir, pero sólo almas de hierro eran capaces de lograrlo de forma profunda en un trayecto como ese. En sus ensoñaciones creyó oír a un perro ladrar y a Mano de Piedra desgañitándose la garganta. También sintió momentos estacionarios, sin movimientos dentro de la unidad y con voces que iban y venían, objetos que arrastraban por el pasillo, huecos que la buseta cogía de lleno, otra vez el casete de vallenatos, las arpas de la música llanera, el sonido del gas saliendo de las latas de refrescos abiertos, eructos, un cortaúñas haciendo su trabajo, tonos de celulares, estornudos, llantos de bebés, explosiones de bombas de chicles, bulla de tubos de escape, olores de bosta, carbón quemado, fritanga, saliva en aerosol, rumores de mares ...

Carúpano estaba volviéndose cada vez menos lejana.

El primo Vitico los recibió muy animado casi al final de la tarde. Abrazó a Micaela como si él fuera un náufrago recién avistado. Para alivio de Poli, también fue su familiar quien se negó a que se fueran a un hotel. Los reconoció como sus huéspedes y pidió que aceptaran lo que les ofrecía como humilde morada. No hubo tiempo para negarse con algún amago de fingida educación, Vitico los sentó en una mesa y les sirvió una sopa de sierra que burbujeaba como la boca de un volcán. Encomió la afición por los gallos de Dalio, mientras tomaba en peso a Mano de Piedra. Un halo de nostalgia resplandeció en sus ojos cuando dijo que por miedo a un infarto tuvo que alejarse de tan noble afición. Sin embargo, él mismo aseguró que el plumífero no se regresaría a la capital antes de pelear y triunfar en la mejor gallera del pueblo, que él se encargaría de que eso sucediera. Dalio brindó casi al instante. El resto de la conversación se mantuvo en recuerdos familiares y en un repaso de los mejores momentos del Ruiseñor. Los cálculos estaban saliendo bien. El gasto había sido mínimo y todos parecían conformes con lo que estaba sucediendo.

- Mira, muchacho tengo un buen párpito acá – le dijo Dalio a Poli cuando descansaba la comida en un chinchorro.

Estaban en un patio de tierra en donde se podía seguir con la vista al gallito, amarrado de una pata con una cuerda que terminaba en un palo clavado en el suelo.

- Sí, el primo Vitico se ha portado de mil maravillas.

- Es que ese man es un yentelman. Es un tipo de mi generación. Tiene gustos finos. Sabe lo que vale un artista de mi enjundia. Además, y esto que no se te olvide, bordón: ese hombre tiene sentío de la opoltunidad. Vitico sabe que entrará a los libros de la historia de la canción romántica como el que recuperó al Ruiseñor de las Américas antes de que nadien lo hiciera. Es un ojo clínico, de esos que

tienen los veldaderos promotores que han hecho historia, como el de Billo Frómeta cuando vio la grandeza de Pirelita, mijo... Por cierto, ¿dónde están las mujeres?

- Me parece que con Vitico. Les está dando las instrucciones de cómo nos vamos a acomodar en la casa.

Siguieron un rato en el patio y fue Rosita la que se acercó a ellos.

- El señor Vitico es un amor. Nos dio las llaves de la casa y se está despidiendo de tu mamá.

El resto del día se consumió de la manera esperada por unos viajeros de largos trayectos: agotados y al mismo tiempo aliviados de llegar a destino. Cada uno desempacó y eligió uno de los tres cuartos de la modesta casa carupanera. Poli se acomodó en un sofá de la sala. Lo dictaba la cortesía y etiqueta. Además, mejor zanjaba cualquier equívoco con Rosita de esta forma. Las cuentas claras, en este caso, constituía la mejor salida para salvar su pellejo. Así lo pensó esa noche, mientras buscó la inspiración hasta tarde con su bolígrafo y cuaderno Alpes. Bocetó algunas canciones hasta quedarse dormido con las hojas en la cara. El sueño fue profundo salpicado de croares, chirridos de goznes de puertas y el ronquido puntual de Dalio. El rumor semejaba al de un bosque que había sido rociado con napalm unas cuantas horas atrás.

Una voz cavernosa lo sacó del letargo.

- Mijo, levántate y vente pacá, pa que veas lo que es güeno.

Era el Ruiseñor quien le gritaba desde la mesa de comedor que tenía enfrente. Allí estaba él, en bermudas, cholas y guardacamisa, sentado y troceando algo en un plato con sus cubiertos.

Poli abrió los ojos y ya era de mañana.

- Muchacho, no sabía que Micaela cocinara unos desayunos tan güenos.

Dicho esto, de la cocina salió su madre con el primo Vitico y una pequeña olla de la que brotaba el aroma de pescado guisado.

- ¿Qué hora es? – preguntó Poli.

- Ay, no diga eso, señor Dalio, si no me llevó ningún trabajo –le dijo Micaela, en tono lisonjero-.

Poli vio el reloj y ya eran más de las 9 de la mañana.

- No, maestro, no se coma esa arepa. Tome de éstas, que acabo de traé. Están calienticas...

Vamos a ver si se acuerda – le comentó Vitico mientras le acercaba una bolsa de papel.

El Ruiseñor metió la mano en ella y no aguantó la felicidad.

- ¡Ño, no puede ser! ¡Si son arepas pelás! No comía de esto desde que pegué la “Caprichosa”, compay. Usté sí que sabe tratá a un artista de porte internacional pero de raíces humirdes.

Tanta amabilidad en pleno interior del país no le dio buena espina a Poli. No veía a Micaela tan sonriente desde esa foto de su boda en la que salía con la barriga hinchada de cuatro meses de embarazo de su único hijo. Si hacia memoria quizás se le hubieran ido muchas horas localizando un momento de su vida en el que la imagen de su hogar de La Dolorita se acercara al extraño Edén que tenía ante sus ojos.

- ¿Dormiste bien, cielo?

Poli volteó y supo que no estaba en ningún Edén. Era Rosita o, mejor dicho, la versión sin corregir de Rosita quien lo saludaba cepillo en ristre. No quiso ni pensar a qué olía su boca de recién levantada, pero de hacer juego con su estampa, entonces, no sería precisamente a azahares. Su cara aún con legañas, su remedo de pijama agujereado y el pelo que parecía erizado por una descarga eléctrica la emparentaban con una damnificada de mil tsunamis que con una aeromoza.

- Sí, Rosita. No sabía que era tan de mañana –le respondió al incorporarse y estirar los brazos: Buenos días a todos.

- Sí, parece mentira... Ahorita hablamos, que voy al baño.

El gallo cantó a todo pulmón.

- Hablando del rey de Roma, poeta, ya le estoy moviendo el tema del gallo – le comentó Vitico a Dalio con una palmada en el hombro, mientras se sentaba en la mesa.

- ¿Ah, sí? Eche pa fuera, compay.

- Hay un par de galleras en donde podemos colocá a ese ejemplar. Soy amigo de los dueños.

- ¿Ah, sí? Me interesa mucho ese tema, Vitico.

- Sí, además, son clientes de La Morocota. Tienen cuenta abierta de güisqui y todo. Gente de confianza, pues... Es más, yo creo que hoy se me acercan al local pa velo cantá. Ahí cuadramos la cosa, poeta.

- Ah, eso ta güeno...

- Por cierto, ¿cuántas noches piensa cantar?

- Yo no sé. Me parece que este fin de semana y ya. ¿No es así, Poli?

- Bueno, sí, fue lo que hablamos...

- Es que quería proponerles algo. No sé, a ver... Lo de la gallera no creo que se dé tan rápido. Por otro lado, pensaba darles una vueltica por alguna playa para que se relajaran y hagan algo distinto.

- Yo pedí una semana y media de vacaciones – gritó Rosita desde el baño: También tenemos el regreso abierto. Por mí no hay problemas.

- Ay, primo, tú sabes que yo tampoco tengo ninguno – dijo Micaela.

- Bueno, lo que yo pensé es que podemos hacer otros conciertos del poeta, y ahí vemos... En vez de fundirlo con dos noches seguidas, nuestro compañero canta hoy sábado y descansa hasta el jueves o viernes...

- La cosa es que yo tengo a mi hijo querío allá en la capitar. Y me da mucho dolor alejame tanto tiempo de la sangre de mi sangre.

- ... mientras tanto yo voy cuadrando la pelea del gallo –prosiguió Vitico de modo casi automático: Ustedes pueden quedarse en esta casa todo el tiempo que quieran, que yo me encargo de que estén bien servidos. ¿Cómo lo ven?

- ¡No joda! ¡Así habla un promotor! – gritó Dalio.

- Y, si quiere, yo me encargo del traslado de su hijo hasta acá.

- Pensándolo bien, mejor lo dejamos en Caraca. Ya sabe, como una prueba de independencia de un padre hacia su muchachada. En cualquier momento Papá Dios me va a llamá y no quiero que el muchacho no sepa defendese en mi ausencia.

Cuando todos desayunaron, Poli aprovechó un descuido de Micaela para tener una charla privada con el primo Vitico. Lo jaló del brazo, mientras el resto descansaba en el patio de tierra, en unas sillas que estaban estratégicamente colocadas debajo de la sombra de una mata de mango. La postal no podía ser más familiar: Rosita le ponía unos rollos en la cabeza a Micaela, y Dalio alimentaba a su gallo con bolitas de masa de arepa pelada, guiso y picante oriental.

Quien no los conocía hubiera pensado que se trataba de una familia feliz, sin dramas ni preocupaciones.

- Primo, quería hacerle una pregunta – dijo Poli ya dentro de la casa.

- Dígame, primo, ¿alguna cosa está mal? – respondió el primo Vitico mientras caminaba a la puesta de salida.

- No, qué va, estamos muy cómodos y agradecidos.

- Me alegra – dijo ya en la puerta con las llaves del carro en su mano.

- Lo que quería preguntarle era si usted tendrá alguna iglesia de confianza.

- Ah, ¿quieres ir mañana domingo a misa?

- No, no es eso, primo.

- ¡Ah, caracha! – extrañado.

- Quería saber si, ya que nos vamos a quedar tanto tiempo... bueno, si puedo contar con una iglesia para un proyecto que tengo con el señor Guerra.

- ¿Cuál proyecto?

- Algo como una ópera...

- Primo, ¿no querrá hacer una vaina evangélica acá?

- No, qué va, es como una prueba que quiero hacer. Es complicado... Mejor será que la vea cuando se monte, si se monta, claro...

- ¡Bicho! Eso suena raro... Yo soy amigo del párroco de la La voluntad de Dios, el padre Teófilo.

- ¿Nos podría prestar esa iglesia?

- Yo creo que sí. Ahorita no se hacen muchas cosas, y ya la iglesia no encuentra cómo hacer pa que la gente salga de su casa con tanto malandro suelto. La otra vez mataron a cinco ahí cerquita. Es que no hay respeto.

- Sí, primo, no hay respeto.

Poli volteó hacia el bolso de mano que tenía al lado del sofá. Vio cómo del cierre abierto asomaba una manga de la bata blanca y un mechón de pelo marrón claro. Le causó gracia que ésta fuera la primera cosa que viese después de responderle al comentario del primo Vitico.

La Morocota era el bar de pueblo con el que Poli esperaba encontrarse. No era nada del otro mundo y allí parecía haberse detenido el tiempo. Sin exagerar, a veces, le daba la impresión de estar en una especie de plató de esas películas en las que los sobrevivientes de un exterminio nuclear juntan objetos para crear la falsa ilusión de estar empezando desde cero. Todo tenía una pátina de pasado de moda, de mal gusto, de necesidad de refrescamiento. En fin, de urgencia de inversores o demoledores. Da igual. Sin embargo, el espacio era amplio. La Morocota tenía una pequeña tarima coronada por una bola de espejo de la era disco. Había una rocola que en ese momento estaba tocando una guaracha de La Sonora Matancera y un suelo de vidrio arañado a punta de taconazos que se iluminaba con bombillos de todos colores. Las paredes tenían un papel tapiz con trozos de flores en terciopelo vino tinto, que podían adivinarse entre el ejército de retratos colgados con fotos de Jorge Negrete, Toña La Negra, Celio González, Nino Bravo, Carmen Delia Depini, Nelson Ned, Bola de Nieve, Memo Morales, Rocío Dúrcal y José Luis Rodríguez, entre muchos.

Poli estaba sentado en el único sitio que podía servir de camerino: la oficina del primo Vítico. Era un espacio minúsculo, sin ventanas pero con baño propio. El mobiliario consistía en un enorme escritorio de madera, lleno de muescas, y con un desorden de papeles, periódicos, vasos de cartón con restos de café, cubiertos, palillos de dientes y lapiceros. Lo completaban tres sillas, una papelera y un archivador. Las paredes estaban llenas de afiches y fotos de gallos, boxeadores, beisbolistas y caballos de carrera.

Parecía mentira que entre tanto caos se pudiera leer en paz. Por lo menos, a Poli no le estaba dando ningún trabajo hojear la prensa de ese día. Le resultó curioso cómo los diarios se dividían sus preocupaciones editoriales. El Sol de Carúpano parecía uno de crónica roja. Casi todos los titulares

daban cuenta de la ola de criminalidad de la ciudad. Algunos resaltaban por el giro morboso de sus informaciones y fotografías. Incluso la que eligieron para el aviso del recital de Dalio en La Morocota era digna de una marcianada: aparecía el Ruiseñor en sus mocedades, abrazado de Dámaso Pérez Prado, vestido de preso y en las locaciones de la película “Reo de tu olvido”. Poli dejó de leer ese diario, cogió El Nacional, fue a la parte de espectáculos y se llevó una sorpresa cuando revisó la sección “Viejas glorias”: una crónica nocturna y juguetona daba cuenta del éxito de Dalio Guerra en El multisápido con su tema “Me robaron mis peroles”. Buscó la firma al final de la nota con la certeza de saber de quién se trataba. Era ella, la periodista de esa noche en la que todo pareció arreglarse. Poli suspiró y sonrió como un bobo (bueno, en realidad lo quiso hacer como un galán pero no le salió). Repasó los archivos de su memoria: la chica era hermosa, un tanto come flor para su gusto, pero quién no lo era en esas profesiones humanísticas. Como sucede con algunos desgraciados, éste se aferró a pensar que la nota en el periódico significaba un sí velado hacia él, un coqueteo que sobrepasaba el texto, un pistoletazo de salida. Volvió al final de la crónica y releyó en voz queda:

“¿Y quién sabe dónde estará ahora? No se preocupe. Desde esta columna prometemos contestar esta pregunta cuando menos se lo espere”.

Cómo no reconocerlo: ese “cuando menos se lo espere” estaba dedicado a él.

Poli metió la mano por debajo del escritorio, con una sonrisa mongoloide, y sacó el cuaderno Alpes. Lo abrió de par en par con gesto inspirado. Y así mismo escribió en el borde superior de una hoja en blanco: “Reportera de mis latidos”. La inspiración se le arremolinaba en el pecho como una tromba de agua en la fisura de un dique. ¿Por qué cuando se piensa con tanta intensidad nunca sale nada? Poli garabateó palabras. Éstas se transformaron en líneas, luego en tachaduras y, por último, en perfiles de piernas y pechos femeninos. Se puso la borra del bolígrafo entre los labios y dirigió su mirada a la estratósfera en busca de querubines, flechas y arpas.

- ¡Chacho! ¿Qué andas haciendo con esa carependejo? – gritó Dalio con un trago en la mano y atragantado por sus risas-.

Su joven representante de milagro no le atinó con el bolígrafo que le pasó de refilón como una daga de arte marcial. La explicación: un acto reflejo, de esos violentos que descubren al público una sesión de onanismo a puerta cerrada, estremeció el cuerpo de Poli como si él fuera un cruce de humano con anguila eléctrica.

- Mijo, no entres al baño de Vitico que lo dejé perfumaíto. Ya sabes cómo son estas vainas del miedo escénico. A mí me da por cagá cuando siento que la vaina es trascendental.

- Oiga, maestro, creo que no se equivoca.

- ¿Con lo de cagá?

Poli le extendió El Nacional.

- Mira, chamo, hasta me dieron un palo gratis –dijo el Ruiseñor mientras señalaba su güisqui en mano-. Éste es de Old Parr o del viejo Parra, ya que estamos en confianza con el don.

Dalio rió a todo gañote, quitó una montaña de periódicos de una silla y se sentó, campechano, en cuanto agarró el diario que le acercaban.

El Ruiseñor puso los ojos chinos, haciendo un esfuerzo por adivinar las palabras, mientras apuraba el trago como si se tratara de agua pura de manantial. A veces, carraspeaba o hacía sonidos aprobatorios. Al cabo de unos minutos, y ante la mirada expectante de Poli, Dalio eructó y se secó la boca con la manga de su traje de bolerista.

- ¡Coño, nos estamos cubriendo de gloria, carajito!

- ¿Qué le dije? ¿No le dije que íbamos poco a poco a empujar toda su carrera?

- Coño, sí, y lo que me gusta es que tú sólo me representas a mí, como el portu Oswaldo Ponte con Oscar D' León. Por eso ese negro es tan impoltante, porque su manayel namás trabaja pa él. Espero que la vaina siga así, carajito. No te me vayas después con la cabuya en la pata.

- Claro, maestro, esto será hasta que la muerte nos separe.

Los dos rieron sin reparar en la sentencia que encerraba la frase.

- ¡Epa, par de sinvergüenzas! – exclamó el primo Vitico, apenas entró al cuarto.

- ¡Coño, mi vate, mire esta vaina que salió en El Nacional! – e gritó Dalio al dueño de La Morocota acercándole el periódico-. Ya vengo, que me voy a echá otro palo pa celebrá.

El Ruiseñor se levantó, pasó al lado del primo Vitico y éste estuvo leyendo de pie el periódico.

- ¡Primo, esto está buenísimo, carajo! –exclamó el primo Vitico mientras la daba golpecitos al periódico doblado-. Ahora ya tengo más material pa presentar al poeta. ¡La Morocota volvió a agarrar nivel, no joda!

- ¡Qué digo nivel, Vitico! ¡Esta vaina hoy será más mejol que el Tropicana de Cuba con el chou que pienso dar! –dijo Dalio, de vuelta, y con otro vaso a rebosar de güisqui-.

- Por cierto, de eso quería hablarles. Supongo que ya tienen el repertorio ordenado en el cedé que me dieron... Y lo otro: ¿cuándo piensa salir el maestro? Como dicen por acá: el cuartico se está llenando de agua.

- ¡Mire, Vitico, vamo a dale plomo al chou, que yo vine a enamorar hembras!

- Entonces, no perdamos tiempo, poeta – dijo Vitico sacando pecho y enfilándose al escenario.

El primo Vitico comenzó a introducir a Dalio con su voz engolada y cualquier cantidad de gloriosos epítetos. El público no dejó de aplaudir por un minuto. Poli pensó que esa decisión de última hora, transmutada en la visita al bar de su familiar, fue una de las mejores ideas que se le pudo ocurrir. El Ruiseñor recobraba su confianza y él también dejaba de ser un costal de dudas. Si todo salía bien no había porqué frenar su otro proyecto.

En cuanto el primo Vitico terminó su elogiosa introducción, Dalio Guerra y Poli Figueroa intercambiaron la primera de esas tres miradas rarísimas, que se dieron en toda su vida. Esas que

parecían venir de sus tripas y que por un momento los hicieron comprender que el fin del mundo era tan insignificante como un grano de sal en la paila de un enorme sancocho hirviente.

- Cúbrase de gloria, maestro – dijo Poli con una sinceridad salida del calcio de sus huesos, antes de guiñarle un ojo desde el escritorio.

Sandalio se alisó la misma ropa de rumbero que usó en el Forty Five de México, cogió sus maracas y, si no fuera por la velocidad con la que salió, Poli habría jurado que en sus ojos se atisbaba un conato de lágrima.

Por eso lo siguió hasta pararse detrás de la cortina de tiras de plástico que daba a la tarima. De espalda Dalio le pareció un coloso. Las luces lo bañaban con el efecto de esas fotos que hacen legendarios a músicos como Héctor Lavoe o John Lennon: de retaguardia, con su revés iluminado, ante un coso de público incierto, amorfo, que daba la idea de un coliseo lleno de fieras ante un hombre que intentaba hipnotizar con su arte. La parábola de la vida misma.

El público rugió. El rumbero movió sus maracas. La Morocota volvió a latir. Dalio cogió el micrófono, hizo una seña a los del sonido y, después de carraspear, comenzó con un discurso entre preparado e improvisado.

- No me voy a alargá porque acá lo que quieren es bonche y raspacanilla.

La gente rió.

- Tito Rodríguez fue casi un maestro hablándole al público. Era un vagamundo. Amansaba audiencias, avisaba gente, sazónaba la cosa, pué. ¡Coño, hasta era capaz de levantá a un muerto con sus vainas, compadres! A lo que voy: ¡Ustedes me han levantao a mí, mi Oriente querío, y si ahora mismo me muero, lo haré feliz, caracha!

Dalio hizo la seña al tipo del sonido y de las cornetas chorrearon las notas de la guaracha cubana “Vive como yo” de Pablo Cairo. El Ruiseñor de las Américas cogió aire y arrancó con su filosofía de vida musical entre más aplausos.

“Vive como yo vivo, si quieres ser bohemio

Vive como yo vivo, si quieres ser bohemio

De barra en barra, de trago en trago

De barra en barra, de trago en trago

Vive como yo vivo para gozar La Habana

Vive como yo vivo para gozar La Habana

Así se vive la vida, así se goza mi hermano

De barra en barra, de trago en trago

Yo quiero cuando me muera, tener la botella en mano

De barra en barra, de trago en trago

Cuando se acabe el billete, le echo mano al tasajo

De barra en barra, de trago en trago

Y al que me diga borracho, lo mando para el oh...

De barra en barra, de trago en trago”

Poli no daba crédito a lo que estaba viendo. En la pista de baile no cabía ni una baraja de lado. Hasta Rosita y Micaela bailaban agarradas de las manos. Una de dos para explicar este fenómeno, pensó: O era que el ron con ponsigué de La Morocota desviaba los sentidos, o Dalio había logrado lo que por tantos años no conseguía: meterse al público en el bolsillo, con base en boleros, chistes, muecas, tragos de güisqui y movimientos de cintura. Tanto así que, conforme el repertorio iba desgranándose, Poli creyó haber visto una que otra pantaleta y sostén elevado al artista. Cuando faltaba poco para llegar

a la hora de espectáculo el balance no pudo haber sido mejor. Para entonces, entre las más aplaudidas, destacaron: “Rosas, melodías y gardenias”, “Ingrata de Viernes Santos”, “Me desangraré en el bar”, “En mi viejo San Juan”, “Quisquella”, “Una mujer de genio”, “Sombras nada más”, “Farolito”, “Campanitas de cristal” y “Eres un amor de rocola”.

Cuando le estrenó “Me robaron mis peroles” al respetable de La Morocota ya el estruendo no era normal. El primo Vitico saltó a la mesa de Micaela con una nueva botella y sirvió copas como si fuera agua de lluvia. Poli sintió una especie de consagración de bajo presupuesto. Su música también era querida, apreciada, tomada en consideración, aunque fuera en un bar perdido de la geografía venezolana. Por un momento, más que un sueño, tuvo una siesta de gloria. Cerró los ojos y adivinó el sabor de lo que llaman las mieles del éxito. Al abrirlos creyó estar ante un nirvana, lleno de bienestar y espiritualidad.

Y entonces la vio.

La periodista hippie caminaba a la barra, entre la multitud, con una gracia que la hacía levitar ante su vista. A Poli se le paró el corazón. Supo que la chica había ido por él. El palpito en la oficina del primo de Vitico era real, más que premonitorio. De repente, le temblaron las manos y buscó alguna frase de abordaje que no formara parte de ningún repertorio manido. Infló su pecho y se armó de valor. Dio media vuelta en busca de un atajo a la barra, pero su intento quedó en eso: en un mero intento, porque el resucitado Ruiseñor de las Américas había terminado su recital y entraba a la oficina para hacerse de rogar por el bis.

- ¡Chamín, tamos reventando la liga, no joda! –le dijo, sudado, mientras rellenaba el vaso con el culo de una botella de güisqui que descansaba en el escritorio del primo Vitico-. ¿Cómo estuvo esa vaina?

- Usted se está cubriendo de gloria, maestro. Está cantando como si se fuera a morir dentro de nada.

- ¡De bolas, carajito, ahora es que te vas a quedá loco con lo que viene! –dijo antes de echarse un buen buche de alcohol-. Ahora es que voy a cantá como si estuviera entrando al mismísimo cielo. Ni Dios ha escuchao una vaina tan arreacha como la que viene.

Dicho esto, Dalio salió a escena como un potranco. Se arregló los faralaes de los brazos y caminó con la valentía de un torero ante un miura con cinco muertos en su prontuario. Poli aprovechó para asomarse entre la cortina de tiras de plástico, nuevamente, con el fin de ubicar a la periodista hippie. Sus esfuerzos fueron infructuosos. Había desaparecido, como el vapor que sube al cielo.

- ¿Qué lo que se dice ahora? ¿A petición der público? Ta bien, ta bien, ya sé que quieren más. Hoy como que tan “caprichosos”.

La gente enloqueció con el anuncio en clave. Dalio soltó una risotada que bien pudo escucharse sin el micrófono. Blandió las maracas con suficiencia y creyó ver pasar al fondo de la sala a una virgen María seguida de un tigre. La música del cedé siguió sin que el cantante arrancara. El Ruiseñor congeló su sonrisa, cogió el vaso con güisqui y se lo acercó a un palmo de la cara.

Las gaviotas formaban espirales blancas, como pequeños ciclones, en el cielo. A ratos daba la impresión de que habían concertado una coreografía secreta para sus espectadores: volaban con la falsa promesa de tocar la curva de la bóveda celeste con sus picos, para luego descender como flechas envenenadas hacia un mar borracho de peces. Visto desde la playa el espectáculo podía llevar a un estado de meditación trascendental. El rumor de las olas, el sonido de la brisa cortada por las palmeras, el firmamento como pintado por un Dios impresionista, la luz del sol que al chocar con el azul del mar formaba constelaciones, el viento limpio pasado por sal y una paz aturdidora ayudaba a lograr el efecto.

Era como estar encerrado en un inmenso vacío.

Dalio, plenísimo, se sintió como hipnotizado y no lo ocultó.

- Man, no lo voy a ocultá, me siento como hipnotizado con esta vaina –dijo empotrado en una silla playera-. No sé, así debe sentirse cargá una traba de esa droga que jode mal y te tumba la paloma... Así debe sé el otro mundo, er paraíso, pué.

- El primo Vítico se lució trayéndonos esta mañana, maestro – comentó Poli, sentado a su lado sobre una toalla.

- ...aunque si no hay putas ni tragos allá, yo no quiero ir a ese otro mundo. ¡Lo mío es el infierno, bordón!

Dalio celebró su chiste alzando una nalga y tirándose un peo largo que sonó como la trompetilla de un payaso de circo de pueblo. Después se tragó lo que quedaba de la lata de la Polarcita que cargaba en su mano, antes de apretarla entre sus palmas hasta dejarla como un acordeón pisado por la división de tanques de un desfile militar de la vieja Unión Soviética.

- ¿A qué sabrán esas putas gaviotas, chamo? ¿A pescao y gallina al mismo tiempo? ¿A cuchara de hembra de quince años? Si es así, entonces, yo sí le echo diente a una vaina de esas.

Volvió a reír, mientras sacaba otra Polarcita de una cava con hielo. Al destaparla el gas sonó como en alta fidelidad. Bebió un sorbo generoso que le mojó el mostacho y que también salió de las comisuras de sus labios hasta bordear su pecho descubierto. Emitió un sonido de satisfacción, se pasó el revés de la mano derecha por la jeta y luego saludó hacia el mar con un grito amplificado por una revista con la que hizo un cilindro.

- ¿Cómo está el agua! ¡No se me vayan muy lejos, chicas!

Desde el otro lado Micaela y Rosita saludaron con el agua más arriba de la cintura.

- Estas mujeres, man... -dijo con una risotada antes de cambiar de tema: Oye, mijo, ¿y el viejo Honorio?

- Bien. Usted sabe. Él está en sus cosas, maestro...

- Coño, me biese gustao velo. Me cae bien ese carajo. De repente y hasta se metía una platica en este viaje con la pelea de Manoepiedra... Deberías apostar algo por el viejo. La familia es algo grande, chamín. No debes olvidarte de ella... Tú no lo notas, pero yo sufro todos los días por Atanasio. Estar acá, en este paraíso, pasándola tan bien, sin él, es un sufrimiento muy arrecho, siento que se me abre el pecho en dos – dijo destapando otra Polarcita -. Lo que pasa es que yo sé escondé mis sentimientos como un diablo. Pero por eso es que mi actuación de anoche fue tan sentía, por el dolor que experimentamos los boleristas cuando estamos lejos de los nuestros.

- De eso le quería hablar.

- ¿De qué? ¿Del dolor por los nuestros?

- No. De la actuación de ayer. Usted se comió el escenario, se metió al público en el bolsillo. Yo no sé cuántas fotos se tomaron con usted, ni cuantos autógrafos repartió.

- Sí, tienes razón. La vaina fue apoteósica.

Dalio cogió un palito y escribió en la arena “APOTEOCICA”. Al lado dibujó una verga y un triangulito con una raja en medio. Abajo puso “PIPE” y “KUKA”. Silbó algo que casi le saca la plancha de la boca. Se la ajustó después del percance y, pasados unos momentos de indecisión, preguntó:

- Chamo, ¿tú no viste na raro?
- ¿Cómo?
- Eso, pué, que si no viste alguna vaina rara anoche...
- Bueno, ahora que lo dice...
- ¿Ajá?
- Ella estaba allí y me sorprendió.
- ¡Coño, entonces, también la viste!
- Claro, si pasó enfrente de la tarima.
- ¡Mielda, chamo, yo sabía que no estaba tan prendío de caña anoche! ¡Lo sabía!
- Sí, y como le digo, reconozco que me sorprendió la cosa.
- ¡No joda, y a mí! ¡Ni que fuera de palo!

Poli se rascó la cabeza con rostro intrigado, puso la vista en las gaviotas, y luego dijo algo que a Dalio le supo a mierda:

- ¿Cómo se enteró esa periodista de que estábamos ahí? Debe ser muy buena en su oficio... Lo que lamento fue que se me perdiera. Después la busqué y nada. Por ninguna parte...

- ¿La periodista?
- Sí, la hippie que nos vio en la Baralt y después escribió la nota de ayer. ¿No me dijo que la vio ayer?
- Ah, sí, la periodista, sí...

Sandalio dijo esto último con desgano. Poli, por su parte, confundió el instante de decepción con uno de complicidad. Por eso enumeró lo que le gustaba de esa mujer. Habló de su personalidad, de su

caminar, de su sonrisa y de muchas otras cosas que a su representado le fueron tan importantes como el sucio de sus uñas. Porque en ese momento su mente estaba varada en la virgen María y en el tigre con el que había soñado. Los mismos personajes que le hicieron repetir dos veces “Caprichosa” al sonidista de La Morocota para reanudarla en condiciones. Lo que sí tenía claro era su renuencia a compartir esa visión con alguien. No ahora, cuando todo parecía comenzar a despegar por última vez. No podía darse el lujo de ser tachado de loco, borracho o dañado en este arrancar. Lo cierto es que la visión también le hizo acordarse de la famosa pesadilla de la “Cooperativa del Bolero Responsable” que había tenido días atrás.

Y esto no le gustaba nada.

- Maestro, ¿y lo otro? – preguntó Poli por debajito.

- ¿Qué otro?

- Lo de “Jesusito”...

- ¿Qué coño es “Jesusito”?

- El otro proyecto que le dije.

- ¿El evangélico?

- No, no es evangélico. Es una cosa artística... Deberíamos aprovechar que la periodista anda por acá.

- No sé, no me convence esa vaina... Sinceramente, me parece una marisquera.

- No lo es, maestro. Acuérdesse que hicimos un trato. Yo le dije que iba a triunfar.

- ¡Epa, achántate ahí! Yo no hice un carajo e trato, man.

- Yo consigo el sitio y hacemos una prueba acá: si no le paran bolas, y le va mal, entonces, dejamos eso así y no lo fastidio más. Si pasa lo otro, entonces, hablamos. ¿Qué le parece?

Dalio sintió que se le iba a salir lo peor de la mezcla de apellidos Guerrero Guaita. Ya la insistencia en el tema estaba colmando su capacidad de aguante. Sin embargo, cuando volteó para

teledirigir su arsenal de insultos, algo sucedió: Poli sacó de un morral un paquete con un sobre y se los acercó al Ruiseñor.

- Hágame el favor y acépteme esto, maestro.

- ¿Qué vaina es ésta? – preguntó Dalio, con el paquete envuelto en su mano.

- Es una cosa que le compré a precio de costo al primo Vitico. No es mucho, pero creo que...

El otro ni puso reparo al resto de la oración. Debajo de todo el papel de regalo estaba una botella de Swing atravesada con la banda roja de puerto libre. Dalio tendría más de treinta años sin beberse un trago de ese güisqui. Pensar en el sabor del mismo acompañado de agua de coco bien fría hizo que sus emociones se arremolinaran dentro de sus costillas como si fueran una guerra de avioncitos en el receso de un salón de clases de primaria. El contenido del sobre lo terminó de fulminar.

- Maestro, no es mucho, porque la botella me descompletó mi comisión por el show de ayer. Pero quiero que usted tenga ese dinero. Se lo merece más que yo.

El Ruiseñor olió la boca abierta del frasco de Swing, pensó en el coco frío, contó los billetes del sobre y admiró la playa. Y luego de este recuento quiso morir. Pero quiso morir cuando la idea de la muerte es buena, dichosa, plena. En cuestión de segundos pasó del incendio forestal a la primavera en su alma. En ese instante hubiese jurado ante una cruz que quería más a Poli que a todas sus mujeres, hijos y nietos juntos. De repente, sintió en su corazón el mismo amor que tiene todo hombre por su primera novia, por la maestra platónica, por el primogénito querido.

Y en ese loco escenario fue cuando se dieron la segunda mirada definitiva.

- ¡No joda, muchacho! ¡Párate y dame un abrazo, carajo! Eso sí: sin marisquerías, te agradezco, que aquí somos hombres.

Poli se levantó, emocionado, y ambos se fundieron en un abrazo de mala película de Hollywood. Sólo faltó una música de cuerdas y retumbares para completar el efecto. Quizás también el The End.

- Chamo, si nos va bien, ahí vemos con lo otro –le dijo Dalio mientras le estrujaba el cogote a Poli-. Ahora búscame un vaso con agua e coco pa zampame un palo de este Swing tan güeno.

- ¿Quiere agua de coco fría? ¡Eso ta hecho, maestro! – dijo el primo Vitico quien, al parecer, había llegado en el momento del abrazo.

Ambos, Dalio y Poli, se sorprendieron con el inesperado espectador. Los dos experimentaron cierta incomodidad ante él, quizás peor que la de dos amantes descubiertos por el cónyuge en pleno acto sexual.

- Coño, Vitico, ¡qué susto! No vayas a pensá en una vaina rara... Aquí todos somos machos, de los que metemos los pelos pa dentro. Así que cuidao con una vaina.

- Nada que ver, maestro. Además, le traigo buenas noticias. Voy a empezar con la primera: ya le cuadré el desafío al gallito pa esta noche. El dueño de la gallera quedó abismado con su concierto y ya le hizo un hueco pa hoy. ¿Cómo lo ve?

- ¿Coño, sí? ¡Entonces, aquí se armó un limpio! Déjeme y busco el coco yo mismo en el bohío pa celebrá adelantao.

Dicho esto el Ruiseñor se paró y salió, dando saltos, para el chiringuito más cercano de venta de bebidas. En su caminata no quiso escuchar el resto del mensaje. Por el contrario, ante cualquier insistencia, gritó: “ya va, compa, espérame ahí, achántate un pelo”. Vitico rió y se quedó a solas con Poli.

- Qué vaina con este hombre... ¿Cómo anda todo, primo?

- Bien, no nos podemos quejar. Muchas gracias.

- Ah, otra vaina, primo. Ya cuadramos lo de la iglesia, aunque podemos echarlo patrás hoy mismo, si quieres.

- No, ¿por qué?

- No sé, de repente por falta de tiempo... Además, esa zona es medio fea. Carúpano está llena de malandros.

- Primo, acuérdesse que nosotros venimos de Caracas. Esto no puede estar peor que la capital.

- Bueno...

- Yo me encargo de eso. Yo hablo con Dalio cuando estemos solos. Pero no cambie nada, por favor.

Poli le guiñó el ojo al primo Vitico, dada la proximidad de Dalio y de las dos mujeres que habían salido de la playa y ahora lo acompañaban con dirección a ellos. Micaela y Rosita saludaron al primo Vitico con mucha efusividad, mientras el Ruiseñor no paró de hablar de la pelea de Mano de Piedra. En cuanto se sentó en su silla playera besó la botella de Swing, como si de una hembra de sus canciones se tratara, y cuando se preparó a echarle güisqui a un vaso de plástico con agua de coco le preguntó, juguetón, al dueño de La Morocota:

- ¡Ajá! Y antes de que se me vaya con la cabuya en la pata, ¿cuál era la otra noticia chévere que me trae?

- ¡Ay, caracha, sí es verdad! Estoy bien desmemoriado. Debe ser la edad –el primo Vitico infló el pecho antes de voltear, silbó con fuerzas y después gritó con dirección a la parte posterior de un kiosco de ventas de empanadas que les quedaba como a cinco metros de donde estaban reunidos: ¡Epa, véngase pacá!

El Ruiseñor, aún sonriente y curioso, alzó la vista en dirección al sitio. Su rostro comenzó a mutar de la gravedad a la repelencia con el presente que le habían preparado. Del quiosco primero asomó la abultada barriga de Atanasio y luego el resto de su humanidad. Mientras caminaba con un brillo infantil en sus ojos, bobalicón, la empanada que traía en una de sus manos goteaba un aceite colorado que le manchaba su franela.

Sólo una cosa atinó a murmurar Dalio mientras parte del Swing caía en la arena:

- No me jodas...

Apenas volvió de la playa Dalio fue al patio y sacó de la caja de espejos a Mano de Piedra. Si no fuera porque lo hubiesen tachado de pendejo, hubiera dicho que el gallo le sonrió. Para el Ruiseñor fue una mirada inteligente la del gallináceo, casi humana. Si lo hubiesen apurado, hasta juraría que le quiso decir algo digno de machos cuando esponjó su plumaje.

- Hoy, es tu día, gran carajo – murmuró, orgulloso, después de besarlo en un ala.

Y el gallo volteó y le volvió a dar esa impresión de mirada humana.

Pero eso fue en la tarde. Ahora estaba que se comía las uñas en la gallera Los halcones. Para mitigar sus mareos, sacó de su billetera un papelito que hacía muchos meses le había regalado un gallero peruano en la bodega Ánima de Taguapire del señor Arturo, y lo estudió por enésima ocasión.

ESTIMACIONES GALLÍSTICAS por el Profesor Baldor

COLOR	GANAR CON	PIERDE CON
Indio	malatobo, cenizo	blanco, jabao, pinto, giro, canelo
Giro	indio, pinto, canelo, blanco	malatobo, jabao, cenizo
Pinto	indio, jabao, canelo	giro, cenizo, malatobo
Cenizo	giro, pinto, malatobo	indio, canelo
Blanco	indio, malatobo	giro, pinto, cenizo
Jabao	indio, giro, canelo	pinto, malatobo
Malatobo	giro, jabao, pinto	indio, cenizo, canelo

Canelo	indio, malatobo, cenizo	pinto, giro
--------	-------------------------	-------------

Se rascó la cabeza porque por vez primera se daba cuenta de que allí no aparecían otros tipos de gallos que él conocía por los nombres de zambo, marañón, gallino y canagüey. Eso le causó incomodidad, porque podía jurar que el suyo tenía plumas de canagüey. Y, entonces, ¿bajo esa tabla del puto peruano con cuál pinta tenía o no tenía chance Mano de Piedra?, pensó. He allí la gran preocupación del hombre para el momento del papelito.

- ¿Qué coño será un malatobo? – murmuró en una mesita del comedor de la gallera, mientras atacaba un plato de sancocho de res para calmar sus nervios.

Micaela se sentó a su lado, y le pasó la mano por la espalda.

- Señor Guerra, todo va a salir bien. Su gallito es todo un campeón.

- Es que es como un hijo, ¿sabe? Si le pasara algo... No me lo perdonaría, coño.

- Ande, tómese este sancocho levanta muertos y ya verá todo con mente despejada.

- Es que ni hambre tengo...

- No diga eso, que esto está riquísimo, señor Guerra.

- ¿Sabe algo de Manoepiedra?

- Se lo llevaron atrás, donde los guardan antes de la pelea. No se preocupe, Policarpo está muy atento.

- ¿Y qué le dijeron a Atanasio?

- Lo que usted nos mandó a decirle antes de escaparse al comedor: que iba a dar un pésame por acá, a una familia evangélica, y que después regresaba.

- Ta bien ¿Y dónde anda?

- Hace un rato estaba caminando por las mesas de dados y bateas.

Dalio se sopló la nariz con una servilleta. Hizo el amago de hablar y se contuvo. Luego lo pensó mejor:

- ¿Por casualidad usted sabrá qué es un malatobo?

- Ay, no, señor Dalio. ¿Es una adivinanza? – le preguntó, zalamera.

- No, es una vaina que quiero sabé... No es nada.

- Mire, maestro, ya me tengo que ir. Rosita y yo vamos a ver unas artesanías que venden en la plaza de enfrente mientras ustedes están en lo suyo. Usted sabe, esto no es sitio pa mujeres. Hay mucho hombre...

- Sí, sí, vayan, vayan.

- Todo va a salir bien – dijo Micaela, antes de estamparle un beso en la mejilla.

Cuando Micaela salió por la puerta hacia la calle, Dalio se metió por la que daba al lugar del desafío. Los halcones era una gallera típica de pueblo. Con muy pocos lujos pero con la impresión de que en ella se habían perdido fortunas, brazos, ojos, dientes, vidas, ilusiones y familias enteras. También tenía suelo de concreto, rejas al lado de un reñidero circular con cuatro niveles de gradería y mesas llenas de jugadores de truco, batea o dados en donde algunos ludópatas podían dejar hasta su alma en consignación. Dentro del caos también podía sentirse algo muy parecido a la igualdad. Gente humilde con terratenientes se mezclaban en esa loca armonía que a veces suele ofrecer el alcohol, el ocio y la crueldad en tantos momentos de la historia de la humanidad.

Dalio caminó a una pequeña barra que daba al lado de la arena y pidió un güisqui para entrar en calor. Aunque aún estaba ansioso por la suerte de Mano de Piedra, le dio buena espina que un admirador le pagara el trago como “una pequeña recompensa pa alguien que ayudó a culiar a tantas parejas anoche en La Morocota”. Después se dirigió a una mesa de dados, y decidió apostar algo. El ritual que tanto había puesto en práctica estaba a punto de empezar: el Ruiseñor se inclinó, colocó el trago en una

esquina de la mesa, la mano izquierda en su espalda y la derecha la ocupó en maraquear un vasito con los dados. A poco estuvo de lanzarlos cuando escuchó en la pata de su oreja:

- Apá, ¿por qué yo no tengo un güisqui de esos?

El bolerista más simpático que había parido América se sulfuró en cuanto escuchó la voz de Atanasio, que a su vez mantenía su dedo índice dirigido al vaso de güisqui.

- Porque tú no has ayudao a nadien a meter su pateperroenvenená, pendejo. Además, ¿pa qué viniste? Yo no te invité, degenerao.

Dalio volteó a la mesa con rabia, refunfuñó, y en cuanto comenzó con su conteo regresivo para tirar los dados otra pregunta le hizo soltar la mano antes de tiempo.

- ¿Ya diste el pésame?

El Ruiseñor se dio media vuelta y, con ojos desorbitados, le gritó con un movimiento de brazos:

- ¡Coño, déjame en paz, no joda! ¡Mira lo que me hiciste hacé! ¡Ya perdí los reales! ¡Si quieres, mátame!

Un mirón lo sacó de su drama, al cogerlo por un borde de la guayabera y decirle:

- ¡Maestro, acaba de sacar un doble seis! Usted se forró.

Dalio fijó la vista y no daba crédito a sus ojos.

- Toma, mijo, tómame un güisqui –le dijo a Atanasio, distraído, mientras le daba unos billetes para que se largara-.

Cogió el dinero ganado y vio a su alrededor: unas cinco pueblerinas con estampa de casquivanas, las únicas mujeres en la gallera, bailaban pegadas a idéntica cantidad de machos de diferentes edades y pelajes debajo de un patio con matas de tamarindo. Todas usaban ropas ajustadas, escotes y zapatos dignos de burdel. Del maquillaje y del resto de la estampa, mejor ni hablar. Baste decir que a la más recatada se le podía adivinar el estampado del sostén por encima de la franela blanca. Dalio se embelesó

al escuchar por las cornetas la voz de Rafael Orozco en un claro desafío con el acordeón del pollo Isra en el clásico “El higuierón” del Binomio de Oro.

- No joda, ése el infierno que yo quiero: putas, güisqui, juego y el Binomio a todo volumen –dijo por debajito-. Más bueno que el coñísimo...

Se acercó el vaso de güisqui a la boca y de un trago se bebió casi la mitad. Después se pasó la lengua por lo bigotes y emitió el mismo sonido de satisfacción de alguien que colma su sed con una cantimplora llena luego de cinco días sin tomar agua en el desierto del Sahara.

- ¿Va a seguir? –preguntó el encargado de la mesa de dados.

- ¿Qué?

- Que si va a seguir apostando, doctor.

- ¡Ay, coño! ¡Claro!

Volvió a tomar su postura inclinada y a sacudir los dados. Al lanzarlos, observó cómo chocaron contra una esquina de la mesa y volvieron a dar el mismo resultado anterior.

- ¡No joda, se armó un limpio! – gritó.

Los mirones lo abrazaron, y el Ruiseñor decidió embolsillarse el dinero para dar por terminada su faena en esa mesa. Dalio se acordó de que en 1969, en Santurce, tuvo que irse por patas un día antes de su presentación con La Lupe al haber apostado hasta lo que no tenía en un juego de dados. Para algunos biógrafos parte de la locura de la cantante puertorriqueña se debió a ese incidente, que mezcló cosas tan truculentas como huidas, amores, matones y amenazas varias. Pero no fue pensar en lo de Santurce lo que de veras lo frenó; fue el hecho de sólo imaginar perder como un pendejo todo lo que llevaba para invertirlo en Mano de Piedra, a la postre, su verdadero amor para el momento. Por eso se fue, y no por otra razón, aunque en el camino se detuvo a ver la mesa de batea de pura ociosidad.

Así estuvo por largo rato. Como un mirón de palo, observando cómo las canicas bajaban en una estructura cóncava que parecía un caparazón de tortuga al revés. Dalio contó en esa mesa como cien

cuadraditos hundidos con dibujos de mariposas, estrellas y otros figurines. Un jugador con pinta de abogado de pueblo, al tocarle su turno, reparó en el bolerista y reclamó a la concurrencia.

- ¿Y a este hombre no se le ha dado un palo de güisqui! No hombre, tráiganle uno y anótenmelo a mí. ¡Este hombre es un poeta, carajo!

- Muy amable –dijo el Ruiseñor-.

- Mire, compay, y no sólo eso. Le pido que tome un buche del mío –le dijo acercándole su vaso-. Y también que sea su mano, que de inocente no tiene un coño, la que suelte esas fichas por mí en esta batea.

- Nooooooooo, compañero, no quiero aguarle sus cobres...

- ¡Por favor, no me haga ese desaire! ¿Y entonces?, ¿queremos que el poeta tire o no tire estas fichas? –preguntó a los presentes.

Todos los que rodearon la mesa no dudaron en aupar la idea del apostador. Algunos hasta aplaudieron. Dalio vio las fichas con terror y reverencia. Sonrió y volvió a pedir excusas, ahora con un nuevo güisqui en la mano. No quería ser atravesado a tiros por un ludópata que quizás había apostado el virgo de su hija adolescente en la jugada. No, no iba a ser su mano la que empujara al abismo la carrera que apenas estaba recobrando altura.

- Apá, tira esa vaina.

La intervención de Atanasio no pudo ser más inoportuna. Por enésima vez, con sólo escuchar la voz del hijo inútil desde la retaguardia, el Ruiseñor sintió ácido sulfúrico mezclarse en su aorta. Cuando volteó a darle un pescozón, el apostador aprovechó el instante para colocarle las dos fichas en un bolsillo de la guayabera. Dalio sintió el bulto y entendió que ya todo estaba perdido.

- Poeta, la gente está esperando.

- Es que no quiero embromale su jugada, hermano.

- Usted no se preocupe. Aquí nadie va a embromar a nadie. ¿Verdad? – preguntó antes de decirle al que manejaba la mesa de batea: Mira, negro, además de lo mío, apuéstale medio palo al maestro. Él los paga, si pierde.

Dalio sintió un principio de embolia y lo vio con cara de desconcierto.

- ¿Yo no le dije que aquí nadie va a embromar a nadie, pues?

En ese momento fue cuando Dalio, después de ver cómo el apostador le guiñó un ojo, observó la cacha de pistola que le asomaba por la cintura del pantalón de kaki del personaje. Buscó a Poli con la vista, pero cualquier intento fue infructuoso. Él mismo le había pedido a su representante artístico que no le quitara un ojo a Mano de Piedra. Y en eso estaba el muchacho.

En ese trance jugó a imaginarse, por enésima vez, la vida en cámara lenta. Si estaba a unos minutos de separación de la misma, por lo menos, lo justo era que la cosa sucediera con estilo cinematográfico. Quién iba a decir que iba a morir en una gallera. O, peor aún, delante de una mesa de batea con unas fichas en su guayabera que no le pertenecían.

Dalio cogió aire como lo hace un futbolista ante el penal decisivo. Se tomó el güisqui de un solo tirón. Exhaló. Y metió las dos esferas en un par de huequitos que estaban al borde de la mesa. Como aún estaba en su película de cámara lenta, el corazón le latía como el de un morrocoy con sueño. Entre la gritería escuchó un mosquito surcar el aire y una gota de güisqui reventar en el suelo de cemento. Todo era muy Dalai Lama, muy droga hippie, muy magical mystery tour. Y también oyó cómo las canicas saltaban por el centenar de cuadraditos hundidos de la mesa. De seguro, iban a mil por hora, pero él las vio como si la batea hubiera estado clavada en Marte con gravedad cero.

Y le gustó esa imagen: la de una gallera llena de astronautas, vestidos con sus trajes y tomando aguardiente en un cráter. ¿Cómo pelearían los gallos así? ¿Se elevarían? ¿O también tendrían uniformes espaciales con cascos y toda esa vaina? Cerró los ojos y sonrió como los mártires de las películas de semana santa.

Un manotón en la espalda lo sacó de la ensoñación. Era el apostador. De repente, todo volvía a la velocidad normal.

- ¡Coño, poeta! ¡Usted está enmantillado!

El Ruiseñor clavó los ojos en la mesa. ¡No era posible! Sus fichas cayeron en dos dibujitos de mariposas. Tanto él, como el loco de la pistola, se habían ganado un dineral.

- ¡Yo sabía que me iba a traer suerte! – le gritó el apostador.

- Apá, ¿me puedo comprar otro güisqui?

Dalio sonrió como quien se gana un carro en un concurso de televisión. Y cuando le dieron la plata, y le renovaron el trago, sólo pudo decirle una cosa al hombre de la pistola:

- ¿Qué es un malatobo?

- ¡Yo qué coño sé! – rió -. ¿No será la misma vaina que un marañón?

En la barra estaba feliz. En el fondo, siempre había estado feliz en una barra. Con tanta plata encima no le importaba ni siquiera la presencia de Atanasio. En ese momento hasta hubiese dicho que lo quería. Una cosa parecía clara: ya era hora de que la fortuna le volviera a sonreír. Siempre había pensado que el azar era el destino disfrazado de puta y, como a tal, había que enamorarla. Poli, su carrera, Vitico y La Morocota, la botella de Swing y los resultados en las mesas de juego. ¿Acaso no eran muestras irrefutables de lo que llaman buena estrella? Pero tampoco era tonto como para no captar lo que estaba sucediendo: no era posible ganar tan de seguido y con una efectividad de cuento mal echado. Había entrado con lo poco que le habían dado de la presentación de la noche anterior, y algo del dinero que Poli le regaló en la playa. Y en tres jugadas casi se había transformado en un jeque dueño de cinco campos petroleros. No era posible que también en la pelea ganara. Eso estaba en contra de todas las estadísticas. Ni con las putas se podía abusar, y el azar era una. Sin embargo, tampoco podía dejar a Mano de Piedra a la buena de Dios.

No después de esa sonrisa casi humana que juró ver.

- Maestro, ya falta poco.

Giró y se encontró con Poli.

- Ya están ordenando la gallera. Por ahí anda el juez y todo.

- ¿Así es la vaina?

- Sí, yo que usted me termino ese trago y entro a la gallera.

- ¿No viste nada raro?

- No le quité el ojo a su animal. Todo está bajo control.

- Ta güeno...

- Usted dirá.

El Ruiseñor miró a ambos lados, murmuró algo para sí y dijo:

- Vamos, pué.

Después engulló el güisqui con la misma determinación de un general antes de bajar al campo de batalla con toda su división. Le dio una palmada a Poli y le sonrió. Atanasio chupaba unos hielos de su vaso en ese momento. Cuando vio que se dirigían a la gallera, se los tragó de sopetón y los siguió con una mano masajeando su sien.

En su mente, amoratada por el güisqui, la gallera pareció decirle: “Sandalio, aprieta ese culo que lo que viene es candela”. El Ruiseñor entró digno, con la frente en alto, como si nunca le hubiera debido dinero a nadie, como si nunca se hubiera beneficiado a la mujer de otro. Bajó los escalones como Kennedy. Saludó a los fanáticos de su presentación del día anterior. Estrechó manos, dio espaldarazos y siguió con el estilo de un candidato ganador a la presidencia. Si le hubiesen acercado un micrófono, no hubiera dudado en dar un discurso sobre la comprensión de los pueblos hermanos.

El juez le presentó al dueño del otro gallo, un pinto brillante como mandado a hacer en una joyería, y le dio a Mano e Piedra para su revisión ocular. Dalio lo hizo como pudo. También echó ojo de lo que estaba pasando a su alrededor. Los presentes sacaban billetes y proferían apuestas cuyos cálculos

no habría podido resolver un estudiante de matemáticas puras. El Ruiseñor cogió en peso a su ejemplar, le revisó las espuelas, le pasó la mano por encima y le dijo con disimulo al besarle un ala:

- Vuélvelo mielta.

Dio su aprobación al juez y éste agarró a Mano de Piedra para meterlo en la jaula doble de pelea. La escena se le antojó tristona. Dalio miró a Poli y a Atanasio y los vio como mariachis. Lo mismo hizo con los asistentes en el coso. Pensó que estaban vestidos de charros, que formaban parte de una reunión generacional del Mariachi Vargas de Tecalitlán, y que todos comenzaban a tocar sus guitarrones, arpas, trompetas, violines, guitarras y vihuelas para entonar la melodía de esa ranchera del Chente Fernández que estaba retumbando en su cabeza:

“Hoy platiqué con mi gallo
y me dijo tristemente
pa qué me cuidaste tanto si hoy me lanzas a la muerte”

Al ver al canagüey de dudosa ascendencia el dueño del otro ejemplar le hizo una apuesta difícil de rechazar. Dalio le estrechó la mano y, en el calor del encuentro, se la duplicó. Lo peor que podía pasar era perder y, aún así, le quedaba la mitad del botín que había ganado en las mesas de juegos.

No había terminado de revisar sus cálculos mentales cuando Atanasio se le acercó al cacique y le dijo:

- Apá, ya todo está cubierto. La mitad de esos reales que te ganaste en dados y batea los acabo de colocar en otras apuestas.

Al escuchar estas palabras, sus piernas cogieron la consistencia de la melcocha caliente. Ni tiempo tuvo para mentarle la madre a Atanasio, porque la jaula doble de pelea subió con una cabuya y los gallos se miraron de frente. Cuando eso sucedió Dalio temió lo peor. Ambos ejemplares

engrincharon el plumaje de sus pescuezos como si fueran dos paraguas abiertos, y el pinto le dio un espuelazo a Mano de Piedra que casi lo partió en dos. Pero el gallito no se iba a dejar ganar así. No señor. El del Ruiseñor describió varias medias lunas en el aire, que fueron esquivadas por su contendiente con pericia de karateca profesional. Dalio le rezó a todas las vírgenes del santoral, juró por la vida de su hijo, prometió un riñón de Poli, pactó no volver a tomar caña si de esta salía entero. Pero nada parecía dar resultado. El invento de Norberto era una total patraña. Pocas veces se vio una desigualdad de ese calibre en un desafío gallístico. Mano de Piedra botaba sangre hasta de la punta de sus espuelas. Dalio sintió una mirada en el cuello como si fuera una antorcha olímpica que le pegaran en la piel. Era la del dueño del otro gallo que, aunque no paraba de gritar, lo veía jubiloso. La otra era la de Poli, que no le auguraba nada bueno. Su representante tenía el temple de un enfermo de cáncer terminal al que un médico le acababa de dar la noticia. La situación se resumía en esto: no había nada más que hacer. O peor aún: todo estaba perdido. Lo único que podía sacar en claro cualquier cristiano era que estaban haciendo merengada de gallo al canagüey. Para cuando el pinto le quitó un ojo a Mano de Piedra, Dalio se mantuvo como una estatua en un paisaje próximo a un terremoto. Al ver cómo el contendiente tenía en el pico esa masa babosa, que semejaba el contenido de una ostra o un moco fresco, el Ruiseñor sintió como si le hubiesen puesto a oler cuerno de ciervo. Los párpados le pesaban. La saliva se le hizo espesa. El aire era como candela que respiraba. A todas estas su gallo se tenía en pie, a durísimas penas. Sus movimientos eran descoordinados. La manera de tambalearse invitaba al tiro de gracia. De hecho, Mano de Piedra parecía pedirlo a gritos. ¿Y el pinto? Siempre altanero. Daba la imagen de estar aburrido de tanto pegar. Aleteaba y cacareaba, ante la presa derrotada, con unos decibeles dignos de estadios. Fue, precisamente, en uno de estos pavoneos cuando pasó lo inesperado: el campeón peso pluma fue sorprendido por una puñalada del moribundo en medio de un quiquiriquí triunfal. El grito del gallináceo se tornó en dolor, en ¿qué carajos pasó?, en coitus interruptus, en

gárgaras de sangre, en muerte súbita. Y el gallo mandado a hacer en una joyería se fue a la mismísima mierda.

Las mentadas de madre cundieron en la gallera y a Dalio le volvió el alma al cuerpo. Saltó como si le hubieran pegado candela en los pies. Cantó. Soltó un racimo de peos. Bailó un merenguito. Chilló como un loco.

- ¡No joda! ¡Norberto tenía razón!

El del pinto pagó una fortuna y se fue con su gallo muerto. Atanasio recolectó dinero a mansalva. Hasta Poli ganó una apuesta para Honorio. El trío se abrazó como si fueran el equipo de una escudería de fórmula 1. Cuando se disponían a subir las escaleras, alguien cogió a Dalio por el brazo. Era el juez.

- Doctor, ¿no se va a llevá su gallo?

- Ah, coño, sí es veldá. Toy como loco.

El Ruiseñor le lanzó una mirada a Mano de Piedra y no le gustó lo que vio: un despojo, sanguinolento, apoyado en la pared del reñidero. Más que lástima, su bien máspreciado le dio asco. Lo primero que pensó era qué iba a hacer con ese bicho tan maltrecho, cómo se iba a devolver a Caracas con un coágulo de sangre viviente. Por eso su sonrisa incómoda ante la mirada expectante de Poli y Atanasio.

- Mire, perdone que me meta donde nadie me ha llamao, pero a mí me gustaría quedarme con ese ejemplar.

No podía ser cierto lo que acababa de escuchar.

- Oiga, eso que me dice es muy complejo. Ese gallito es como mi hijo. No me imagino dejalo en otras manos. Mi corazón se partiría como un casabe, compañero.

- Yo se lo curo por lo más sagrado. Ese animal va a dar buena cría.

- No sé... Usté sabe lo que le duele a un gallero dejá a su animalito, ¿no? Es como dejá un riñón, un pulmón, una uña... Vainas importantes del organismo.

- Doctor, no es mucho, pero es lo que tengo...

Dalio vio una paca de billetes sudados que le acercaban a la mano.

Y sonrió.

- Compadre, ¿qué es un malatobo?

- No sé.

- Bueno, que conste que le acepto estos churupos porque usted me parece un buen hombre, pero que también conste lo que me duele hacelo... Porque, hermano, no es por la plata, ¿oyó?

Le dio una palmada en el hombro y caminó con gesto afectado. Lejos de la arena les mostró los billetes del juez a sus compinches antes de decir, socarrón:

- ¡Miren, pendejos, con esta vaina nos tomamos una botella de güisqui! El Manite piedra dio plata hasta vuelto mielta, güevones!

Atanasio rió.

- Una vaina sí les digo –prosiguió Dalio: este pueblo está lleno de malandros. Uno de nosotros tiene que estar alerta y no volverse mielta con el aguardiente. No nos vayan a jodé...

Ni una sola de sus observaciones se cumplió. A la segunda botella ninguno de los tres podía tenerse en pie. La mesa era todo un lugar común de borrachines. Poco podían entenderse los diálogos con tres lenguas mochas juntas. En el tiempo que pasaron anclados fueron las delicias de cualquier mirón: Dalio se levantó y le dio un correazo en la boca a Atanasio, Dalio le estampó un beso en el cachete a Poli, Dalio le pidió perdón a su hijo con lágrimas en los ojos, Dalio acogió a una gallina por una hora pensando que era Mano de Piedra, Dalio pateó a la gallina después de insultarla, Dalio repartió piropos a las doncellas presentes, Dalio se arrodilló con una mano en el pecho y lloró, Dalio juró que al otro día bordaría el papel de “Jesusito”, Dalio destrozó un pasodoble en honor a Luisín Landáez.

Cuando no pudo aguantar más las ganas, Poli trastabilló hacia el baño. Allí orinó como si nunca lo hubiera hecho en su vida. Dentro de su idiotez ética sintió que se volvía más lúcido mientras el

chorro aminoraba. A la salida estuvo con ánimos renovados, con el tanque vacío. Dio dos pasos hasta tropezarse con una mujer. La mujer descubrió la cara y no era otra que la periodista hippie. Poli se emocionó y por vez primera no sintió miedo ante una dama. Estaba desinhibido y lleno de la gallardía que produce una buena dosis de güisqui en la sangre. La periodista mutó su cara de la preocupación a la felicidad, y le dijo:

- ¿Dónde se habían metido?

Poli no respondió. Su contestación fue una violenta agarrada de culo acompañada con un beso profundo y prolongado. La periodista se abanicó la cara con su mano, nerviosa. Rió. Poli la volvió a besar y ahora la apretaba contra su cuerpo.

- ¿Qué va a decir la gente? – dijo la mujer -. Vámonos de acá.

La periodista le agarró su mano y él se dejó guiar. Antes de irse Poli no vio a Atanasio pero sí al Ruiseñor besando a otra mujer que estaba sentada en sus piernas, de espaldas a él. No quiso importunar, ni despedirse. Era el puto momento de la verdad. Por fin dejaría atrás su desconocimiento del alma femenina. A poco estaba de considerarse un hermano de leche del gran seductor, Dalio Guerra, el Ruiseñor de las Américas.

Los primeros instantes de la mañana de su debut fueron succulentos, embriagantes, deliciosos. O, mejor dicho: sabrosos. Esa era la palabra. No había otra que se le amoldara como un guante a todo el maremoto sensorial de hacía unas horas. Poli, en su duermevela después del duelo sexual quiso hacer un recuento de lo sucedido. La periodista fue cariñosa, obsequiosa, colaboradora en todas las demandas y acrobacias de un primerizo con tanta hambre de carne atrasada. Nunca hubiera imaginado sus dotes amorosas, lo poco precoz que fueron sus prestaciones en cada sesión, el poder retardante que le dieron el alcohol y las esperanzas perdidas. Poli recordó, en las brumas de un cerebro pasado por licor, que su desempeño se midió en varios asaltos. Y que en cada uno hubo oportunidad de experimentar unas seis posiciones diferentes del Kama Sutra, como mínimo. Si lo apuraban, de seguro, hubiera jurado haber repasado ese libro una docena de veces en el tiempo sin cola de esa noche licenciosa.

Estaba seguro de que los boleros ahora sí saldrían mucho mejor.

Aspiró con fuerzas hasta toparse con el típico olor a sexo y aguardiente de una faena de amantes desbarrancados. Le encantó catarlo por vez primera. También le dio gracia que una hembra tan hermosa y delicada roncara como la periodista que yacía a su lado. Poli, aún con los ojos cerrados, pasó la punta de sus dedos por su nariz. El poderío del almizcle entre sus uñas fue una granada de sensualidad que desapareció su resaca y lo hechizó sin remedio: una erección casi adolescente dio cuenta de eso. El héroe volvía a recobrar poderes, desenfundada la espada para volver a batirse con el dragón de la caverna. Y eso lo emocionó. Estaba dispuesto a aprovechar la mañana del día de “Jesusito” en tareas tan poco cristianas como la que estaba a punto de reiniciar. Ya no le remordía la conciencia o los años de indulgencia que estaba a punto de perder. Desde esa madrugada le dio por pensar que no podía existir

algo mejor que eso en este mundo ni en el otro. Y ya puestos a creer que la vida se pasa volando, entonces, había que recuperar el tiempo perdido como bien dijo el poeta.

Cuando abrió los ojos y a punto estuvo de abrazar a la ninfa, un dramón le pegó de lleno. La mujer que estaba a su lado no era la periodista; era Rosita. Poli quedó congelado con el brazo en posición de garfio ballenero. Ver su monte de Venus a esa hora le hizo pensar en otra cosa: en una selva espesísima de esas en las que un día sí y otro también se pierde la guerrilla colombiana con sus rehenes. Eso fue lo que elucubró su cabeza superior. La de abajo había muerto. Se volvió esa culebrilla desmayada con la que tanto batalló la Tongo. ¿Qué había pasado? No hacía falta ser un genio de la lógica. La sonrisa de satisfacción de Rosita le respondió cualquier interrogante con la precisión de una mala noticia.

¡Maldita borrachera!

Poli hizo como la canción de José Alfredo: dio la media vuelta. Pero era una media vuelta cuadro por cuadro. No podía dejar que le ganara la repelencia que le provocaba su amante. Fue atacado por un par de arcadas que contuvo con pericia de bulímico en proceso de recuperación. Aguantó el aire. Se alejó de la cama, se calzó su pantalón, cogió su franela e intentó salir del cuarto de la aeromoza sin hacer el menor ruido. Por mala suerte algo se le enredó en sus pies aún en calcetines. Era un sostén con el que podían hacerse dos carpas de circo con todo y el personal adentro. De milagro no perdió un diente cuando se pegó contra la pared. Poli tuvo la fortuna de recobrar el equilibrio aunque estuviera privado por el golpe. Rosita pareció escucharlo. Emitió un ruido ante la mirada histérica de su matador. La dama se movió a un lado, mostro unas nalgas llenas de estrías, abrazó una almohada y dijo con mucha claridad y aún con los ojos cerrados:

- Trece.

Luego volvió a roncar en cuestión de segundos.

Al salir del cuarto Poli se puso una mano en el corazón. Le latía con el mismo desespero de una sardina rebotando dentro de una red. Pensó en sobarse la sien, pero la sola idea de oler el aroma de sus dedos en el trayecto frenó su parábola. Ya no despedían esa fragancia de gloria que lo embelesó. Para entonces no supo si gritar, darle puñetazos a las paredes, reír o llorar. En ese estado de histeria lo único que sacó en claro era que debía hablar con su sensei. Tenía que ir al cuarto del Ruiseñor y darle el parte de guerra. El viejo zorro sabría cómo sacarlo de la tragedia que atravesaba. Eso era seguro.

Y así, con una decisión un tanto desesperada, Poli se enfiló a la pieza. No quiso mirar a ninguna parte. Ni escuchar siquiera. Caminó como un robot, en piloto automático, con la certeza de que se dirigía hacia un oráculo revelador.

Por eso ni tocó a la puerta.

Baste decir que la abrió para toparse con una nueva sorpresa digna de las mejores tragedias del teatro clásico: la parte baja de la espalda desnuda y sudada del Ruiseñor hacía el movimiento de un extractor de campo petrolero afincado en la cama. Si esa imagen, por sí sola, ya era impactante mejor no decir cuál era el terreno en donde se clavaban las gónadas del bolerista: en la pelvis de una Micaela tan trémula como arrendajo recién enjaulado. El resto del cuadro era un sólo vaporón de unos amantes con mil almanaques a cuestas: bufidos, empegotamientos, salivazos, latonerías humilladas por el tiempo, traqueteos de huesos, humores varios. En fin, el escenario que ningún narrador con hígado y decencia describiría al detalle...

Por eso Poli cerró la puerta y caminó con una torpeza que superaba a la de su borrachera de la noche. No supo si tendría las agallas de bulímico recuperado, que demostró en el cuarto de Rosita, para frenar el revoltijo que amenazó con salir de su garganta por segunda vez. Por eso corrió al patio. Por eso se frenó en un árbol. Por eso vació sus entrañas en la pata del mismo, muy cerca de la caja con espejos de Mano de Piedra.

Después se sentó en una silla de mimbre. Lo hizo con la debilidad de un enfermo terminal. Su pecho estuvo asaltado por espasmos. Sentía que la nuca le segregaba un sudor frío que olía a alcohol mal destilado con remolacha vieja. Su mente estaba atravesada por la rabia. Rabia que aumentó al ver a Dalio caminar a su encuentro. Lo vio acercarse con una sonrisa entre incómoda y falsa, aparentando una naturalidad que ni él mismo se creía. El hecho de que el Ruiseñor estuviera sin camisa, sudado, y con una bermuda sin abotonar en la cintura acrecentaba su indignación.

- Mira, mijo, no es lo que tú piensas.

Poli, pese a su estado de animal moribundo, levantó la cabeza y le dirigió una mirada que echaba candela.

- Bueno, sí es lo que tú piensas. ¡Pa qué te voy a mentí! ¡No sé cómo salí vivo de ese terremoto, compay! ¡Es una diabla! ¡Y este pescao y delicadeses de Carúpano me han puesto como un toro!

Dicho esto, Dalio soltó una risa cómplice, de niño tremendo, y guiñó un ojo.

No le funcionó.

- A tu vieja la faltaba un cariñito, chamo –dijo en una clara demostración de cambio de táctica-. No le falté los respetos. Yo soy un yentleman en la cama...

- ¡Por Dios! ¡Es mi mamá!

- No debemos perdé el norte, chamín.

- ¿El norte?

- Eso mismo: el norte. Hay que sé profesionales...

- ¡De qué habla!

- Baja la voz... Hablando se entiende la gente... Biese sabido que te ibas a poné así y no me cogía a Micaela...

- ¿Usted está loco?

- Achántate, muchacho, que te va a da una vaina. Coge mínimo. Esta nimiedad no debe empañá nuestra relación profesional en lo absoluto –dijo, solemne, para rematar: Hay que mantené la mística, el trabajo en equipo y la orientación al logro como hasta ahora. Desde ahora voy a hacé como si no pasó nada. ¿Viste? Ni tú te cogiste a Rosita y me dejaste tirado en la gallera como un pendejo ni yo hice nada. ¿Qué te parece? Además, Micaela ni siquiera se dio cuenta cuando nos descubriste porque tenía los ojos cerrados por el éxtasi.

- Mire, señor Dalio...

- Es más, hoy te vas a quedá loco con el “Jesucristico” que te tengo preparao.

Poli sentía que estaba próximo a un desmayo y se desconectó por un momento. Dalio, en cambio, no paró de hablar. Gesticulaba, se ponía la mano en el corazón y parecía practicar posturas para el papel que estaba próximo a encarnar: lanzaba miradas profundas a un horizonte lejano, aguaba los ojos, se hacía el sufrido. Incluso se llegó a arrodillar con los brazos abiertos y la cabeza inclinada al cielo. Entre todas las crucifixiones y mesianismos de bajo presupuesto del Ruiseñor, Poli creía que su cabeza le iba a detonar en mil pedazos. Ya no era el toro sexual de hacía unos minutos. Todo su ser pedía un consomé, amnesia y paz. Ni siquiera tenía la mente fría para calibrar lo pertinente de llevar a cabo “Jesusito” después de todo lo sucedido. Si ya le iba a costar horrores manejar la situación con Rosita, no quería ni pensar cómo iba a tratar a su madre. O cómo seguir en el proyecto luego de lo que había visto. “Por menos de eso echaron a Héctor Lavoe de la orquesta de Willie Colón”, pensó al recobrar sus energías y acordarse de uno de los tantos cuentos de Dalio.

Cuando el bolerista entonó una versión libre de “Getsemaní” ya no hubo caso discutir. Lo mismo hizo con “Hosanna” y un par de composiciones propias de su representante. Al principio Poli se dio por vencido, más por hartazgo que por otra cosa, pero luego recapituló con más calma. Si el Ruiseñor cantaba estos temas significaba que los había practicado, pese a todas sus reticencias del principio. Con todo el revoltijo que llevaba entre pecho y espalda, Poli no supo si sentirse halagado o qué con lo que

estaba presenciando. Sabía que tenía que decir algo. Estaba en ese tipo de momentos en los que siempre se tiene que decir algo. Y en los que ese algo termina siendo hasta trascendente.

El asunto estaba en qué decir.

De nada servía seguir con la rabia. Tampoco se le daba bien la charla motivacional. Menos aún la mística. El abanico no era muy amplio.

Entonces, Poli abrió la boca y tuvo la suerte de no ser él quien profiriera palabra alguna.

- ¡Epa, par de sinvergüenzas! – gritó a modo de saludo el primo Vitico mientras se asomaba por la puerta que daba al patio -. Ya me dijeron que dejaron limpios a todos los jugadores de la gallera.

El primo Vitico rió con ganas, y siguió con su conversación.

- Por cierto, estas mujeres amanecieron bien buenamozas. Si vieran los que les llevan pallá...

Dicho esto, el primo Vitico se apartó de la puerta para darle paso a Micaela y a Rosita. Ambas se dirigieron a ellos con bandejas de comida a rebosar de colores y formas propios de un cuadro de pintor ingenuo: frutas, pescados, arepas, quesos, sopas, huevos, jugos, panelas, tazas de café con leche. Ambas se habían puesto sus mejores galas y afeites. Ambas estaban sonrientes, orondas, cómplices, rejuvenecidas, desmelenadas.

Se podría decir que hasta realizadas.

La iglesia la Voluntad de Dios del barrio El Muco no tenía mayores lujos. Tampoco podía esperarse más de ella. Tal como había asomado el primo Vitico, su ubicación no daba mucho margen para el derroche. El Muco era un barrio, además de bravo, capaz de tornarse en boca de lobo con la partida del sol. Y esto era comprensible por un motivo: desde hacía años el alumbrado público se había vuelto una promesa electoral de improbable cumplimiento. De allí que no era exagerado decir que después de las seis de la tarde sus habitantes caminaran sus calles de pura memoria, cuando no gracias a alguna luz salida de una ventana o carro que pasara con los reflectores encendidos.

Para Poli el lugar resumía lo que tanto había escuchado en alguna clase de bachillerato: la lucha entre civilización y barbarie. Y esto no tardó en comprobarlo en carne propia. La tarde que llegó para organizar la presentación de “Jesusito” caminó, distraído, y de milagro no fue pateado por un burro amarrado a un tronco clavado en una calle sin asfaltar. El rebuzno le hizo pegar un salto que lo llenó de susto.

Pero, pese a todas las adversidades, La iglesia la Voluntad de Dios del barrio El Muco se preciaba de tener la más leal feligresía de Carúpano. Allí el padre Teófilo era toda una institución llena de bondad y autoridad moral. Para las doñas el hombre era un santo, para las ancianas el cordero de Dios en persona, para los monaguillos un don en extremo cariñoso. A Poli le pareció un reformador, a secas. Lo comparó con sus recuerdos del padre Rigoberto y pensó que éste último no hubiera permitido lo que a Teófilo le pareció “el evento que El Muco necesitaba”: su ópera-bolero con el Ruiseñor de las Américas, nada más y nada menos.

Por eso el cura fue tan entregado. Con un chasquido de sus dedos la Voluntad de Dios se llenó de una legión de ancianas y miembros de grupos juveniles dispuestos a echar una mano por el bien de la

comunidad cristiana de El Muco. Las abuelitas barrieron, desempolvaron las imágenes religiosas y trapearon hasta el último confín del recinto. Los muchachos se dedicaron al trabajo más especializado: reubicaron muebles, despejaron espacios y revisaron los aparatos de sonido de la iglesia. Entre todos, Poli incluido, improvisaron un escenario en donde transcurriría toda la acción de la historia musical. El hijo de Micaela se sintió honrado con tanta disposición y desinterés de ese batallón de gente a hacerle su obra realidad. Lo único molesto fue el joven carismático, típico de estos ambientes, que nunca paró de tocar una guitarra acústica mientras el resto trabajaba como mulas. El detalle quizás lo hubiera perdonado. Lo que no podía comprender era cómo ese muchacho era incapaz de avergonzarse de su voz de lata. Tampoco entendió la cercanía que mostraba con el padre Teófilo, con quien se acurrucaba mientras versionaba temas de Cosmos en una frecuencia evangélica imposible de creer. “Eso era lo que faltaba”, murmuró, que hasta en la Voluntad de Dios lo persiguieran sus propias composiciones de un pasado sin crédito que intentaba superar.

Cuando se convenció de que ya todo estaba casi a punto, Poli le dio las gracias a sus ayudantes y salió a refrescarse con otra brisa que no viniera de los ventiladores de la iglesia, pequeños hornos con aspas que parecían asarlo en lo que duró todo el trabajo físico. El calor del sitio estaba cargado de humedad, y él aún no se reponía de la resaca para aguantar ese castigo no tan divino. En varias ocasiones sintió sofocarse dentro de la Voluntad de Dios, con un sudor que le pegaba la franela de su espalda como si fuera la piel de alguien que había sufrido quemaduras en Hiroshima. Por otro lado, le sorprendió lo habituado que estaban a ese clima los lugareños. Algunos, incluso, vestían camisas manga larga sin demostrar ningún tipo de incomodidad ni percance.

A los cinco minutos de estar en la puerta de la iglesia, Poli asistió a un recibimiento que no estuvo planificado. Del asombro pasó a la risa contenida. Un taxi Caprice 77, sin placas y con la pintura carcomida por el óxido, se frenó enfrente de la Voluntad de Dios. De él salieron los dos pasajeros que nunca se hubiera imaginado recoger el conductor de la unidad: Dalio y Atanasio. Ambos lo hicieron a

grito vivo. Lo poco que pudo entender Poli en la batahola fue el reclamo de Atanasio a su viejo por haberlo dejado solo en la gallera sin dinero, indefenso ante tanto peligro y sin avisarle nada. También llegó a escuchar algo de una amanecida en un banco de cierta plaza pública.

El resto fue lo de siempre.

- ¡Coño, voy a cogé un camino extraviao! ¡Si yo no te invité pacá, degenerao! – gritó Dalio hasta rasgar su voz, antes de mirar al cielo y preguntar en voz más baja: ¿Por qué tú no me llevas?

La cosa no hubiera pasado de la rutina que Poli ya estaba acostumbrado a ver: el padre histrión y el hijo que no paraba de refunfuñar. Pero en esta ocasión lo que le añadía un toque picante al momento era ver a Dalio vestido en versión “Jesusito”: bata blanca, sandalias, corona de espinas, peluca larga y barbas. A Poli le costó horrores conservar la entereza, y en medio de todo también pensó que había que trabajar mejor el disfraz, porque el Ruiseñor se parecía más a una loca de una cárcel que a una representación del hijo de Dios.

- Mira, me debes el taxi, chamo – Dalio le dijo a Poli después de darle un empujón a Atanasio -. Tampoco es que te vayas a aprovechá de mi riqueza.

- ¿Quién lo vistió? – preguntó Poli con seriedad, para que Dalio notara que aún no se le olvidaba el asunto de la mañana.

- Las dos mujeres.

- ¿Dónde están?

- Vienen con Vitico.

- ¿Practicó las canciones?

- Sí, pero si suelto un gallo es por culpa de ese degenerao que me ha hecho gritar... Por cierto, ¿dónde se metió ese condenao?

- Entró a la iglesia. Venga y le presento al padre Teófilo.

La presentación se dio entre gente civilizada. Dalio le besó la mano al cura dentro de la casa parroquial y habló de lo creyente que eran en su familia. También prometió entregarse por completo en ese espectáculo que estaba por comenzar en la casa de Dios, y hasta le pidió la bendición al hombre antes del recital. El padre Teófilo se la dio con una majestad digna de un cardenal del Vaticano. Después el sacerdote echó un gritito, comentó de algo que le faltaba por hacer, se levantó la falda con una mano y salió como una bala con un acetre a rebosar de agua bendita y el hisopo para esparcirla por todo el escenario. Ver a los personajes con sotanas y disfraces tan eclesiásticos y divinos fue una experiencia que Poli sabía que quedaría por siempre tatuada en sus recuerdos más estrambóticos.

- Bordón, ¿ese cura no será marisco? – preguntó Dalio quebrando una mano.

- ¿Practicó las canciones?

- Tiene un tumbao bien raro. Pa mí como que se le moja la canoa. Ese como que está buscando a otro “Señor” que lo llene pero bien llenao...

Dalio se carcajeó a lo grande de su chiste. Se agarró la barriga con fuerza y hasta se sentó en una silla a causa de los retorcijones que le produjeron sus risotadas. Para Poli fue un tanto desagradable ver a ese adefesio atacado por espasmos de toda índole. Tampoco le gustó su actitud de un irrespeto rayano en lo blasfemo. Le molestó que se metiera con el padre Teófilo, y más después de todo lo que éste había hecho por ellos. En ese momento también pensó que su idea de la ópera-bolero era una porquería, que “Jesusito” apenas era un delirio de otro demente más en este bárbaro mundo. Con ver al Ruiseñor le bastaba para no tener dudas: sus lágrimas rodaban hasta hacer esferas sobre el pelo falso de la barba. Con los mocos pasaba lo mismo. Y qué decir de los peos que soltaba a mansalva... ¿En qué había pensado todos estos meses? Una llamarada interna creó un remolino que le llegó a la cabeza. Poli se sintió defraudado, pero también determinado a dar por concluida esta absurda relación de una vez por todas. No más. Hasta aquí llegaba el loco proyecto y no se iba a cortar en decirlo.

- Mire, señor Guerra.

- ¿Ajá? – dijo Dalio, secándose las lágrimas y sin desvanecer su sonrisa.

- Yo creo que...

- Ya sé lo que vas a decí: que le demuestre al respetable que también le puedo echá bola a una canción a capeya. ¡Plomo, pué! ¡Suéltamela!

Cuando Poli lo iba a sacar de su equivocación, llegó el padre Teófilo con un ayudante flaco y mulato. Éste último cargaba con esfuerzo algo dentro de una manta que lo tapaba desde las rodillas hasta la boca.

- Hijos míos, les traigo una sorpresa que ni se esperan. A ella sólo la mostramos en casos excepcionales – dijo el cura antes de ordenarle a su ayudante: Usnavy, hágame el favor y póngala en esa mesita.

- Sí, jeñó.

Usnavy lo hizo con mucho esfuerzo. Sea lo que fuere, la cosa parecía pesar por el sonido seco que produjo al tocar la mesa. Cuando el negrito se volteó a tomar aire, después de colocar el objeto, Dalio quedó de piedra con lo que vio que estampaba la franela de Usnavy: el tigre con el que había soñado y alucinado.

El cura aplaudió y se acercó a la mesa con pasos casi ensayados.

- Te quiero mucho – le susurró a la cosa mientras le estampaba un beso a la manta que la cubría y se persignaba. Luego se dirigió a Poli y a Dalio, estremecido: Queridos, es para mí un honor... Mejor dicho, estoy muy contento de que estén acá... Y por ello la he traído. Les presento a la dueña de esta iglesia tan querida.

El padre Teófilo jaló la manta con teatralidad, como el alcalde de un pueblo que devela una estatua de un prócer en una plaza. Si lo del tigre había sido toda una experiencia paranormal para Dalio, lo que ahora vio debajo del trapo lo dejó sin aliento: allí estaba ella, la mismísima, la virgen del bar, la de los sueños.

- Díganme si no es una preciosidad –dijo el padre Teófilo estrechando sus manos con primor-. Me la trajeron de España. Yo mismo la visto y le elijo su ropa.

Para Dalio todo lo que le rodeaba equivalía a las más puras necedades, y más aún esos comentarios del cura. Su centro de atención pendulaba entre el tigre de la camisa de Usnavy y la virgen develada. Eso era obvio que tenía que significar algo. Era un mensaje del más allá. Sin pensarlo mucho, el Ruiseñor se postró de rodillas ante la virgen, con humildad y sometimiento. Después se puso a rezar y a persignarse como un poseso. A Poli le pareció estar ante una representación de esas estampitas de la virgen de Lourdes en donde la imagen se le aparece a una niña desprevenida.

Dalio siguió orando y el burro que estaba amarrado afuera soltó un rebuzno de tenor.

- ¡Ay, tan lindo! Eso se llama entrega, Rosita. ¡Mística!

Dijo Micaela en cuanto vio el espectáculo, no bien traspuso la puerta. Luego se volteó ante su otro acompañante:

- Vitico, anda, tómale una foto. Mira que se parece al hijo de Dios, Jesús de Nazaret y arrodilladito ante su madre. ¡Esto es algo grande!

El cura se acercó a Micaela y le dijo:

- ¿A que es bellísima esta virgen?

- Claro, padre, y bien fastidiosa también –dijo, refunfuñona-. Ya nos conocemos de atrás.

- ¿Cómo dice?

- Que ella se la pasa apareciéndose en mi casa de la Dolorita día y noche.

- ¡No puede ser! ¡Eso es un milagro! Y más en pleno año mariano. Venga conmigo y cuénteme...

El padre Teófilo salió con Micaela. Poli se les acercó a Vitico y a Rosita acompañado de Usnavy, quizás como una medida cautelar para evitar estar a solas con la única mujer del grupo. Dalio se mantuvo hincado de rodillas, como un pecador arrepentido por haber matado a un hombre. No dejó de murmurar cientos de cosas ininteligibles.

- Por favor, virgencita, protégeme –dijo más con la cabeza que con la boca-. Te pongo este chou como promesa por lo favores concedidos. Amén.

En eso entró Atanasio con un recado.

- Apá, que dice uno de los muchachos que la vaina ya va a empezá, que ya ta entrando la gente.

Dalio se levantó, entero y lleno de aplomo, se sacudió el polvo de las mangas de la bata.

- ¿Tenemos todo listo? –le preguntó a Poli-.

- Sí, habría que darle el cedé al muchacho del sonido y que nos ayuden a organizar la cosa adentro.

- Salgo ya y le digo a la señora Micaela y al padre para ver cómo hacemos con eso –dijo Rosita-.

- Y yo le llevo el cedé al chamo del equipo de sonido – dijo el primo Vitico, antes de dirigirse a Usnavy: Oye, mijo, llévame pa saber dónde es la cosa.

Los tres salieron a cumplir con sus misiones. Rosita le guiñó el ojo a su galán. El Ruiseñor vio a Poli y a Atanasio, primero con una sonrisa por el detalle de la chica y luego otra vez con gravedad de sargento enfrente de una tropa.

- ¿Qué viene ahora, chamo?

- Viene el comienzo –dijo Poli-. Una cosa: arrancamos por el final. Tenemos que montarlo en una cruz en donde canta un pedacito de la canción del final...

- ¿Sin camisa y en guayuco? ¡Ni de vaina, primo!

- No. Vamos a ahorrarnos eso...

- ¿Y entonces? Mira que me duele el masango pa inventá vainas –dijo sobándose un muslo-.

- Entre Atanasio y yo lo montamos ahí, y estaremos pendientes de cada movimiento. Hay una cortina para que no nos vean cuando movamos las cosas del escenario. Yo lo guiaré con las canciones.

- Ajá, ya toy entendiendo.

- Esto es como un ensayo con gente.

- Claro, pa medí la vaina.

- Exacto.

- Vamos pallá, entonces.

El Ruiseñor hizo como que se enfilaba al escenario. Atanasio salió de primero al notar la intención de su padre, y Dalio aprovechó para tomar por un brazo a Poli.

- Yo sé que la cagué, hermano, pero te prometo una vaina buena – Poli asintió sin mucho convencimiento. Intentó reanudar su paso, pero el Ruiseñor lo volvió a tomar del brazo antes de decirle: Te lo digo de seriedad y to.

En ese momento estuvo a punto de darse la famosa tercera mirada definitiva entre ambos, de esas que suelen compararse con dos astros cuando coinciden. Pero Atanasio volvió a asomarse.

- Ah, vaina, entonces, ¿salimos o no, acá?

- ¡Coño, sí, ya nos vamos, muchacho de mielta! Peldón, vilgencita...

En el escenario no dio tanto trabajo montar a Dalio en la cruz. Salvo la lluvia de peos que soltó el viejo boquerista por el esfuerzo de treparse a la estructura, no hubo otro percance que sortear para Poli y Atanasio en su encomienda. A Poli le latía el corazón con fuerzas. De repente, no sentía estar en La Voluntad de Dios sino en el Carnegie Hall. Esto sabía que iba a sobrepasar cualquier prueba personal que se había fijado en su vida. Ya no se trataba de una pollera o bar de segunda. Ahora el reto era probar una obra que planeaba entre las creencias, el arte y el espectáculo.

- Chamín, tú me dices cuándo arrancamos – dijo Dalio desde arriba en la punta de la cruz.

Poli asintió y luego miró hacia el lugar del encargado de sonido. Le hizo una seña para que arrancara con la primera canción de “Jesusito”. Comenzó una mezcla de música ambiental aderezada con un requinto y unas maracas en unos altavoces con problemas de graves. El Ruiseñor, crucificado, infló su pecho y con su corona de espinas puso cara de trascendencia. De golpe y porrazo se abrieron las

cortinas. Poli y Atanasio quedaron descubiertos ante el público. Poli no supo qué hacer ante tamaña improvisación en escena. Sólo llegó a ver a unas personas de pie en el fondo de la iglesia, serían unos tres. Después escuchó unos gritos y unos cañonazos. También hubo algo de dolor, como de pellizcos que se enterraban en carne viva, de dentelladas de perro bravo con hambre. Cayó al piso y vio que a su lado, en el suelo, también estaba Atanasio, con la cara cubierta de sangre y la mirada perdida.

Después de eso, y por la impresión, Poli se desmayó por unos minutos.

Despertó atontado. Supo que no había pasado mucho tiempo del incidente. Lo supo porque el disco iba por la mitad de la segunda canción. Desde el piso alcanzó a ver la gente atacada por el llanto, algunos reincorporándose, otros arrastrándose hasta dar con la persona más cercana, la mayoría abrazados y de rodillas. Cuando volteó hacia arriba se encontró con un Dalio ensangrentado desde el pecho hasta abajo. Al pie de la cruz, en un charco escarlata, salpicaban gotas que se desprendían del filo de la túnica.

Poli se levantó con dolores por todos los flancos. También con sed y fatiga. Como si hubiera corrido kilómetros enteros sin parar. Sintió que su camisa seguía empapada de sudor. Aún así fue a la cruz y, como pudo, desató al Ruseñor. En tierra, cuando tuvo la cabeza de Dalio recostada entre sus piernas, Poli moría de la sed. El viejo lo vio, ahora sí, con esa tercera mirada definitiva que suelen entregar quienes están próximos a la gloria. Le bajó una lágrima por la mejilla y con una sonrisa cayó al suelo su plancha dental. Poli se electrizó con eso, sintió escalofríos y vio que el sudor que le pegaba la camisa al cuerpo era su propia sangre. También notó que la bata del bolerista tenía una ráfaga de agujeros por todo el pecho. Antes de desvanecerse con el viejo entre sus piernas, Poli logró distinguir a Micaela y a Rosita corriendo hacia él. Lo hacían con histeria. Cada una agarró a su hombre. El burro de afuera rebuznaba como un poseso. Rosita se le acercó al rostro de su amado y sin dejar de llorar le susurró:

- Cielo, no te mueras, por favor... No me estoy cuidando.

Para entonces, Poli ya había perdido el conocimiento.

A su lado se estaba escenificando otra Piedad. Micaela gritaba con desespero, mientras pedía ayuda y elevaba las manos. El Ruiseñor, en cambio, vio otra cosa totalmente distinta: al voltear su cabeza no reparó en la sangre ni en los destrozos ni en la gente horrorizada. No, sus ojos recibieron una luz blanca que parecía brotar como un manantial a cada lado de la iglesia. Después sintió que alguien lo miraba. Era la virgen desde un pedestal. Le sonrió y bajó para caminar hacia él. Al lado de la santa la acompañaba un tigre manso. La mujer se arrodilló, acercó su mano, le tocó la frente y la iridiscencia fue mayor. El sentimiento era de bienestar. Sobre el tigre creyó ver a Mano de Piedra, y luego a un legión de personajes vestidos de blanco y plata que reconoció al instante: Alfredo Sadel, Felipe Pirela, Néstor Zavarce, Víctor Saume, Benny Moré, Miguelito Cuní, Pedro Flores, Celia Cruz, Rolando Laserie, Cachao, Rafael Lay, Billo Frómeta, Cheo García, Damirón, Rafael Orozco, Pan con Queso, Tito Puente, Lucho Gatica, Toña La Negra, Pedro Infante, Carlos Gardel, Cherry Navarro, Rafael Hernández, Pablo Canela, Myrta Silva, Bienvenido Granda, Rafael Escalona, Héctor Cabrera, Libertad Lamarque, Agustín Lara, Pedro Vargas, Víctor Piñero, Javier Solís, Maelo, Mon Rivera, José Alfredo Jiménez, Leo Marini, Emiliano Zuleta, Rafael Cortijo, La Lupe, Chuíto el de Bayamón, Tite Curet Alonso, Héctor Lavoe, Dámaso Pérez Prado, Olga Guillot, Tito Rodríguez, Omar Torrijos, Kiko Mendive, Daniel Santos y hasta a su propia madre entre cientos y cientos de personas.

Ésta se colocó al lado de la virgen y le dijo:

- ¿Viste, Sandalio Segundo? Te dije que eras “materia”, mijito.

Dalio sonrió, beato, y alcanzó a decir con un hilillo de voz cuajado de burbujas:

- ¿Y dónde están las putas, vieja?

Al terminar la pregunta, lo celestial se tornó en incandescencia. Las llamas se tragarón toda la espiritualidad presente. Una música atronadora estremeció el ambiente. Trompetas, trombones, congas,

pianos, órganos, maracas, timbales, xilófonos, diapasones, flautas, güiros, cencerros y requintos sonaron a ritmo de cumbia, salsa, charanga, danzón, bolero, bomba, plena y guaracha. Desde lo alto comenzaron a estrellarse micrófonos, rocolas, ceniceros, discos y botellas de ron en un piso lleno de candela y vidrio. Torsos desnudos se adivinaban bailando entre un río de llamas y cenizas.

Sandalio Segundo Guerrero Guaita ya estaba más que encaminado para la gloria. Su gloria.

Al incidente de la Voluntad de Dios no se le dio mayor centimetraje en la prensa nacional. Muchos periódicos de la capital se comportaron como si la tragedia nunca hubiera sucedido. Sólo El Sol de Carúpano fue capaz de brindarle una cobertura digna de la naturaleza de un medio de pueblo, proclive a la sangre y con pocas noticias locales: llamadas en portada, en la última página y en algunas interiores por espacio de varias semanas. Incluso hubo quienes pagaron obituarios en honor del Ruiseñor.

Lo único que se sacó en claro fue que la ejecución no fue un asunto personal. Nació como la idea de unos imberbes con pistolas, azotes de barrio, que entraron al primer sitio para hacer un asalto masivo, la novedad de los malandros de la zona. Salvo Dalio, no hubo otra muerte que lamentar. Según las declaraciones de Micaela, la viuda del Ruiseñor de las Américas en palabras del redactor de El Sol de Carúpano, los antisociales se llevaron las carteras, anillos, brazaletes, cadenas, zarcillos y celulares del público haciendo gala de una organización que nunca se hubiera imaginado en tres muchachos flacos y empericados que no llegaban ni a los veinte años de edad y que nunca fueron capturados. “También cargaron con la virgen”, rezaba el título de la noticia.

Poli y Atanasio se salvaron de puro milagro. Fueron los únicos heridos de balas, en un asalto en donde el que más se resistió se llevó una patada en el riñón, cuando no un cachazo de pistola en la cara. Al hijo de Dalio el peor de los impactos lo mandó al hospital para una operación de rodilla que le dejó una cojera irreversible. Los dos que recibió Poli atravesaron su carne sin tocar ningún órgano, a diferencia de la suerte corrida por el bolerista, que pareció un muñeco de prueba después de un examen de rutina en un polígono de tiro.

Cuando Poli salió de la clínica tuvo que someterse a ciertos cuidados para que los puntos no se le infectaran. Lo quiso hacer en el apartamento en donde ya se había mudado Honorio desde hacía casi un mes. Era la mejor forma de evitar a Rosita que, además de no esperar ningún hijo de él, no tenía manera de conocer su paradero. También fue una justa decisión de las tantas que tomó cuando dividió el dinero de Dalio en los gastos clínicos de él y Atanasio, en la mudanza de éste último con Micaela a la casa de La Dolorita y en el velorio del Ruseñor, misión que conllevó toda una logística medida a pulso: esquelas en los periódicos en donde se exageraban sus logros, pagos a lloronas y a dobles de artistas famosos en un velatorio al que sólo fue Micaela. El entierro del ídolo se hizo en una tumba adornada con maracas, requintos, micrófonos y un busto de mármol que emulaba las facciones de la época de gloria del bolerista, adornos que fueron robados a la semana del sepelio, según Micaela, asidua visitante del sepulcro en donde descansaban los restos de su último amante.

La vida parecía ir a mejor. La experiencia con Dalio le dio mucha cancha en el tema de desarrollar su capacidad de agencia. Y estas destrezas decidió utilizarlas para ser el socio del remate La caprichosa, que montó después de toparse con una buena oportunidad en el traspaso de un local en la avenida Casanova. Allí el billete era seguro. No había público más fiel en el país que el apostador de carreras de caballos. En la semana inaugural del negocio, los cálculos auguraban una recuperación del dinero invertido en menos de un semestre, siempre y cuando mantuviera alejado del juego a Honorio y a su amigo Pelo Lindo. También había conseguido una modesta suma para Atanasio y Micaela con la venta del disco del último concierto de Dalio en La Morocota, una curiosidad que tenía su público cautivo y que Poli prefería no escuchar por el puro miedo a demostrar su lado sensible.

Aunque no había sido un ejemplo a seguir, Poli no podía negar el vínculo que se había creado entre los dos. Como el de un alce y un venadito de película infantil, como la resultante de un experimento en el que el agua y el aceite pudieran armonizar dentro de un vaso. De alguna manera el viejo había sido un maestro, pese a que Poli pasaba noches enteras intentando averiguar de qué tipo. Lo

cierto es que desde que se toparon, atrás habían quedado sus días de mesonero en La múcura de Maiquetía para convertirse en pichón de empresario. La vida, raras veces, muestra sus reglas.

Por eso había hecho el último intento en dignificar la leyenda. Tomó algunos titulares del periódico de El Sol de Carúpano y los metió en un sobre con el disco de Dalio, una nota escrita a mano y su tarjeta de presentación. Todo lo envió con un motorizado a la oficina de la periodista hippie, sección “Viejas Glorias”. En cuanto recibió respuesta contó los días para el encuentro pactado. Se puso su mejor indumentaria, se despidió en el remate y, antes de salir en su escarabajo, fingió no escuchar la única oración que Honorio repetía unas veintitrés veces al día desde que Poli regresó de la clínica:

- Te salvaste de vaina, mijo.

Desde hacía años había desarrollado la costumbre de ser impermeable a las palabras de sus padres, y más si eran tan necias como las de hacía un momento. Su mente estaba en algo más importante. Dentro del carro hizo un recuento pormenorizado de lo que debía llevar. Allí estaba todo. Sólo faltaba una cosa. Poli Figueroa abrió la guantera del escarabajo, con cierto desespero, y el alivio retornó al comprobar que sí había metido la caja de tres condones. Sonrió al pensar en esa remota posibilidad con la periodista hippie. Por eso se persignó y encomendó a San Dalio. Rió con su ocurrencia. Y, antes de encender el carro y cerrar la puerta, dijo en voz baja: “si todo va bien con la jeva, quizás y hasta aproveche para contarle mi historia con los carevergas de Cosmos”.

Luego se perdió calle abajo.

El atardecer capitalino mostraba ráfagas anaranjadas parecidas a las rayas de un tigre.

Madrid-El Paso

Curriculum Vita

Daniel Centeno Maldonado ha vivido a caballo entre Venezuela y España. Estudió la Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas y la Maestría en Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, en donde también se recibió de Doctor en Periodismo. Fue Director Editorial del sello Alfaguara en Venezuela. En su labor docente se desempeñó como profesor de pregrado y postgrado de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Ha publicado los libros de ensayos *Postmodernidad en el cine: Romeo y Julieta como espejo de la sociedad contemporánea* y *Periodismo a ras del boom*. Su trabajo periodístico, crítico y de creación literaria ha aparecido en el periódico *ABC*, *El Nacional*, *El Universal*, *Feriado*, *Letra Internacional*, *Sala de Espera*, *Conciencia Activa*, *Mirada Global*, *Armas y Letras*, *FronteraD*, *Guía del Ocio de Madrid*, *Arcadia* y *Rolling Stone Latinonamérica*, entre otras. Actualmente es beneficiario del *Bilingual MFA Program in Creative Writing* de la Universidad de Texas, donde fue coeditor de la revista literaria *Río Grande Review*. Su libro de entrevistas, crónicas y perfiles a escritores, músicos y cineastas internacionales, *Retratos Hablados*, fue publicado en Venezuela bajo el sello Debate de la editorial Random House y en México por la Universidad Autónoma de Nuevo León. En la actualidad es el director fundador de la revista *Coroto*.

Permanent address: 1127 Los Angeles. Apt. 4
El Paso, TX, 79902.

This thesis/dissertation was typed by Daniel José Centeno Maldonado.